

Selección RNR

CHRIS DE WIT

A man and a woman are shown in a romantic embrace against a brick wall. The man is shirtless and muscular, wearing dark shorts and a belt. The woman is wearing a dark, button-down shirt and dark pants. They are looking at each other with affection. The lighting is dramatic, highlighting the man's physique and the texture of the brick wall.

Tras el muro
de tus sueños



Romance Paranormal

Selección RNR

CHRIS DE WIT

A man and a woman are shown in a close embrace against a brick wall. The man is shirtless and wearing dark shorts, with his arms around the woman. The woman is wearing a dark top and shorts. The scene is dimly lit, with a strong light source from the left creating a dramatic shadow on the wall.

*Tras el muro
de tus sueños*



Romance Paranormal

Tras el muro de tus sueños
Los silverwalkers 2
Precuela de El legado de Damián

Chris de Wit



1.ª edición: octubre, 2017

© 2017, Chris de Wit

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-881-5

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Epílogo

Promoción

Capítulo 1

Delta del río Paraná, Argentina

Agua. Caudales de agua que envuelven las cabelleras entretejidas, abrazan el aroma de los cuerpos unidos y el sonido de la pasión devoradora. Urgencia y dulzura en los brazos masculinos y fuertes que aferran a los femeninos, pálidos y cálidos. Ojos brillantes, plateados, que se reflejan con devoción en los suyos. Agua, más agua, poderosa y enérgica, que los acuna en su lecho, los enlaza en la alegría y los acaricia en el dolor. Besos de fuego vivo. Manos satinadas y urgentes que se cierran como las alas plateadas de un ángel protector. Besos, más besos. Cuerpos danzantes, copulantes y amantes.

Agua, más agua que cubre el frenesí de abrazos, girando en la matriz purificadora y creadora. Sus manos entrelazan los cabellos claros que caen sutilmente rodeando la curva de las caderas, irradiando el brillo que es reflejo del suyo propio. Sumergido en la profundidad de los ojos verde mar, se deja abrazar por su iridiscencia que lo deja sin aliento. Plata. Los pechos juveniles, turgentes y jugosos, absorbidos por sus labios, se elevan siguiendo el compás de su respiración. Y la urgencia masculina que entra en la suave y cálida cueva que se abre como una flor y da la bienvenida al dolor inicial, liberador después. Furia, dolor, éxtasis.

Agua, más agua, que anuncia el encuentro de lo que ha buscado durante tanto tiempo. Aquello tan deseado. Y de repente el grito inconfundible unido al suyo propio, que corona la bendición. Agua, caudales de agua que impulsan esta danza ancestral y milenaria. Vorágine y orden. Orden divino.

«Tu búsqueda ha terminado, caminante. Abre tu mano y recoge el primer símbolo. Ella es parte de él. Encuéntrala».

El resplandor plateado lo envuelve como si fuera una bomba que estalla y se expande, borra las imágenes e inunda su iris contemplativo. Tristeza y

alegría. Ignorancia y sabiduría. Odio y amor. El principio y el fin en una poderosa convergencia. Y en medio de ese caos ordenado, sus propios labios que susurran aquel nombre... Aniel.

Gabriel despertó sudando, susurrando esa palabra otra vez. Mientras trataba de volver a la realidad tangible, seguía oyendo el eco en los oídos, golpeando su mente de manera persistente como venía sucediendo desde hacía un año y medio sin pausa. Revivir ese sueño aceleraba su corazón.

¿Qué o quién era Aniel? ¿Un lugar? ¿Una persona? ¿Y qué significaba ese sueño? Muchas preguntas revoloteaban en su mente día tras día desde que el sueño se había manifestado por primera vez, y lo único que tenía en claro era la mención del símbolo. El primero de los cinco símbolos que su estirpe venía buscando desde hacía más de cien años y que requería ser encontrado por él.

¿Y quién era ella? Solo podía ver los cabellos, los ojos, partes del cuerpo, pero nunca el rostro. La imagen del agua que lo envolvía a él con la mujer en un caliente y desvergonzado acto erótico lo venía volviendo loco desde los inicios. Y en todo ese tiempo se había esforzado por encontrar alguna pista de lo que se revelaba cada noche, sin éxito.

Su corazón palpitó como las campanadas de una iglesia. Se levantó confundido de aquella alfombra tibia, elevándose en toda su imponente altura, mientras se limpiaba de hojas el trasero. Estiró la figura atlética de dos metros, no exagerada en su musculatura, (pero elegante) con músculos elegantes, alargados por su pasión por nadar.

Amaba el agua.

Miró una vez más hacia el arroyo que tanto le gustaba. Sus enormes ojos, de claro color canela y tapizados de largas y negras pestañas, barrieron el escenario antes de partir, emitiendo el brillo plateado característico de los que pertenecían a la estirpe. La mirada volvió a reflejar el aspecto triste que le daba la forma de sus ojos, a la cual se sumaba una cierta nostalgia producto de muchos años de soledad. Eran muchos siglos de caminar, acompañar, luchar y buscar... y si bien sus amigos eran invalorable, existía en él un

anhelo de sentirse completo que no podía explicar.

«Quizás cuando encuentre el símbolo», pensó con cierto afán.

Caminaba por el arroyo como era su costumbre, rodeado por aquellos árboles plateados tan diferentes. Eran únicos y, según sus padres, respondían a una especie que solo la gente de la Estirpe de Plata, a la cual Gabriel y sus amigos pertenecían, conocía. No existían en otra parte del planeta. Nadie los podía detectar, salvo aquellos de su linaje. Mientras los ojos humanos veían las hojas del color verde típico de la mayoría de las especies vegetales, los de aquellos que tenían la carga genética de la Estirpe podían detectar su verdadero color. Nadie sabía quién o quiénes habían sido los responsables de haberlos plantado, pero estaba seguro de que tenían como misión asegurar que ese lugar fuese identificado por la gente de su raza.

Pasó los dedos a través de su pelo lacio, que caía desmechado sobre la frente, las sienes y los hombros. Era de color caramelo, aunque cuando le daba el sol se volvía más brillante por algunas mechas que se tornaban más claras.

El caminante. Alzó los ojos al cielo y contempló la noche, que caía con su manto extendido hacia el infinito. Hacía ya mucho tiempo que Gabriel y el grupo de los *silverwalkers* al que pertenecía se habían lanzado a la búsqueda de los símbolos que llevarían a su grupo a la conquista de su propia paz. La existencia de estos y otros presagios había sido revelada a través de unas profecías, que tanto los padres de Gabriel como otros jefes que conformaban la Orden Superior de la Estirpe tenían como misión guardar celosamente e ir transmitiendo a medida que llegara el momento adecuado. Gabriel no había dejado de preguntarse, desde que sus sueños comenzaran, si Aniel sería una señal de algo que en breve ocurriría. Y su corazón brincaba de nuevo ante la mención de aquella palabra. Un fulgor de energía cálida y viva, que endulzaba su alma algunas veces y la torturaba otras, se había encendido desde que había comenzado a experimentar ese sueño. Había jugado con algunas ideas acerca de quién era Aniel y, cada vez que su corazón latía al compás del ritmo de esa flama suave, parecía responder a lo

que intuía, pero que aún no podía afirmar.

Dirigió sus pasos hacia el interior de la casa de la organización de la que formaba parte con los demás caminantes. Sus pensamientos fueron interrumpidos por una voz familiar:

—¡Gabriel! —dijo con tono jovial y alegre alguien parado detrás de él. Ruryk.

Gabriel se volvió y se encontró con su amigo, recién salido de la ducha. De la misma altura que Gabriel, era un poco menos corpulento que este, pero de un encanto impactante. Su aspecto era muy agradable, no solo por su apariencia física —con el cabello y ojos de color miel y piel bronceada—, sino porque además era de una simpatía que superaba de lejos la de los demás caminantes. Donde Ruryk se hallaba, la gente sonreía y se sentía plena. Las mujeres caían rendidas a sus pies ante su sonrisa y los hoyuelos de las mejillas y barbilla, así como por su pericia en la cama. Ruryk era un dechado de bondades. Y salvaje y eficiente en las luchas contra *los caídos*.

—¿Has estado en el arroyo? —preguntó Ruryk, dirigiendo los ojos a las botas embarradas de su amigo, mientras se llevaba una toalla a la nuca para secarse algunas gotas que descendían por su espalda.

—Sí, he estado un poco cansado en este último tiempo, y tú sabes que ese lugar es especial para mí. Me da fuerza.

—Los cuatro sabemos bien qué significa para ti ese sitio. ¿O te olvidas de las luchas en el barro que siempre nos obligabas a hacer?

Ambos comenzaron a reír al recordar los enfrentamientos que los cinco caminantes, por diversión e invitados por Gabriel, habían llevado muchas veces a cabo.

—Ese lugar me relaja y me equilibra. Puedo pasarme horas allí sentado o nadando. Y como de costumbre, me he quedado dormido.

—Te estás poniendo viejo, Gabriel —exclamó su amigo, que ya había terminado de frotarse la espalda con la toalla y abría la puerta de su dormitorio para perderse en el interior sin cerrarla.

—Desgraciado —siseó Gabriel con una sonrisa en los labios. De lejos se

escuchó la risa de Ruryk.

—¿Te busco una cerveza? —preguntó Gabriel elevando la voz para que su amigo lo oyera. Se había desplazado hacia el refrigerador y lo abrió.

—Sí, por favor.

Cogió dos latas heladas y al regresar al salón principal se encontró de nuevo con el caminante, que se había vestido con un vaquero azul y una camisa blanca. Estaba sentado en el sofá esperando su cerveza mientras desplegaba una de sus sonrisas deslumbrantes.

—Hoy estuve entregando almas —dijo y tomó la lata en las manos.

—¿Con qué te has topado? —preguntó Gabriel, conociendo parte de la respuesta.

—Con un grupo de almas variado. Algunas enfermas y agotadas, y otras jóvenes y llenas de sueños. También algunas muy confundidas. Había dos que habían caído en el *bajo astral* y estaban atascadas. Las invité a venir conmigo y, luego de una renuente aceptación de su parte, logré trasladarlas al *plano superior de conciencia*. Tuve que enfrentarme con algunos espíritus bajos que intentaban aumentar su confusión.

—¿Caídos?

—No, esta vez no. En realidad, fueron entregas bastante pacíficas —respondió Ruryk mientras bebía un sorbo de la deliciosa cerveza, que dejó una estela de espuma en la parte superior de sus labios.

—¿Dónde están los otros? —preguntó curioso Gabriel.

—Damián sigue investigando en el ordenador algo que no quiere revelar. Es algo que mantiene en secreto..., aunque ya hablará. —Y sonrió—. Triel está entregando almas, y Metanón hablando con uno de nuestros agentes en Dinamarca. —Ruryk se relamió la espuma y sorbió otro trago—. ¿Y tú?

—He vuelto a soñar.

—¿Lo mismo de siempre?

—Sí.

—¿No es irritante?

—No al revivir el encuentro con esa preciosura.

Ambos rieron mientras terminaban las respectivas cervezas. Oyeron pasos apresurados que se acercaban y se giraron hacia la dirección de los mismos. Un hombre de enorme estatura y complexión bastante más robusta que la de sus dos amigos entró saludándolos con un breve movimiento de cabeza mientras seguía sumergido en sus pensamientos. Vestía completamente de negro, con una chaqueta de cuero térmica, ideal para adaptarse a la temperatura del ambiente, y unos pantalones del mismo material, que caían sobre unos borceguíes de cuero. Llevaba el cabello negro cortísimo, casi rapado, a excepción de la línea central de la cabeza, en donde descansaba una franja más tupida de suave cabellera que descendía hasta la nuca y continuaba en una gruesa trenza que caía por debajo de la cintura. Sus ojos eran enigmáticos, de un negro profundo y metálico, que se destacaba sobre la piel bronceada. Pero lo que le daba un aspecto temible era la imagen de la cara de un dragón tatuada en la frente, que bajaba finalizando en el puente de la nariz. Los ojos de aquel animal hacían juego con la mirada del hombre, que en ese instante mostraban su visible preocupación.

—¿Quieres una cerveza? —invitó Ruryk con la sonrisa más amplia.

—No, gracias, estoy apurado —contestó el hombretón. Se dirigió hacia una estatua que recreaba el cuerpo de un dragón y le giró la cola. Al hacerlo, un mecanismo de destraba se puso en funcionamiento e hizo que la pared ubicada por detrás de la estatua girara ciento ochenta grados para presentar, ante la vista de todos, un arsenal de armas empotradas. El caminante buscó entre ellas y se decidió por dos Glock 23 que de inmediato controló para asegurarse de que estuvieran cargadas, y dos navajas que guardó en bolsillos especiales de sus pantalones.

Gabriel y Ruryk, que no habían perdido de vista los movimientos de su amigo, se miraron inquietos.

—Damián, ¿qué pasa? —preguntó Gabriel con semblante serio.

—Estoy tras algo que debo confirmar.

—¿Podemos ayudar? —ofreció Ruryk.

—No, voy armado por precaución, ya que necesito obtener información entre los caídos —contestó alzando sus ojos y revelando una mirada adusta y fría, que se volvía aún más siniestra con la imagen que descansaba en la mitad de su cara.

—No puedes ir solo. Vamos contigo —se apresuró a decir Ruryk mientras se levantaba y se terminaba la segunda cerveza de un tirón.

—No. He dicho que voy solo. —Damián miró a su amigo con una expresión que no daba lugar a discusión.

—¿Pero y si te *transformas*? Necesitarás ayuda —insistió Gabriel mientras que se levantaba de la mesa, la rodeaba y se ponía frente a él.

—No ha hecho falta las últimas veces —contestó, mientras volvía a girar la cola del dragón que hizo que la pared desapareciera nuevamente.

—De todas formas, estaremos atentos por si lo haces. Somos tus *babysitters* —dijo Ruryk poniéndose a la par de Gabriel. Damián los miró un rato con aquellos ojos que helaban la sangre y, de repente, emitió una suave carcajada. Poco después, salió de la habitación con la misma expresión en el rostro con la que había llegado.

—Está de mal humor —dijo Ruryk mientras se dirigía a su oficina.

—Tendremos que averiguar qué está rastreando —contestó Gabriel entretanto caminaba hacia su habitación. Antes de llegar a la puerta, escuchó a Ruryk decirle:

—Estaré trabajando en la oficina con unos papeles. Si necesitas algo, ya sabes.

—Gracias —replicó Gabriel y, sin mirar atrás, entró al cuarto. Como todas las semanas, marcó una clave en un dispositivo ubicado de manera estratégica detrás del guardarropa empotrado a lo largo de toda la pared de la habitación. Al destrabarse, dos de las puertas del mueble se abrieron con cuidado y otro despliegue de armas tan cuantioso como el que se había manifestado con anterioridad en el living de la casa quedó visible. Sacó las armas una a una y, al igual que su amigo había hecho con anterioridad, las inspeccionó controlando que estuviesen limpias, en buenas condiciones y, en

el caso de las armas de fuego, debidamente cargadas.

La Estirpe estaba viviendo un proceso de enormes cambios desde hacía algún tiempo, y eso generaba en los cinco que vivían en aquella casa una cierta intranquilidad. Las profecías que los jefes de la Estirpe iban revelando en forma gradual eran las responsables, y Gabriel y sus cuatro amigos sabían que debían prepararse para la llegada de un nuevo orden y equilibrio de los sucesos futuros, en los que se predecían olas de violencia de mayor envergadura.

Los miembros de la Estirpe de Plata vivían desparramados en todo el mundo. Perteneían a una raza de seres superiores que poseían cualidades especiales, como la longevidad y una actividad psíquica y física superior que los diferenciaba de los humanos. Muchos de ellos eran clarividentes, *clariaudientes* y sanadores. También poseían habilidades corporales más desarrolladas, por lo que tanto machos como hembras contaban con una fortaleza superior, así como con una gran destreza para correr y saltar. Podían ver en la oscuridad, oír y oler a grandes distancias. Una de las características peculiares de esta raza era el color plateado de los fluidos corporales y del brillo que emanaba de los ojos y el cuerpo al estar sujetos a emociones fuertes.

Dentro de la Estirpe existía la llamada *casta de los silverwalkers*, conformada tan solo por cinco guerreros cuidadosamente seleccionados: Ruryk Vólkov, Metanón Lemark, los hermanos Damián y Triel Di Mónaco y Gabriel Trost, que no solo contaban con un poderío y una destreza física superiores a las de los miembros de la Estirpe, sino también con un don psíquico que los hacía únicos y exclusivos. Podían vivenciar la *realidad suprafísica multidimensional*. Ellos eran conocidos como *los caminantes de plata* o *silverwalkers*, a veces nombrados tan solo como *los caminantes*. Eran responsables de ayudar a las almas de la Estirpe que habían fallecido a pasar de la vida física a la realidad multidimensional. Durante este proceso, Gabriel y sus amigos actuaban como guardianes, guiándolas y entregándolas a los diversos planos de conciencia para continuar con sus destinos próximos.

Estos eran establecidos tanto por las leyes superiores universales del karma¹ como por la evolución de cada alma.

Cada caminante tenía sus aspectos más fuertes en sus misiones, y las características de las almas que acompañaban decidían el caminante que intervenía. Gabriel era el más balanceado de los cinco, ya que el intenso trabajo interior que había llevado a cabo sobre sí mismo, tratando de forjar una personalidad más estable y tranquila que la de los demás, había dado sus frutos. Las almas que transportaba eran aquellas que necesitaban ese tipo de energías durante su traspaso. Los hermanos Triel y Damián eran de una personalidad más sombría y guerrera, siendo muy hábiles para entregar almas más perturbadas y violentas. Metanón era excelente para las almas que habían muerto por alguna situación psicológicamente trágica, así como suicidas, mientras que Ruryk era ideal tanto para almas bondadosas como rebeldes.

Cada uno de ellos viajaba junto al alma, guiándola a través de un camino que atravesaba diferentes niveles evolutivos de conciencia, desde el más bajo al más alto al que cada alma podía acceder de acuerdo a su propia evolución. Este camino era conocido como *el camino de la ascensión*. El primer tramo era el más difícil, ya que allí era donde se producía la propensión de las almas a la caída hacia el *bajo astral*. Ese era un plano de conciencia muy pobre, cercano a los niveles de la Tierra, que albergaba almas que habían muerto sin lograr encontrar el camino de regreso a su hogar superior. Algunas de ellas eran inofensivas o burlonas, pero otras se habían transformado en espíritus temerarios y violentos que acosaban a las almas en su trayecto. Esas almas de baja vibración eran unas de las responsables de provocar la caída de las almas de la Estirpe, absorbiendo su energía y deteniéndolas en ese plano a veces para siempre.

Pasado ese punto, el riesgo de caída desaparecía, ya que el camino continuaba a través de *planos superiores de conciencia*, donde reinaban energías sutiles de luz. Allí era donde los caminantes entregaban el alma a su *grupo de almas de apoyo*, es decir, a aquellas almas que estaban directamente conectadas con ella. Y la entrega se llevaba a cabo ante un portal denominado

portal de la ascensión.

Por ende, el real peligro para los caminantes se producía en el primer tramo del camino, donde debían extremar los cuidados para evitar la pérdida de almas de su linaje debido a la vulnerabilidad a la que se podían enfrentar por no haber llegado a protegerse de forma apropiada. Los caminantes encontraban esa protección al refugiarse en lugares seguros, como las distintas guaridas u organizaciones que tenían montadas en todo el mundo. La del Delta era una de ellas.

La debilidad que adquirirían se debía a que viajaban a la *multidimensionalidad* con su cuerpo astral o sutil pero no físico, destinando un gran caudal de su propia energía no solo al viaje en sí, sino también a brindar claridad a las almas durante el viaje. En ese instante era cuando otro grupo de almas, ancestrales enemigos de los *silverwalkers*, intervenían para entorpecer su trabajo: *los caídos del bajo astral* o simplemente *caídos*. Esos eran seres que en un principio habían sido humanos, pero que con los siglos habían llegado a desarrollar características peculiares como poder también viajar a la multidimensionalidad. Trabajaban en conjunto con los espíritus del bajo astral, tratando de detectar a los caminantes que podrían estar entregando almas fuera del resguardo que las organizaciones procuraban, para proceder al ataque. Estas luchas mortales por la posesión de las almas de la Estirpe podían darse tanto en el plano astral como en el físico.

Los caídos necesitaban de esas almas, no solo por el enorme reservorio de energía de plata que podían obtener de ellas, muy superior a la energía emitida por almas humanas, sino en especial porque podían adquirir —aunque en menor proporción— ciertas características propias de los miembros de ese linaje, como el camino a la longevidad y la mayor fortaleza física.

La caza dificultosa de las almas de la Estirpe hacía que el consumo de su energía de plata estuviera reservado a aquellos caídos de mayor jerarquía. El resto de los guerreros debían conformarse con fagocitar la energía de las almas humanas. Por lo tanto, aquellos que tenían el privilegio de vampirizar

esas energías habían iniciado ya el camino a la longevidad, lo que significaba que mientras un caminante podía llegar a vivir más de tres milenios, un caído en proceso de longevidad alcanzaba alrededor de los trescientos años. Pero los *silverwalkers* eran conscientes de que trescientos años de vida para sus enemigos era tiempo suficiente para que fueran perfeccionando su modo de cazar las almas de la Estirpe, incrementando su fuerza, longevidad y poderío. Y a los caminantes no les quedaba otra opción que enfrentarlos.

La inspección de las armas fue interrumpida por golpes a la puerta, seguidos de la voz de Metanón, que había arribado en ese momento a la organización.

—¡Gabriel! Reunión urgente en el salón. Ha llegado un video.

—¿Y Damián y Triel? —preguntó abriendo la puerta.

—Ya los he llamado y en unos minutos estarán aquí. Damián estaba furioso porque lo interrumpí en plena misión.

—No hacía mucho que había salido armado hasta los dientes.

—Pues ha tenido que abortar su objetivo —contestó Metanón—. Esto es urgente.

—¿De qué video se trata? —preguntó Gabriel mientras abandonaba su habitación y se dirigía al salón principal de las oficinas con Metanón caminando a la par.

—Se trata de unas mujeres que nuestro agente en Dinamarca ha detectado y dice que es imperioso que veamos el video.

—¿Mujeres?

—Sí, y parece que es algo relacionado con el primer símbolo.

—Quizás debemos llamar a los jefes después de ver el video —sugirió Gabriel con tono firme.

—Sí, eso pensé. Veamos de qué se trata.

Metanón miró al frente y vio que Ruryk venía hacia ellos, sonriente.

—Damián y Triel ya llegan —comentó este mientras se les unía y entraban juntos al salón.

Antes de que pudieran decir algo más, aparecieron los dos hermanos que, si por separado parecían imponentes, juntos eran avasallantes. Sus estampas gigantes los hacían lucir temerarios. Al contrario de su hermano, que llevaba el cabello casi rapado a excepción de la línea central de la cabeza, Triel llevaba el cabello negro largo hasta la cintura, lacio y desmechado, enmarcando sus ojos negros tan temibles como los de su hermano y que hacían contraste con sus dientes blancos y perfectos. Su piel también era bronceada y de su pecho se desplegaba el tatuaje de una serpiente que le subía por el cuello y terminaba a la altura de su mejilla izquierda. Ver el rostro de aquella serpiente cubriendo parte de la cara del caminante era, sin ninguna duda, impresionante.

Ambos hermanos se caracterizaban por sus tatuajes, que correspondían a un legado del que se habían hecho acreedores hacía tiempo. Triel, después de haber permanecido secuestrado durante tres años en manos de los caídos, y Damián, desde que era un adolescente. Con ese legado, se les había otorgado el *don de la transformación*, que implicaba transformarse, bajo circunstancias extremas, en bestias similares a las que llevaban impresas en sus cuerpos.

La entrega del legado consistía en un ritual dirigido por un maestro especial de la Estirpe de Plata llamado Astos. Haber recibido ese don implicaba que los caminantes en cuestión habían sido considerados por la Estirpe como guerreros formados por experiencias difíciles, traumáticas y hasta macabras, que, aunque los habían fortalecido para la lucha, también los habían colmado de demonios interiores, representados por el animal mitológico impreso en sus cuerpos. A su vez, para que el don de la transformación se manifestase, primero debía ocurrir *la activación* del legado. Esta marcaría el inicio de la carrera contra la dominación de la bestia de cada uno. En Damián la activación de su dragón ya había sucedido unos meses atrás, indicando que su trabajo interior había logrado pulsar la campana de largada, mientras la de Triel permanecía aún en silencio, ya que él no estaba listo para su toque.

La transformación de un guerrero en una bestia, si bien era un arma

efectiva contra sus enemigos por la implacable fuerza y voracidad incrementada que adquiriría el cuerpo en medio de una lucha mortal, también era una espada de Damocles. Mientras durara la conversión, el cuerpo de la bestia requeriría de un consumo de energía tan enorme que, al producirse la vuelta a la normalidad, el caminante debía padecer durante varias horas un devastador tormento, que lo volvía vulnerable a cualquier ataque o situación difícil, hasta volver a la calma y al orden. Astos les había explicado que el día que ambos hermanos lograran vencer sus miserias interiores sería el momento en que los guerreros desactivarían para siempre el legado, alejándose finalmente de las bestias, para dar paso a guerreros con virtudes y dones mentales y espirituales más evolucionados.

—¿Qué es lo que pasa? —se alzó la voz de Damián evidenciando su enfado mientras miraba a Gabriel, Ruryk y Metanón con los ojos ensombrecidos—. Espero que se trate de algo importante, porque he tenido que cancelar una investigación clave.

—Se trata de un video que, al parecer, es importante para la Estirpe —explicó Gabriel, tratando con su tono de voz de suavizar al caminante—. De serlo, llamaremos a los jefes.

Entraron al salón, donde en el centro se desplegaba una mesa de gran tamaño alrededor de la cual se sentaron. En la pared había una pantalla gigante donde se llevaría a cabo la proyección del video. Metanón se inclinó y prendió una tableta apoyada sobre la mesa que, a su vez, estaba conectada a la pantalla. Antes de iniciar la proyección, comentó:

—El video ha sido tomado por la cámara del teléfono móvil de un agente especializado de la Estirpe, Alexander Nygaard, que trabaja para la organización de Aarhus, la segunda ciudad de Dinamarca. Desde que Gabriel anunció hace un año y medio que sus sueños lúcidos mostraban a una mujer que parecía ser de la Estirpe y que podría tener que ver con uno de los símbolos, se ha originado un despliegue de agentes de la Estirpe en diferentes partes del mundo para tratar de dar con ella.

Todos asintieron en silencio. La Estirpe de Plata contaba con un ejército

de guerreros especialmente entrenados y que colaboraba con los *silverwalkers* en su lucha contra los caídos, ya que estos, además de luchar por las almas de la Estirpe, también lo hacían para apoderarse de lo que los caminantes hacía tanto tiempo venían buscando: el primer símbolo. Este formaba parte de las profecías, las cuales aseguraban que la obtención por parte de los caminantes de *cinco símbolos* desparramados por el mundo permitiría desarrollar y expandir la Estirpe de Plata y la casta de los caminantes a un grado inimaginable. Y Gabriel era el *guardián* del primer símbolo revelado en sus sueños.

Gabriel miraba expectante la pantalla vacía, esperando dilucidar si el video no solo revelaría algo acerca del símbolo, sino también sobre qué o quién era Aniel. No pudo evitar pensar de inmediato en la mujer con la que copulaba noche tras noche, de la que solo veía los ojos, el cabello y parte de su figura. Ella, sin duda, pertenecía a la Estirpe de Plata por el resplandor plateado que emanaba de los ojos y la cabellera.

Metanón inició la proyección del video y, de inmediato, fue a sentarse junto con los demás. La película mostraba a una joven de cabello rubio miel junto a otra de cabellos color fuego, sentadas en una fuente ubicada en el centro de la ciudad danesa, al lado de una enorme iglesia. Las dos mujeres charlaban y reían como dos chicas comunes; no obstante, la belleza de ambas las distinguía de las demás. En el video, el agente Nygaard había editado las diferentes partes que él había filmado e intercalado explicaciones sobre lo que le había parecido importante.

—Me ha llamado la atención lo que ocurre a continuación, mientras las dos mujeres se hallan rezando dentro de la iglesia Domkirken.

En efecto, se veía a las dos chicas sentadas en una iglesia y parecían rezar o meditar. Al cabo de un rato de permanecer inmersas en su silencio, comenzaron a irradiar, sobre todo la mujer de cabellera rubia, un aura de color plateada incandescente muy fuerte, más de lo que la gente de la Estirpe acostumbraba a manifestar. El aura se volvió extremadamente potente a medida que la meditación se hacía más profunda. La aureola que desprendía

la mujer pelirroja no era tan intensa sino casi transparente, lo cual también era indicio de un tipo especial de irradiación que los caminantes no habían visto antes.

—Impresionante —musitó Metanón mientras seguía el video sin pestañar.

Ambas aureolas desaparecían al momento de terminar la meditación y abrir las mujeres los ojos. La siguiente imagen del video mostraba a las dos jóvenes sentadas en la fuente al lado de la iglesia. Mientras las amigas hablaban, estallaban en carcajadas que provocaban que lágrimas incontenibles brotaran de sus ojos. El *zoom* de la cámara de Nygaard detectó unas pocas lágrimas color plata que brotaron de la mujer de cabello rubio. También los ojos tenían un brillo del mismo color.

—Pero lo que viene a continuación considero que es lo más revelador —continuó diciendo la voz de Nygaard. Las imágenes mostraban a dos hombres de cabellos largos, con gafas negras de sol, enfundados en unas chaquetas de cuero negro, que se acercaban por detrás de las mujeres. La de cabellos rubios los interceptó de inmediato y, tomando a la amiga del brazo, empezó a correr. Nygaard iba tras ellos y, al cabo de unos segundos, registraba con su móvil una lucha frenética entre las mujeres y los dos hombres.

Mientras seguía con los ojos las imágenes, Gabriel sintió un deseo apremiante de proteger a la mujer de pelo rubio. El pulso y la respiración se le aceleraron casi sin control. Veía como luchaban las mujeres y no había otra manera más adecuada de calificarlas: Amazonas. Conocían el arte de defensa personal sin ninguna duda y, aunque los hombres eran fuertes y buenos luchadores, las chicas no se quedaban atrás en sus habilidades. En un momento, cuando uno de los hombres había atrapado entre sus brazos a la mujer pelirroja, se escuchó un gruñido que provino de la garganta de Metanón.

Al cabo de un par de minutos surgieron a la distancia tres hombres uniformados que venían al rescate de las mujeres. Eran policías daneses que con seguridad habían interpretado la lucha como una pelea callejera o como un intento de robo o violación. Ante la presencia de la policía, los dos

hombres emprendieron la retirada, no sin que antes uno de ellos gritara a la mujer de pelo rubio:

—¡Sabes que no puedes huir! Sácritos te tendrá y contigo al símbolo.

—Dile a ese tipo que nunca me atrapará. ¡Nunca! —contestó la chica frenética, casi sin aliento. A continuación, la amiga la sacudió por el codo y dijo a viva voz lo que Gabriel había sospechado desde un principio:

—¡Vamos, *Aniel*, vamos!

Y a toda carrera, desaparecieron.

La pantalla enmudeció. *Aniel*.

«¡Dios!». Los ojos de Gabriel se habían transformado en dos finas rayas ámbar. *Aniel* no era el nombre de un lugar, de un libro o de una película. Era el nombre de aquella criatura, que era la clave para encontrar lo que los *silverwalkers* habían estado buscando durante tanto tiempo.

Miró en derredor para constatar qué impresión habían causado *Aniel* y su amiga al resto de los caminantes. Indudablemente, todos las habían observado con detenimiento sin parpadear, pero lo que no sabía era si la figura apabullante que constituía *Aniel* provocaba en los demás lo mismo que en él. El cuerpo de Gabriel había respondido ante la imagen de la mujer de manera descontrolada. Pudo reconocer de inmediato la cabellera, los ojos verde mar con reflejos de plata y el esbelto cuerpo. Ella no solo llevaba la carga genética de la Estirpe de Plata, sino que era la mujer que él veía en su sueño, donde se revelaba que el tiempo para obtener el primer símbolo para la Estirpe había llegado.

Unas gotas de sudor se abrieron paso a través de las sienes y la nuca, acompañando los latidos de su corazón. Gabriel estaba preparado para la acción y lo imprevisible, y ejercía el control de las situaciones de manera absoluta y eficaz, pero lo que en este momento circulaba por su cuerpo iba más allá de lo que él conocía.

«¡Mierda!».

De la manera más inesperada, se alzaba ante ellos la pieza clave para la resolución de una parte del puzle que los *silverwalkers* estaban tratando de

descifrar desde hacía más de una centuria. Y la primera llave para acceder al conocimiento estaba allí, reflejada en la película que el ordenador había proyectado, y que también formaba parte de sus sueños. Una clave tan hermosa como peligrosa.

—Ella es de la Estirpe —dijo Damián e interrumpió sus pensamientos.

—Y sabe sobre la existencia del símbolo —continuó con voz pausada su hermano.

—Sabíamos por los sueños lúcidos de Gabriel que ella podría ser la clave en la búsqueda del símbolo, pero nunca supimos si era real. Pues aquí está ahora en carne y hueso —exclamó Ruryk señalando la pantalla vacía con las manos.

—¿Y la otra mujer? —preguntó Metanón con cierta urgencia.

—Parece que son muy unidas. No creo que sean hermanas, ya que no se parecen. Además, su español tiene acento extranjero. Quizás es danesa. Tampoco vimos sus lágrimas plateadas, aunque el brillo de la aureola que irradiaba era especial. Debemos estar seguros de si ella pertenece a los nuestros —destacó Triel.

—Sácritos quiere a Aniel y al símbolo —añadió Ruryk.

Gabriel sintió que una punzada de territorialidad aguda y furiosa le subía por el pecho al constatar que el jefe letal de los caídos la buscaba.

—Sabíamos que intentaría luchar para que el símbolo no llegara a nuestras manos, pero no contábamos con que Aniel fuese parte de lo que él desea —enfaticó Triel.

—Y ella lo sabe —dijo Ruryk en voz muy baja.

—Esto se complica cada vez más —siseó Gabriel casi ahogado de rabia y apartó la vista de la pantalla ciega, con los ojos transformados en dos llamas canela.

—Alguien tendrá que ir a Dinamarca a buscarlas.

—Yo —anunció Gabriel con voz gélida.

—Y yo —se sumó Metanón.

—¿Los dos? —preguntó Damián sorprendido.

—Son dos mujeres y encontraremos más pistas si vamos juntos —contestó Metanón terminante.

—Entonces el viaje es de ustedes. Cuanto antes salgan, mejor —dijo Damián. Se levantó de la mesa y caminó a su alrededor tocándose la barbilla con una de las manos, pensativo. Todos parecían sentir lo mismo. El sonido de un móvil interrumpió el momento. Metanón atendió al mismo tiempo que se dirigía hacia una de las esquinas del salón. Al cabo de unos minutos regresó.

—El investigador Nygaard acaba de informar que después de la pelea ha seguido a las mujeres al hotel donde se hospedan. Aún siguen allí, al menos hasta hace cinco minutos, pero es probable que lo abandonen.

—Debemos apresurarnos —dijo Gabriel.

—Espérenme un minuto —solicitó Ruryk, que abrió la pantalla de su móvil—. Los llevo a Buenos Aires en una hora —dijo luego de un rato—. Esta noche sale un vuelo desde Ezeiza a Copenhague, vía Londres.

—Llamemos antes a los jefes —enfaticó Damián, que se había detenido en una esquina de la habitación. Los cinco se miraron y asintieron. Damián volvió a sentarse a la mesa y todos, sin demora, cerraron los ojos.

1 Energía trascendente generada a partir de las acciones de las personas. Es una creencia central en doctrinas como el hinduismo y el budismo.

Capítulo 2

Buenos Aires, Argentina

Su padre grita lastimosamente como un animal agonizante. La herida del rostro se hace más profunda y la sangre gotea por la mejilla. Devastada, su madre contempla de lejos la escena a través de los ojos tristes, cuajados de lágrimas. Se voltea con cuidado y dirige la mirada hacia ella para susurrar: «Tú eres parte de aquello que salvará a nuestra familia, mi amor. Apresúrate, que casi es tarde». La cara de su madre desaparece poco a poco y entre las lágrimas surge el planeta Tierra, girando en todo su esplendor azul. El giro incrementa la velocidad haciendo que la esfera se vuelva como un remolino, mientras ella es arrastrada por una fuerza centrífuga que la lanza hacia abajo como un misil, cayendo a toda velocidad. Al hacerlo, traspasa la imagen borrosa de la Tierra, y los diferentes continentes se alzan ante sus ojos para ir desapareciendo a toda velocidad. El último en aparecer es el continente americano que, en vez de esfumarse como los otros, se acerca hacia sus ojos mostrando diferentes escenarios. Selvas, ríos y flores dominan las imágenes hasta que, al final, se oye gente riendo con estrépito, a la vez que una ciudad enorme se abre paso a su descenso con edificios de diferentes estilos arquitectónicos y carreteras repletas de autos cuyas bocinas resuenan estridentes. A lo lejos se escucha música de tango que acompaña a dos esbeltas figuras que danzan en la calle de manera sensual. Sin detenerse, las imágenes vuelven a cubrirse de árboles y arbustos de diferentes dimensiones, que rodean a aguas cubiertas de plantas sumergidas y flotantes. A partir de este momento, el descenso se vuelve suave y lento para culminar a orillas de un espejo de agua marrón, rodeado de árboles de hojas pendulares que se abrazan formando un arco.

Conoce este lugar.

«Quiero que vayas allí donde tu abuelo plantó semillas de plata», dice la

voz de su madre. Y un escalofrío la envuelve, acompañando el ruido ensordecedor de unas espadas que pertenecen a dos machos que luchan entre ellos, queriendo quitarse la vida. Altos, gigantes, no cesan de golpear las espadas enormes, emitiendo un poderoso destello de plata. Ninguno gana un centímetro para sí. La pelea es pareja. Escucha su propia voz erigirse en un grito. Silencio.

Despacio, ambos machos giran para observarla. Aquellas miradas desprenden deseo y posesión, furia y determinación. Y corren hacia ella. Siente en sus poros que quieren atraparla, pero es imperioso que no lo logren.

«Yo soy parte de la clave».

«El símbolo —vuelve a susurrar su madre desde algún lugar—. Tú eres parte de él. Que el macho no te atrape, hija. Permite el abrazo del agua y renace a tus veintitrés años».

Al dejar de escuchar a su madre, gira sobre los talones y, frenética, se echa al agua, que la envuelve y la embriaga, acunando su cuerpo mientras se sumerge. Tranquilidad, paz. Y desciende más en aquel claroscuro que la abraza en la plenitud de sus sentimientos. Euforia, dolor, angustia, pasión. Se siente amada... y que puede amar. Más abajo, más... y de repente lo ve. El macho que no conoce, ensangrentado. Sus ojos canela que irradian el brillo de plata, las pestañas larguísimas, el rostro esculpido. La mirada clavada en la suya, mientras se acerca a su padre, que renueva los gritos agudos. El sujeto se lanza sobre el cuello de su padre en un movimiento único y mortal. Ella grita y el alma se le impregna de un dolor agudo, punzante, insostenible, ante el cuerpo sin vida de su padre. El sujeto la mira y estira la mano, la cual desciende sobre su cuerpo. Mientras percibe que sus huesos son absorbidos por el manto oscuro e implacable de la muerte, ella escucha el susurro letal del macho en el oído: «Al fin te encontré».

Aniel abrió los ojos al escuchar su propio grito. Sofocada y aturdida, se incorporó en la cama y se limpió las lágrimas con los dedos. Recordar aquella tortura la devastaba. Ese sueño había venido repitiéndose cada día a lo largo

de un año y medio y la dejaba exhausta. Su padre, Ronan; su madre, Ana.

Miró alrededor y se dio cuenta de que se había quedado dormida en la cama con el televisor prendido. Se levantó, lo apagó y comenzó a practicar los ejercicios de respiración que había aprendido en un curso de yoga por internet. Quería calmarse, pero las imágenes volvieron a su mente. El sueño mostraba a las claras que su padre había sido asesinado por ese ser diabólico de ojos canela y largas pestañas oscuras. Pero ¿y su madre? ¿Estaría viva o habría muerto en esa terrible noche siete años atrás? Frustrada, se dirigió a la cocina. Se sintió mejor al refrescar la garganta con el agua de la canilla, que tomó hasta saciar la sed. Se mojó las manos y se las pasó por el cuello y la cara. Fue hacia la ventana y miró la ciudad que se desplegaba afuera: Buenos Aires.

El barrio de Belgrano donde vivía era una zona de hermosas residencias y edificios con enormes parques. Ella amaba mirar por la ventana del departamento, alejándose de los pensamientos y tratando de encontrar sentido a la vida cada día. Su corazón se oprimió de nuevo ante el recuerdo de la noche maldita y las lágrimas cayeron incontenibles por sus mejillas hasta llegar a la comisura de los labios y penetrar en el interior de la boca. El sabor salado de las lágrimas era inconfundible. Aniel arrastró el dorso de la mano por los ojos para detenerlas y las vio desparramadas en su piel como lo había venido haciendo desde hacía veintidós años, sabiendo que eran diferentes a las del resto de la gente. Lágrimas plateadas. Su padre y su madre le habían explicado que ella era especial, pero jamás le habían dado detalles.

—Te aclararemos todo tres meses antes de que cumplas tus veintitrés años. —Aniel les había preguntado muchas veces a qué se referían y ellos siempre habían respondido lo mismo:

—Sobre tus cambios, hija. Y así entenderás quién eres en realidad.

Aniel cerró los ojos ante el recuerdo de esas voces tan amadas. Las lágrimas aún no se habían agotado después de siete años en que, cada día y cada noche, los había llorado. Nunca pudo entender por qué la vida la había dejado tan sola y sin respuestas.

Sacó un pañuelo del bolsillo del pijama y se sonó la nariz. Todas las mucosidades de su cuerpo eran de color plata, incluso la menstruación. Sus padres le habían dicho que ella jamás debía visitar a un médico, ya que estos no entenderían su condición. En realidad, ella tampoco entendía por qué la vida la había hecho de ese modo. Y las palmas de las manos le empezaron a picar de nuevo. Siempre le sucedía cuando se sumergía en la profundidad de sus sentimientos. Las observó e hizo lo que venía haciendo desde que era una niña: pasó los dedos por las figuras impresas en ambas palmas. Eran idénticas, pero bastante difusas. Parecían una pirámide invertida, pero no estaba segura. Una vez había ido a una lectora de manos, solo por diversión, y cuando la mujer trató de iniciar la lectura, se había puesto pálida como un cadáver y, suspendiendo la sesión, le había devuelto el dinero.

—No puedo leerle el futuro a alguien que no lo tiene —le había dicho, y la despachó sin una palabra más. Las palmas de sus manos siempre habían sido raras para la gente que las miraba y, aun cuando para Aniel era una parte más de su anatomía, no podía dejar de reconocer que le irritaba la picazón, en especial cuando los sentimientos estaban a flor de piel. Y sobre todo cuando *ellos* venían.

Sacudió la cabeza, queriendo evitar pensar en esos seres macabros, y enfocó la atención en el parque maravilloso que rodeaba su edificio. Su vida había sido un tanto diferente a la del resto de la gente. No caía nunca enferma ni había visitado a un dentista. Si bien había tenido que ser vacunada en la escuela, sus padres le habían aclarado que solo lo permitían para no levantar sospechas sobre ella y su condición diferente al resto. Las muchas veces que se le había pedido un certificado médico para cualquier trámite, sus padres recurrían a un doctor, íntimo amigo de la familia, que los firmaba sin preguntar. Con el tiempo ella se había acostumbrado, lo había aceptado e incluso había perdido interés. Hasta hacía siete años.

Aquella noche trágica significó el reajuste de su vida a un giro que la envolvió en las garras de la muerte y la pérdida inexorable de su identidad.

Aniel miró otra vez por la ventana tratando, una vez más, que las imágenes

no regresaran. Veía a la gente caminar por las aceras amplias, sumergidas en sus propios pensamientos, algunas solas y otras con sus parejas, amigos o familias, hablando y riendo con las risas argentinas tan características, abiertas y frontales.

Siempre le había encantado Buenos Aires que asombraba a mucha gente por su aire europeo y su parecido con París. Su tránsito era intenso y bastante caótico, donde los automovilistas parecían entenderse aun cuando circulaban a toda velocidad. Había mucho colorido en las calles, a través de los parques majestuosos, los árboles imponentes y los canteros salpicados de diferentes tonos que competían con las flores exóticas provenientes de los puestitos de venta ubicados en las aceras. O a través de los colores fuertes de la ropa de la gente, que contrastaban con los pasteles más delicados y los carteles gigantes de propagandas que coronaban los edificios, con rostros latinos tan bellos, que vendían desde pasta de dientes hasta una Ferrari.

Cerró los ojos y aspiró hondo. Buenos Aires, Belgrano... Belgrano... Belgra... Bel... *San Isidro, San Isidro, San Isidro, su barrio de niña, sus padres...* y, de repente, se vio sumergida otra vez en las memorias, como si un mar de imágenes se hubiese tragado su voluntad y le recordara una vez más lo que tantas veces había tratado de olvidar.

El día que cumplió los dieciséis años.

Aniel era feliz. Vivía en una casa de tres pisos muy acogedora en ese barrio tan pintoresco, rodeada del desbordante amor de sus padres. Ellos la habían educado con tanto cariño y respeto que se había forjado en ella un carácter templado, decidido y amoroso. Y estaban plenamente orgullosos de ella.

—Hija, ¿otro premio más nos traes hoy? —le había dicho su madre la vez que había ganado una medalla de oro en gimnasia artística, mientras la abrazaba y la levantaba en vilo dándole un beso en la mejilla. En la escuela secundaria no solo se había destacado por las excelentes notas, sino también por su gran pasión por el atletismo y la gimnasia. Aniel era rapidísima y muy ágil, jamás había perdido una carrera y sus saltos habían sido memorables,

alabados una y otra vez por la gente. Había cosechado numerosísimos trofeos que la destacaban como una atleta excelente, no solo en el país, sino también en el exterior. Por ejemplo, en Dinamarca, donde había conocido a su íntima amiga Jackie en competiciones deportivas.

La destreza mental era también su fuerte: tenía facilidad para los idiomas y los números. Había aprendido el danés en un mes y podía realizar operaciones matemáticas complejas al instante. Pero no siempre las cosas habían resultado fáciles para Aniel. En sus primeros años de vida había vivido tres situaciones en las que estuvo a punto de morir. Ninguna por enfermedades, ya que no las contraía, sino por un intenso vacío interior que la había llevado a dejar de comer y no querer aferrarse a la vida. Si bien había sido muy pequeña en aquel tiempo, aún recordaba lo difícil que le había resultado respirar y alimentarse. Sus padres habían luchado con ahínco para que Aniel se enamorara de la vida, cosa que empezó a suceder cuando cumplió los siete años. Su padre le había explicado muchas veces que una personita tan especial como ella había tenido grandes dificultades para entrar y quedarse en el plano de la materia. A partir de ese instante, Aniel comenzó a transformarse en una chica mucho más fuerte que el común de las mujeres e incluso que muchos chicos. Nunca había perdido una lucha cuerpo a cuerpo con ningún muchacho, ni siquiera con los más robustos. Así, su destaque en el deporte le había otorgado una enorme popularidad que, sumada a su carácter bondadoso y estable, la habían hecho una joven muy buscada por las chicas y los chicos y, entre estos últimos, también por su extrema belleza.

—¿Has visto cómo te mira Jesper? —le había preguntado Jackie una vez que Aniel había ido a participar de un torneo de gimnasia artística en el país escandinavo—. Está loco por ti, Aniel. Y ni hablar de Anders y Mathias.

Los muchachos competían por su atención, pero ella nunca se había sentido atraída por nadie en especial. Algún que otro beso robado era su listado de hazañas amorosas, pero no era lo que más la entusiasmaba. Muchas veces se había preguntado por qué no se sentía tan cautivada por el sexo opuesto como ellos por ella. Incluso había llegado a cuestionarse si no se

sentiría más atraída por las chicas, por lo que accedió a besarse con un par de ellas. Cuando había comparado lo que una chica o un chico despertaban en ella, al final había llegado a la conclusión de que su vida en pareja —si algún día el amor golpeaba a su puerta— sería al lado de un hombre.

Sus padres, por su parte, habían sido su gran apoyo. Su padre, Ronan Mitchels, había sido un hombre increíble, dueño de una majestuosidad que impactaba a la gente con la que se cruzaba. Era alto, alrededor de un metro noventa y cinco, y corpulento. Su cabello era negro y los ojos de color verde mar emitían un reflejo plateado característico cuando se ponía emocional. Aniel había heredado no solo el color de ojos de su padre, sino también aquel brillo inusual. De su madre, Ana Mitchels, había recibido la forma alargada de los ojos, así como el color claro del cabello. Con su padre compartía también el color de las lágrimas y los demás líquidos del cuerpo. Cuando sudaban, sus pieles se volvían más brillantes que las del común de la gente, lo que había despertado más de una vez miradas curiosas. Su madre, en cambio, había sido de características normales; las lágrimas eran transparentes y la menstruación, como la del resto de las mujeres. Cuando Aniel le había preguntado el porqué de esta diferencia, su madre le había respondido, con una radiante sonrisa, que era porque ella era común mientras Aniel y su padre eran especiales.

—Tú eres más especial que todos nosotros, mi amor —había contestado su padre una vez a su mujer, mientras la abrazaba amoroso y le daba un beso en la frente. Su madre le había regalado una sonrisa llena de amor ante el comentario, mientras apoyaba la cabeza en su hombro y lo miraba con los ojos celestes increíbles que su padre tanto adoraba. Él siempre le había dicho a Ana que lo que lo había terminado de enamorar definitivamente de ella fue aquel día en que él la vio alzar los ojos al cielo y no pudo distinguir a este de sus pupilas. Ellas y el cielo eran uno.

Aniel había contemplado a menudo el profundo amor que sus padres se tenían. Siempre había existido esa pasión escondida, reveladora en sus ojos, y ella había sabido que cuando cerraban la puerta de su habitación se unían con

avidez. Los había escuchado en más de una ocasión por detrás de la puerta, y lo que se oía era de verdad estimulante. Aniel se había sonrojado, aunque no había podido evitar sonreír al recordar los gemidos apasionados que emitían y lo hermosos que se veían cuando después de un par de horas reaparecían duchados y con una expresión radiante en los rostros. Aniel se preguntaba algunas veces, si ella sería algún día tan feliz como ellos y si encontraría a alguien a quien amar de la misma forma en que sus padres lo habían hecho.

En la familia reinó casi siempre una enorme paz y felicidad, pese a que también había habido momentos de enorme tristeza, sobre todo cuando murió la hermanita menor de Aniel. La niña había fallecido a las pocas horas de nacer por muerte súbita, según los médicos habían diagnosticado. Aun cuando Aniel no recordaba con detalle aquellos días, ya que solo tenía tres años de edad, sí podía rememorar el profundo dolor y tristeza en los ojos de sus padres. Ronan había cuidado y asistido a Ana con todo su amor, mientras trataba de no dejarla de lado a ella en sus afectos. A su madre le había llevado alrededor de cuatro años superar la muerte de su hijita. Aniel había sido la mayor de las razones por las que Ana hubiese decidido avanzar en la vida, sobre todo porque en ese tiempo Aniel aún parecía tener dificultades para quedarse en la materia.

—He perdido una hija, pero por nada del mundo perderé a la otra —había gritado Ana un día a Ronan mientras él la abrazaba consolándola. Así era el amor de sus padres: enorme en las buenas y en las malas. Y Aniel se sentía orgullosa de lo que había recibido de ellos. Le habían entregado los regalos más preciados que cualquier hijo pudiera esperar: estabilidad, amor y felicidad, aún en los momentos de dolor. Y una enorme pujanza. Los había visto salir adelante en los momentos más difíciles y eso había quedado grabado en lo profundo de su corazón.

Sí, la vida había sido generosa con ella. Suspiró. «Hasta aquella maldita noche».

Su madre y su padre cenaban en la casa con ella conmemorando sus dieciséis años. Habían preparado su comida preferida, así como una torta

exquisita, sobre la cual descansaba su regalo: un pasaje de ida y vuelta a Dinamarca para visitar a su amiga Jackie.

Aniel, con una sonrisa radiante y feliz, se había dispuesto a pedir los tres deseos que cada año solicitaba antes de soplar las velas, cuando percibió que su cuerpo se tensaba y una especie de electricidad comenzaba a circular por su interior. Las palmas de las manos comenzaron a picarle y la respiración se le entrecortó como jamás antes. Había mirado a su padre, que parecía manifestar el mismo aturdimiento que ella, mientras los ojos se le ponían plateados. Nunca había visto el semblante de su padre de aquella manera, como tampoco había sentido su propio cuerpo reaccionar así. Su madre, confusa, los observaba a los dos mientras su padre, sin demora, se había puesto en acción. Levantándose de la mesa con el rostro cubierto de una expresión gélida, les ordenó a viva voz salir de allí enseguida. Un segundo después, la casa se había sacudido y un tremendo estallido de cristales llenó la habitación y provocó que los cuerpos de los tres salieran despedidos hacia atrás. Una bomba.

Aniel cayó con violencia contra una pared. Maltrecha, miró a su alrededor y donde antes el ambiente había sido diáfano y amoroso, en un instante se había transformado en un caos de ventanas rotas, restos de paredes, polvo, humo y, lo peor, los gritos de destrucción y muerte que, de repente, emergieron junto con unas siluetas enormes y descomunales

Aniel había llamado desesperada a sus padres, pero lo único que escuchó fueron gritos, corridas y el sonido metálico de espadas que chocaban unas con otras. ¿De dónde había salido gente en pleno siglo xxi, que luchaba con espadas? De súbito, había escuchado el grito de su padre que la paralizó y, en medio de aquella locura, lo vio luchar contra dos hombres, también con una espada en la mano. ¿Desde cuándo su padre sabía usar una espada? ¿Y de dónde la había sacado? Miró aterrada hacia todos lados mientras continuaba llamando a su madre a alaridos. Pero no había ninguna señal de ella.

De repente, se vio sacudida por un brazo que la envolvía por la cintura y la levantaba del suelo para llevarla como a un paquete. Frenética, había tomado

conciencia de que aquellos maleantes querían secuestrarla y, sin ninguna duda, matarla. Aniel luchó con todas sus fuerzas, debatiéndose, pateando y tratando de morder el brazo masculino que parecía inamovible. Había gritado fuera de sí, hasta que vio a su padre derribar a los dos enemigos y lanzarse sobre el atacante que la tenía aferrada bajo el brazo. Cerró los ojos y, un momento después, fue lanzada al suelo, donde cayó como un saco de papas.

Su progenitor había dado en el blanco. Abrió los ojos y lo vio enzarzado en una batalla con el sujeto enorme, hermoso y de mirada asesina.

—¡Ni se te ocurra tocarle un pelo, desgraciado! —había gritado su padre, trabando una intentona de su contrincante.

—Ella es mía —contestó el gigante sin amilanarse.

—¡Jamás, Sácritos, jamás!

Ese Sácritos era un tipo enorme, corpulento, de hombros y muslos anchos y firmes. El cabello negro, largo y ondulado le caía hasta los omóplatos. Los ojos eran también negros y su piel cetrina parecía como si no hubiera tenido contacto con el sol desde hacía mucho tiempo.

Aniel oyó pasos acercándose a sus espaldas y cuando giró la cabeza, vio a otro intruso que venía directamente hacia ella para atraparla. Echó mano de sus cualidades atléticas y corrió por la habitación, saltando y brincando, tratando de impedir que el tipo la acorralara. En su carrera había observado que su padre seguía luchando contra Sácritos, con evidentes signos de cansancio. Y supo que tenía que ayudarlo de alguna manera. Cuando tuvo la oportunidad, con el sujeto aun corriendo tras ella, se impulsó con un salto mortal que la elevó como una paloma en pleno vuelo para caer de bruces sobre los hombros de Sácritos. Lo derribó, no sin antes ser arrastrada por él para acabar rodando entrelazados por la superficie dura y fría del suelo. Sácritos terminó bajo ella y la miró confundido. Aniel pudo apreciar entonces el rostro impresionante, apuesto, casi perfecto, pero con esa mirada tan gélida y letal que congeló la sangre de sus venas. Sácritos la aferró por los hombros con fuerza y, presa del dolor y la desesperación, Aniel le había clavado la rodilla en la entrepierna, lo que provocó que el tipo maldijera furioso

mientras la soltaba. Antes de que pudiera apresarla de nuevo, Aniel saltó hacía atrás y corrió hacia su padre. La escena que se presentó ante ella no la olvidaría jamás. Dos hombres se habían sumado al sujeto que la había estado persiguiendo para reducir el ataque de su progenitor. Lo tenían de cuclillas, sosteniéndole los brazos, y uno de los miserables le mantenía gacha la cabeza presionando el antebrazo sobre la nuca. Aniel se detuvo en seco y, desesperada, prorrumpió en lágrimas sin saber qué hacer.

—¡Papá! —había gritado.

—Corre, hija, corre. ¡Que no te atrapen! —chilló su padre como un animal furioso. Y aquella orden taladró su mente. Al mirar hacia Sácritos, que se levantaba lleno de odio y la observaba, había comprendido que esa mirada trazaría el destino de lo que sería su vida de allí en más—. ¡Corre, Aniel, corre por el amor de Dios! —insistió su padre, incapaz de moverse.

Sácritos la hipnotizó con el fulgor de sus pupilas mientras se acercaba con sigilo hacia ella. Uno de los hombres también quiso hacerlo, pero Sácritos levantó el brazo para detenerlo.

—Que nadie la toque. Esto es entre ella y yo. —Y siguió caminando hacia Aniel.

A su vez, ella seguía paralizada ante la mirada oscura como un grito de muerte. Las lágrimas le caían incansables de los ojos a la vez que escuchaba el galopar de la sangre de Sácritos por sus venas y los latidos desenfundados de su corazón.

—Aniel, ¡corre! —Otra vez aquel grito doloroso, que trataba de volverla a la realidad. Una realidad de la que Aniel no quería formar parte. Una que le mostraba que estaba perdiendo a sus padres.

—Moriré contigo, papá —había susurrado Aniel.

—¡No! Te encontraremos, hija. Confía en mí. ¡Pero vete ya!

El último bramido de su padre fue tan intenso que Aniel despertó del letargo. Sácritos se hallaba a unos pasos de ella.

—Tranquila, chiquita, no vas a ningún lado. Este es tu lugar, conmigo —dijo con una sonrisa irónica en los labios. Pero Aniel negó con la cabeza y

saltó por sobre el cuerpo de Sácritos para caer detrás de él. Aprovechando la confusión de este, había girado sobre los talones y corrido hacia los tres tipos que sostenían a su padre. Logró pegarle una patada a uno, que lo derribó hacia un costado, y luego al otro. En un instante, Aniel pateaba y saltaba sobre ellos, sin saber bien qué hacía. Solo quería liberar a su padre, alejarlo de aquellos asesinos. Pero la muralla que la abrazó desde la espalda interrumpió su ataque. Aniel se había debatido frenética entre sus brazos hasta lograr girar el cuerpo para atacar los ojos negros y mortales con las uñas. Sácritos esquivó como un animal entrenado cada una de sus embestidas. Estaba tan furiosa que no fue consciente del dolor que sentía en la cara, en las muñecas y en los labios. El tipo la cacheteaba y buscaba amordazarla con los brazos, pero ella luchó con renovadas fuerzas y se sintió como jamás en la vida: sanguinaria.

Captó el sabor de la sangre en los dientes, lo había mordido en algún lugar. Sus brazos la envolvían, la sofocaban, pero siguió luchando, debatiéndose, atacando cualquier músculo que se pusiera a su alcance. Debía salvar a sus padres. Volvió a escuchar los gritos de su progenitor y se enardeció aún más. Sin saber cómo, logró escabullirse de aquellos brazos, pero el individuo la aferró de la muñeca antes de que pudiera dar un paso más. Cuando caía otra vez sobre el pecho fuerte y frío como un muro, atacó el cuello lleno de venas con las uñas, clavándolas y arrastrándolas profundamente hacia abajo, abriendo heridas sangrantes. Arrancó de la garganta del hijo de puta un grito de dolor que le dio deleite. Pero al instante, había salido despedida con violencia hacia atrás para caer contra una pared con un boquete a su lado que daba al vacío y que evidenciaba lo que alguna vez había sido un gran ventanal del tercer piso. Sácritos estaba furioso y le había pegado con tal fuerza, que la desparramó como a una muñeca. Aniel miró a su alrededor, pero no vio ni a su madre y tampoco a su padre esta vez.

—Ya ves, gatita, hagas lo que hagas, tus padres no sobrevivirán —había sentenciado Sácritos sonriente, mientras se dirigía hacia ella. Aniel ya no tenía más fuerzas. Apenas podía ver a su alrededor por lo inflamados que

tenía los ojos. Sabiendo que estaba a punto de desmayarse, los cerró para entregarse a su destino macabro.

Sin dejar de escuchar los pasos del gigante que se acercaban, sintió que con ellos se sumaban los golpes apresurados de los latidos de su corazón. Y cuando todo era una confusión de sonidos a su alrededor, había escuchado una voz en el interior de su mente. Una voz que jamás hubiera esperado volver a escuchar y que endulzó su alma. La de su abuelo Johan.

«Si quieres salvarlos, nieta adorada, corre y huye de él. Ya».

Con el corazón latiéndole a toda velocidad y presa del impacto que la voz había causado en ella, Aniel se enjugó las lágrimas. Observó por última vez a Sácritos y, cerrando los ojos, saltó al vacío.

Capítulo 3

Gabriel y Metanón viajaban a Copenhague en el vuelo que Ruryk les había conseguido. Lo hacían en primera clase, saboreando un exquisito champagne y unos bocados deliciosos que las azafatas les habían entregado en medio de sonrisas seductoras. Siempre que los *silverwalkers* salían al mundo de la realidad terrenal, recibían miradas sensuales, guiños de ojos o bocas abiertas ante su belleza. Y esa vez no era la excepción.

Gabriel y Metanón eran un formidable espectáculo para la platea femenina. Su amigo lo disfrutaba ya que era un seductor, pero Gabriel no tenía ninguna intención de caer en esos juegos, ya que sus pensamientos estaban centrados en la charla con los jerarcas y en la apabullante revelación del video. El solo recordar a la mujer de ojos verde mar le provocaba una erección entre las piernas. Tenía un poder sexual apabullante sobre él y saber que ella era un ser real, de carne y hueso, a la que tendrían que atrapar para apoderarse del símbolo, lo estaba sacando de quicio y de su tanpreciado equilibrio.

Los *silverwalkers* habían invocado la presencia de los jerarcas de la Estirpe antes de su partida para transmitir lo que les había sido revelado y también para hacer preguntas sobre las profecías. Era un tema que los jerarcas trataban con mucho cuidado. Los caminantes no sabían la razón exacta de por qué ellos guardaban esa información con tanto recelo, pero esa noche los caminantes habían necesitado respuestas.

Los cinco habían entrado en un estado de comunicación telepática que había permitido abrir un portal en el centro de la mesa, del cual surgieron las imágenes de los padres de Gabriel: los jerarcas Marcos y Perla. Iban vestidos de blanco y los rodeaba un halo platino de una vibración superior a la de los caminantes. Ellos habitaban en la multidimensionalidad, un mundo de gran valor espiritual desde el cual protegían y hacían cumplir las leyes universales

de la Estirpe de Plata para impulsar su mayor evolución.

—*Bienvenidos, hijos* —saludaron con ojos bondadosos. Los cinco caminantes doblaron las cabezas en señal de respeto y contestaron el saludo.

—Necesitamos hallar respuestas —dijo en tono firme Triel.

—*Adelante* —invitó el jerarca Marcos haciendo una clara señal con la mano.

—Hemos encontrado a una mujer de la Estirpe, llamada Aniel Mitchels —explicó Gabriel con voz fuerte y clara—. Es la misma mujer que se me ha revelado en sueños desde hace un año y medio, y que tiene relación con uno de los símbolos que buscamos. Sácritos también va tras ella.

Los jerarcas se miraron y, al instante siguiente, Perla tomó la palabra.

—*O sea que el primer símbolo podría estar cerca de tus manos, Gabriel.*

—Solo si ella nos lo entrega de buena gana. Hemos visto cómo ha luchado contra los caídos para defenderlo.

Los jerarcas volvieron a mirarse y, luego de asentir con la cabeza, dirigieron su atención a los caminantes.

—*Es necesario que les brindemos una nueva información, muy importante para ustedes como grupo* —Los caminantes se habían removido inquietos ante las palabras del padre de Gabriel—. *Desde hace más de cien años —prosiguió—, se ha anunciado, a través de las profecías, que en este tiempo de la Tierra los silverwalkers se enfrentarían a un proceso de transformación de la Estirpe, que traería conflictos y luchas de poder desde la dualidad, la cual trataría de evitar que una conciencia más integrada se establezca en el ciclo evolutivo de la Estirpe. También se dijo que, para esta transformación, era necesaria la reunión de cinco símbolos maestros enviados al mundo de la materia por nuestros ancestros de la Orden Superior. Su hallazgo sería la clave maestra para que la casta de los silverwalkers pudiera elevar no solo su propia frecuencia vibratoria, sino también la de toda la Estirpe de Plata, lo cual permitiría su mayor desarrollo evolutivo. Si bien estos cinco símbolos son desconocidos para ustedes, su trabajo de aquí en más consistirá en aprender a identificarlos y reconocerlos. Pero no será una tarea fácil, ya que*

cada símbolo está bajo la protección de una mujer guardiana que hará todo lo posible por resguardarlos. Una de ellas es la joven Aniel.

Los cinco *silverwalkers* quedaron absortos en sus propios pensamientos. Gabriel intuía que la guardiana del primer símbolo no solo significaría para él lo que su padre había mencionado, sino también que podría llegar a ser el motivo de un gran cambio en su vida.

—¿Y de dónde salieron estas mujeres guardianas? —preguntó Ruryk.

—*Como dije, son las almas elegidas por nuestros jefes ancestrales para proteger a los símbolos. Por qué son mujeres y por qué son ellas las elegidas, no lo sabemos.*

—Pero ¿cómo tenían los caídos conocimiento de que Aniel Mitchels es la clave para encontrar el símbolo? —interrumpió Gabriel—. ¿Nos llevan ventaja en la información sobre los símbolos?

—*Deben tener alguna fuente de datos tan fuerte como tus sueños, hijo* —contestó Perla. Gabriel se había quedado pensativo ante las palabras de su madre, pero su padre interrumpió sus cavilaciones:

—*Durante este proceso de cambio, habrá almas de los planos astral y físico que intentarán impedir que ustedes cumplan su objetivo. Por eso, es cuando más atentos y preparados deben estar. Ahora es el momento de demostrar la capacidad silverwalker, la que se podrá ver multiplicada en poco tiempo.* —Los caminantes se habían observado entre ellos, tratando de comprender a qué se refería el jefe con lo último que había expresado. Adivinando su confusión, Marcos prosiguió—: *Hay una nueva revelación que pertenece a las profecías y que nosotros, los guardianes de la sabiduría ancestral, hemos protegido con profundo recelo hasta este momento. Esta revelación solo podía ser difundida cuando el tiempo de ustedes fuera el adecuado. Y ahora lo es.*

—¿Y qué es lo que deben informarnos? —La voz de Damián evidenció curiosidad y preocupación.

—*Que en esta era de cambios, será de vital importancia para cada uno de ustedes, silverwalkers, encontrar a sus «señoras álmicas de plata». De la*

misma manera que muchos de los miembros de la Estirpe se han emparejado con las señoras y señores álmicos correspondientes, conformando parejas únicas e irrepetibles, ahora les ha llegado el turno a ustedes para experimentar algo similar. Las señoras álmicas de plata no solo son mujeres únicas, con una biología excepcional y compatible exclusivamente con la de ustedes, sino que, además, sus almas unidas a las suyas generarán una unidad de conciencia muy superior dentro de esta casta y de toda la Estirpe...

—¿Qué? —había interrumpido Triel enérgico.

—Déjanos terminar, hijo —pidió el jerarca y continuó—: *La existencia de estas mujeres a su lado significará, para cada uno de ustedes, alcanzar un estado de completud tal que los hará más eficaces en las misiones que lleven a cabo. Elevarán su poder como guías de traspaso de almas, a la vez que tendrán acceso a un conocimiento superior de conciencia sobre la casta y la Estirpe.* —El jerarca se detuvo y observó a los caminantes que no movían un solo músculo de sus rostros—. *Y lo más importante: esa reunión será considerada un hecho sagrado a tal extremo que solo podrán gozar de una entrega total y absoluta de su ser y de sus cuerpos a su lado.*

—¿Qué está queriendo decir con exactitud, jerarca? —siseó Triel.

—*Que la unión de los señores álmicos es tan extraordinaria que cualquier hecho que afrente contra ella conllevará una serie de implicancias que podrían llegar a ser extremas en algunos casos. Si ustedes o sus posibles señoras álmicas, por ejemplo, copularan con otras esencias, se desencadenarían reacciones corporales que traerían consecuencias claras en la continuidad de la casta. En ustedes, como hasta ahora, se manifestaría la imposibilidad de eyacular y, en sus señoras álmicas, la esterilidad e incluso, en la mayoría de los casos, la muerte.*

—¡Por Dios! —exclamó Ruryk.

—*Es la manera que tiene la biología de nuestra raza de evitar la reproducción de almas que no sean afines a la casta y de mantener la pureza de la genética silverwalker.*

—¿Están diciendo que podremos procrear? —había preguntado Metanón absorto, con las cejas levantadas.

—Sí, si deciden encontrar y aceptar a las señoras álmicas que les corresponden.

—Pero ¿qué hay de nuestro trabajo como *silverwalkers*? ¿Qué tienen ellas que ver? —expresó Damián, confundido.

—A partir de ahora, la misión de cada uno de ustedes no solo implicará entregar las almas de nuestra Estirpe a los planos superiores y encontrar los símbolos, sino también comprender y aceptar «el camino del reconocimiento». Este implicará el reconocimiento de la pareja complementaria más el acto sublime de la procreación. Una nueva raza de *silverwalkers* surgirá con una nueva conciencia y comprensión, la cual no solo perfeccionará el modo de operar de la casta, sino que también impulsará su evolución hacia niveles superiores —había concluido el padre de Gabriel.

Los cinco caminantes se quedaron en absoluto silencio, incapaces de decir o hacer algo. Ninguno de ellos estaba preparado para dedicar su vida a una sola mujer, menos que menos a una especial con la que tuvieran que continuar el resto de sus vidas y con la que pudieran procrear. Pero Gabriel había sabido de inmediato que lo que estalló en su interior cuando vio el video de las chicas en Aarhus afectaría, de ahí en más, las decisiones futuras que tomara sobre su vida y su rol como *silverwalker*.

—¿Y los símbolos? —preguntó Damián.

—Ya dije que no será fácil reconocerlos a simple vista, incluso aunque los tengan frente a los ojos.

—¿Nos podrías dar más pistas, padre? —solicitó Gabriel—. Nunca comprendí por qué nuestros ancestros decidieron esconder los símbolos de nosotros.

—No puedo decirles demasiado, salvo que todo forma parte del proceso de aprendizaje y evolución de ustedes, Gabriel. Los símbolos que nuestros ancestros han enviado a buscar pertenecen al linaje de nuestras familias y

ustedes son los únicos capaces de hallar la manera de que ellos vuelvan a ustedes. Pero para poder captarlos, deben estar atentos y con los ojos abiertos. También necesitarán descifrar sus códigos para acceder a la sabiduría que ellos guardan y que es la clave para el desarrollo y expansión de nuestra Estirpe.

—Y hay algo más que deberán tener en cuenta —La voz de la jerarca Perla hizo que todos la miraran interrogantes, salvo Triel, que parecía ser el único que mostraba evidente fastidio sobre ese tema al permanecer con la vista gacha—. El reconocimiento por parte de sus señoras álmicas hacia ustedes no necesariamente será un hecho instantáneo. Ellas pertenecen a las almas que están enlazadas a ustedes por un poderoso y delicado entramado de finas hebras de plata, que permitiría su reunión. Pero no todas ellas son conscientes de esto, por lo que el camino del reconocimiento puede demandar tiempo y esfuerzo. Y más de una batalla campal. Es el precio de avanzar y crecer.

—¿Quiere decir que existe la posibilidad de que ellas no deseen estar con nosotros? —preguntó Ruryk, sorprendido.

—Así es. Al menos al principio.

—¿Tendré que ir corriendo detrás de la supuesta mujer que el destino me ha enviado?

—No hay necesidad de que corras si logras que ella venga a ti, Metanón.

—El jerarca Marcos había sonreído al contestar.

—Lo último que deseo es encontrar a una mujer a la cual pertenecerle —dijo Ruryk.

—El encuentro y reconocimiento con la señora álmica supondrá experimentar un amor en donde nadie pertenece a nadie. Se tratará, en última instancia, de una elección.

—Me niego de manera rotunda a encontrarme con una mujer que sería mi señora álmica —siseó Triel mientras se levantaba de la mesa y se dirigía a una esquina de la habitación para servirse algo para tomar.

—Elección, Triel —repitió Perla esta vez con cierta severidad.

—Aun no comprendo acerca del trabajo de ellas con nosotros —insistió Damián.

—*Esa es una respuesta que vendrá con el tiempo.*

—¿Y a qué se refieren con esa completud que experimentaremos con ellas?

—*Por ahora hemos dicho todo lo que necesitaban oír, caminantes. Hay respuestas que solo ustedes mismos podrán hallar* —susurró la jerarca Perla mientras observaba cómo Triel se pasaba los dedos por la cabellera retirándosela hacia atrás en un acto concreto de fastidio—. *Queridos hijos, debemos retirarnos* —anunció y añadió mirando a su hijo con infinito amor—: *Ha llegado el momento, Gabriel. Encuéntrala.*

Gabriel se estiró en su asiento interrumpiendo sus pensamientos. El avión era cómodo, pero no lo suficiente para su tamaño y el de Metanón. Su amigo dormía plácidamente, pero él no podía dejar de pensar en todo lo que se había dicho en la reunión. Al cavilar en la posibilidad de encontrar a una señora álmica de plata, vino a su mente la imagen de Aniel y su polla volvió a erguirse como un mástil. ¡Dios! Eso no estaba dentro de sus planes. Aniel era la guardiana del primer símbolo, pero ¿sería ella, a su vez, una señora álmica? ¿*Su* señora álmica? Gabriel respiró hondo y se obligó a sí mismo a pensar en otra cosa. El dolor que ocasionaba la erección de aquello que se erguía entre sus piernas y el presionar sin recelo sobre los pantalones hacía imposible que se sintiera de buen ánimo así que, para distraerse, se sumergió en los videos de la simpatiquísima comedianta Belu Lucius.²

2 : Artista y comedianta argentina casada con el empresario y jugador de la Selección argentina de rugby, Javier Ortega Desio.

Capítulo 4

Aarhus, Dinamarca

—Ese idiota de Sácritos va tras de ti otra vez —dijo Jackie alarmada. Iban en un taxi rumbo a un nuevo hotel de la ciudad luego de la reyerta que habían tenido con aquellos hombres.

—Lo sé —susurró Aniel.

—¿Tienes tu pasaporte y tu dinero aquí?

—Sí. Lo único que ha quedado en el otro hotel son nuestras ropas, pero podemos comprar nuevas —dijo Aniel mientras se aferraba a su mochila y no dejaba de mirar a su amiga. Las permanentes huidas habían vuelto a Aniel previsoras y sabía muy bien qué era lo más importante que debía tener entre sus manos en el preciso instante de escapar. Por ello, había escondido pasaportes y dinero en distintas partes del mundo. Sacudió la cabeza y colocó la mano en el antebrazo de su amiga—. Gracias porque has decidido ir a un hotel conmigo desde el día que he llegado de Buenos Aires. No podíamos arriesgarnos a ir a tu casa, Jackie, porque si estos hombres la hubiesen detectado, habría sido imposible sacárnoslos de encima y, sobre todo, te habrían atormentado a ti de aquí a la eternidad. En cambio, vivir estas dos semanas en hoteles nos permitirá despistar a los criminales sin arriesgarte.

—Siempre contamos con la posibilidad de percibirlos a cierta distancia —dijo Jackie.

—Sí, pero hoy no los detecté tan rápido como otras veces. Creo que es porque estaba muy concentrada en mi meditación.

—A mí me sucedió lo mismo. Aunque nunca fui tan buena como tú para detectarlos.

—Es bueno que nos tengamos la una a la otra —susurró Aniel sosteniéndole la mirada con el resplandor de los ojos plateados. Su amiga le devolvió la mirada con ternura:

—Estamos para ayudarnos y apoyarnos, Aniel. Yo también tengo *mis sueños lúcidos* y juntas podremos decodificar los tuyos, los míos y escapar de esta manga de locos.

Aniel suspiró y tomó la mano de Jackie. Se sentía tan bien de tenerla cerca. Era tan poca la gente en la que se atrevía a confiar que la presencia de ella le daba alegría a su espíritu y fuerzas para tratar de hallar las respuestas a sus sueños y afrontar lo que el futuro decidiese para ella misma, sobre todo lo relacionado con su madre, Ana. Aquella noche en la que había logrado escapar de Sácritos, había sido la última vez que había sabido de sus padres. Los había buscado con intensidad en esos años, pero jamás había podido dar con ellos. Aniel había creído durante mucho tiempo que Sácritos los había matado, pero desde que sus *sueños lúcidos* habían regresado, le habían mostrado otra verdad igualmente dolorosa. Su don había nacido con ella. Se llamaban *lúcidos* porque, cuando soñaba, se sentía como si estuviera despierta y era consciente de lo que ocurría en ellos recordándolos a la perfección al despertar. Estos sueños le mostraban alguna situación que debía resolverse y siempre se cumplían.

Y desde hacía poco más de dieciocho meses, soñaba de manera constante con uno en concreto en el cual no solo aparecía Sácritos, sino también otro hombre contra el cual aquel luchaba y que, sin clemencia, mataba a su padre y se lanzaba a perseguirla a ella para lograr el mismo fin.

Había estado tan asustada durante todos esos años que solo la presencia de sus amigas había sido su mayor consuelo y esperanza de supervivencia. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—¡Oh, no! ¿En qué estás pensando? —preguntó Jackie alarmada.

—En que la niña de dieciséis años que fui, feliz y rodeada de tanto amor, se ha transformado en una chica de veintidós llena de amargura, rabia, dolor y soledad. Con las únicas que puedo formar alianza es con ustedes.

—Aniel, siempre podrás contar con Maia, con Brenda y conmigo —dijo Jackie y la miró con dulzura—. Aunque estamos lejos las unas de las otras, permaneceremos unidas eternamente.

Jackie tenía razón. Existía entre ellas un lazo mágico que las había unido desde niñas y que las mantenía inseparables, aun cuando no pudiesen verse tan seguido. Jackie vivía en Dinamarca y Maia en México. De Brenda hacía alrededor de un año que no sabían nada, salvo que había vivido un tiempo en California, pero luego parecía que la Tierra se la hubiese tragado. La amiga fantasma del grupo. Las chicas le habían mandado mails, llamado por teléfono, enviado cartas, pero no habían obtenido respuesta. A pesar de su silencio, Aniel sabía que en algún momento ella aparecería en sus vidas de nuevo. Brenda era una amiga muy especial. Su vida y su trabajo eran un permanente secreto para todas ellas, pero habían aprendido que la amistad con Brenda era de ese modo y se limitaban a esperar a que ella regresara alguna vez.

Aniel suspiró. Debía aceptar que esa era su realidad y tenía que seguir adelante con ella.

—Vamos, Jackie —susurró—. Vamos y continuemos con nuestro destino.

Capítulo 5

Después de llegar al aeropuerto Kastrup de Copenhague, Metanón y Gabriel habían tomado otro vuelo hacia la ciudad de Aarhus. Durante el viaje habían aprendido acerca de las diferentes zonas, edificios y lugares de esa ciudad que podían significar posibles puntos de encuentro con las mujeres y los caídos. También sobre los distintos aeropuertos, estaciones de trenes, ferris y autobuses de Dinamarca desde donde podían valerse de los medios de transporte para huir.

Apenas arribaron, fueron recibidos por el agente Nygaard, que los esperaba en una robusta camioneta Volkswagen Amarok. Los había llamado cuando ellos habían hecho escala en Londres explicándoles que, como se habían imaginado, después del enfrentamiento con los caídos las jóvenes habían cambiado de alojamiento. Se habían alejado del centro para alojarse en un hotel ubicado en la zona de Brabrand, en los alrededores de Aarhus. Y hacia allí se dirigieron Metanón y Gabriel. Habían planeado con cuidado los siguientes pasos, con la intención de poder observarlas sin que ellas se diesen cuenta.

Al llegar al hotel, y luego de despedirse del agente, tomaron una ducha para refrescarse y, sin perder tiempo, bajaron al *lobby* para poder interiorizarse con el lugar y ver si podían ubicar a las mujeres o, al menos, tratar de recolectar alguna información sobre ellas. Sospechaban que la mujer de cabellos rojos era danesa y acompañaba a su amiga en su estadía.

—Esperemos aquí y veamos si aparecen —dijo Metanón por lo bajo a Gabriel, mientras los dos se apoltronaban en el sofá del *lobby*. Charlaron de cosas banales, sin perder rastro de la gente que entraba y salía del hotel.

De repente, Gabriel sintió una opresión en el pecho. Un reflejo plateado que provenía de la dirección del ascensor le hirió los ojos y un olor a rosas le paralizó el corazón. Aniel venía con la amiga, caminando hacia ellos y

disimulando las cabelleras con las capuchas de las sudaderas que abrigaban sus cuerpos. La ropa que llevaban era tan holgada que sus figuras quedaban prácticamente disimuladas y lo único que aún conservaban a la vista, para delicia de los hombres, eran sus traseros.

Lo que sorprendió a Gabriel fue que Aniel giró la cabeza al momento en dirección a él, por lo que se apresuró a bajar la vista mientras conseguía colocar un periódico frente a su cara y así evitar que sus miradas se encontraran. ¡Mierda! ¿Cómo había sabido ella que él la estaba observando? Si bien la muchacha parecía poder detectar el brillo plateado de la especie, su reacción había sido inmediata. Parecía que lo hubiese intuido en el acto. ¿Es que acaso ella lo conocía? ¿Y cómo diablos su piel y su cabello podían oler tan bien? Ese aroma a rosas lo arrebató.

Ambos caminantes observaron a las amigas dirigirse al restaurante del hotel y, de inmediato, hicieron lo mismo y se sentaron cerca de la mesa de ellas. Gabriel decidió hacerlo en el asiento que quedaba detrás de una columna para que Aniel no lo viera, a la vez que le permitía observar a la pelirroja.

—¿Por qué te has puesto tras la columna? —preguntó Metanón, que si bien sonreía no podía ocultar un atisbo de fastidio en el rostro.

—Estoy seguro de que Aniel me intuyó apenas salió del ascensor. Temo que me conozca.

—Eso sería un grave problema —expresó Metanón muy serio y, sin dejar de mirar a las mujeres, continuó—: Debo aclararte algo, Gabriel. —Este lo miró curioso por el desafío que los ojos de Metanón manifestaban—. La amiga de Aniel es mía.

Gabriel quedó sorprendido ante las palabras de su amigo y, sobre todo, por su actitud. Metanón no solía comportarse de esa forma con ninguno de ellos. Gabriel asintió en silencio, divertido.

Al rato comían, sin perder de vista a las mujeres.

—Son hermosas —susurraba Metanón a cada rato.

Gabriel era consciente de la fascinación de su amigo por la mujer de

cabellos rojos, pero no pudo evitar el sentimiento de posesividad que surgió en él al escuchar el elogio que incluía a Aniel. Eso sí que no se lo esperaba. Jamás había sentido celos por ninguna mujer, menos con sus amigos, con los que incluso muchas veces había llegado a compartirlas. Pero el solo hecho de pensar en que Metanón pudiese mirar a Aniel como una mujer, y no como objetivo de la misión, le hizo hervir la sangre. Y parecía que a su amigo le sucedía lo mismo con respecto a él y la pelirroja.

Se acomodó mejor en el asiento. De repente, todo el cuerpo le sudaba, consciente del temible poder que Aniel ejercía sobre él. Por más que ella hubiese hecho el esfuerzo de disimular su belleza, Gabriel recordaba la frondosa cabellera que le caía por la espalda, dándole el aspecto de una diosa. Tampoco podía evitar observar, con cierto disimulo, el cuerpo esbelto y los ojos verdes con el brillo plateado que lo enajenaban. Y su aroma...

—Estamos jodidos —susurró por lo bajo, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué dices? —preguntó Metanón levantando una ceja mientras deglutía unas exquisitas chuletas de cerdo.

—¿Qué te pasa con la amiga de Aniel? —interrogó Gabriel sin rodeos. Metanón se atragantó con el bocado que estaba masticando al escuchar la pregunta.

—¿De qué estás hablando?

—Esa mujer te gusta.

—Deja de pensar en estupideces —contestó con fastidio. Parecía querer evitar hablar del asunto. Gabriel lo estudió durante un instante.

—Tratemos de mantenernos lo más neutrales posibles en todo este asunto, Metanón, o la búsqueda del símbolo será más complicada de lo que esperamos —dijo con voz muy baja.

—Creo que anoche te cayó mal la comida, hermano —replicó—. Deja de ver visiones, que a mí no me pasa nada. Estoy jugando el mismo juego que tú, viejo.

Sin quedar muy convencido, y dirigiendo otra vez los ojos a las mujeres,

Gabriel exclamó:

—Apurémonos, se van.

Metanón miró por el espejo de uno de los tantos anillos que tenía en sus manos y confirmó las palabras de Gabriel. Las jóvenes habían culminado la cena y se dirigían al *lobby*.

Sin perder tiempo, se levantaron y las siguieron, Gabriel tratando de quedar en todo momento al resguardo. Las chicas se dirigieron al mostrador de recepción e hicieron unas llamadas. Mientras Aniel hablaba por teléfono, tomaba del mostrador algunos programas sobre conciertos que diferentes bandas darían ese día en el Scandinavian Congress Center de la ciudad.

Gabriel la observaba mover los dedos mientras desplegaba las páginas y se preguntó cómo sería sentirlos sobre su cuerpo. En el acto sacudió la cabeza, tratando de erradicar esos pensamientos que le estaban comenzando a calentar la sangre. Volvió a mirar a Aniel, que colocó uno de los programas en el bolsillo de su pantalón deportivo.

—Parecen esperar a alguien —susurró Metanón—. Quizás alquilaron un coche para salir.

—Lo cual tiene sentido. —Gabriel hizo una llamada desde el móvil mientras su amigo continuaba vigilando los movimientos de las mujeres. Después de dar algunas indicaciones en voz baja colocó el teléfono en su bolsillo—. Listo, Nygaard ya está en camino con la camioneta.

Al cabo de unos minutos, un hombre que había entrado por la puerta principal del hotel se acercó a las chicas con una gran sonrisa y depositó una llave en las manos de la amiga de Aniel, luego de lo cual se despidió. Las jóvenes sonrieron y salieron a la calle en pocos segundos.

—Nygaard aún no está. ¿Qué hacemos? —preguntó Metanón.

—Detenerlas.

—Déjame a mí. Aniel no me conoce.

—¿Sospechas también que ella sabe quién soy?

—Es una gran posibilidad, ya que tú eres el que vive los sueños lúcidos.

Quizás Aniel pueda estar conectada a ti a través de ellos.

Gabriel se quedó sorprendido por lo que su amigo le dijo mientras observaba la espalda de este, que iba tras las chicas. Permaneció en el *lobby*, meditabundo, mirando a través de los vidrios a Metanón que se acercaba a las jóvenes, las cuales ya empezaban a separarse una de la otra para sentarse en los respectivos asientos del coche. Cuando la amiga de Aniel rodeó el auto, Metanón logró que chocaran uno con otro. La chica se sobresaltó, pero Metanón se apresuró a ofrecerle sus disculpas. Lo que siguió a continuación fue un despliegue de encanto por parte de su amigo hacia la pelirroja.

Metanón era de la misma corpulencia que Gabriel, de cabello rubio, dividido a la mitad de la cabeza y cayendo hasta la altura de los hombros. Los ojos alargados eran verdes, enmarcados por arriba por unas cejas gruesas de un rubio bastante más oscuro que su cabello, cuyos extremos se elevaban hacia arriba, otorgándole un aire de señor Spock rubio y de cabellos largos. Los labios gruesos y la nariz recta terminaban de delinear la imagen típica de un hombre admirado por el sexo femenino. Sin duda, la amiga de Aniel también había notado el carisma de Metanón, que no dejaba de sonreír. Gabriel buscó con los ojos la figura de Aniel y la encontró sentada en el coche con la capucha cubriéndole el rostro. Metanón y la joven seguían hablando encantados, riendo y gesticulando como si fueran conocidos de toda la vida. Cuando parecía que ninguno de los dos terminaba la tertulia, llegó Nygaard. Metanón también lo vio y con una serie de gestos cautivadores se despidió de la amiga de Aniel, no sin antes susurrarle algo al oído. Ella le sonrió, haciendo un gesto negativo con la cabeza mientras se subía al coche.

Metanón dejó de lado la espectacular sonrisa y con un gesto sombrío buscó rápidamente con los ojos a Gabriel. Este asintió con la cabeza y, al segundo, salía a la calle para subirse a la camioneta junto con los otros dos.

—Síguelas —ordenó Gabriel a Nygaard.

—No me quiso dar el teléfono —gruñó Metanón.

Capítulo 6

Gabriel descendió de la camioneta a toda velocidad para ir tras las chicas, que habían detenido su vehículo a las puertas del edificio de la biblioteca de Risskov. Era su turno de actuar, ya que Metanón podría ser reconocido por las jóvenes luego del encuentro simulado de hacía unos instantes. Si la sospecha de que Aniel lo conocía era cierta, entonces Gabriel debía asumir ese riesgo.

Entró en la biblioteca y, al instante, percibió el aroma que lo cautivaba. Rosas. Entre unas estanterías de libros encontró a las jóvenes sentadas en una mesa, con una gran montaña de libros al frente. Permaneció escondido detrás de las estanterías más alejadas de la mesa donde las chicas hablaban, pero, de todas maneras, pudo escuchar el final de la conversación.

—¡Te dije que podía estar aquí! ¡No me equivoqué, Aniel! —exclamó la pelirroja mientras miraba absorta algo en el libro que tenía en sus manos.

—Siempre supiste lo de ese símbolo —dijo Aniel en voz muy baja. Gabriel se acercó un poco más, pero con mucho cuidado de no ser descubierto. Temía que Aniel captara su brillo metálico.

—Lo intuía.

—Tengo que regresar a Argentina de inmediato, Jackie. Esto no puede esperar más. Pronto nos encontrarán y no sé qué será de nosotros.

—Yo me iré a México y buscaré a Maia.

—¿Crees que ella esté bien? Después de lo que le sucedió hace unos meses, temo por su salud.

—¡Esos hijos de puta! Los voy a matar cuando los encuentre —juró la pelirroja golpeando la mesa con uno de los puños.

—Por favor, localiza a Maia y tratemos de encontrarnos en algún lugar luego de unos días. Yo me subiré al primer avión que salga para Buenos Aires y de allí me dirigiré al delta del río Paraná. Debo ir al arroyo donde

crecen los árboles plateados. No puedo postergarlo más.

Gabriel no podía creer lo que escuchaba. Aniel viajaría al lugar donde ellos tenían asentada su base de operaciones en este momento. ¿Y cómo sabía ella acerca de los árboles plateados? Su voz interrumpió sus pensamientos:

—En seis días tenemos que saber la una de la otra, Jackie. Si no, será indicio de que estamos en problemas y tendremos que salir a buscarlos.

—Hecho. Ahora salgamos de aquí.

—¡Espera! —dijo Aniel, deteniendo a su amiga del brazo.

—¿Qué pasa?

—Huelo algo.

Los músculos del cuerpo de Gabriel se endurecieron por la tensión y caminó unos pasos hacia atrás. Estaba seguro de que Aniel lo estaba detectando.

—¿Qué? —preguntó Jackie apenas en un susurro. El caminante agudizó la audición superdesarrollada, mientras seguía caminando con sigilo hacia atrás.

—Es el mismo olor que he venido captando desde hoy a la mañana. Lo sentí en el hotel y ahora aquí.

—¿Y qué hueles, amiga? ¿A los tipos de ojos negros? —preguntó Jackie, preocupada.

—No, a esos los detecto de otra manera. Este es un aroma especial. Me recuerda al que exhalaba mi padre antes de hacer el amor con mi madre —susurró Aniel mientras se levantaba y permanecía parada sosteniéndose de la mesa.

—¡Por Dios! —exclamó Jackie absorta ante lo que su amiga le decía.

—Es un aroma a masculinidad, pero no sé cómo explicarlo. Me recuerda... al de un macho que delimita su territorio ante otros.

Gabriel escuchaba sorprendido cómo Aniel lo describía. Era con exactitud de la manera que se sentía: posesivo y desafiante ante cualquier otro que quisiera reclamar a Aniel. Y tremendamente protector. Observó cómo Jackie abría la boca, azorada, y preguntaba:

—¿Cómo diablos sabes a qué huele un tipo que delimita su territorio?

Aniel sonrió. No sabía cómo definir aquel aroma, pero era en extremo sexual y masculino. Y la arrebataba. Comenzó a rascarse las palmas de las manos.

—¡Déjate ya las manos, Aniel!

—Tú sabes que me pican de vez en cuando.

—Lo sé, pero ahora apresurémonos.

Gabriel supo que debía hacer algo para evitar ser descubierto, e hizo lo primero que se le ocurrió. Lanzó el vapor plateado de la boca hasta que, al cabo de unos segundos, el aire cercano a él y las chicas se había impregnado de su aroma. El vapor plateado era lo que los caminantes utilizaban en las luchas con los caídos antes de darles la estocada mortal. Los envolvían con él para adormecerles el cuerpo y la conciencia. Y Gabriel rogaba fuese efectivo para evitar ser detectado por el olfato de Aniel.

—¡Vamos! Me pones nerviosa con tus dones —dijo Jackie tomándola del brazo.

—Espera. El aroma se esfuma. Algo está pasando y no sé qué es —susurró Aniel.

Juntaron los libros rápidamente y se dirigieron al mostrador de recepción. Antes de que las jóvenes entregasen los libros a la bibliotecaria, Gabriel logró con su vista súper aguda divisar el título del libro en inglés en el cual parecía que las jóvenes habían encontrado valiosa información sobre uno de los símbolos: *Significado y mensaje de las runas vikingas*.

Salió con disimulo tras las chicas, quienes ya habían dejado la puerta de entrada del edificio y se dirigían a toda prisa a la esquina de la cuadra. En ese momento, sucedió lo que Gabriel había temido desde el principio. Aniel giró el cuerpo y clavó los ojos en él, emitiendo el característico brillo plateado que lo había dejado sin aliento cuando había visto el video. Los segundos en que sus miradas se encontraron parecieron una eternidad, y lo que Gabriel experimentó en el cuerpo y en sus emociones fue imposible describirlo con palabras. Aquellos ojos respondían a un anhelo profundo que se avivó en

Gabriel y que hizo galopar a su corazón y erigir su polla como nunca antes. Pero lo más impactante fue lo que se reflejó en la mirada de Aniel: temor hacia él.

Contuvo la respiración, profundamente perturbado. La observó darle la espalda de nuevo y susurrar algo a su amiga. Al instante, ambas apuraban el paso. Gabriel decidió no seguir las ya que era evidente que ellas huían de él. Se detuvo y dejó que las chicas subieran al coche.

Apenas arrancaron, llamó con su móvil a Metanón, que aguardaba junto a Nygaard en la camioneta. Llegaron al instante con el vehículo que tenía una de sus puertas ya abierta por lo que Gabriel subió al interior sin demora.

—Tras ellas —ordenó este cerrando la puerta con urgencia. Nygaard apretó el acelerador y enseguida quedaron ubicados a la cola del coche de las mujeres.

—Confirmado. Aniel me conoce —dijo Gabriel a Metanón—. Me teme y huye de mí. —Metanón escuchaba pensativo lo que él le decía—. Además, no solo puede ver el resplandor de la Estirpe, sino que también puede olerme de la misma manera que yo a ella.

—¡Diablos!

—Pero el vapor de plata la confundió..., aunque no sé si será efectivo una próxima vez.

Metanón lo miró durante unos instantes. Sacudió la melena y sonrió:

—De verdad estamos bien jodidos.

Nygaard seguía de cerca el coche de las mujeres que circulaba a toda prisa por el camino que llevaba hacia el hotel. No habían recorrido más de un kilómetro cuando una Land Rover negra dobló con un chirrido de neumáticos desde la derecha y se lanzó en persecución del coche de las muchachas, interponiéndose entre ellos. Gabriel y Metanón se miraron, y Nygaard, sin

dudarlo, aceleró para ponerse tan cerca de los perseguidores como fuera posible.

—Caídos —siseó Gabriel apretando una de las manos en un puño. Metanón asintió y su rostro de repente pareció esculpido en granito—. ¿Estás equipado? —interrogó Gabriel haciendo referencia a las armas.

—Como siempre.

Capítulo 7

—¡Nos están siguiendo! ¿A dónde vamos ahora? —preguntaba Jackie al borde de la histeria mientras conducía.

—A un lugar con mucha gente —contestó Aniel, recordando enseguida la propaganda que yacía en su bolsillo. La sacó y leyó de inmediato el lugar donde se llevarían a cabo los conciertos—. ¡Scandinavian Congress Center, Jackie! —gritó mientras miraba a su amiga tratando de que registrara lo que ella le decía.

—Hecho. —Y aceleró a toda velocidad. La persecución duró alrededor de quince minutos, y por más que Jackie no quitaba el pie del acelerador, la Land Rover no se despegaba de su trasero. Aniel giró la cabeza hacia atrás y miró a través del parabrisas.

—No se ve nada. Tienen vidrios polarizados.

Jackie manejaba sin decir palabra, concentrada en la persecución. Aniel no perdía de vista a sus perseguidores cuando, de pronto, detectó que detrás del vehículo que las acosaba, venía otro a toda velocidad.

—Nos persiguen dos camionetas —anunció.

Entre maniobras extremas, lograron llegar al Scandinavian Congress Center, donde dejaron abandonado el auto al frente del edificio y, a toda carrera, se dirigieron al interior. Los dos vehículos que venían tras ellas frenaron de golpe y de su interior descendieron hombres que, en vez de dirigirse hacia dentro del recinto, se enzarzaron en un violento tiroteo.

Aprovechando que los hombres estaban ocupados tratando de matarse entre sí, Aniel y Jackie intentaron avanzar más en el interior del Scandinavian, pero se encontraron con una verdadera masa humana que las detenía. Empezaron a abrirse paso a empujones y codazos, mientras escuchaban la confrontación armada.

Gabriel, Nygaard y Metanón, protegidos detrás de la camioneta,

contemplaban a la gente en la calle correr despavorida ante el enfrentamiento que ellos estaban manteniendo con los caídos. Contaban con tan solo unos pocos minutos antes de que llegaran refuerzos policiales.

No era fácil derribar a los tres caídos porque iban armados hasta los dientes y usaban la Land Rover como escudo protector, pero, sobre todo, porque la gente corría asustada de un lado a otro y, cada vez que disparaban, debían asegurarse de no herir a un inocente. Al tiroteo se habían sumado los guardias daneses del Scandinavian, lo cual complicaba todo aún más, ya que Gabriel y Metanón no podían matar a humanos sin una causa justificada.

—¿Qué hacemos? —bramó Metanón agachado mientras cargaba el arma otra vez—. Estos vikingos nos están haciendo las cosas más difíciles. Los caídos se irán y las chicas también.

—Nos tendremos que separar y tratar de entrar al edificio como podamos. ¡Cuidado! —gritó Gabriel. Su amigo y el agente se agacharon aún más, ante el zumbido cercano de las balas de las armas de los caídos. Estas pasaban casi rozando sus cuerpos.

De súbito oyeron gritos de dolor. Por detrás de las ruedas, detectaron a algunos vigilantes heridos, mientras otros yacían estáticos, quizás muertos. Con la guardia danesa casi eliminada y en medio del caos y los gritos de la gente, los tres caídos aprovecharon para escapar al interior del edificio. Gabriel le hizo señas a Metanón con la cabeza mientras este asentía, a la vez que le gritaba a Nygaard nuevas instrucciones:

—Nosotros ingresamos y tú te haces cargo de la camioneta. Apenas salgamos, nos sacarás de aquí. —Y sin esperar respuesta, salieron a toda prisa desde detrás del vehículo para lanzarse tras los caídos y las mujeres.

El Scandinavian Congress Center era un edificio de varios niveles, con gradas que se sucedían a diferentes alturas y en donde se habían montado los diferentes escenarios en los que las bandas actuarían. Contar con esos

diferentes espacios con tanta gente en su interior, si bien hacía más lento el avance de las chicas, también las ayudaba a camuflarse para tratar de sortear a los hombres que iban tras ellas. El objetivo más importante era poder salir del edificio por alguna otra vía, y para ello jugaba a su favor que la gente se moviera de manera bastante frenética ante lo que sucedía en el exterior del edificio entre la policía y los matones.

—Hay una salida por atrás —avisó Jackie a Aniel mientras se escondían de rodillas detrás de unas columnas que sostenían enormes carteles del programa de *rock* del día.

—¿Dónde?

—En el tercer nivel donde están los ventanales gigantes. ¿La ves?

Aniel giró la cabeza y comprobó lo que su amiga le había dicho. Continuaba mirando hacia la salida cuando oyó a la gente gritar y correr, pero esa vez absolutamente descontrolada. El revuelo se había extendido hacia el interior del edificio, lo cual significaba que los maleantes debían de haber sorteado a la policía y ya estaban adentro.

—¡Diablos! —juró Jackie, asomando con sigilo la cabeza por detrás de la columna—. Hay tres tipos adentro y armados hasta las orejas. Responden a las mismas características que los que nos atacaron cerca de la iglesia. ¡Agáchate más, Aniel!

Contuvieron la respiración, mientras permanecían en cuclillas. Los tres hombres, con chaquetas de cuero negro y gafas de sol del mismo color, miraban en todas direcciones.

—Tenemos que salir de aquí, ahora —dijo Aniel, mientras ambas comenzaban a desplazarse en cuclillas por detrás de las columnas. Pasaron de una en una hasta llegar a la parte superior de la escalera mecánica, a cuyo lado se erigía un restaurante. Aniel volvió a mirar hacia atrás y detectó que por detrás de los tres tipos venían otros dos. Uno de ellos era el que se había chocado con Jackie a la entrada del hotel y el otro...

Aniel cerró los ojos y comenzó a sudar con el corazón a punto de estallarle. Ese hombre era el mismo que la visitaba noche tras noche en su

sueño.

«El asesino de mi padre». Cerró los puños con fuerza, mientras las manos le ardían y picaban como nunca antes. Abrió los ojos y volvió a mirar. El olor particular que la seguía desde la mañana volvió a abrazarla y, con él, la mirada punzante del sujeto de ojos color canela, que corría con determinación hacia ella.

—Nos han visto, Jackie. ¡Escondámonos en el restaurante! —Y sin más tomó del codo a su amiga y salieron corriendo hacia el interior. Súbitamente, escuchó las sirenas de patrullas a lo lejos y un sentimiento de alivio la inundó, aunque sabía que la policía danesa no sería la solución del problema en el que se encontraban. Sin poder contenerse, volteó la cabeza y detectó de inmediato al hombre enorme de pelo caramelo que corría tras ella y la miraba con un brillo iridiscente de color plata, embriagándola y dejándola casi sin respiración. Era el mismo reflejo plateado que había percibido a la salida de la biblioteca y que la había ayudado a detectar a ese hombre. Y ese aroma volvía a cautivarla...

«El de un hombre que delimita su territorio ante otros», recordó.

Presa del pánico, aumentó la velocidad de la carrera.

«Tengo que llegar a ella como sea», se dijo Gabriel en plena corrida con Metanón a su lado. Los tres caídos se habían dividido en diferentes direcciones y se abrían paso con disparos a diestra y siniestra entre la gente que corría aterrada.

—¡Tú te encargas de la pelirroja y yo de Aniel! —le gritó a un Metanón sudoroso, que ganaba terreno entre la multitud, que vociferaba y empujaba. Como los policías habían concentrado su ataque contra los caídos debido a la mayor agresividad que evidenciaban, Metanón y él aprovecharon para concentrar la persecución sobre las mujeres, que saltaban como gacelas por encima de las mesas del restaurant, volteando platos, cubiertos y sillas a su paso.

—¡Se nos escapan, Gabriel! —gritó Metanón agitado.

Estaban tan cerca... Y Gabriel se topó una vez más con los ojos que le

recordaban a plata líquida. Esos ojos y la expresión de desesperación que emanaban le dieron bríos para exigir aún más a su cuerpo.

Jackie sacó del estupor a Aniel con un grito:

—¡Al puente o nos alcanzan! —Aniel volvió la cabeza, liberándose de los ojos que la apresaban, y se dirigió a un puente que atravesaba el nivel más alto del edificio. Desde allí, ambas saltaron unos cuantos metros para caer sobre el próximo nivel y toparse con dos pares de ojos negros mortecinos que las esperaban.

—¡Dividámonos! —le gritó Jackie. Aniel se abrió paso hacia la derecha, alejándose de la salida para ir hacia una nueva grada donde había sido montado otro escenario. Escuchó pasos pesados que la seguían por detrás, acompañados del aroma que impregnaba sus fosas nasales. Por el rabillo del ojo detectó a uno de los tipos que había estado esperándolas unos instantes antes correr directo hacia ella con un arma apuntando al centro de su cuerpo. La mataría.

Impulsada por el miedo, saltó por encima de la grada al mismo tiempo que un disparo sordo pasaba rozándole el costado. Una ráfaga de balas explotó por detrás de ella dirigidas hacia el hombre de ojos negros. Confundida, cayó al último nivel y se lanzó a toda velocidad hacia la salida, con el ruido de unos pasos cada vez más rápidos que le pisaban los talones. Por delante de ella se alzaban los colosales ventanales característicos de ese edificio, conformados por la unión de innumerables ventanas pequeñas que abarcaban toda la altura del recinto. Desde lo alto del techo se desprendían unas enormes pancartas con las caras de los integrantes de las diferentes bandas de *rock* impresas en ellas. Las pancartas estaban separadas entre sí por metros de retazos gigantes de tela de diferentes colores, atadas por la parte superior, que se desplegaban conformando un puente de tela a todo lo largo, a más de veinte metros de altura. Aniel se preguntó si aquel puente de tela podría soportar su peso, al menos por un tiempo.

Cuando escuchó la respiración entrecortada por detrás, acompañada de la fragancia que volvía a hechizarla, no dudó más e impulsó el cuerpo hacia

arriba con toda su potencia. Cayó con brusquedad sobre una de las puntas de las telas que sostenían las pancartas y se sujetó a ella, clavando las uñas para empezar a treparla como si fuera un gato aferrado al tronco de un árbol. Una vez que logró alcanzar el puente suave y ligero de telas multicolores, se incorporó como pudo y observó desde allí al tipo de pelo aleonado, que se había enzarzado en un tiroteo con otro sujeto de ojos negros mortales. ¿Por qué su asesino parecía defenderla? Interrumpió sus pensamientos al observar a Jackie luchar con el tipo rubio que habían visto en el hotel. Este y el otro eran sin ninguna duda compañeros, y Jackie enfrentaba al rubio en una buena pelea. Su amiga era experta en *kick boxing* por lo que rogaba que pudiera salir airosa.

Aniel comenzó a atravesar el frágil puente a toda velocidad, mientras trataba de mantener el equilibrio y oía las telas rasgarse por el peso de su cuerpo. Necesitaba llegar al último tramo cercano a las innumerables ventanas de vidrio, desde las cuales podría saltar hacia afuera del edificio. Mientras llegaba a destino, miró de nuevo hacia abajo y vio cómo el hombre de los ojos canela aniquilaba a su contrincante y alzaba la vista hacia ella. Aniel volvió a contener la respiración ante su mirada, pero se obligó a seguir corriendo hasta llegar al final. Desde allí, propulsó el cuerpo contra las ventanas y atravesó los vidrios que sintió explotar en los oídos.

Fue cayendo como un ave que descendía a tierra firme, temiendo que su perseguidor la alcanzara cuando llegara al suelo. Aterrizando de bruces, Aniel buscó rápidamente a su amiga con la mirada hasta que la divisó. Corría y saltaba por entre la gente hacia la salida. Por detrás, los hombres de los diferentes bandos se habían vuelto a trabar en una feroz lucha entre ellos, lo que permitió a Jackie salir y unirse a ella a la carrera. Sin volver la cabeza atrás, huyeron como si les fuera la vida en ello y desaparecieron en la oscuridad.

—¡Mierda! —gritó Gabriel y descargó un puñetazo en la cara de uno de los caídos—. Se nos escapan por culpa de estos idiotas.

Aniquiló con un último golpe al caído que tenía en sus manos al mismo

tiempo que Metanón hacía lo mismo con el suyo, que babeaba y sangraba de la nariz y la boca. En ese instante escucharon los gritos de advertencia de nuevos refuerzos policiales que se acercaban hacia ellos y comenzaron a maldecir. No habían logrado matar a los últimos dos caídos, pero al menos los habían noqueado. La policía podría entretenerse un rato con ellos.

—¡Vamos por ellas! —bramó Gabriel y salieron a toda prisa a la calle. Allí se dieron cuenta de que Nygaard, por lo visto, había tenido algún problema, porque la camioneta había desaparecido. En cambio, el coche de las jóvenes aún seguía estacionado frente al edificio. Quizás aún tenían posibilidades de alcanzarlas.

—Esa mujer de cabellera roja es una tigresa —siseó Metanón mientras corrían a la par, con una voz mezcla de rabia y diversión—. ¿La viste pelear contra mí? ¡Es una sanguinaria! Mira cómo me dejó el ojo y la nariz — Gabriel lo observó y no pudo evitar sonreír. Su amigo había recibido unos buenos golpes de la pelirroja—. ¿Y la observaste saltar las gradas? Me juego la cabeza que es de la Estirpe. —Sonrió irónico—. La muy maldita logró escapárseme, pero la próxima vez veremos —prometió Metanón.

Por más que los caminantes inspeccionaron diferentes calles y lugares, no encontraron rastros de las mujeres. Al rato volvieron al estacionamiento del Scandinavian Congress Center y el coche de ellas ya no estaba allí.

—Lograron escabullirse. ¡Vayamos enseguida al hotel! —exclamó Gabriel—. ¿Dónde está Nygaard?

—¡No tenemos tiempo de pensar en ese idiota! —gritó Metanón con los brazos en alto—. Consigamos un auto.

Gabriel se lanzó como una saeta sobre uno que venía circulando a baja velocidad. Abrió de un empujón la puerta y sacó al conductor con firmeza aunque con cuidado. Lo tomó de la solapa de la chaqueta y, sin dejar de pedirle disculpas, le dijo—: Recójalo en el Hotel Scandic en una hora.

Dejando al conductor de pie y confundido, ambos amigos se subieron rápidamente al coche. Gabriel manejaba sin fijarse en el velocímetro por lo que en menos de quince minutos llegaron al hotel. Apenas estacionaron,

comprobaron que el vehículo de las jóvenes se hallaba en la puerta y que un hombre procedía a llevarlo hacia el estacionamiento. Se bajaron como si el diablo les pisara los talones y se dirigieron hacia el sujeto. Cuando lo alcanzaron, le preguntaron por las mujeres. El hombre los miró sonriente y contestó:

—Dejaron el hotel hace un rato. ¿Llegan tarde? —Gabriel y Metanón se miraron.

—Aeropuertos —dijo Gabriel y añadió—: Voy al de Billund.

—Y yo al de Aarhus.

La caza de las mujeres se reanudaba otra vez.

Capítulo 8

Aniel y Jackie viajaban en tren camino a Holanda con sus respectivos *iPod*, escuchando una canción del cantante danés Lucas Graham. Tomar el tren había sido una buena idea para poder despistar a sus perseguidores, ya que no habían tenido que dar nombres para obtener los boletos. Y la salida permanente de trenes a diferentes partes de Europa facilitaba la huida.

—Mañana temprano hay vuelos para México y a mediodía tienes salida a Buenos Aires —informaba Jackie mientras chequeaba las diferentes compañías de vuelo a través de su teléfono móvil—. No sabemos si estos tipos saben de nuestra intención de viajar a México y Argentina respectivamente, pero debemos arriesgarnos. Tenemos que extremar los recaudos, ya que no conocemos cuán grande es esta organización, pero es probable que aeropuertos y terminales de cualquier otro medio de transporte sean lugares en los cuales nos estén rastreando.

—No hay otra alternativa —dijo Aniel con un tono de voz que denotaba su aflicción. Ambas amigas echaron las cabezas hacia atrás en sus asientos y se apoyaron una contra la otra de costado, cerrando los ojos para intentar descansar algunas horas. Estaban en verdad agotadas y nerviosas por lo acaecido en el Scandinavian Congress Center.

Sin abrir los ojos, y con la voz excepcional del cantante endulzando sus oídos, Jackie le dijo a Aniel lo que esta más temía:

—Los dos bandos van tras de ti, Aniel. No sé lo que uno de ellos quería, pero el otro sabemos muy bien que responde a Sácritos.

—Está obsesionado con el dichoso símbolo. ¡Pero yo no sé nada sobre esa cosa! —se quejó Aniel—. De pequeña he visitado, pocas veces y en compañía de mis padres, el lugar donde mi abuelo Johan había plantado los árboles plateados, pero jamás se ha revelado nada ante mí. También recuerdo que, sentada en las faldas de mi abuelo, él siempre me decía que ese lugar era

especial y que algún día me daría muchas respuestas inimaginables. Era muy niña y nunca llegaba a entender lo que me quería decir.

»Pero en el sueño recurrente que se me presenta cada noche desde hace un año y medio, mi madre habla del bendito símbolo y de cuando yo cumpla veintitrés años. Y estoy segura de que ese lugar tiene que ver no solo con el símbolo, sino también con lo que debo hacer con él a partir de esa edad.

—¿Te explicaron alguna vez por qué el color de esos árboles es plateado para ti, tu padre y tu abuelo, pero no para tu madre?

—No. Ellos solo me contestaban que todas mis preguntas serían respondidas y explicadas tres meses antes de cumplir mis veintitrés años. Pero jamás llegué a saberlo. —La expresión en la mirada de Aniel se volvió taciturna.

—¿Y dónde está tu abuelo, Aniel?

—Cuando cumplí diez años, mi padre me contó que el abuelo Johan se había ido de nuestras vidas hacia otro plano. Era su manera de decirme que está muerto.

—¿Tu padre se parecía mucho a él?

—Sí y ambos eran muy especiales.

—Pero ninguno pudo explicarte nada.

—No. Lo poco que sé es lo que aparece en mis sueños. Y el gigante de ojos canela, el compañero del tipo que luchaba contigo, es el otro hombre que veo en ellos: el asesino de mi padre y el que busca asesinarme a mí también.

Jackie abrió los ojos y la miró confundida:

—¿Qué parte me perdí, amiga?

Aniel suspiró profundamente y continuó casi en un murmullo:

—Nunca te dije que el hombre que mató a mi padre es el que también quiere hacerlo conmigo. Estoy segura de que quiere el símbolo.

—¡Aniel! —oyó que exclamaba su amiga y enseguida se vio envuelta entre sus brazos. Sintiendo protegida, Aniel comenzó a relatar una vez más los sueños, pero, esa vez, sin perder ningún detalle.

—Por Dios, Aniel, prométeme que volverás a Argentina de inmediato — exclamó Jackie en voz baja para no llamar la atención de los demás pasajeros—. Escóndete, ese arroyo rodeado de los árboles que plantó tu abuelo es tu mejor posibilidad.

—Sí, sin ninguna duda. La clave de todo reside ahí.

—Y pensar que viniste a Aarhus para ayudarme a descifrar mis propios sueños. Esos criminales te han seguido hasta aquí.

—Nos deben tener vigiladas y, en verdad, no sé a qué nos estamos enfrentando. Y ahora tú también te has visto involucrada —suspiró Aniel sintiéndose culpable.

—Es para lo que me he estado entrenando, amiga. Yo también sueño como tú y sabes que hay algo por descubrir —dijo Jackie intentando consolarla.

—Pero no quiero que te hagan daño. —Y miró a Jackie con ojos tristes, plateados y brillando con intensidad. Se colocó unos lentes de sol, para evitar que los pasajeros vieran como los ojos le cambiaban. Jackie la abrazó aún más fuerte.

—Cuando descubran lo del otro símbolo, irán también tras de mí. Tomémoslo como un entrenamiento de lo que se viene. —Y sonrió.

Aniel sintió admiración por su amiga. Jackie, con apenas veintiún años, también había padecido lo suyo. Había crecido en un hogar para niños en Aarhus, al que había llegado a los cinco años de edad, cuando las autoridades la habían arrebatado del lado de sus padres, alcohólicos y drogadictos irrecuperables. Aunque con ese procedimiento las autoridades habían intentado ofrecerle un mejor ambiente para su desarrollo personal, crecer en el hogar no había significado yacer en un lecho de rosas. Convivir con niños de diferentes edades, en su mayoría con graves problemas sociales y psicológicos, había significado para Jackie seguir confrontándose con la dureza de la vida y forjar en ella un espíritu de enorme valor y libertad, regido por sus propias reglas, una de ellas: jamás dejarse doblegar ante nada ni nadie. Profundas heridas yacían enterradas en su alma y, aun cuando

Jackie podía ser una salvaje a la hora de defenderse, su corazón era tan enorme que Aniel se quedaba sin aliento ante su lealtad y nobleza. Jackie era toda una mujer y el hombre que la ganara sería el ser más afortunado de la Tierra.

Cuando se separaron del abrazo, Aniel se vio reflejada en aquellos ojos que la miraban con expresión suave. Suspiró. Su querida amiga la hacía sentirse en casa.

—Debes encontrar el símbolo y descubrir sus secretos —dijo Jackie.

—Es lo que me temo.

En un primer momento, cuando Aniel había quedado huérfana de sus padres, había priorizado la búsqueda de ellos dos. Pero desde que su sueño había surgido, se había dado cuenta de que su madre podía estar viva y de que encontrar el símbolo era importante para la familia. Su madre era clara en el sueño: debía apropiarse de él, sin dejarse atrapar por *el macho*. Pero su madre no explicaba a cuál de los dos machos se refería. Parecía que uno de ellos era más importante que el otro en ese juego de ajedrez en que su vida se había transformado. Aniel suponía que su madre se refería al tipo que mataba a su padre, pero no estaba del todo segura. Sácritos podía de igual manera desear asesinarla. Esa parte del sueño no era clara y, ante la imposibilidad de comprenderlo en su totalidad, se había prometido a sí misma que jamás se dejaría atrapar por ninguno de ellos.

—Siempre había creído que Sácritos era el responsable de lo que pudo haberles sucedido a mis padres —prosiguió Aniel—, pero ahora sé que mi padre en realidad fue asesinado por el hombre de ojos canela.

Aniel se detuvo y recordó la impresión que esa revelación había significado para ella en aquel entonces. Había llorado durante diez días en su habitación. No había salido de ella tratando de rearmarse interiormente ante la evidencia de lo que el sueño le había mostrado. La revelación había sido tan tremenda que la había dejado en un completo estado de sopor.

No pudo probar bocado en esos días, tan solo sorber un poco de agua. Y al final, una condición de absoluta debilidad la llevó a sumergirse en un

permanente tormento que comenzó a consumirla de a poco.

Lo único que le había dado un poco de paz había sido su meditación diaria. En ella, había descubierto un nuevo don. Podía viajar a otras dimensiones y vivenciarlas. No sabía explicarlo, pero ella podía estar en otro plano en simultáneo, viviendo y creando con su imaginación. Una de esas creaciones era una casa a la que había llenado de ventanales, colocado pisos y paredes blancas. La decoró con muebles también blancos, muchos espejos y un piano de marfil, en el que tocaba canciones que tranquilizaban su alma. También había colocado un sofá enorme, en el que se acostaba tratando de olvidar el mundo terrenal. Desde allí y a través de los ventanales, podía observar un jardín repleto de rosas del mismo color. Había disfrutado del podado y cuidado de cada uno de los rosales con tal esmero y detalle que al final hasta había logrado percibir el aroma de las flores. Allí era donde había hallado un poco de paz. Una paz que sabía desaparecería apenas volviera a la realidad diaria, en donde se había vaciado su corazón llorando la pérdida de sus padres.

Y en aquellos días en los que se había sentido tan disgregada en pedazos, había llegado a perder peso de manera tan peligrosa que una noche pensó que era mejor entregarse a los brazos de la muerte. No quería seguir viviendo. Se había rendido. Y en medio de un estupor frío y oscuro, emergió con nitidez la voz de su abuelo Johan entre las paredes de la casa, gritándole en los oídos:

«*Cobarde*».

Ante ese cachetazo de vida, Aniel había despertado del trance decidida a sobrevivir para encontrar a su madre y al símbolo. Se lo debía a ella, a su abuelo y a su padre.

Y solo quedaban tres meses para su cumpleaños, por lo que viajar al arroyo era su gran prioridad. Tenía que empezar a familiarizarse con aquel sitio, donde hallaría las respuestas que su abuelo y su madre le habían anunciado. Miró a Jackie:

—Y no solo tú estás en esto, amiga mía, sino que me temo que esta gente querrá dar con Maia otra vez. Nunca entendí por qué la buscan a ella. Por qué

sucedió *aquello*.

—Yo tampoco —se lamentó Jackie—. Esa noche... —Sacudió la cabeza, impotente—. ¡Desgraciados! Los salvajes que atacaron a Maia responden a la descripción de los gorilas que nos interceptaron frente a la iglesia y en el Scandinavian Congress Center. La indumentaria negra y los ojos del mismo color, y tan lúgubres, son difíciles de olvidar. Tú mejor que nadie lo sabe, Aniel. Pero lo que nunca supimos es cómo Maia escapó aquella noche. Ella dice que no recuerda nada, aunque yo creo que lo hace y no nos lo quiere decir. —Los ojos de Jackie se volvieron brillantes—. No sé qué será de ella si esos locos vuelven a ir tras ella. Ellos saben que es tu amiga.

—Me siento aún más culpable —susurró Aniel.

—¡No! —exclamó Jackie—. No se trata de eso, sino que debemos extremar los cuidados para resguardarla. Ella ya ha padecido demasiada violencia en su vida y esta persecución es infernal. No sobreviviría a una próxima vez.

—Te juro por lo que más quieras, Jackie, que la protegeremos con todas nuestras fuerzas. O nunca me lo perdonaría —susurró Aniel.

—Yo también te lo juro —dijo la pelirroja y levantó la palma de la mano en posición vertical.

—Por Maia. —Y Aniel hizo lo misma con la suya. Ambas palmas se unieron en una promesa de protección a su amiga.

—Mañana saldré hacia México para encontrarme con ella y la pondré sobreaviso para que se cuide. Maia hace tiempo que está aprendiendo defensa personal, lo cual me deja un poco tranquila.

—Sí, pero su psiquis no es fuerte —expresó Aniel impotente. De alguna manera, ella y Maia tenían en común una fatídica noche en sus vidas.

—Por eso estamos de acuerdo en ayudarnos y en que esta separación momentánea es lo mejor.

—Sí, Jackie. Pero, por favor, cuídate. Tú y Maia pueden estar en un verdadero peligro —dijo Aniel tomándola de las manos.

—Ya te lo he dicho: a mí solo comenzarán a rastrearne si llegan a enterarse de lo que sé. Respecto a Maia, confiemos en que la dejarán en paz, al menos por un tiempo. —Jackie suspiró y sacudió la cabeza de un lado a otro—. No, Aniel. Ni Maia ni yo somos la prioridad número uno de esos tipos y del bello Adonis de pestañas largas. Lo eres tú.

Todo había sido inútil. Habían registrado cada una de las empresas aéreas en los diferentes aeropuertos de Dinamarca y contactado con la gente de la Estirpe de Plata en Copenhague, Billund y Aarhus, pero ningún boleto de avión había sido emitido a nombre de Aniel Mitchels o Jackie Thygesen. Habían conseguido los nombres completos de las chicas a través de un conserje del hotel al que le entregaron una importante suma de dinero. Y también habían registrado las estaciones de trenes, autobuses y ferris con la misma suerte.

—¡Las perdimos, carajo! —explotó Gabriel golpeando las palmas de las manos contra una de las paredes del aeropuerto de Copenhague—. Se han esfumado delante de nuestras narices.

—¿Qué se supone que haremos ahora? —preguntó Metanón con el ceño fruncido.

—La amiga tiene intención de viajar a México y Aniel al Delta. Las escuché en la biblioteca, y precisamente al arroyo donde crecen los árboles plateados. —Metanón lo miró sorprendido—. Sí, ella está al tanto de ese lugar y es allí a donde se dirige —explicó Gabriel.

—Pero ¿cómo sabe Aniel acerca de ese sitio?

—Es otra de las cosas que tengo que averiguar. No perderé más tiempo, así que salgo hacia Argentina ya. Fallamos en atraparla ahora, pero al menos confirmamos que los caídos andan también detrás de ella y del símbolo. La amiga no sé qué pieza juega en este puzle, no obstante, las vi a ambas leer algo sobre runas.

Metanón lo escuchaba serio, atento a cada detalle de lo que Gabriel le informaba. Con la persecución, los dos amigos no habían tenido posibilidades de hablar acerca de lo ocurrido en la biblioteca.

—¿Crees que la amiga sabe algo acerca del símbolo? —preguntó Metanón con voz ronca.

—No estoy seguro, pero con claridad oí a Aniel decirle a Jackie que ella siempre había sabido acerca de *ese símbolo*. No sé si se refería al mismo que está relacionado con Aniel o si hablaban de otro. Así que Jackie viajará a México para reunirse con una tal Maia, que parece ser una amiga de ambas. Alguno de ustedes debe ir tras la pelirroja. Sin ninguna duda, maneja información que nosotros desconocemos.

—Ya te dije que me encargaré de esa bruja —siseó Metanón con una mirada intensa. Gabriel captó la expresión de su amigo, pero esa vez sin sorprenderse.

—Lo sabía, te dejó impresionado.

Metanón demoró en responder, pero, al hacerlo, su voz se volvió aún más profunda.

—Esa mujer no se me escapará. Te lo prometo.

Capítulo 9

Buenos Aires

Sácritos rugió furioso y golpeó de la misma manera la mesa que tenía delante después de escuchar lo que los dos guerreros le habían comunicado. La chica había huido de nuevo.

—¡Son unos idiotas inútiles! —Los caídos tragaron en seco, pálidos ante la manifestación de ira de su jefe. Temblaban porque sabían lo despiadado que él podía ser, y ellos estaban bajo su mira en estos instantes—. ¿Cómo diablos pudo escaparse una jovencita de las manos de guerreros preparados y entrenados para matar docenas de almas? ¿Qué mierda pueden decir para salvar sus pellejos? —Y los miró con los ojos teñidos de rojo.

—Ella y su amiga... no son débiles y además... no estaban solas, jefe —titubeó uno de los hombres.

—Quiero detalles.

Los dos caídos se miraron y, después de unos segundos, uno de ellos tomó la iniciativa.

—Las perseguimos hasta el Scandinavian Congress Center, pero cuando las íbamos a apresar aparecieron dos guerreros que nos atacaron. Al parecer ellos también las querían para sí. Una de ellas incluso luchó contra uno de esos tipos. Ambos eran expertos luchadores y la chica que luchó contra el sujeto estaba muy bien entrenada para hacerlo. La mujer que usted busca desplegó más bien dotes de gimnasta; es rápida y hábil para la huida. Y también la policía danesa se mostró implacable contra nosotros. De verdad no pudimos hacer más, patrón.

Ambos hombres bajaron la mirada en actitud de sumisión sabiendo que sus vidas estaban en manos de su superior.

—Sácritos, tenemos un grave problema —dijo otra voz mortecina, que se elevó tras la espalda del jefe de los caídos. Este se volvió lentamente y

observó al individuo que había hablado.

—*Silverwalkers* —siseó el jefe lleno de furia. Después volvió a mirar a los guerreros. Se acercó a ellos, a escasos centímetros de sus rostros. Era tan alto que debió bajar la cabeza para mirarlos con sus ojos de muerte. Los paralizó con aquella mirada tan temida por todos: mortal, asesina y tan acerada que parecía cortar con su brillo las venas de cualquier mortal. Y los dos hombres eran mortales—. Atrapen a la chica, con la amiga o sin ella. Y cuando la traigan, debe estar viva y no demasiado herida o los desollaré vivos a ustedes —siseó—. Y ahora márchense.

Los caídos, pálidos y sudorosos, hicieron una reverencia y salieron del recinto a toda velocidad.

—¡Gustav! —gritó Sácritos al hombre que había hablado a sus espaldas y que se acercaba a él.

El caído se detuvo a su lado, casi emparejándose con su altura. Aun cuando la musculatura de Gustav Chavanel no era tan voluminosa como la de su jefe, era portador de una elegancia única. Era la mano derecha de Sácritos y el encargado de que las misiones ordenadas por este fuesen ejecutadas con éxito. Por ello, era un eximio planificador y estratega, el que establecía los objetivos y las maneras de alcanzarlos. Sácritos, en cambio, se limitaba a mantener el poder con su autoridad desmedida y temido gatillo fácil. Y nadie de los caídos se atrevería a contradecir a estos dos hombres poderosos.

—¿Cuáles de los *silverwalkers*? —preguntó Sácritos mientras se dirigía al bar, se servía una copa y le ofrecía otra a Gustav.

—De acuerdo a la descripción hecha por nuestros hombres, se tratarían de Gabriel Trost y Metanón Lemark. —Sácritos palideció. Sabía bien quién era Trost y lo fabuloso que podía ser en las luchas físicas y mentales. Un verdadero rival a tener en cuenta.

—Gabrielito —siseó despectivo y sonrió con una mueca irónica—. El encargado de encontrar el primer símbolo. Y mi gran contrincante por la mujer.

—Exacto.

—Esa chica es la clave de muchas cosas —agregó—. Pero dudo que el caminante sepa quién es ella en realidad.

—Quizás tengas razón. La única solución es matarlo.

Sácritos susurró con voz fría y áspera:

—Yo lo haré.

Gustav contempló a su jefe. Todo en él era imponente, no solo su apariencia física, sino también el odio que profesaba a la Estirpe de Plata. Sácritos vivía y respiraba a través de su lado más oscuro, lleno de intrigas y deseos de venganza. Era una máquina de matar y Gustav sabía que no se detendría hasta que la misión llegase a su fin. Y aquella joven...

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una sonora carcajada de Sácritos.

—¡Esa preciosura de chica es tan escurridiza! Todos corremos como tontos tras ella, pero se nos escabulle como agua entre los dedos. —Gustav asintió en silencio—. Ahhh, como me gustará el día que de nuevo la tenga frente a mí. —Riendo por lo bajo y con mirada lasciva, Sácritos sentenció—: Si esta vez los idiotas vuelven a fracasar, yo mismo iré tras ella.

Gustav no era tonto. Sácritos estaba absolutamente obnubilado por esa joven. Hacía ya tiempo que venía tratando de cazarla sin éxito. Y cada vez que ella lograba huir, aumentaba en él el deseo irrefrenable de atraparla. Un deseo que no estaba centrado en matar, sino en poseer. Y eso era lo más peligroso. Cuando ella había cumplido dieciséis años, Sácritos había estado a punto de apresarla, pero por un descuido imperdonable de él la chica había logrado escapar de sus garras. Y en esos siete años habían sido innumerables las ocasiones que se habían suscitado para pillarla, pero el destino se había empeinado en protegerla.

Aunque quizás, había llegado el final. El mismo Sácritos amenazaba con salir a buscar a esa joven de la misma manera que lo había hecho siete años atrás. Y si era así, Gustav rogaba que esa vez no fallara o su furia los acabaría a todos.

Capítulo 10

Delta del río Paraná

Aniel agudizó los oídos mientras caminaba por el lugar al que había ido después de tantos años y guiada por los sueños. Había llegado hasta allí después de la tumultuosa huida de Aarhus.

En el aeropuerto Schiphol de Holanda, Jackie y ella se habían despedido después de un abrazo interminable. Milagrosamente nadie las había detenido, así que luego de comprar los respectivos boletos se habían dirigido hacia las diferentes puertas de embarque para iniciar las diferentes misiones que necesitaban llevar a cabo.

Suspiró muy hondo. ¡Había tantas cosas que resolver! Aún no sabía cómo lo haría, pero de lo que sí estaba segura era de que cuando culminara con todo, desaparecería de ese lado del planeta y empezaría una nueva vida al lado de su madre.

Con ese pensamiento en la mente, Aniel se apresuró a atravesar caminos enlodados, donde ramas y hojas le arañaban las piernas y brazos. El calor era agobiante. Caminaba sabiendo que el arroyo que había visitado de niña no estaba tan lejos. De súbito, se detuvo y dilató las aletas de la nariz, a la vez que los oídos y los ojos acompañaban este movimiento. Desde hacía un rato tenía la sensación de ser observada. Un sudor frío, causado por el miedo y el agobio que sentía, se apoderó de su cuerpo. ¿Quizás alguno de los hombres de sus sueños estaba allí? ¿Habría ido al entierro de su propia alma? Sacudió la cabeza y recordó a Jackie. Habían pactado comunicarse en seis días para indicar que todo estaba en orden.

Un asomo de tranquilidad la envolvió y se obligó a pensar en lo que había planeado durante el vuelo a Buenos Aires: luego de visitar el arroyo, alquilaría una habitación en algún pueblo cercano hasta el día de su cumpleaños y, a partir de lo que sucediera ese día, ella decidiría cómo seguir.

Así que esa misma tarde, apenas se había bajado del avión había contratado un taxi que, luego de viajar alrededor de doscientos kilómetros, la había dejado en la zona del Delta, donde se hallaba el arroyo que había visitado de niña. Necesitaba compenetrarse con ese sitio, ya que conociendo sus secretos podría dilucidar cómo continuar la búsqueda del símbolo.

Mientras seguía detenida, miraba hacia diferentes lados, admirando la vegetación frondosa, el brillo de las hojas de los árboles que se elevaban ante ella, las flores multicolores que flotaban frágiles en las aguas, que hacían de este lugar tan alejado de la mano de Dios una verdadera belleza.

—¡Auch! —exclamó dándose una palmada en la pantorrilla, que aplastó el tábano que la había picado. El sudor le caía por la frente y por las sienes debido a la caminata en ese calor insoportable. Gotas saladas se detenían en la unión del cuello y el pecho, y la ropa se le adhería de manera sofocante. Sentía los mosquitos zumbear alrededor de la cabeza, intentando atacarle la piel. Se sentó, tomó la cantimplora de la mochila y bebió para reconfortar la garganta seca y los labios resquebrajados con el agua que estaba tan caliente como las piedras que pisaba.

Aniel agradecía tener una condición física preparada para la supervivencia. Todo su entrenamiento había servido para hacer de ella una persona con fuerza y energía suficientes para afrontar un viaje de esa magnitud. Se había preparado para luchar y sobrevivir en esos siete años. Era bastante buena en *wrestling*, había aprendido a perderle el miedo a los cuchillos y podía llegar a manejarlos bastante bien en caso de necesidad. Tenía un avanzado dominio del *kick boxing* ya que su amiga Jackie, maestra de este deporte, le había enseñado algunas posturas y golpes claves. Aniel no era proclive a la lucha cuerpo a cuerpo, pero, si la tenía que emplear, lo haría sin dudar contra quien fuera.

Luego de saciar su sed, reanudó la marcha. Pasaron dos horas más, lentas e interminables, pero su espíritu era persistente. Descubrió frutas silvestres en el camino, que mitigaron el hambre y renovaron las energías. Si bien tenía víveres como para poder sobrevivir alrededor de seis días en esa salvaje

intemperie, la ayuda de las frutas podría prolongar la subsistencia. A esa altura, Aniel había descartado la sospecha de que alguien la seguía, ya que después de tantas horas caminando nada ni nadie había aparecido ante ella. Todo seguía siendo armónico, aun cuando el terreno de por sí era difícil de atravesar. Se infundió nuevos bríos, obligando al cansancio y al miedo a quedar sepultados en algún lugar de su interior. De repente, Aniel oyó a corta distancia música para los oídos. Una sinfonía de sonidos que provenían de un sinfín de aves y del aletear de sus alas.

Sus oídos empezaron a resonar con el canto de las aves, muchas de ellas que se llamaban entre sí, quizás advirtiéndose unas a otras de su presencia. Había mucho follaje por delante, pero, después de unos minutos y mientras el murmullo y canto de las aves se incrementaban en intensidad, llegó a un claro. Abrió a empujones las ramas y arbustos que se interponían y, súbitamente, ahí estaba. Aniel se quedó sin aliento y se le llenaron los ojos de lágrimas. El arroyo y los árboles plateados gigantescos que su abuelo Johan había plantado se alzaban ante ella majestuosos, imponentes, abrazando las aguas quietas, suaves, pareciendo querer comunicarse con su alma. Su corazón se abrió a una comunión de sentimientos que no había experimentado desde hacía años: alegría, congoja y profunda contemplación.

Las aves levantaban vuelo, como si la presencia de ella hubiera roto la paz del encuentro. Aniel se sentó a orillas del arroyo, sin poder creer que estaba allí, donde su madre y su abuelo la habían conducido.

Permaneció eclipsada en el lugar, absorbiendo la magnitud de lo que se manifestaba ante ella. Respiró hondo, tratando de impregnar cada una de las células de su memoria con los recuerdos tan maravillosos que guardaba de su familia disfrutando de este sitio. Si pudiera volver el tiempo atrás... Pero el grito de un ave la regresó al presente y a la realidad brutal que lo acompañaba. ¿Cómo sería el símbolo que tenía que encontrar? ¿Qué relación había entre este y el arroyo? En el sueño ella caía al agua. ¿Quizás se hallaba escondido en el fondo del arroyo? Si era así, entonces ¿cómo podría llegar a descubrirlo? Aun cuando sus preguntas no tenían respuestas, tenía certeza de

una cosa: ella no se iría de allí sin el bendito símbolo entre sus manos.

Aniel estaba ahí. Sola.

El corazón de Gabriel empezó a golpear fuera de control como un martillo sobre una pared. Verla despertaba en él el llamado más recóndito de su fuero íntimo. Las células de su cuerpo parecían responder al grito y reclamo único de aquellas otras que constituían la figura que se erigía ante él y que deseaba con tanta intensidad desde hacía más de un año. Todo el linaje se había esfumado y en su lugar surgía un eco furioso y terrenal que despertaba en él anhelo, posesión y dominio... de esta mujer.

Desde que surgiera por primera vez en sus sueños, había sentido por ella una profunda atracción que se había acrecentado cuando la había visto en el video y luego, cara a cara, en Aarhus. Aniel estaba ligada a él en más de una manera posible; el cuerpo y la mente se lo gritaban. También su corazón. Cerró los ojos, consciente de lo que aquello podía significar: la chica no solo era la guardiana de lo que él buscaba con tanto afán desde hacía años, sino también la posible causa de su absoluta perdición. Había tomado el primer vuelo a Buenos Aires y corrido en su camioneta, sabiendo que ella llegaría hasta aquí. Abrió los ojos. La veía frente a él, como si fuera una alucinación.

La observaba sin pestañar, como temiendo que, al hacerlo, desapareciera. Tragó en seco. Su misión era solo vigilar sus movimientos y no perderle pisada, aunque debía extremar los cuidados para que no lo detectara como las otras veces. El secreto era exhalar de vez en cuando el vapor de plata.

Mientras la contemplaba, se olvidó de todo lo que no fuese ella. Se sentía vivo y un fulgor cálido le inundó los pulmones. Aspirando con profundidad, se llenó del perfume de rosas que lo hacía vibrar de una manera desconocida, salvaje y posesiva. Los cabellos largos llenos de bucles, los ojos de gata, los senos perfectos, las caderas redondas y las piernas tan largas le provocaban un dolor terrible en la polla. Se imaginó acariciando esa figura con la yema

de los dedos con delicadeza, hasta llegar a los rincones más íntimos.

Exhaló el aire de los pulmones. Estaba por completo excitado, y eso no lo ayudaba en nada para la tarea que tenía por delante. De repente, Gabriel volvió a la realidad al darse cuenta de que, en todo este tiempo de fascinación, no había emanado ni una vez el vapor de plata de su boca. Y, espantado, observó cómo Aniel se levantaba de la orilla del arroyo y giraba con rapidez el rostro para clavar los ojos sobre los de él. ¡Diablos!

La imagen que había visto en sus sueños y que coincidía con el hombre que la había perseguido en Dinamarca estaba allí frente a ella. Adonis y su inconfundible reflejo de plata.

Aniel se quedó quieta donde estaba. Una parte de ella pedía salir corriendo a gritos, pero otra la obligaba a permanecer en el lugar. Le fue imposible apartar la vista del rostro casi perfecto y varonil, visible desde la otra orilla del arroyo. El verdugo, su asesino, el que le había arrebatado uno de los seres más amados de su vida.

Lo odiaba, lo detestaba. Y sabía por qué la buscaba. Podría ser asesinada por ese hombre, pero, antes de que lo hiciera, encontraría el símbolo y se lo entregaría a Jackie. Su amiga también tenía sueños lúcidos y sabría qué hacer con lo que le fuera revelado.

Los ojos canela, que parecían dos líneas felinas, la atravesaron. La estudiaban en silencio, de la misma manera que ella a él. Ambos parecían estar decidiendo qué hacer el uno con el otro. Pero antes de llegar a una conclusión, Aniel hizo lo que le había parecido imposible hasta ese momento: retrocedió un paso. Y el hombre avanzó uno hacia adelante. Al instante siguiente, se detuvieron, midiendo y especulando sobre el enemigo, hasta que Aniel volvió a juntar coraje y dio otro paso hacia atrás. Y el hombre volvió a seguirla. Pero él tenía el arroyo por delante y ella no, por lo que era el momento perfecto para escapar.

Con la fuerza de voluntad que había utilizado en las sesiones de entrenamiento y con el cuerpo fortalecido por la adrenalina que con furia circulaba por ella, se lanzó a correr.

Corrió con todas sus fuerzas. Atravesó caminos, saltando charcos y piedras, retomando el ritmo apenas volvía a encontrarse en terreno firme. Había agudizado el oído y el olfato, pero no sentía pisadas que la siguieran ni el olor territorial. Volvió a concentrarse, pero no percibía a su enemigo tras ella, a menos que tuviera un nuevo perfume y pies de plumas.

Después de un tiempo que le pareció eterno, giró la cabeza hacía atrás. Nada. Y se detuvo. Exhausta, respiraba a velocidad descontrolada, y el pelo y la piel estaban sumergidos en un baño de sudor. Aniel miraba hacia todos los ángulos posibles, mientras trataba de captar el menor ruido de su cazador. Se escondió detrás de unos arbustos frondosos y esperó allí lo que le pareció una eternidad. No obstante, el hombre nunca se presentó, tampoco escuchó el crujido de pisadas de animales. Pero ella no era tonta. Él debía estar en algún lugar.

Frustrada, suspiró profundamente sin saber qué hacer. Lo único que tenía claro era que tenía que volver al arroyo; y quizás la noche la protegiera. Su visión nocturna era casi tan buena como la diurna, por lo que podría buscar el símbolo contando con el camuflaje de la oscuridad. Debía intentarlo. Si ese hombre era su asesino, tendría que eludirlo como fuera. El arroyo era la respuesta y, cuando pudiera contar con la noche como aliada, volvería allí.

Se recostó sobre la hierba. Aún quedaban unas horas.

El resplandor de la luna creciente iluminaba de forma tenue el camino de regreso al arroyo. Las huellas nítidas y tangibles que Aniel había dejado impresas durante la corrida le facilitaban la tarea. Era evidente que su perseguidor podría haberla encontrado si así lo hubiera deseado, pero, por alguna razón, no lo había hecho.

Después de una hora de caminata, divisó el lugar que tanto anhelaba. El silencio generaba un miedo candente en los músculos de su cuerpo, haciéndolos temblar. Se sentó a orillas del arroyo, tratando de percibir alguna señal del hombre. Nada. Y mientras observaba, Aniel no pudo evitar caer embelesada por el paisaje que se erigía ante ella. ¡Qué hermoso se veía de noche! Los árboles plateados parecían más brillantes en contraste con el reflejo de la luna que apenas se insinuaba en la negrura de la noche.

En medio del éxtasis, Aniel volvió a captar el olor que tanto temía. Abrió las aletas de la nariz y agudizó la visión nocturna para tratar de detectar la posición del sujeto. Se levantó y empezó a caminar con sigilo buscando un escondite. Pero de golpe se sintió borracha, no solo por la adrenalina que circulaba por su cuerpo, sino por el perfume cautivante, más intenso que nunca, que comenzó a envolverla como un papel de regalo. Giró con rapidez la cabeza hacia atrás al detectar el brillo de plata.

El hombre era enorme y Aniel, agobiada, se preguntó cómo lograría sortearlo. La observaba callado y pétreo, como una estatua de Miguel Ángel con una mirada devastadora por lo bella pero, a la vez, helada. Se hallaba a unos treinta metros de distancia, pero sin el arroyo de por medio. ¿Sería una ventaja suficiente para ella?

Miedo, rabia y un palpitar irrefrenable la abrazaron. Ese era el macho ensangrentado de sus sueños. Sacudió la cabeza, tratando de volver a la realidad y no quedar presa en aquellos ojos que la hechizaban. Contaba con la oscuridad para salir de allí. Y con ese pensamiento, huyó a toda velocidad hacia algún lugar que la alejara de él.

Podía sentirlo detrás, corriendo tan rápido como ella. ¿Por qué podía seguirla en la noche? ¿Tendría el mismo poder que ella? «¡No, no, no!», gritó su voz interior.

Aumentó la velocidad de sus piernas, sabiendo que su vida dependía de ello. Por la rapidez sobrenatural con la que corría, veía pasar las borrosas figuras de los troncos de los árboles, las ramas, las hojas, como si hubiera ido sentada en un tren y mirara el paisaje desde la ventanilla. No distinguía

formas, solo las intuía. Y por más que corría a una velocidad extraordinaria, el sujeto seguía tras ella. Lo olía como nunca antes, lo escuchaba y captaba el brillo plateado.

Sostuvo la carrera por un rato, pensando en cuándo este tipo se cansaría. Jamás en la vida le habían ganado en una carrera, pero el sonido de los pasos tras ella no se alejaba, al contrario, comenzaba a acercarse cada vez más.

Se sentía completamente desesperada. Su vida dependía de evadir a ese hombre y, sin embargo, escuchaba la respiración agitada, tan fuerte como la suya propia, casi en sus oídos. E hizo algo inconsciente: se paró de golpe y saltó a un costado. El hombre, que venía a toda carrera, pasó por al lado como una bala.

Aprovechando la mínima ganancia de tiempo, Aniel giró sobre los pies y corrió en dirección contraria, directo hacia el arroyo. Le dolía la espalda por el peso y los golpetazos que daba su mochila así que, sin detenerse, la desabrochó y la arrojó a la orilla del arroyo. Ya pensaría más tarde en cómo la recobraría.

Si bien el enemigo venía por detrás a una distancia un poco mayor, el ruido sordo que emitían sus pasos la llenó de energía para correr más rápido. Si la alcanzaba, todo se acabaría allí mismo. Tanto tiempo de entrenamiento para aprender a sobrevivir en las más duras condiciones tenían que servirle para ese instante. Se había preparado para ello y no podía fallar.

Con satisfacción, vislumbró la proximidad de un monte cerrado que corría a lo largo de la orilla del arroyo y que le facilitaría la huida. Su perseguidor nunca había emitido un sonido o una palabra. Era como una sombra mortal que se acercaba cada vez más. Pero el monte se encontraba a pocos metros de distancia.

Cuando casi llegaba, dos grilletes la sujetaron de los tobillos y la hicieron caer boca abajo en el terreno mojado de la orilla. Con el impacto, Aniel clavó las uñas en el barro y el aire de sus pulmones salió expelido de un tirón. Se volvió y observó al gigante que la retenía con las poderosas manos. Comenzó a sacudir las piernas desesperada, intentando patearlo y tratando de

deshacerse de las manos que la arrastraban hacia él. Aniel tenía las piernas fuertes y contaba con ello. Se escuchaba gritar de rabia y, de vez en cuando, los gruñidos del hombre evidenciaban que ella había dado en el blanco más de una vez. Se retorció como una culebra y, sin saber cómo, logró que los tobillos le quedaran libres. Trató de huir de nuevo hacia el monte cerrado, pero las manos poderosas lograron atraparla de los muslos y la arrastraron al suelo.

Luchar en el lodo hacía que el esfuerzo por huir fuera casi estéril al no lograr un buen agarre con las uñas en la tierra, pero al menos ayudaba a que su perseguidor tuviera dificultad en colocarse a horcajadas sobre ella. Frenética, Aniel logró girar el cuerpo hacia abajo e impulsarse hacia adelante para tratar de escapar, pero aquella mole de músculos se desmoronó sobre su espalda y la volvió a derribar. El maldito batallaba por agarrarle las muñecas con las manos enormes. El entrenamiento de *wrestling* se activó en Aniel y, en medio del lodo resbaladizo, combatió con todas sus fuerzas al hombre que odiaba con toda el alma. Se encontró rodando con él en una maraña de brazos y piernas que luchaban más por encontrar puntos de agarre y evitar caer en las aguas del arroyo, que por tratar de dominar a duras penas al otro. Aniel escuchaba la respiración agitada del hombre sobre su oído casi confundiendo con la suya, mientras el cabello mojado y embarrado le rozaba las mejillas y le provocaba cosquillas en la nariz. Él intentaba cogerla por la cintura, por los muslos o por las muñecas, pero Aniel lograba desplazarse hacia atrás con el trasero sobre el terreno resbaladizo. Y cada vez que el guerrero parecía que tendría éxito, terminaba cayendo de bruces en el fango. En un momento y a duras penas, logró girarla y tomarla de la cintura por detrás. Ante ese agarre, Aniel impulsó el cuerpo hacia atrás, haciendo chocar la espalda sobre el pecho de él, y le propinó un fuerte codazo cerca de la garganta. El tipo gruñó y aflojó el abrazo para tomar aire y le dio a Aniel la oportunidad para huir. Cuando ella se levantó del suelo y logró dar unos pocos pasos resbaladizos, el hombre la jaló del pie y la tiró una vez más sobre el terruño. Aniel se retorció frenética hasta que logró soltarse y comenzó a

gatear en dirección contraria. Pero el intruso la volvió a atrapar por la cintura y se puso de pie con ella a cuestas, separándola del suelo una buena distancia. Aniel pataleaba y gritaba furiosa en el aire con los brazos inmovilizados por aquella banda de músculos y tendones. Mientras la elevaba a más altura, el sujeto la giró y, con un movimiento brusco, la calzó sobre uno de sus macizos hombros. Arqueando la espalda y debatiéndose como una fiera, Aniel logró liberar los brazos y atacó el cabello de su carcelero, tironeándose hacia atrás, al mismo tiempo que le clavaba las uñas en una de las mejillas. El hombre gruñó de dolor y perdió el equilibrio hacia un costado, permitiendo que Aniel lograra apoyar uno de los pies en el suelo y, así, lanzar un puñetazo hacia el mentón cuadrado, aunque nunca llegó a destino. El individuo la sorteó con agilidad y cargó de nuevo sobre ella, abrazándola de frente con los brazos de acero y haciéndola caer sobre sus espaldas. El barro amortiguó la furia de la caída, aun cuando el peso del cuerpo macizo era enorme. Aniel, casi sin aliento, envolvió las piernas alrededor de las caderas de su verdugo con todas sus fuerzas y, con la ayuda del lodo, logró zafarse de los brazos poderosos. Le dio dos puñetazos seguidos en la cara. El hombre quedó un tanto asombrado, mientras la miraba a la cara a través del barro, con los ojos abiertos. Era lo único distinguible de su rostro. Ella se incorporó e intentó atacarle los ojos, pero él puso la cabeza de lado y apresó una de sus muñecas. Aniel luchaba furiosa, clavando y arrastrando las uñas de la mano libre a lo largo del pecho y brazos enormes, percibiendo cómo el hombre contenía la respiración. No sin esfuerzo, este logró apresarle la otra muñeca, ante lo cual Aniel redobló las embestidas para evitar que se las inmovilizara.

Pelearon un buen rato en una lucha casi muda, salvo por la respiración agitada de ambos y los gruñidos de frustración. Aniel batalló a patadas, puñetazos y dentelladas como una poseída, tragando barro varias veces. Tenía que destruir a aquel desgraciado que la había sumergido en la más profunda de las miserias, aquel que junto con Sácritos le había quitado todo.

Pero el hombre era tan fuerte y hábil que, poco a poco, fue minando sus fuerzas. Y Aniel comenzó a desfallecer.

«¡No, no ahora!», se repitió en el fragor de la lucha. Lágrimas de impotencia empezaron a surgir de sus ojos. En no mucho tiempo la tendría a su merced y la humillaría con la muerte, como lo había hecho con su padre. Con ese pensamiento y el odio que sentía, intentó acrecentar sus esfuerzos, pero estaba totalmente agotada. El sujeto era rápido y efectivo en los movimientos, posesivo en los agarres, como si supiera que lo único que la vencería sería su propio cansancio. Ante esa verdad y presa de una frustración lastimosa, comenzó a rendirse y, cuando esperaba un golpe o que el tipo la estrangulara, se vio envuelta en un abrazo que la sofocó. Un sollozo escapó de sus labios al intuir su final. Pero el hombre deslizó uno de los brazos por debajo de sus rodillas y la levantó, sujetándola con más firmeza contra su pecho. El otro brazo se cernía como una banda de acero por detrás de su espalda, inmovilizándola. Con la mente en blanco y, esperando el golpe de gracia, escuchó enajenada que el hombre susurraba algo en sus oídos que parecía tener la intención de tranquilizarla. Y ese abrazo era algo distinto. No sabía cómo explicarlo, pero era diferente. Ambos respiraban frenéticos y descontrolados.

Ante este cambio de acciones, Aniel sintió que su mente y sus emociones se detenían. ¿Quizás ya había entrado en las fronteras de la muerte y no se había dado cuenta? Pero no podía ser, porque el hombre la transportaba hacia algún lugar con pasos lentos. Las lágrimas le caían por las mejillas lodosas sin poder detenerlas. En un último intento, Aniel se revolvió gritándole al oído en medio de las lágrimas y con el último aliento:

—¡Asesino!

Este la abrazó con más fuerza y sopló a través de sus sienes.

—Duerme —escuchó que le susurraba al oído.

Y Aniel cayó en un vacío reconfortante, cálido y oscuro.

Capítulo 11

Gabriel depositó el cuerpo de Aniel en su cama. ¡Dios! Esa mujer había sido en verdad difícil de reducir. Estaba absolutamente agotado y no podía ni siquiera imaginar cómo estaría ella. Nunca le había tocado luchar contra una mujer de esa manera, pero en una parte de su fuero íntimo, ella se había ganado su respeto ya que había sido implacable. Él no había querido emplear los puños, ni su fuerza extrema porque, si bien la hubiera podido noquear enseguida, en realidad no había querido lastimarla por nada del mundo, sino tan solo retenerla. Y era lo que había hecho, aunque no se había llevado la mejor parte. Tenía varias marcas en el cuerpo que evidenciaban la salvaje lucha que había tenido lugar entre ellos. Y casi había perdido un diente con el derecho que ella le había dado, sin mencionar los mechones de cabello que le faltaban. Eso había dolido de verdad.

«Asesino», lo había llamado y no le había gustado nada. Preso en sus pensamientos, volvió a la realidad cuando sintió que alguien golpeaba la puerta del dormitorio. Se dirigió hacia ella y, sin abrirla, preguntó hosco:

—¿Qué pasa?

—Soy Triel.

—Un momento —contestó a regañadientes. Miró a la musa que descansaba en su cama y se cercioró de que ella siguiera haciéndolo el tiempo necesario para que su cuerpo se recompusiera.

Abrió la puerta y se topó con Triel, que lo miraba con una mezcla de preocupación y diversión en la cara.

—Por Dios, hombre, estás hecho un asco.

Gabriel era consciente de que Triel lo recorría con los ojos de arriba abajo, evaluando el desastre en el que se había transformado. Su camisa estaba hecha girones, el pelo revuelto, la boca hinchada. Tenía una infinidad de arañazos, un ojo inflamado, barro por todo el cuerpo y, en la ropa, restos de

hojas y demás ingredientes.

Gabriel, sin responder, lo miró con cara de pocos amigos.

—Así que la encontraste —insistió Triel.

—¿Es la mujer del video, Gabriel? ¿Aniel? —preguntó Ruryk sonriente, que se unía al interrogatorio—. ¡Te batalló duro, hombre! —Y se carcajeó. Gabriel hizo una mueca de disgusto.

—No me jodan —advirtió sin elevar la voz. Sabía que Damián escuchaba desde el salón y su risa baja, que se sumó a la de esos dos parados frente a él, lo confirmó.

—Está bien —convino Ruryk aún riendo—. Pero al menos danos una pista. Además, debes decirnos dónde está Metanón.

Gabriel los miraba con furia.

—Necesito darme una ducha y luego descansar. Les diré lo que pasó en la mañana.

—Te lo has ganado en buena ley —lo palmeó Triel en la espalda.

Gabriel los miró con detenimiento por unos segundos y, antes de cerrar la puerta, dijo con voz ronca:

—Sí, ella es Aniel.

Gabriel apoyó la espalda en la puerta cerrada sin escuchar los comentarios de sus amigos del otro lado. Respiró hondo y se dirigió al cuarto de baño. Este no solo era enorme, sino que contaba con lo que para Gabriel era una de las mejores adquisiciones que había hecho en los últimos tiempos: un jacuzzi para cuatro personas con hidromasaje. Con pesadez abrió los grifos de agua fría y caliente para permitir que se llenara. Su cuerpo necesitaba una buena sumergida y un enérgico masaje después de hacer lucha libre y *wrestling* en el barro. Se sacó la ropa y, a continuación, se sumergió en el agua deliciosa y burbujeante. Cerró los ojos y se dispuso a ordenar un poco los pensamientos

y emociones mientras el agua le masajeaba los hombros, los muslos y el cuello.

«Esto es el paraíso, sin ninguna duda», pensó Gabriel.

El calor del agua comenzó a relajar su cuerpo tenso y agarrotado a causa de la adrenalina que le había corrido por las venas hacía tan solo un rato.

Respiró hondo y colocó la cabeza sobre el borde del jacuzzi. A pesar de la terrible batalla que había librado con Aniel, él no tenía la menor duda de que entre la muchacha y él existía una profunda conexión. Una de la que ella era completamente ajena. Porque si Aniel la hubiese sentido con tanta intensidad como él, estaba seguro de que ella no habría intentado huir de él cada vez que ambos se encontraban.

Y lo había llamado «asesino». No sabía qué era lo que Aniel creía de él, pero lo averiguaría.

Lo que lo confundía sobremanera era lo que la chica generaba en su físico y en sus emociones. Cada vez que se había topado con ella, incluso en los sueños sentía crecer una pasión abrumadora, ciega, que provocaba la reacción total de su cuerpo. Apenas la había visto cara a cara en el arroyo, el corazón le había empezado a latir como jamás antes y la polla le había crecido a su máxima expresión.

Tenía temor de descubrir qué implicancias tendría todo esto. Los jerarcas habían sido muy claros: las señoras álmicas de los *silverwalkers* eran una realidad y, cuando ellas aparecieran, trabajarían junto a ellos en ese nuevo período de cambio. Pero habían advertido que identificar al complemento álmico no siempre sería una tarea fácil, sino que podía llegar a ser muy compleja, dependiendo de la apertura del alma afín y del reconocimiento que se llevara a cabo entre una y otra. ¿Sería Aniel una de estas cinco mujeres de las que las profecías hablaban? ¿Estaba él preparado para algo así? Siempre le había gustado divertirse, conocer mujeres y pasarla bien con ellas, pero jamás había sentido el anhelo de comprometerse a algo más serio que a algunas salidas circunstanciales o a relaciones pasajeras. Tampoco sabía lo que era estar enamorado. En general, él se sentía incomprendido o solitario.

Recordó las palabras de su padre: «*Las señoras álmicas de plata a su lado significará para cada uno de ustedes alcanzar un estado de mayor completud*». ¿Quizás esas mujeres eran una leyenda que sus padres creían era parte de las profecías? No podía negar que la pareja que conformaban Marcos y Perla era fabulosa y que ambos se habían reconocido pero, a su vez, Gabriel no estaba seguro de cómo funcionaba eso para los demás integrantes de la Estirpe, y menos para la casta de los *silverwalkers*. Quizás el reconocimiento había cuajado para sus padres, pero no para él o sus amigos. Sin embargo, tenía a Aniel durmiendo del otro lado de la puerta, y su polla seguía erguida como un poste, sin poder olvidar que ella le había gritado que era un asesino. Su voz le retumbaba en la mente una y otra vez.

Gabriel se lavó el cabello y el resto del cuerpo frotándose con energía, deseoso de limpiar la locura que había vivido con la chica a orillas del arroyo. Salió del jacuzzi y luego de secarse con una toalla, se dirigió desnudo al dormitorio, donde volvió a encontrarse con la imagen de la mujer acostada en su cama. Aniel seguía durmiendo, sucia y oliendo a lodo, pero, aun así, pudo observar las curvas de su cuerpo. Eso era lo que él llamaba un cuerpo bien esculpido, fuerte, entrenado, con músculos firmes, femeninos y largos, que invitaban a cualquier hombre a desear tocar, besar e ingresar en él.

Aniel era alta, más alta que el promedio de las mujeres. En el rostro lleno de lodo, podía apreciarse la curva y el grosor de los labios, que le daban a la boca una apariencia tan sensual que Gabriel no pudo dejar de pensar que esos labios habían sido creados para ser besados. «Por mí», y sonrió apenas. Observó los pómulos elevados, delicados, que en combinación con los ojos que lo habían mirado con tanta furia en la pelea le hacían acordar a un felino salvaje. El pelo yacía enredado por el fragor de la lucha, pero Gabriel evocaba perfectamente cómo le caía por la espalda hasta las caderas, casi abrazando las nalgas. Detrás de toda la suciedad que lo cubría, podía adivinar el color rubio miel, vetado con mechones más claros y más oscuros. Innumerables veces se había imaginado hundir las manos en la plenitud de esos bucles. Rememoraba también los ojos de color verde mar y el brillo

plateado inconfundible que se desprendía de ellos, producto de la rabia y el miedo que se había apoderado de la joven cuando se dio cuenta de que no podría huir de él. Esos ojos serían la perdición de cualquiera, y él no podía dejar de preguntarse cuán perdido ya estaba por esa mujer. No era que Aniel había aparecido de golpe, sino que formaba parte de su vida desde hacía un año y medio. Y la tenía allí, en carne y hueso, durmiendo en su cama. «Por el amor de Dios», gimió por dentro y arrastró una de las manos por el pelo aún húmedo.

Sin duda, ella necesitaba una ducha. Algo se agitó en el interior de Gabriel al pensar que él todavía no estaba seco del todo y que el jacuzzi era para cuatro. De repente, se imaginó que sería maravilloso sentir el cuerpo voluptuoso recostado sobre el suyo. Ella estaba tan calma y no tendría que defenderse de sus uñas. Además, ¿qué delito cometía? Se miró al espejo: los puños, las patadas y las garras de esa chica lo habían destrozado. Y sonrió. Sí, después de todo, él se había ganado ese derecho. Sin dudar más, comenzó a desvestirla de manera muy suave y gentil. Después que despojó a Aniel de toda la ropa, Gabriel se quedó mirándola unos minutos. Los pechos llenos eran soberbios. Su polla se expandió brava, en toda su gloria, y las pelotas parecían a punto de estallarle. Continuó el recorrido con los ojos, descendiendo hasta detenerse en el centro íntimo sin vello. Y eso fue su perdición.

Lo que iba a hacer significaría un verdadero tormento para él, pero la decisión estaba tomada: Aniel, cuando despertara, iba a oler a rosas.

Soñaba de nuevo que estaba sumergida en el agua, pero ya no era la del arroyo, cálida y lodosa, sino la que caía de una enorme cascada. Era abrasadora y le recorría el interior de los muslos, los brazos, el cabello. Al mismo tiempo, unos brazos fuertes la rodeaban desde atrás y unas manos grandes la acariciaban desde el cuello, bajaban por el pecho, envolvían sus

senos... ¿Cómo habían llegado hasta ella? Gimió, humedeciéndose por dentro y por fuera del cuerpo. No quería despertar de este sueño, sino permanecer allí para siempre. Las manos la masajearon con suavidad en torno a los pechos y luego descendían al vientre. Puso rígido el abdomen, ya que le daba cosquillas que la tocaran en esa parte del cuerpo. No estaba acostumbrada a esa clase de caricias. ¿De quién eran esas manos? Mientras intentaba encontrar respuestas, el agua maravillosa la envolvía, el olor a rosas le embriagaba la nariz y los dedos poderosos le masajearon el cuero cabelludo. Más agua, enjuagándole el cabello y cayéndole por la cara y los hombros. Aniel suspiró y pensó que debía estar en el nirvana. Era tan agradable dejar descansar la cabeza sobre esa almohada cálida que tenía a su espalda. No era una almohada mullida sino firme y tan candente que la embriagaba. Más agua. Las manos que la envolvían parecían salir de todas partes con la intención de cuidarla. ¡Hacía tanto tiempo que nadie lo hacía! Le cubrían las suyas, entrelazando los dedos con los de ella. La retenían allí, presionando con dulzura, para luego hacerlas girar con delicadeza hacia arriba, casi con reverencia. Y los dedos suaves se detenían sobre las palmas durante un largo rato, como si las estuviesen memorizando. Quizás habían visto la figura impresa en cada una de ellas. Nunca había entendido qué significaban y tampoco le había importado.

Los dedos suaves seguían acariciando y recorriendo las líneas fraguadas de aquellas figuras. ¿Y de quién era la voz ronca masculina que había exhalado una exclamación de sorpresa a su espalda? ¿Las conocía? En realidad, la tenía sin cuidado. Más agua. Aquel trono en el que descansaba era absolutamente subyugante y sensual. Pero ella había muerto. Quizás eso era el paraíso del que tanto se hablaba en la Tierra y las manos las de algún ángel guardián. Abrió los ojos.

—Duerme —escuchó de forma clara y nítida la voz que ya conocía. Y sus ojos se volvieron a cerrar.

Capítulo 12

A la mañana siguiente, Gabriel se reunió con los demás caminantes en el salón principal. Había dormido en la habitación de huéspedes, ya que Aniel descansaba en la suya con la traba puesta. Se había levantado al amanecer un tanto embotado después de todos los acontecimientos del día anterior, aunque con el deseo ferviente de ver a la chica de sus sueños. Pero antes debía enfrentarse a los caminantes, quienes querrían interrogarlo acerca de lo ocurrido. Para ello había ido al arroyo a recobrar energías y ahora, al regresar, tenía a todos sus amigos observándolo con signos de interrogación en los ojos.

—¿Hay cerveza? —preguntó—. Es temprano y día de trabajo, pero hace mucho calor y necesito algo que me estimule para explicarles lo que ha sucedido y nada mejor que una cerveza bien fría.

—Te traigo una enseguida. ¿Alguien más quiere? —preguntó Damián a los demás alzando las cejas y esperando una respuesta.

—Sí. Trae para todos. Esta charla puede dar para largo y la mayoría ya ha desayunado. Una cerveza con este calor siempre es un regalo —contestó Ruryk sonriente. Los *silverwalkers* estaban sentados en torno a la mesa grande del salón principal, expectantes. Al momento llegó Damián con cuatro latas entre las manos.

—Gracias —dijo Gabriel mientras tomaba una. El resto de los guerreros hizo lo mismo y de repente el salón se inundó del sonido característico que las tapitas de metal de las latas hacen al abrirse. Gabriel bebió algunos sorbos, se aclaró la garganta y empezó su relato—. Ella es Aniel Mitchels. Pertenece a la Estirpe de Plata y es la mujer que he visto en mis sueños. Metanón y yo nos topamos con ella y su amiga Jackie Thygesen en la ciudad de Aarhus, donde participamos de un brutal enfrentamiento con los caídos debido a que Sácritos quiere a Aniel. —Se detuvo, impresionado por la

fiereza que crecía dentro de él. Se sentía celoso. Más bien, enfermo de celos. Pero se obligó a proseguir—: Ella lo sabe, aun cuando no sé si tiene conocimiento sobre quiénes son los caídos. —Volvió a beber un sorbo y suspiró profundamente—. Lo que sí sé es que ella me percibe.

—¿Estás seguro? —preguntó Triel mientras sorbía de la lata.

—Por completo. No puedo dar un paso sin que me descubra. Y huye de mí apenas me ve.

—¿Tendrá conocimiento de nuestra organización?

Gabriel se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Y qué más pudiste descubrir de Aniel?

—Ella y la amiga fueron a la biblioteca de Risskov y leyeron libros sobre runas vikingas y sus significados. No sé qué es lo que buscaban en concreto, pero estoy seguro de que tiene que ver con uno o más de los símbolos.

—¿Qué estás diciendo? —interrogó Triel, sorprendido.

—Que ambas mujeres manejan información sobre ellos. También nos enteramos de que Aniel y Jackie tienen otra amiga llamada Maia a la que protegen con recelo.

Ante este comentario, el rostro de Damián se puso rígido y los ojos se le volvieron más negros que nunca.

—¿Qué más sabes de esa tal Maia? —preguntó hosco.

—No mucho, solo que vive en México. Ahora Jackie viaja hacia allí para encontrarse con ella. Metanón va detrás para averiguar qué sabe Jackie sobre los símbolos. Quizás se trate de información complementaria de la que debemos obtener de Aniel o bien una completamente nueva.

Ruryk parecía impresionado, Triel estupefacto, pero no su hermano, que dijo casi siseando:

—Que no se atreva a tocar a Maia.

Los caminantes lo miraron con extrañeza, ya que su amigo se mostraba perturbado y como familiarizado con la amiga de Aniel.

—¿Qué te pasa, hermano? —preguntó Triel con el ceño levantado.

—Sabes cómo se pone Metanón de cachondo con las mujeres.

—Metanón está cumpliendo una misión que puede ser de enorme valor para la Estirpe. ¿Qué te importa lo que haga con esa mujer?

—Antes de responderte a esa pregunta, necesito hacer unas averiguaciones.

Todos lo miraron interrogantes, pero, conociendo a Damián, sabían que no diría mucho más al respecto.

—Esto se está volviendo muy pero muy enredado. Y merece una ronda más de cervezas —dijo Ruryk levantándose y yendo hacia el refrigerador. Gabriel miró a Damián, que se mantenía receloso y decidido a no hablar.

—Damián, ¿tiene algo que ver con los símbolos o con Aniel?

Este se levantó y se colocó frente a Gabriel.

—Te prometo que apenas sepa algo, te lo transmitiré. Pero no preguntes más, porque no diré nada de lo que pueda arrepentirme después.

Gabriel levantó la lata de cerveza hacia su amigo.

—Trato hecho.

Damián asintió y, dando por terminado el tema de Maia, preguntó:

—¿Hay más que quieras decirnos?

Gabriel se levantó como lo había hecho Damián con anterioridad y empezó a caminar por el salón de un lado a otro.

—Hoy he visto algo en las manos de Aniel que me ha dejado estupefacto.

—El resto de los caminantes lo miraron expectantes—. Aniel lleva una figura impresa en cada palma de las manos, que aún no se ven con nitidez, pero que le generan escozor cuando algo la ha afectado emocionalmente. Todo responde con exactitud a lo que nos pasó a nosotros en el comienzo.

Los caminantes abrieron los ojos y algunos contuvieron la respiración. Aquella información podría ser uno de los eslabones relacionados con lo que la Estirpe acababa de profetizar.

—Entonces crees saber quién es —dijo Damián.

—Es lo que tengo que confirmar.

—¿Qué es lo que estás pensando en verdad, Gabriel? —preguntó Triel con frialdad. Parecía querer escuchar respuestas claras y directas y no rompecabezas confusos. Gabriel lo miró y respiró profundamente.

—Que esta mujer ha aparecido en mi vida desde hace dieciocho meses cada noche en mis sueños, sin interrupción. He aquí que ella existe y pertenece a la Estirpe. Nos detectamos a distancia, nos olemos y sabemos de la existencia de uno y otro. Y en sus manos hay figuras impresas como alguna vez nos sucedió a nosotros, antes de la iniciación como *silverwalkers*.

—¿Podría ser ella una mujer *silverwalker*? —preguntó Ruryk asombrado.

—Es lo que me temo —contestó Gabriel—. Y podría estar ligada en especial a mí.

Triel parecía molesto, pero mantenía el control. Miró a Damián evidenciando lo que sentía.

—Entonces Aniel no sería solo la guardiana del primer símbolo —dijo Damián.

—¡Joder! ¿Por qué no permitimos que Gabriel saque sus propias conclusiones? —Triel miró ceñudo a Gabriel—. ¿Puedes dejar de dar vueltas y decir por ti mismo lo que piensas?

Gabriel le devolvió la mirada. Sabía que su amigo lo provocaba, pero no empezaría una trifulca con él. Conocía el temperamento irritable de Triel. Además, agradeció su pregunta, ya que en ese instante supo sin ningún lugar a dudas cuál era la respuesta. La había tenido delante de sus narices todo el tiempo, pero no se había atrevido a aceptarla.

—Aniel podría ser mi señora álmica de plata.

—¡Felicitaciones, hermano! ¿Cuándo es la boda? —interrogó Ruryk sonriente. Triel lo miró furioso, provocando que la sonrisa de Ruryk desapareciera al instante. Y por un rato, todos permanecieron callados sumidos en sus propios pensamientos. Damián fue el que rompió el silencio.

—¿Y ahora, Gabriel?

—Necesito confirmar todo lo dicho aquí. Porque Aniel me detesta y todos sabemos bien lo que ello implica.

—El camino del reconocimiento —dijo Damián.

—Y la lucha por ese reconocimiento que, según los jerarcas, no siempre será fácil —enfaticó Gabriel.

—Si es una de nosotros, deberemos ayudarla a aceptar lo que viene, Gabriel —dijo Ruryk preocupado.

—Y tendrás que averiguar si esa figura es lo que creemos que es —agregó Damián.

—No quiero escuchar nada que tenga que ver con el trabajo de los *silverwalkers* y esas posibles mujeres —siseó Triel.

—Pues tendrás que hacerlo. Si las sospechas de Gabriel son ciertas, Aniel no solo podría ser su señora álmica, sino también una *silverwalker* como nosotros —exclamó Damián sin dejarse amedrentar por su hermano temerario.

—Están locos —gruñó Triel.

Sin hacer caso a la furia de su hermano, Damián continuó la idea que estaban entretejiendo entre el resto de los caminantes:

—Sería un hecho nuevo, Gabriel, ya que hasta ahora hemos sido siempre representantes masculinos los miembros de esta casta.

—Y jamás emparejados con alguna mujer —agregó Ruryk.

Un largo silencio volvió a instalarse entre los caminantes, hasta que Damián tomó de nuevo la palabra.

—Quizás el número de cinco caminantes se vea alterado de aquí en más como lo han revelado los jerarcas. ¿Qué sucedería si Aniel fuese una caminante y también señora álmica de Gabriel? ¿Podría ella entregar almas en pareja junto con él?

—¡Pero qué dices! —bramó Triel levantándose de la silla—. Nuestros antepasados saben muy bien cómo es esto de las entregas de almas, y siempre ha sido estipulado que los machos de la casta somos los únicos que podemos

hacer este trabajo debido a nuestra genética tan exclusiva. ¿Por qué ahora me hablas de estas mujeres únicas, hermano? ¡Y encima de que ellas podrían llegar a ser nuestras posibles parejas! Yo no creo en las idioteces que los jerarcas dijeron la otra noche. Son fábulas —siseó Triel dando la espalda a los demás y tomándose la nuca con la palma de una de las manos.

—Sin embargo, a mí no me parece tan descabellado lo que dice Damián— expresó Ruryk inmerso en sus pensamientos. Como a Triel, a él tampoco le era fácil aceptar lo que estaba pasando, pero no quería enceguecerse. Triel lo taladró con una mirada fría, capaz de congelar los huesos de cualquiera. Pero no de Damián, que continuó con sus reflexiones:

—Lo que Gabriel nos acaba de informar revela con claridad que es la primera vez que una mujer de la Estirpe nace con figuras impresas en las palmas de las manos. Lo que antes había estado reservado en exclusividad a los machos de esta casta, parece que ha cambiado. Y es lo que tenemos que dilucidar: por qué y para qué.

Gabriel y Ruryk asintieron. No así Triel.

—Si no se pueden ver las figuras de las manos en forma nítida, es porque aún no se han vuelto tridimensionales.

—Supones bien, Ruryk.

—Entonces aún no ha sufrido la transformación.

—No conozco la edad de Aniel y tampoco sé si ocurriría dicha transformación. Pero en caso de que sucediera, ignoro cómo respondería en una mujer. Es la primera vez que estamos ante un hecho de este tipo —dijo Gabriel.

—Yo aún no puedo aceptar que estén hablando de estas mujeres como futuros miembros de la casta —exclamó Triel con ira controlada—. Los cinco sabemos lo solitario que es nuestro camino. Todos lo vivimos. Día tras día. Jamás en mis setecientos años he visto que alguno de nosotros se haya enamorado perdidamente de alguna mujer.

—Creo que te equivocas —dijo Damián en voz baja pero firme.

—No compares aquello con esto —siseó Triel a su hermano con voz

gélida. Parecía a punto de saltar como una serpiente sobre su presa.

—Amaste a esa mujer, Triel —aseveró Damián sin dejarse intimidar por su hermano.

—¡Cállate! —gritó Triel, furioso—. Eso fue un error y yo, más que ninguno en esta sala, puede aseverar que nadie se merece un amor eterno y, menos que menos, entregar el corazón a una mujer... ¡y encima procrear!

—Esa fue tu experiencia, hermano. Pero ello no quita que alguien de nosotros encuentre la experiencia diferente a como tú la has vivido.

—¿Quién de ustedes, aparte de mí, ha amado a alguna mujer en nuestros años de existencia? —Todos se quedaron callados. «Jamás... hasta ahora», pensó Gabriel para sí mismo—. Entonces no me vengan con que a partir de este momento las cosas serán diferentes.

—Te estás revelando contra lo que los jefes dijeron.

—No me revelo, Damián, sino que es algo en lo que no creo. Y porque esta chica lleve una figura especial en las manos, no quiere decir que ella sea la señora álmica de Gabriel y, menos aún, que pueda ser una *silverwalker*. Me niego a romper lo que nuestros antepasados, anteriores a estas patéticas profecías, han estipulado. Nunca ha existido una mujer *silverwalker*, así que ¿por qué de repente lanzamos esta teoría tan apresurada? Estamos queriendo jugar con siglos y siglos de reglas e información de la Estirpe.

Gabriel dejó que su escéptico amigo concluyera para tomar la palabra.

—Nadie asegura que lo que estamos barajando aquí sea la verdad, Triel. Pero no podemos dejar de hacernos preguntas. Porque no solo es la figura en sus manos, que estarás de acuerdo conmigo en que es un hecho único dentro de las mujeres de nuestra Estirpe, sino que, además, entre Aniel y yo hay una conexión especial. La siento. Lo vengo viviendo desde que empezaron mis sueños repitentes y se ha ido incrementando con nuestros encuentros.

—¿Y qué pasó ayer en el arroyo, Gabriel? —interrumpió Ruryk. Gabriel lo miró e inhaló profundamente.

—Para todos nosotros, los integrantes de la Estirpe, es fácil distinguir el brillo plateado de nuestras cabelleras y ojos —contestó—. Pero ayer cuando

encontré de nuevo, cara a cara, a Aniel, ella me percibió mucho antes, casi como si me pudiera oler u oír aun cuando estaba bastante lejos de mí. Yo había sido cuidadoso en extremo al desplazarme mientras la seguía. Saben lo sigiloso que puedo ser en estas tareas, pero ella supo de inmediato que yo estaba allí y que la observaba. Cuando me descubrió, me tomó de sorpresa. No esperaba que me mirara directamente a los ojos, aunque en el hotel de Aarhus también me había llamado la atención su rapidez para detectarme. A mí me sucedió lo mismo cuando Metanón y yo la perseguíamos en el Scandinavian de Aarhus. Entre ella y yo hay un reconocimiento instantáneo, como si nuestros cuerpos vibraran al unísono. Estamos en el mismo lugar y no tardamos en reaccionar el uno por el otro. Puedo olerla de lejos y es indudable que ella experimenta lo mismo conmigo. Lo único que me ha permitido confundirla es el vapor de plata.

—¿Cómo es eso? —quiso saber Damián.

—Tanto en la biblioteca de Risskov como en el arroyo, debí usar el vapor de plata para camuflar mi olor. De todas maneras, creo que cuando ella está pendiente de alguien, su olfato puede ir más allá del camuflaje. La última vez, en el momento previo a la pelea en la orilla del arroyo, ella me detectó a unos treinta metros del lugar, mientras que en Aarhus solo lo hizo a pocos metros de mí. Su poder de concentración la ayuda al olfatear a una presa. Lo mismo en la visión y en la percepción de nosotros.

—¿Y qué más? —preguntó Ruryk, curioso.

—Aniel es mucho más fuerte que una mujer de la Estirpe y ni hablar de una mujer humana. Si bien su fuerza no se equipara con la nuestra como machos, no es fácil de vencer. Tiene visión nocturna, diría que de la misma intensidad que la nuestra. También es velocísima; sus saltos pueden llegar a varios metros de altura y no solo huele, como ya comenté antes, sino que también oye a distancias mucho más lejanas de lo que los miembros de la Estirpe pueden hacer. Pero lo más increíble de todo, fue lo que sentí cuando la tuve cerca.

—¿Qué? —preguntó Damián concentrado en la historia que su amigo

relataba.

Gabriel demoró unos minutos en responder, pareciendo querer encontrar las fuerzas para hacerlo.

—Posesión. Una muy primaria y brutal. —Gabriel volvió a beber de la cerveza, como si con ello pudiese aclarar lo que estaba queriendo decir—. Jamás he sentido algo así por una mujer. Y me asusta. Porque las mujeres me han gustado, las he disfrutado de la misma manera que ellas a mí, pero jamás quise poseerlas, menos que menos pensar en querer retener a alguna a mi lado. Pero con Aniel me pasa algo muy diferente. Estoy conectado a ella a través de cada fibra de mi ser. Es algo muy fuerte, casi inmanejable y difícil de describir. Todo mi control se perdió casi por completo al lado de ese arroyo y lo único que supe fue que debía impedir que huyera y llevarla conmigo. —Suspiró, consciente de que sus amigos no le quitaban los ojos de encima—. Pero no se confundan. Hay dos sentimientos claros en toda esta cuestión: por un lado, mi deseo de que esta mujer nos conduzca al símbolo que buscamos para el bien de nuestra Estirpe y, por el otro, el que surge cuando estoy frente a ella y que yo definiría como una profunda *comuni3n*. Si ella se aleja, yo quiero acercarme, no soporto la idea de que huya y cada momento que pasa es más intenso. No puedo dominarlo, no puedo controlarlo... y me está volviendo loco. —Gabriel se pasó los dedos de las dos manos por la cabeza y estiró el pelo hacia atrás, exponiendo síntomas de cansancio y preocupación en el rostro.

—Estás ante algo nuevo. Y quizás para todos —expresó Damián por lo bajo.

—¿Te estás enamorando? —preguntó Ruryk cauteloso. La pregunta de su amigo le dio fuerzas para contestar.

—¿Qué puedo decirte? —respondió ya casi sin dudar de lo que su corazón le gritaba con cada uno de los latidos—. Yo no sé nada acerca de amar a alguien, salvo a la Estirpe. Pero ahora mi corazón reacciona a algo mucho más profundo. Esta lucha entre Aniel y yo parece responder a fuerzas opuestas en la energía de la dualidad, a una separación de pensamientos que

ambos tenemos que atravesar para encontrar nuestra unidad como individuos y en la unión como señores álmicos.

—Tiene mucha lógica —murmuró Damián y Gabriel asintió.

—También creo que ella sabe algo que ustedes y yo desconocemos. En medio de nuestra pelea ella me llamó «asesino».

—¿Y eso? —La voz de Triel sonaba más profunda que de costumbre.

—Aniel tendrá que responder a esto, porque yo no puedo descifrarlo. —Y movió la cabeza de un lado a otro, impotente—. Lo único que sé es que esta lucha entre ella y yo es el resultado de un enfrentamiento entre dos fuerzas en apariencia contrarias. Pero es la cima del iceberg. Debajo hay mucho más, incluso fuerzas de profunda unión. Y estoy seguro de que yo soy el primero que está atravesando lo que ustedes pueden llegar a experimentar alguna vez: el reconocimiento de la señora álmica de plata y un nuevo futuro como *silverwalkers*.

Gabriel se quedó en silencio junto al resto del grupo. Todos estaban perdidos en sus propios pensamientos y nadie se atrevía a emitir una opinión, ni siquiera Triel. Había sucedido algo muy delicado, no solo para Gabriel, sino también para todo el grupo y la Estirpe. Descubrir la conexión de esta mujer con la casta y los símbolos era primordial. Había muchas preguntas sin respuesta que solo una persona podía contestar. Y aún dormía.

Capítulo 13

Abrió lentamente los ojos intentado volver a la realidad. Le dolía todo el cuerpo. ¡Había soñado tanto! Esa cascada donde se había bañado le había hecho sentir un infinito placer, aunque la gran satisfacción había sido sentir sobre el cuerpo esas manos tan agradables y fuertes que la habían acunado y reconfortado. Y no tenía idea de cuánto tiempo había soñado.

Trató de enfocar lo que tenía por delante para darle forma. Un enorme ventanal de cinco hojas y sin postigos abarcaba casi toda una pared que daba a la intemperie y revelaba un paisaje natural de belleza extraordinaria. Giró la vista a la izquierda y se encontró con un espejo enorme que cubría el costado de la pared. Ese lugar era desconocido para ella y se preguntó si aún no se habría despertado del sueño.

Intentó mover los músculos de la boca, seca como papel de lija. Se miró las manos y comprobó que tenía todos los dedos; también contempló los muslos y pantorrillas. Todo parecía en orden. Se pellizcó y dolió. Aún estaba viva. Respiró hondo y volvió a mirar a su alrededor. ¿Dónde estaba? Se miró el cuerpo parpadeando varias veces, como tratando de entender qué era lo que había de diferente en ella, hasta que un quejido bajo salió de su boca mientras miraba con detención su indumentaria. La ropa que llevaba puesta no era la de ella.

Se incorporó en la cama con cierta dificultad, con el cuerpo quejándose como si lo hubiese expuesto a una extrema exigencia. Levantó los brazos en cruz, escaneando el nuevo atuendo. Llevaba puesta una camisa masculina demasiado grande para ella con los puños arremangados. Alguien la había desvestido y no le había dejado las bragas puestas. Avergonzada, se levantó de la cama y constató que la camisa le llegaba a la mitad de los muslos. ¿De quién era esa ropa y dónde se encontraba? Miró hacia atrás y observó la cama enorme en donde había yacido hasta hacía solo un instante. Él o los que

durmieran ahí apreciaban los espacios amplios. Se dirigió deprisa hacia la ventana y examinó desde allí el lugar. Aún seguía en el Delta, no cabían dudas, ya que divisaba el agua, la vegetación frondosa y podía sentir el calor agobiante en el cuerpo. Se volvió y detuvo la mirada en el enorme espejo, desde donde pudo observar su propia imagen. Se acercó y comprobó que tenía algunos cardenales en el cuello, pero la cara no tenía un solo rasguño. Se miró los muslos y algunos hematomas no muy grandes asomaban en ellos. Volvió a mirarse a los ojos. Al menos estaba limpia y olía a rosas. Al instante siguiente, desvió la vista primero a un guardarropa enorme que se alzaba hacia el costado derecho, empotrado en la pared, y luego hacia las dos puertas que había en la habitación. Se acercó a la que estaba más cerca de ella, la abrió y entró a un baño desmesuradamente grande, cuyas paredes de color blanco inmaculado hacían contraste con el negro carbón del piso. Observó la ducha bordeada de una exquisita mampara de vidrio que brillaba de lo limpia y pulida que estaba y, empotrado en una esquina, un jacuzzi para cuatro personas. El espejo era similar al de la habitación de afuera: enorme. Giró en redondo, comprobando que había muchas plantas, en su mayoría helechos, que daban al ambiente un aire exótico y tropical. Se dirigió a la mesada de mármol donde descansaba el lavabo, alrededor del cual había una cantidad importante de productos de tocador de hombre. Hizo una pesquisa tratando de divisar algo femenino, pero pronto se dio cuenta de que era una tarea inútil.

Salió del baño y caminó hacia la otra puerta. Cuando iba a girar el picaporte, se detuvo. Pensó un instante y recordó su ropa; decidida, se volvió al guardarropa gigantesco. Este constaba de cinco puertas de madera de algarrobo, dándole el aspecto fuerte y rústico característico de esa madera. Intentó abrir las puertas, pero solo tres de ellas lo hicieron; las otras dos parecían estar bloqueadas por alguna traba. No había ningún agujero de llaves, por lo que debía existir algún mecanismo desconocido por ella que pudiera destrabrarlas. Sin desalentarse, abrió una a una las tres puertas del mueble y, en su interior, encontró ropa masculina de excelente calidad y

marcas, la mayoría blanca y negra. Sin dudas su dueño no era amante de la variedad de colores, sino bastante austero en el gusto. Los zapatos respondían a la misma gama de colores que la ropa, así como la calidad. Revolvió el despliegue de indumentarias, tratando de encontrar su propia ropa, pero sin éxito. Tampoco había vestigios de alguna ropa femenina que pudiera ponerse antes de salir de ahí.

Se volvió fastidiada. Alguien tendría que devolverle la ropa, *su* ropa y... *su* mochila. «¡Joder!». Ahí tenía el teléfono móvil, el *iPod*, los documentos, las provisiones. Tenía que salir con urgencia a buscarlos. Pero ¿cómo? ¿Dónde? Se sentó en la cama y empezó a hacer memoria. Recordó que había peleado de manera salvaje y brutal con el asesino, hasta que había caído en un negro vacío.

Ante esta imagen, los ojos de Aniel se abrieron como platos y su respiración se cortó: el asesino de su padre y de ella la mantenía prisionera. ¿Habría sido él quien la había bañado y cambiado de indumentaria? ¿O había alguien más allí? ¿Y por qué seguía viva si se hallaba en su poder?

«Duerme», evocó. Él le había dado órdenes mentales. Seguro que era psíquico, como su padre. Pero ella había aprendido de él cómo bloquear órdenes de este tipo, por lo que estaría atenta a ellas. No le cabía la menor duda de que el hombre querría torturarla, pero ella no se lo haría fácil.

Miró hacia todos lados... ¿Podría salir de la habitación o estaría encerrada con traba? Antes de hallar la respuesta a su pregunta, volvió a centrar la atención en el mueble y abrió el cajón en donde momentos antes ella había visto lo que necesitaba con urgencia: un calzoncillo. Sacó uno de color blanco con un reborde de color y se lo puso. Era de lycra, por lo que se ajustaba bien al cuerpo. Si lograba escapar, no estaría por completo desnuda debajo de la camisa.

Sin demora, se dirigió a la última puerta y, despacio, giró el picaporte... *Click*. Y la puerta se abrió. Conteniendo la respiración, salió a un salón enorme donde en el medio resaltaba un sofá de cuero negro de diez cuerpos. ¿Cuánta gente vivía allí? Hacia un costado había una mesa de madera y

vidrio brillante que alojaba con comodidad diez sillas alrededor. Aniel caminó alrededor del salón, confusa. Se dirigió a la cocina, la cual, como ya sospechaba, también era inmensa. Las mesadas gigantes eran plateadas haciendo juego con una heladera corpulenta de tres puertas. Ante aquel dechado de abundancia, tamaño exagerado y predominio de colores blancos y negros, se concentró en el grifo de agua. Cayó en la cuenta de que estaba sedienta y lo abrió para tomar del fresco líquido. Luego de saciarse se acercó a los ventanales que, como los de la habitación donde había despertado, carecían de postigos. El día soleado era espectacular, aunque el calor era casi insoportable. Debía de hacer más de cuarenta grados de temperatura en el exterior, ya que aun cuando era evidente que en la casa había un sistema de aire acondicionado, este parecía no dar abasto. Se estiró para ver aún más por la ventana. Podía apreciar un sendero que se dirigía cuesta abajo del terreno, perdiéndose en el interior de la espesa vegetación; no estaba segura de en qué dirección se hallaba el arroyo al que ella debía volver para encontrar su mochila. Si tan solo pudiera acceder a algún teléfono... Con esa idea en la cabeza, se lanzó a su búsqueda. Tenía que comunicarse con Jackie. Ella la ayudaría o, al menos, avisaría a la policía para que lo hicieran.

Recorrió la inmensidad del salón principal, pero no había señales de un aparato telefónico. Frenética, se decidió a buscar en las otras habitaciones de la casa. Se topó con seis alcobas diferentes, todas con camas inmensas como en la que ella había dormido, pero sin rastro de teléfonos. Ingresó en otro recinto y se encontró con una biblioteca. Aniel contuvo la respiración. Jamás había entrado en una biblioteca privada tan enorme. Si las circunstancias fuesen diferentes, con seguridad esa sería la habitación de su preferencia. Aniel cerró la puerta deprisa, sabiendo que tenía una misión por delante que se estaba volviendo casi imposible. Continuó inspeccionando el resto de la vivienda hasta que, después de una búsqueda larga e infructuosa, Aniel llegó a la patética conclusión de que en esa casa había de todo, salvo un maldito teléfono. Se sintió defraudada, porque ¿cómo volvería a tener contacto con la civilización? La única manera sería si lograba escapar, y eso le preocupaba.

¿A cuánta gente tendría que enfrentar para hacerlo? ¿Y su asesino? Esa vez seguro que no tendría piedad con ella.

Regresó a toda prisa a la cocina y, mientras lo hacía, las manos comenzaron a picarle y un olor muy masculino que no conocía la envolvió. Antes de que pudiese reaccionar, a través del ventanal surgió la cara de un hombre que jamás había visto y que la miraba detenidamente. Las manos se lo habían avisado una vez más. ¿Por qué diablos no había escuchado?

El tipo parecía diabólico, con un horrible tatuaje de un dragón en el rostro. Aniel chilló por el susto y la impresión y, sin pensarlo dos veces, giró sobre sí misma y salió corriendo hacia algún lugar que la alejara de esa horrible visión. No había visto la puerta de salida mientras había recorrido la casa, pero quizás la podría hallar. Varias presencias surgieron en el interior de la casa y el aroma que la había embriagado antes volvió a apoderarse de sus fosas nasales. Él estaba allí.

Escuchó las voces que iban acercándose, aunque en realidad eran bramidos, sobre todo el de uno... Sus manos escocían irrefrenables y el perfume amenazaba con paralizarla. Esa voz inconfundible gritaba acerca de quién diablos había destrabado la puerta de la habitación. Y oyó los pasos ágiles. Todo ese caos era por ella.

Siguió corriendo, tratando de hallar una salida. ¿Dónde diablos estaba la puerta? Y de repente los vio: tres sujetos que la miraban con intensidad se habían detenido ante ella formando un muro inquebrantable por delante. Eran altos, enormes y, entre ellos, se hallaba al que había escuchado furioso hacía unos segundos atrás. Su asesino.

Aniel, de pie, había quedado petrificada detrás del sofá ante esta visión. Observó a su carcelero que tenía los ojos brillantes como lunas y la miraba de manera diferente al resto, como si él fuera... su dueño. Tragó saliva. Era tan apuesto como mortífero. En otras circunstancias no habría dudado en asegurar que era un fascinante ejemplar masculino, pero dada la situación en la que se encontraba, eso era lo último en lo que podía pensar. ¿Cómo escaparía?

Aniel los observaba sudando y conteniendo la respiración. Su cuerpo estaba tenso y listo para entrar en acción fuera lo que fuera que se desencadenara en un rato. Barrió con una mirada sus posibilidades, pero no había forma de encontrar la puerta de salida. ¿De dónde habían aparecido entonces? Lo único que tenía delante de ella eran las ventanas, que bien podían conducirla a la libertad. Sin pensarlo un segundo más, Aniel se volvió y corrió hacia ellas, pareciendo que volaba. Detrás de ella escuchó el ruido de las pisadas de los hombres tan apresuradas como las de ella y, antes de llegar a la ventana, fue tomada de la cintura y empujada hacia atrás para dar contra el pecho sólido de uno de los hombres que no conocía. Antes de que el maldito la envolviera con los brazos, Aniel se impulsó hacia arriba en un salto, girando como una pelota por encima de uno de los hombros del sujeto y cayó por detrás de su espalda. Desde esa posición, apoyó un pie sobre su trasero y lo empujó con todas las fuerzas, provocando que perdiera el equilibrio mientras lo escuchaba maldecir furioso. Giró con rudeza sobre las piernas y le dio un puñetazo en la garganta a otro de los atacantes que se acercaba, dejándolo sin aire. En ese instante, Aniel aprovechó para lanzarse por la ventana cuyo vidrio atravesó y rompió en miles de pedazos, tal como lo había hecho con las ventanas del Scandinavian Congress Center.

«Tendría que haber sido doble de películas sin ninguna duda», pensó mientras caía.

Aterrizó pesadamente sobre el césped que rodeaba la casa y se precipitó al sendero que había visto antes desde la cocina. Pero solo logró correr un tramo, ya que se vio envuelta por los brazos masculinos que conocía tan bien y que la abrazaron como grilletes alrededor de la cintura. Se vio levantada en el aire, pero, por el empujón del movimiento y la carrera, sus cuerpos cayeron al suelo hacia atrás, amortiguando el aterrizaje al chocar ella la espalda sobre el pecho de su captor. Se retorció frenética tratando de calzar los talones en el suelo para poder escapar de los brazos tan fuertes que la amarraban, pero el tipo envolvió con las piernas los pies de ella, imposibilitándole cualquier movimiento.

—¡Suéltame, cabrón! —juraba Aniel desesperada, sin dejar de retorcerse.

—¡Quieta! —ordenó el asesino desde atrás. Tenía una voz gruesa, que no necesitaba de gritos para imponerse. Pero Aniel no se la haría fácil.

—¡Eres repugnante! —chillaba mientras seguía luchando. Pese a que ya sabía que estaba derrotada, el orgullo la obligaba a seguir intentándolo—. ¡Y no te atrevas a darme órdenes mentales, porque esta vez te bloquearé!

El sujeto pareció sorprendido por lo que ella acababa de advertirle.

—Te vas a lastimar si sigues luchando.

—¡Suéltame te he dicho!

—Ya estoy cansado de este juego entre tú y yo —escuchó que le decía al oído.

—¡Asesino, asesino, asesino!

A la vez que le gritaba aquellas palabras, Aniel se revolvía con una fiereza tal que Gabriel temió hacerle daño al aumentar la presión de los brazos sobre el torso femenino. Los nudillos se le habían puesto blancos del esfuerzo por retenerla. Mientras ella se debatía colérica, Gabriel permanecía mudo, tomando aire en forma acelerada por la lucha que libraba para sostenerla. En medio de la refriega, alcanzó a vislumbrar parte de uno de sus calzoncillos que cubrían la intimidad de ella y, sin poder evitarlo, la polla se le elevó como un pistón. «¡Dios!» Su cuerpo se sentía abrasado por las llamas de una poderosa hoguera.

—¡Sé quién eres y lo que buscas! —vociferó la chica fuera de sí, mientras parecía a punto de escupirle en la cara. A Gabriel no le sorprendería si lo llegaba a hacer—. Pero nunca obtendrás lo que deseas. ¡Nunca! —Aunque hizo un intento con fuerzas renovadas para soltarse, Gabriel la mantuvo en la prisión de brazos y piernas. Ella movía la cabeza de un lado a otro sin tregua, como si de esa manera pudiera liberarse de él—. Eres un despiadado hijo de puta, la reencarnación de mi peor pesadilla. ¡El que me quitó todo! —Aniel no paraba de gritarle y atacarlo. Gabriel se sentía por completo apabullado y consciente de que aquello no estaba resultando como esperaba. Era ajeno a la realidad de esa mujer y, sin dudas, ella debería explicar muchas cosas.

Damián y Ruryk habían llegado hacía un tiempo y eran testigos estupefactos de lo que Aniel le gritaba.

—¡Alto! —le ordenó con brusquedad Damián a ella. Gabriel emitió un gruñido sordo a su amigo. Eso era algo entre Aniel y él, y no permitiría que Damián traspasara las fronteras de su territorio. Damián comprendió de inmediato el mensaje y cerró la boca; no obstante, su advertencia pareció ayudar a que Aniel se detuviera. Gabriel esperó un rato hasta que rompió el silencio, susurrando al oído de la joven con voz fría y controlada:

—Te llevaré al interior de la casa y hablaremos como personas civilizadas. —Consciente de la respiración entrecortada de ambos, decidió que esperaría hasta que ella se calmara para hacerlo. Sentirla revolverse entre sus brazos lo llenaba de rabia por su rechazo, pero, a la vez, era una tortura erótica que lo estaba volviendo completamente loco. Luego de lo que pareció una eternidad, Aniel ya no se movía y su respiración se había vuelto más regular, como la de él.

Gabriel volvió a susurrarle al oído:

—Nos vamos a levantar despacio y no harás ninguna locura. ¿Me oyes? — Esperó un rato, pero no hubo ni un atisbo de respuesta—. Entonces nos quedaremos aquí el tiempo necesario hasta que te calmes.

Aniel estaba demasiado furiosa. Al principio no le había importado quedarse entre los brazos de este tipo, ciega de ira. Lo único que quería era no sucumbir. Pero al cabo de un buen rato, se dio cuenta de que permanecer allí era intolerable. Tenía que apartarse del asesino de su padre. Se sacudió, pero la cárcel de brazos y piernas enormes era implacable. Al final siseó:

—Solo por ahora.

Ante este tácito acuerdo, Gabriel levantó a Aniel despacio del suelo, sin soltarla. Luego de un rato comenzó a aflojar su presa, sin dejar de mirarla y enviándole el mensaje de que, si ella intentaba salir corriendo, él iría detrás de ella. Los demás caminantes observaban la escena sin emitir un sonido. Gabriel le apoyó las manos sobre los hombros.

—Vamos. Y no intentes nada.

Aniel entró a la casa custodiada por Gabriel. Los otros dos individuos ya habían ingresado y se había sumado otro más. Gabriel la condujo hacia la habitación de la que había huido y la hizo ingresar con un suave empujón por la espalda. Cerró la puerta, mientras ella aprovechaba para sentarse en la cama, con la espalda apoyada en la cabecera y con las rodillas plegadas debajo del mentón. El gigante se quedó observándola durante un rato hasta que se dio vuelta, abrió la puerta de nuevo y comenzó a hablar con alguien al que parecía darle unas indicaciones que ella no logró escuchar. Estaba aturdida y ni siquiera su audición extrema la ayudaba en ese momento. El tipo seguía con medio cuerpo salido hacia el salón, sujetando la puerta con las manos. La observaba de a ratos, como avisándole que no intentara nada. Después de hablar, cerró la puerta y la miró con detenimiento. Aniel le devolvió la mirada, pero enseguida desvió los ojos hacia las manos enormes entre las cuales llevaba sus pertenencias.

—¡Mi ropa y mi mochila! —exclamó. Se paró de un salto y tomó sus cosas con cuidado, tratando de no tocar aquellas manos. Observó los objetos con devoción. Por fin algo que le pertenecía, algo que la conectaba con ella misma y no con esta gente—. ¿Han lavado mi ropa? —preguntó confusa.

—Sí, servicio completo como verás —murmuró el tipo—. A propósito, Mi nombre es Gabriel Trost. Y tú eres Aniel Mitchels.

No pudo evitar sentirse invadida. El sujeto conocía su nombre a la perfección. Quién sabía qué otras cosas sabría sobre ella. Lo miró con disgusto, pero no dijo nada.

—Y el cuchillo lo tengo yo. —Aniel entendió de inmediato la advertencia del hombre. El cuchillo que usaba para defenderse ya no estaba más en la mochila. Él había investigado sus pertenencias—. Y también tu teléfono —agregó al final, corroborando sus pensamientos.

—Respetas la propiedad privada por lo que veo —siseó Aniel.

—No si se trata de cuidar el pellejo de mis amigos y el mío propio. —Ambos se miraron con intensidad. Un halo de temeridad impregnaba la habitación y provocaba náuseas en Aniel—. Tú y yo necesitamos hablar —le

advirtió.

Buscando resguardo en la frágil seguridad que le daba la cama, Aniel se sentó y se apoyó de nuevo como antes en el respaldo. Desde allí lo observó. Parecía una estatua de piedra, pero atento por completo al menor de sus movimientos.

—Creo que tú y nosotros buscamos lo mismo —lo escuchó decir.

—¿A qué te refieres? —preguntó haciéndose la que no comprendía.

—Hay algo que está asociado a ti y a nosotros, y que también es codiciado por el grupo de criminales que quiso capturarte en Aarhus. —Aniel no se atrevía a decir nada. Lo que insinuaba el guerrero parecía muy peligroso y ella no sabía hasta dónde se atrevería a incursionar en la conversación—. En Aarhus, tú y tu amiga han sido testigos de que nos enfrentamos dos bandos.

—Sí. Pero no sé por qué —mintió.

—Porque ambos te queremos a ti.

Su corazón comenzó a palpar descontrolado. Jackie se lo había advertido en el tren y las palabras del sujeto acababan de confirmarlo. Al mismo tiempo que el pánico crecía dentro de ella, recordó las palabras de su madre: «*Que el macho no te atrape, hija nuestra*».

Intentando controlar su terror, expresó:

—¿A mí? —Y emitió una carcajada baja. Aunque estaba histérica, jamás se lo demostraría—. Me haces reír, Gabriel.

«Gabriel». Su nombre, escuchado de los labios de esa mujer, le había parecido una inyección de un potente afrodisíaco en el cuerpo.

—¿Conoces a los tipos que te persiguieron?

—No.

—¿Sabes quiénes pueden ser? —insistió.

—No.

«Maldita tramposa», pensó Gabriel. Ella creía que era convincente, pero casi le causaba gracia su manera de mentir.

—¿Sospechas quién está detrás de todo esto?

—No.

Sin ninguna duda, ella no estaba dispuesta a confesarle la verdad, pensó Gabriel frustrado.

—Además, si te digo que sí, que ustedes y yo estamos detrás de lo mismo, ¿en qué te beneficiaría? Yo jamás pensaría en ayudarte. Pertenece a bandos diferentes y tu único propósito conmigo es usarme para tu beneficio.

—Creo que hay un error de concepto. ¿Por qué hablas de bandos diferentes? —preguntó inquisitivo Gabriel, con los ojos alargados como dos bandas canelas. Aniel no le contestó. Era evidente que no lo ayudaría a averiguar en qué punto se hallaban ellos dos. Entonces eligió la persuasión—. Tú y yo buscamos lo mismo, pero no somos enemigos.

—Tú lo eres para mí —susurró Aniel girando el rostro hacia el ventanal del cuarto. Gabriel sintió una puñalada en el estómago. Detestaba su rechazo.

—¿Por qué?

—¡Lo sabes! —la escuchó gritar furiosa.

—No sé nada, salvo que debemos aunar esfuerzos.

—Jamás. No puedo ni debo.

Gabriel suspiró con profundidad. Debía encontrar la manera de hacerla entrar en razón.

—Escucha. —Volvió a intentar, tratando de aprovechar su tan mentado autocontrol—. Aquí hay intereses en juego y necesito que tú y yo encontremos puntos en común.

La escuchó emitir una pequeña carcajada.

—Yo no quiero encontrarlos y solo deseo irme de aquí. Te odio de verdad. Muchísimo.

La observó mirarlo con un recelo que le congeló la sangre. Esta mujer de verdad lo detestaba y no sabía por qué. Pero lo averiguaría, así fuera lo

último que hiciera en la vida.

—No puedo dejarte ir, Aniel. Sabes demasiado y eres la clave de ciertas cosas que con mi gente estamos buscando desde hace muchísimo tiempo. Y me importa un carajo cuánto me odies —la desafió acercándose sigilosamente. Gabriel sabía que esa no era la mejor manera de llegar a ella, pero se sentía frustrado, irritado y... excitado. Muy excitado.

Aniel contempló al coloso que se aproximaba e intentó hacerse la valiente en medio de su terror. Se levantó de la cama y lo enfrentó. Si bien era más alta de lo normal, se sentía chiquita al lado del mastodonte. Pero no se amilanó.

—Es tu problema, grandote. En lo que a mí concierne, esto está terminado. No quiero hablar más, así que si me disculpas, me iré a la civilización de nuevo.

Sabía que no llegaría lejos, pero estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para escapar de aquel tipo. Ella no era una asesina y en lo único que era buena era en correr, esconderse y camuflarse. Tuvo la intención de pasar por el costado de Gabriel, pero este colocó con agilidad el enorme cuerpo entre la puerta y ella, bloqueándole el paso.

—No vas a ninguna parte —dijo con voz grave. Lo miró y el miedo se transformó en furia.

—¡Muévete! Necesito irme, encontrar a mi gente, comer algo que desee, mirar la tele, jugar a la *PlayStation*, recorrer el lugar que yo quiera, sacarme tus malditos calzoncillos y comprarme nuevas bragas. ¡Apártate te digo! —gritó casi en un chillido.

—No.

—¡Te las verás conmigo! —siseó furiosa.

—No te tengo miedo.

—¡Me pones loca!

—Tú a mí también.

Era tal la furia de Aniel que su umbral de tolerancia bajó raudamente por

debajo de cero. Se sacó primero una de las zapatillas deportivas y la lanzó con todas sus fuerzas al cuerpo de Gabriel, el cual reaccionó agachándose y anteponiendo los brazos como escudo. Al segundo siguiente, se sacó la otra y la lanzó también y sin remordimientos hacia el mismo ángulo de ataque que el anterior. Aprovechando la sorpresa del guerrero, se lanzó hacia la puerta, pero cuando estaba a punto de abrirla Gabriel la alcanzó atrapándola de la muñeca y la hizo girar para que le diera la cara. Con un aullido de frustración, Aniel se lanzó contra él con toda la intención de despedazarlo. Utilizó diferentes técnicas de ataque aprendidas a base de arduo entrenamiento, pero Gabriel era un guerrero demasiado bien adiestrado. Luego de un rato de intensa lucha, el gigante logró apresarla de las muñecas y continuaron forcejeando. Ella se retorció descontrolada, con la cabellera impulsándose de un lado hacia el otro mientras los cuerpos se desplazaban por la habitación.

No sin dificultad, Gabriel logró dirigirla hacia la cama y, cuando llegaron allí, le dio un fuerte empujón que la hizo caer sobre la espalda como si fuera un saco de papas. Aniel rodó sobre su cuerpo un par de veces y se puso de pie del otro lado, quedando separados por la cama y mirándose con los ojos chasqueados de matices plateados. Gabriel la contempló enojado, pero no dijo nada, como si hiciera un esfuerzo supremo por no estallar.

—Quiero salir de aquí —insistió Aniel.

—No.

Los ojos de Aniel se volvieron dos ranuras letales. Gabriel sabía que ella, de ser más fuerte, hubiera intentado matarlo en ese instante. Luego de un rato de mórbido silencio, Gabriel decidió hablar de nuevo, esta vez con suavidad, pero sin dejar de ser firme.

—Debemos intentar poder entendernos, Aniel. Tú eres la guardiana de un símbolo que ha pertenecido desde su origen a nuestra Estirpe. —Aniel se puso tensa. Un frío glacial ascendió por su columna vertebral al comprobar lo que había sospechado: el asesino conocía acerca de la existencia del símbolo e iba tras él—. Y nos urge que aceptes cooperar con nosotros. —No podía creer lo que escuchaba. ¿Acaso aquel idiota pensaba que ella haría algo así?

Estaba rematadamente descerebrado.

—Jamás te diré nada de lo que sé. Ni a ti ni a nadie —contestó casi pitando.

—Queremos ayudarte, Aniel.

Empezó a reír mientras los ojos y la cabellera se le volvían de un intenso color plateado. Se sentía tan ridícula frente a ese tipo que no podía parar de hacerlo. Los ojos se le llenaron de lágrimas que empezaron a descender por las mejillas.

—Esto no está saliendo bien —gruñó Gabriel.

Aniel se puso la mano en la boca, tratando de ahogar la risa. Lo miró con los ojos alargados, cual el felino que se sentía en ese instante.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó con dureza, queriendo partirlo por la mitad con el fulgor de su mirada plateada—. ¿Torturarme? ¿Controlar mi mente? O quizás... ¿matarme? Yo ya estoy preparada para eso, grandote.

Era inútil. Esa conversación no llegaría a ningún lado, máxime en el estado de descontrol en que Gabriel se encontraba. Se sentía por completo frustrado y, a la vez, enojado, casi furioso. Su autocontrol dejaba mucho que desear. Pero así y todo, no podía negar que admiraba a esa mujer. Era un verdadero exponente de valentía que no se amilanaba contra nada ni nadie.

—No pretendo controlar tu mente y menos matarte —le dijo con voz ronca—. Pero es inútil seguir insistiendo. Te dejaré sola, así recapacitas. —Y se movió hacia la puerta. Al llegar allí, se volvió y la miró—: Como habrás visto, la ventana no se puede abrir desde adentro y el vidrio es de extrema resistencia, así que no puedes escapar. Vendré más tarde e intentaré que hablemos.

Aniel envolvió su cintura con los brazos mientras la puerta se cerraba, dejándola sola en la habitación.

Capítulo 14

Las manos le sudaban y picaban. ¡Y cómo! El plan que había ideado debería dar resultado esta noche. Había logrado, luego de un buen rato de intentos fallidos, desmontar de la pared de la habitación la lámpara de hierro fundido. El tiempo se iba acortando y no podía desafiar más al destino de aquella manera. Debía recobrar la libertad.

Se había duchado y vestido con indumentaria cómoda, y esperaba impaciente la llegada de Gabriel mientras repasaba mentalmente una vez más el plan, que era muy simple. La huida solo podría llevarse a cabo a través de la ventana de la cocina y no de la puerta principal de la casa, la que había descubierto cuando Gabriel la había traído a rastras del intento de huida. Había visto cómo este levantaba la mano y la posaba sobre lo que parecía un lector de huellas digitales camuflado en la puerta, haciendo que las dos hojas vidriadas que la constituían se abrieran de par en par, al compás del gatillar de unos dispositivos que la destrababan. Así que, por lo complejo que era, el uso de la puerta había quedado descartado.

Eran cerca de las ocho de la noche y hacía un calor insoportable. Afuera se podía escuchar el cantar de las cigarras y por los ventanales de la habitación se asomaba el cielo matizado con pinceladas de rojo dorado por la caída de sol.

«Que venga, que venga», suplicaba Aniel. ¡Gabriel tendría que traerle algo de comer! Se tocó una vez más el bolsillo del pantalón deportivo, donde guardaba los cuchillos. Unas horas antes, había logrado destrabar las dos puertas cerradas del guardarropa, suponiendo que encontraría algunas armas. Había descubierto el dispositivo digital detrás del mueble y había necesitado hallar la clave numérica. No era la primera vez que usaba su destreza con las combinaciones numéricas. Su intuición especial, heredada de su padre, se lo hacía ver con claridad y jamás imaginó lo bien que le vendría aquella

habilidad en ese momento. Al toparse con el arsenal de armas y diferentes herramientas, solo había elegido llevarse dos cuchillos para defenderse y un destornillador para desmontar la lámpara de la pared. No era una asesina y detestaba las armas en general, aunque las de fuego no las toleraba. Confiaba en que, con su destreza, su velocidad y el manejo de los cuchillos, fuera suficiente para huir de allí.

Miró una vez más la mochila. Estaba a un lado de la puerta, cosa que cuando escapara le fuera fácil tomarla y salir de allí. Apoyó el oído en la puerta y solo se escuchaba el murmullo de voces masculinas que hablaban y, alguna que otra vez, reían. De repente, detectó unos pasos que se dirigían hacia su habitación y un olor masculino. Había llegado el momento.

Tomó la lámpara entre las manos y se refugió a un costado de la puerta, apoyando la espalda contra la pared. Paralizada y casi sin respirar, se imaginaba lo que sucedería en breve. Escuchó cómo cedía la traba de la puerta y, a continuación, los pasos que ingresaban en el interior de la habitación. Aniel quedó oculta detrás de la hoja de madera que se acercaba a su nariz. Contando hasta tres, saltó desde detrás de la puerta y descargó con todas sus fuerzas la lámpara que llevaba entre las manos sobre la nuca del visitante. La aturdió el grito que salió de la boca del sujeto, seguido del estruendo que ocasionaron la bandeja y los platos de comida que cayeron al suelo. Sin querer mirar al tipo, tomó al vuelo la mochila y salió a toda velocidad de la habitación confiando en que alguien socorrería a la víctima. A sus espaldas oyó los gritos masculinos, algunos de rabia y mando, otros de auxilio, pero no se detuvo a evaluar lo que sucedía. Llegó hasta la ventana de la cocina y, sin dudar y con todo el ímpetu que traía su cuerpo, se abalanzó contra el vidrio haciéndolo estallar en millones de pedazos, asombrada y agradecida de que los guerreros no lo hubiesen reemplazado por uno más fuerte.

Al caer en el exterior, inhaló el aire caliente en los pulmones. En el mismo instante, escuchó pasos apresurados y pesados que venían tras ella y se largó a toda carrera para alejarse de ellos.

—¡Que no escape! —gritaba furiosa una voz.

—¡Por el camino de la derecha! —exclamaba otra. Ninguna de ellas era la de su verdugo que, con seguridad, yacía inconsciente con la cabeza partida. Aun cuando se sentía un poco mal por haber usado tanta fuerza al golpear la cabeza de su víctima, no permitió que aquello detuviese su huida. Sabía que su velocidad no era fácil de doblegar; había dormido y comido bien, así que tenía fuerzas suficientes para una buena carrera. Lo hizo a toda velocidad, sorteando árboles y arbustos, saltando por diferentes arroyos, oyendo cómo la carrera de ella y de los que venían atrás provocaba que las aves que bebían en las aguas levantaran vuelo asustadas. Pero ya no oía la voz de nadie. Era como si los tipos supieran exactamente qué tenían que hacer en una caza de este tipo, donde ella era la presa. Siguió corriendo y cayó de bruces un par de veces, lo que provocó que una de sus rodillas se reventase. Ello la obligó a aminorar un poco la velocidad, pero no demasiado. Las palmas de las manos se le habían vuelto casi incandescentes de la insoportable picazón, pero no podía concentrar la atención en ellas o en la rodilla porque lo único que importaba en ese momento era huir.

Corrió a mayor velocidad, hasta que la imagen de uno de los tipos se erigió frente a ella. Era el de cara de serpiente y parecía enojadísimo. Aniel sacó con rapidez uno de los cuchillos y lo lanzó hacia él, tratando de herirlo en un costado del cuerpo. Tomado por sorpresa, el sujeto observó cómo la hoja del arma se incrustaba en su hombro y un líquido viscoso comenzaba a humedecerle la camisa. Sangre; y no era roja sino de color plateado. Como la de ella.

Aniel aprovechó la confusión de cara de serpiente para girar y cambiar la dirección de su carrera. Se obligó a no pensar en lo que significaría que ese miserable compartiese las mismas características particulares de su sangre, por lo que corrió como poseída, tratando de alejarse de aquella pesadilla. Hasta que se topó con otro de los atacantes, el de sonrisa fácil. La estaban cercando. Buscó rabiosa el otro cuchillo, pero se le cayó de las manos ante la celeridad de los movimientos.

«¡Torpe, torpe!», se gritó a sí misma. El hombre miró primero el arma que yacía en el suelo y luego dirigió la mirada a ella y le sonrió. El maldito estaba disfrutando de la pelea. Aniel se acercó y le lanzó varios golpes con los puños cerrados, los que él fue repeliendo con las palmas de las manos abiertas. En un descuido por parte de su contrincante, Aniel pudo calzarle un puñetazo en la mandíbula que lo hizo trastabillar. De inmediato, ella giró sobre su cuerpo y le propinó dos patadas a cada lado de la cintura, que lo descolocó aún más e hizo que el sujeto gruñera.

—¿Qué te pasa, Ruryk? —gritó cara de serpiente, que llegaba en ese instante con semblante furioso. Se había arrancado la manga de la camisa del lado de la herida que ella le había hecho con el arma. Pero la herida ya no existía y en su lugar había una cicatriz enorme. ¿Cómo podía ser? ¡El cuchillo debería haberlo lastimado profundamente!

—¡Es que esta mujer es una fiera!

El intercambio entre los guerreros le dio a Aniel unos segundos para sortearlos por el costado, tomar el cuchillo del suelo y salir a toda carrera de nuevo. ¿Pero adónde iría? Empezaba a sentirse cansada y dolorida en la rodilla y las manos, y no sabía cuánto más lograría soportar aquello. Pero antes de que pudiera contestarse la pregunta, algo caliente y ardiente golpeó lacerante uno de sus tobillos y la hizo caer de bruces sobre la tierra. Se miró el tobillo y vio una especie de cuerda que la retenía. Y otro fulgor caliente envolvió el otro tobillo. Y otro más en la muñeca derecha. Látigos. Horrorizada intentó sacárselos, mientras los tres agresores, cada uno con un látigo en las manos, se acercaban hacia ella. Uno de ellos, su peor pesadilla.

Aniel se debatió como un animal enjaulado, pero los tres sujetos ajustaron los látigos en simultáneo inmovilizándole el cuerpo, salvo la mano izquierda que permanecía libre. Con ella intentó con desesperación aflojar el lazo de la muñeca derecha, pero las manos fuertes de Gabriel la agarraron por los hombros y la apretaron contra el suelo. Una vez más había sido derrotada. Un sentimiento de indignación e impotencia brotó de la garganta en un sollozo furioso. Y comenzó a revolverse como una loca, levantando polvo del suelo.

—¡Hicieron falta tres de ustedes para doblegarme! ¡Los odio!

—Y yo te odio a ti por lastimar a mi hermano —dijo cara de serpiente frente a ella con el rostro tan amenazante como el animal que llevaba tatuado en el cuello y la mejilla—. Y agradécele a Gabriel que yo no te haga nada. —Y se señaló el brazo con la cicatriz—. Porque de no ser por él, te hubiese agarrado con mis manos y te habría retorcido el precioso cuello que tienes — le susurró en el oído con voz letal.

—Para ya, Triel —gruñó Gabriel amenazante.

—Ella luchó por su libertad. —Hoyuelos, como le decían a Ruryk por las muescas que se le formaban en las mejillas cuando sonreía, se acercó y se sentó en cuclillas observándola detenidamente—. Me encantan las mujeres que saben defenderse. —Y sonrió. Un nuevo gruñido de Gabriel, esta vez gélido, se alzó entre ellos. Ruryk lo miró y se apartó de ella de inmediato—. Disculpa, amigo. Es que en verdad admiro a esta mujer.

—No es una mujer, sino una bruja —gruñó Triel.

—¡Que te hará caer los dientes uno por uno! —gritó Ariel furiosa. Se estaba volviendo loca de la manera en que le vibraban las manos.

—Basta. —La voz de Gabriel denotaba que estaba intentando calmarse—. Ayúdenme a atarla. Yo la llevaré a la casa de nuevo, mientras ustedes pueden ir adelantándose para ver si Damián necesita más ayuda.

Aniel lo miró furiosa.

—Como sabes que bloquearé tus órdenes mentales, lo único que te queda por hacer es atarme. ¡Qué guerreros son tú y tus amigos!

Gabriel estaba a punto de estallar. Con un asentimiento de cabeza por parte de los tres, se dedicaron a la tarea de sujetar a Aniel, reemplazando los látigos por unas cuerdas que ataron con nudos imposibles de soltar. Con un pañuelo que sacó del bolsillo, Gabriel le amordazó la boca. De inmediato, la alzó y se la cargó sobre el hombro llevándola a la casa a paso normal.

Ruryk y Triel se alejaron apenas vieron que Gabriel ya tenía el control de la situación.

—Llega para la hora de cenar —le gritó cara de hoyuelos con una sonrisa en la boca.

—¡Vamos! —gruñó Triel y lo empujó por la espalda, obligándolo a ponerse en camino.

A medida que Gabriel, con Aniel cargada al hombro, se iba acercando a destino, su furia comenzaba a disiparse. Esa mujer definitivamente estaba loca. Los enfrentaba, les lanzaba lámparas y cuchillos, rompía ventanas, gritaba y decodificaba claves imposibles y, lo peor de todo: él no sabía cómo manejarla. Era una situación de mierda. Estaba en una verdadera disyuntiva y lo único que podría llegar a ayudarlo era conseguir algún tipo de diálogo con ella. Encima, él cada día estaba más seguro de que Aniel era su señora álmica. Sus frecuentes erecciones lo estaban perturbando de verdad. Estaba tan dolorido cada noche, que lo único que lo ayudaba era aliviarse con la propia mano. Aun así, no era suficiente, ya que ardía en un perpetuo deseo por ella.

Pero ella lo aborrecía.

Entró en la casa y se dirigió a la habitación, donde descargó con suavidad a Aniel sobre la cama y luego salió urgente a preguntar por Damián, no sin antes haberse cerciorado de haber cerrado la puerta con traba. En el salón encontró a sus amigos y al mismo Damián que, aunque ostentaba una buena cicatriz en la cabeza, se veía reanimado después del lamparazo. Triel estaba sentado tomando una cerveza sin hablar, mientras Ruryk se mataba de la risa contándole a Damián toda la odisea que ellos habían vivido para atrapar a Aniel.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Gabriel alarmado e interrumpiendo el relato que Ruryk encontraba tan divertido. Como si Damián hubiese percibido cuán preocupado estaba por él, lo escuchó responder:

—Mañana estaré como nuevo, Gabriel. No te preocupes. Ya sabes, nuestra

energía de plata cura todo más rápido. Ya casi no siento nada.

Gabriel suspiró aliviado.

—Entonces iré a hablar con esa salvaje.

Antes de haber dado dos pasos, Damián lo llamó por su nombre. Gabriel lo miró levantando una ceja.

—Ten cuidado, es muy peligrosa.

Gabriel asintió y se dirigió hacia la puerta de la habitación, sabiendo que detrás de ella había alguien con quién tenía que saldar cuentas. Entró en el cuarto y no supo si reírse o gritar de rabia cuando observó a la chica acostada en su cama. Atada y amordazada, parecía un pobre animal al que habían amarrado para vender en las ferias de algunos países orientales. Aniel era la viva imagen de la derrota, a excepción de los ojos, que lo miraban con un odio visceral que le calaba los huesos.

—¿Qué haré contigo? —preguntó Gabriel en un susurro mientras se sentaba en la cama al lado de ella, haciendo que el colchón se hundiese bajo su peso. Le pasó el dorso de los dedos por la mejilla, pero Aniel sacudió la cara para apartarlos. Sin inmutarse por su rechazo, Gabriel se reclinó y observó que la rodilla de la chica estaba en bastante mal estado. Fue al baño de inmediato, llenó una fuente con agua caliente y buscó en el botiquín un desinfectante. En los siguientes quince minutos, se dedicó a curarle la rodilla, agradeciendo que Aniel estuviera amordazada, ya que el desinfectante había dolido.

—Te vendaré después que te bañes. —Si bien la rodilla estaba muy lastimada, sobreviviría y pronto estaría bien de nuevo—. Has sido muy mala con Damián —continuó, indiferente a la mirada furiosa con que ella lo observaba—. Aun no entiendo por qué nos odias tanto, pero te diré una cosa, muchachita: la situación está tan complicada que no me importa en qué categoría nos has puesto dentro de tu lista de enemigos. Lo único que espero que entiendas es que deseo hablar y no pelear más contigo. Por lo tanto, y espero no arrepentirme, voy a desatarte para que mantengamos una conversación sensata. —Aniel continuaba escrutándolo con detenimiento—.

Pero te advierto lo siguiente: si me fallas, yo también lo haré contigo. — Gabriel sabía que ella estaba evaluando su propuesta y se quedó esperando su respuesta durante unos minutos que parecieron eternos. Al final, Aniel asintió sin apartar la mirada de la de él.

Gabriel no estaba seguro de que fuera una buena idea, pero decidió correr el riesgo. Desató con uno de los cuchillos cada una de las cuerdas que envolvían las muñecas y los tobillos de Aniel. Antes de desatar la venda que le imposibilitaba hablar, le advirtió:

—Yo que tú, me quedo quietita y hablas conmigo. —E hizo el último corte. Libre de las ataduras y de la mordaza de la boca, Aniel se desplazó hacia atrás y se acurrucó contra la cabecera de la cama, como ya lo había hecho otras veces. Se masajeó las muñecas a la vez que lo miraba con los ojos brillantes, teñidos de intenso reproche.

—Aniel —comenzó Gabriel hablando en voz baja y apelando a todo su autocontrol para no intimidarla—. Quiero proponerte una tregua.

Ella siguió masajeándose las manos y bajó la vista por primera vez. Gabriel la esperó. De repente, alzó el rostro hacia él y rompió el silencio:

—¿Para qué?

—Para que puedas familiarizarte con nosotros y así aprendas a conocernos. No es nuestra intención hacerte daño.

—De la única manera que lograrás que te dé una tregua es si me liberas y dejas que me vaya de aquí.

Gabriel sonrió apenas.

—No puedo. Esa posibilidad es inviable.

—Pero ¿por qué? —gritó Aniel frustrada—. Yo soy una muchacha cualquiera, que tenía una vida propia, con amigos, que viajaba, estudiaba, buscaba trabajo, pero ahora estoy secuestrada en esta cárcel con ustedes cuatro chiflados que me persiguen, me atan, me tiran por el lodo, me atrapan con látigos, roban mi teléfono... ¿Qué más quieres de mí, Gabriel? ¡Porque yo deseo mi vida de vuelta!

Gabriel la observó con detenimiento.

—Temo que tu realidad nunca volverá a ser la misma.

Aniel se quedó sin habla. Gabriel se dio cuenta de que tendría que haber sido más cuidadoso en la manera de transmitirle la nueva situación porque, un instante después, tenía frente a él a una Aniel que gritaba furibunda:

—¡Pues déjame decirte que tú eres el responsable de que mi vida sea un tormento! He tenido que luchar demasiado para recobrar algo de lo que me queda de ella. Y eso, maldito, no te dejaré robármelo. ¡Nunca! —le siseó colérica. La volvió a observar y confirmó una vez más que ella ocultaba algo que los relacionaba a ambos de muy mala manera.

—Explícate entonces —la invitó Gabriel, firme y sin levantar la voz—. Di lo que tienes que decir y yo te daré a cambio una valiosa información para ti.

Gabriel observaba los ojos de Aniel sin ser capaz de detectar con exactitud qué dirección intentaban tomar los pensamientos y sentimientos de ella. La chica navegaba en una gran confusión que le impedía ser lógica ante su nueva situación. Tendría que haber sido una mujer entrenada para ello, pero Aniel era una sobreviviente y Gabriel en el fondo podía entenderla y admirarla.

—¿Qué tipo de información crees que manejo?

—La que pertenece a lo que nuestra Estirpe busca desde hace muchos años: los símbolos. Y tú eres la guardiana de uno.

Se dio cuenta de que sus ojos verde mar se ensombrecían ante lo que acababa de decirle.

—¿De qué hablas, por Dios? Tú solo quieres usarme para tu propio provecho, Gabriel. Pero ¿qué obtengo yo a cambio?

—La explicación de quién eres.

La vio romper a reír. Parecía decepcionada.

—Me estás ofreciendo muy poco —replicó mirándose las uñas. Gabriel podía adivinar que Aniel intentaba ocultarse tras la fachada de mujer superada, pero también captaba la mezcla de sentimientos encontrados en su interior: miedo y valor.

—¿Poco? —interrogó él levantando las cejas—. Estoy seguro de que hay cosas de ti que no sabes. Déjame decirte que perteneces a un lugar que no sospechas y tu misión también está en un sitio y al lado de alguien que ni siquiera imaginas.

Gabriel quedó sorprendido ante esta última frase que sus propios labios habían emitido. Tragó en seco, impresionado por la veracidad de sus palabras. «Diablos», masculló para sí.

—Yo no sé nada sobre ese símbolo —la escuchó decir súbitamente.

—Mientes —siseó Gabriel.

—¡No! —bramó ella—. No sé de qué se trata ni dónde está, y tampoco sé qué tengo que ver con él. Y eso de que yo soy la guardiana es algo que tú te has inventado.

—No es así. Y no te creo. —Se levantó de la cama, para empezar a caminar alrededor de la habitación. Gabriel se estaba impacientando y era evidente que ella se ocultaba en su supuesta ignorancia.

—Si dudas de mí es tu problema, grandote. Yo digo la verdad. Quizás tendrías que rever quién te dio información acerca de mí, así podríamos habernos ahorrado varias tertulias.

Gabriel se puso furioso. No conseguía que Aniel hablara con él. Era desgastante y, para males, su polla lo estaba volviendo loco. No había podido dejar de observarle los pechos, esos globos hermosos que subían y bajaban cuando respiraba. O sus mejillas, que brillaban bravuconas cuando se enojaba.

—No creo una palabra de lo que me dices, Aniel.

—No me importa. ¡Y deja de mirarme como un libidinoso! —le escupió en la cara con ojos encabronados. Se sintió estupefacto y sin control. Nunca le había pasado algo así, estaba a fuego vivo en su interior. Si tan solo pudiera estirar la mano y tocar alguno de esos rizos miel—. ¡Te he dicho que dejes de mirarme así! —ella le volvió a gritar. Pero Gabriel seguía embobado. Se dio cuenta de que todo iba muy mal. Quería ser correcto y amable, pero un impulso de macho enloquecido lo estaba volviendo paranoico.

Salió de su trance ante el brillo metálico que lo apuntaba delante de los ojos. Las manos de Aniel se cerraban sobre la empuñadura de un cuchillo.

—Te subestimé —musitó con rabia—. Recuperaste uno de los cuchillos que te llevaste de aquí.

—Date la vuelta —le ordenó.

—¿Qué crees que haces, Aniel? —siseó amenazante con todo el cuerpo elevado, pero sin mostrar rastros de perder la calma ante el cuchillo con que Aniel lo amenazaba.

—Estás loco si piensas que haré lo que me dices. Jamás colaboraré contigo —exclamó—. ¡Date vuelta! —insistió.

Gabriel detectó en los ojos de Aniel la determinación de una mujer dispuesta a todo, incluso a matar. Comenzó a voltearse lentamente a punto de quedar de espaldas a ella, pero, en el último instante, giró el cuerpo a velocidad sobrenatural. Pareciendo un borrón de energía, logró golpear con la mano abierta el cuchillo que Aniel sostenía en la suya, el que salió despedido al otro extremo de la habitación. Después de unos segundos de confusión, Aniel intentó correr hacia el arma, pero Gabriel se abalanzó sobre ella haciendo que ambos cayeran sobre la cama. Si bien ella se retorció frenética debajo de él, Gabriel logró tomarla por la parte posterior de los muslos, tirar de las caderas hacia él y empujarla con todo el peso de su enorme cuerpo, haciendo que la espalda de ella se hundiera sobre la cama. Aniel intentó ponerse de costado, pero Gabriel envolvió los brazos alrededor de su cuello y la dejó casi sin movimientos por la cercanía de los cuerpos. Las piernas de ella estaban flexionadas debajo de su pecho y ante la fuerza y el peso de la musculatura de él, Aniel casi no tenía aliento para darle batalla.

—¡Mi rodilla, desgraciado! —le gritó. Estaba furiosa y él sabía que solo usaba la rodilla lastimada como una excusa. Por todos los medios intentaba escabullirse, pero él no se lo permitiría. La dejaría luchar hasta que cayera agotada.

—No te dejaré ir, Aniel.

Ella aumentó los embistes y, con cada uno de ellos, la excitación de

Gabriel aumentaba en forma descontrolada. Las batallas con Aniel lo dejaban exhausto, con el miembro erecto y dolorido. Gabriel presionó aún más el abrazo. Las mejillas se rozaban una con la otra y la respiración agitada de Aniel despeinaba un mechón de su cabello que le caía sobre la sien. Intentó disminuir el tormento sensual tratando de alejarse del roce de la mejilla de Aniel y, para ello, colocó la barbilla sobre la cabeza de ella. Pero en vez de ayudar, hizo que las aletas de su nariz se abrieran ante el olor a rosas del cabello de ensueños.

—Dios —siseó Gabriel. Tomó la barbilla de Aniel con una de las manos tratando de atraparle la mirada—. Mírame —le ordenó en un gruñido.

—No. —Aniel intentaba apartar la cabeza, pero él no se lo permitiría.

—¡Mírame, te digo! —repitió Gabriel lleno de ira y arrastró su barbilla de nuevo hacia él.

Y cuando ella lo hizo, Gabriel tragó en seco. Todo su universo se detuvo ante la visión de aquel rostro y un sentimiento de posesión y apremio surgió de nuevo. Tenía a Aniel a su merced, tan hermosa, cálida, pulposa y preocupada. La furia comenzó a disiparse y su cuerpo a gritar una sola razón. Anhelaba abrazar aquel calor que lo fraguaba.

Gabriel le apartó con cierta dulzura un mechón de pelo de la frente mientras ella no dejaba de observarlo. Algo cálido y mágico comenzó a surgir en él, un lazo, un brillo especial, un entramado superior que no supo definir, pero que se extendió con delicadeza hacia Aniel y que comenzó a arrebujarlos, entretejiendo hebras de una comunión delicada entre ambos. Observó embriagado el brillo plateado que los ojos gatunos derramaban. Y con ellos los suyos propios. Inmersos en esa danza de lazos mercuriales, la respiración de Gabriel se aceleró, un sudor suave comenzó a descender por las sienes y el corazón le dolía por el desenfrenado galopar. De esta manera, y preso en la red de ojos y bucles plateados, Gabriel hizo lo que había deseado hacer desde que ella había aparecido en sus sueños.

Bajó la cabeza y la besó. Al principio la probó con suavidad mientras la sentía contener la respiración. Delineó los labios llenos con los suyos y

despacio, deslizó la lengua para acariciarlos. Ella se puso tensa, pero él no pararía. No esa vez. Ese tormento incontenible era imposible de detener por propia voluntad.

Con una de sus manos, Gabriel tomó con firmeza la nuca de Aniel para empujarla más cerca de sus labios. La otra mano viajó apresurada por la espalda larga y fina para rodearle el torso e inmovilizarle los brazos que comenzaban a forcejear contra él. Trató de profundizar el beso, acechando, pero Aniel no abría la boca, sino que intentaba girar la cabeza para evitarlo. Gabriel la siguió con los labios impidiéndoselo, atormentándola sin descanso y le envolvió las mejillas con las manos para atraer su rostro aún más hacia él. Trazaba con la lengua la línea de la unión de los labios, presionando para que abriera la boca. Necesitaba sumergirse en la profundidad de su deseo. Con las manos libres, Aniel intentó separarle las suyas de su cara, pero Gabriel ignoró la lucha y la abrazó más estrechamente. Fue besando y saboreando con la lengua el delicado cuello hasta llegar a la clavícula. ¡Dios! ¡Era tan deliciosa! Aunque Aniel se resistía a él como una fiera, Gabriel detectó que un dejo de pasión empezaba a invadirla, lo que lo enardeció aún más. Aferrándola con un solo brazo, cubrió con extrema delicadeza y con toda la abertura de su mano libre uno de los perfectos senos que se insinuaban debajo de la camisa. Aniel corcoveó y, al hacerlo, abrió la boca dándole la oportunidad que Gabriel tanto esperaba. Invadió su boca con salvajismo, besándola como poseído, succionando el interior, bebiendo el contenido, encontrando y retando la lengua de ella con la de él. Ese beso era de él y para él.

Apenas ella se rendía, él la besaba con mayor profundidad. De repente ambos se sumergieron en una danza inconfundible. Si Aniel movía las caderas hacia atrás, Gabriel iba hacia adelante; si ella se empujaba hacia un costado, Gabriel la seguía. No le permitía separarse, sino que la unía a él, sumergiéndolos en las profundas aguas de un placer insospechado. Luego de besarla una y mil veces, se desprendió con renuencia de los labios hinchidos y recorrió con la mirada la punta de sus propios dedos que levantaban con

cuidado la blusa de Aniel. Casi sin respirar, contempló hipnotizado el sujetador. Era de color blanco, de textura suave y sin breteles. Continuó jugando con los dedos y al levantar delicadamente el sujetador descubrió el verdadero tesoro que guardaba bajo él y que ya había disfrutado cuando la había bañado. Gimió. En un segundo lo desprendió con habilidad y lo lanzó a algún rincón de la habitación. Gabriel supo que nunca tendría suficiente de esta visión. Aniel tenía unos pechos preciosos, comestibles, afrodisíacos. Acarició cada parte de las frutas maduras, redondas y suaves, con dedos gráciles, suaves como plumas, calentando la punta de los pezones que se elevaron ante el masaje insistente de sus dedos.

Un gemido escapó de la boca de Aniel seguido de una sacudida de su cuerpo. Aniel no se rendía, quería escapar, pero Gabriel no se detendría ante nada. Él sabía quién era ella, de manera inconsciente siempre lo había sabido, pero en este instante lo confirmaba. Había llegado el momento de la verdad y Gabriel lucharía con todas sus fuerzas para que Aniel reconociera quién era él. Y el cuerpo de ella sería su primer aliado.

Le apresó las muñecas y continuó con la tortura sensual a la que la sometía, sustituyendo los dedos por la boca. Se sentía hambriento, sudoroso, ansioso por apropiarse de los frutos de esta mujer única para él. Atrapó, no sin cierta dificultad, uno por uno los senos de Aniel con la boca abierta, lamiendo y succionando con desesperación, la cual aumentaba con los continuos gemidos y la lucha que Aniel le ofrecía.

—No me pelees —le susurró Gabriel cuando abrió los ojos y observó el pezón rosado que se endurecía ante las caricias de su lengua. Esperó unos segundos y volvió a degustar los frutos succulentos, imposibles de resistir. Parecía un hombre al que lo habían privado de placer desde hacía demasiado, lo cual no era del todo equivocado. Gabriel no había sentido esa urgencia y locura por una mujer jamás antes. Estaba profundamente enajenado.

Liberó las muñecas de Aniel mientras desplazaba la boca de un seno a otro sin saber cuál de ellos lo atormentaba más, danzando con la lengua, reclamando con suavidad con los dientes. Con las manos los levantaba desde

abajo, presionándolos hacia arriba para recibirlos con la boca hambrienta. La escuchaba gemir desesperada y ya no peleaba. Ella estaba sufriendo el mismo tormento que él. Y estaba decidido a aprovecharlo. ¿Qué le había hecho esa mujer? Escuchó a lo lejos un grito de rabia que salía de la garganta de Aniel, mientras ella presionaba con las manos su cabeza desde atrás y la dirigía hacia adelante para profundizar el contacto con la piel deliciosa de los senos.

—¡Cobarde! —gritó furiosa.

No supo si el grito iba dirigido hacia él o hacia ella misma. Sabía que Aniel no podía combatirlo de esta manera ya que su cuerpo comenzaba a rendirse a las caricias y a los besos.

«Por Dios, si tan solo ella entendiese...», pensó Gabriel.

Con un gemido liberó los pechos de su boca ávida y la sentó, incorporándola con fuerza para envolverle la cara entre las dos manos otra vez. Quería sentirla con él y en él en toda su magnificencia. Y se lanzó a un nuevo ataque de los labios. Ella lo envolvió con los brazos por la espalda y él se sintió feliz. Estaban sincronizados por completo. La besaba tan locamente que temió lastimarle los labios, aunque no tenía fuerzas para parar. Bebía de ella, dificultándole la respiración.

Pero Aniel comenzó a golpearlo otra vez con los puños en el pecho y en la cara. Gabriel secuestró las muñecas con las manos como si fueran dos tenazas y la obligó, con el peso de su cuerpo, a caer otra vez sobre la cama. La aplastó con el suyo, cuidando de no hacerle daño y buscó sus ojos sin piedad. Exhausta, dejó de luchar.

—Tienes que poder verme... —le susurró Gabriel sin dejar de aferrarle las muñecas a los costados de la cabeza. Se miraron durante lo que pareció una eternidad hasta que un destello plateado emergió de los ojos de ambos, sumergiéndolos en una especie de trance. Un placer total y absoluto, una urgencia no conocida por Gabriel lo abrazó y no pudo más. Volvió a besarla en forma plena y profunda, empapado en esa sinfonía plateada. Anonadado, se dio cuenta que Aniel respondía de la misma manera, anunciando su rendición con un suspiro. Una tregua se alzaba ante ellos; una pausa en la

lucha que libraban. Se besaron con una desesperación nueva y diferente, descubriéndose, investigando, y permitiendo que el calor del deseo los elevara en toda su magnitud.

Gabriel fue soltando con cuidado la presa de las muñecas de Aniel; colocó con delicadeza las manos sobre las suyas y entrelazó los dedos con los de ella. Continuó besándola con una mezcla de determinación y dulzura, esperando con desesperación que Aniel captara lo que en verdad él sentía. Quizás así ella podría comprender quién era él, para qué se habían encontrado y por qué él no podía dejarla ir.

«Ya no». Tomó con suavidad las dos muñecas de Aniel y las ubicó por encima de la cabeza de ella, sosteniéndolas con una de sus manos. Sabía que ella detestaba esta posición, pero él deseaba mostrarle que todo era válido a la hora de dar placer. Su otra mano se deslizó hacia el bajo vientre suave, mientras la boca buscaba los senos una vez más. Y no sería la última. Aniel gemía de manera gutural, pareciendo llorar. La sentía por fin en llamas. Eso era un pasaje al infierno sin ninguna duda y cada centímetro de piel que él recorría era fraguado por el calor de sus besos.

«Ella es mi vida». Gabriel se paralizó unos segundos, impactado por la intensidad de sus sentimientos y por esa pasión excomulgable. Liberó las muñecas de Aniel con cuidado, atento a que no volviera a atacarlo, pero esa vez ella en vez de hacerlo apresó salvajemente sus cabellos. Los despeinó con desenfreno, mientras lo acercaba más a sus labios. Ella luchaba por sus besos y Gabriel sintió una profunda alegría cuando la vio responder de esta manera. Él envolvió los bucles en los puños, tirándolos hacia atrás, e hizo que el rostro y el cuello de Aniel quedaran a su merced. Arrasó la garganta con besos de fuego, arrastrando los labios y la lengua por el sendero que descendía hacia el pecho mientras escuchaba los gemidos de satisfacción de Aniel. Volvió hacia arriba con besos suaves, desandando el camino anterior. Se detuvo mirando con ansias los labios húmedos. Labios para ser besados. Solo por él.

—Sí —murmuró Gabriel y se zambulló una vez más en ellos, como si se

tirara de un séptimo piso. Mientras la besaba, recorrió con las manos el vientre plano que se tensaba ante las caricias, pero ya no se resistía. Introdujo con extrema suavidad una de las manos por debajo del pantalón. Acarició con la yema de los dedos el área que su ropa interior protegía con recelo y, como respuesta, Aniel acompañó su toque de fuego con el movimiento de las caderas hacia él. Parecía como si el centro femenino de Aniel estuviera magnetizado por las caricias sin poder apartarse de ellas. Luego de un rato de exquisita tortura, sacó la mano del interior del pantalón y comenzó a bajarlo de forma lenta hasta que lo eliminó de entre sus cuerpos y lo arrojó a un costado.

Los besos de Gabriel parecían provocar en ella lo mismo que los suyos hacían con él. La estaba hipnotizando, como el flautista lo hacía con la serpiente. Se desprendió renuente de la boca y bajó hacia sus piernas, descendiendo con el cuerpo por ellas mientras las besaba en su recorrido hasta los pies. Se colocó uno por uno de los dedos de Aniel en la boca y los masajeó con la lengua cálida y húmeda. Escuchó excitado los quejidos de placer que ella emitía ante las caricias. Continuó masajeándole los dedos y los talones en una danza sensual y subió, sin dejar de besarla con suavidad, por las pantorrillas, las rodillas y los muslos. Detuvo la cabeza cerca de las bragas diminutas y observó excitado lo que el minúsculo pedazo de tela resguardaba.

Aniel seguía moviendo las caderas al compás de su propia excitación, lo que dio nuevos bríos a Gabriel. Bajó la cabeza al dominio de aquel lugar secreto y lamió el interior de los bellos muslos, como si quisiera avisar lo que haría después. Arrastró la lengua por la piel suave y tersa y con los dedos corrió las bragas hacia un costado. Al ver emerger la formación tan tierna y húmeda, Gabriel se sintió absolutamente vencido. Estaba por completo a merced de esa mujer y, lejos de preocuparlo, dio rienda suelta al resto de su lujuria contenida. Lamió los bordes de su centro y derribó a cada paso las barreras de ese lugar. Escuchaba los grititos de Aniel a la distancia, que lo excitaban como un adolescente. Corrió las bragas del todo y con la lengua

húmeda y cálida lamió y dio placer al centro embriagante. Jugó, chupó y mordió. Todo estaba permitido entre ellos en este momento.

Se aferró con fuerza a las nalgas de Aniel y con los hombros separó los muslos, abriéndolos en toda su extensión, para exponer la delicada parte femenina con la que había soñado tanto. Introdujo la lengua y, sediento, saboreó los jugos íntimos y plateados que se derramaban en su boca producto de la excitación. El miembro de Gabriel se alzó bravo y húmedo por debajo de los pantalones ante los gemidos desfallecientes de Aniel. Rompió las bragas de un tirón y las arrojó hacia algún lado de la habitación. El corazón se le detuvo y supo que estaba embrujado de manera absoluta por esa mujer. Siguió atormentándola con la lengua y los dedos, jugando y acariciando los pechos y el interior de los muslos a la vez. De repente, el cuerpo de Aniel se tensó y dio paso a un sollozo suave. Estaba lista para abrirse a él. Sin decirle nada, Gabriel deseaba con locura que se viniera sobre su boca. La siguió tocando sin darle respiro y al escuchar los gemidos cada vez más intensos y verla retorcerse de placer, su propio cuerpo quedó envuelto en llamas. Se sentó con brusquedad en la cama y se arrancó la camisa, haciendo volar los botones en todas direcciones. Acercó el cuerpo de Aniel a él y la abrazó desfalleciente en un contacto íntimo de piel a piel. Aniel respondió a su abrazo de la misma manera. Gabriel contuvo la respiración al sentir cómo una espiral de energía subía por la columna vertebral. Una parte de esa energía pertenecía a la de él y la otra a la de Aniel. Se elevó al cielo junto a esta mujer, en el trayecto brillante de la espiral ascendente. Parecía una unión cósmica.

Se sintió pleno. Y la pasión de Aniel se desbordó a la par de la de él. Lo besó demandante y entregada y Gabriel no pudo dejar de preguntarse si por fin ella había comprendido quién era él. Se separó renuente, la acostó con suavidad de espaldas y la tomó con fuerza del trasero para atraer las caderas hacia él y colocarle las rodillas sobre los hombros. El centro femenino quedaba totalmente expuesto a él y lo invitaba a saborearlo en toda su magnitud. Gabriel sucumbió una vez más ante aquel hechizo y bajó para

cubrirlo con la boca. Saboreó y mordisqueó otra vez la caverna tierna, degustándola y atormentándola con el roce seductor de los dedos. Aniel gritaba y se retorció frenética, incitándolo a hundir la lengua aún más en ese territorio exclusivo de él. Nunca permitiría que otro macho se acercase a ella. Daría la vida por ello.

De repente, el cuerpo de Aniel volvió a tensarse, pero esta vez de manera diferente. Mientras apretaba los muslos contra su rostro, ella levantó el torso curvilíneo y se retorció entre sus brazos. Gritó y le clavó las uñas en los hombros al estallar de placer, sacudiendo el cuerpo por la intensidad del orgasmo. Gritó y gritó sin soltarlo, temblando de pasión. Gabriel volvió a pasar las yemas por su centro, incentivándolo y provocando una nueva explosión en el cuerpo de la chica que lo tenía subyugado. Subió y tomó presuroso su boca para absorber el segundo orgasmo con el calor de los besos. Aniel arrastraba las uñas por su pecho, sin lastimarlo.

Gabriel tomó con las manos la cara de Aniel y la atrajo tan cerca de su rostro que su propia respiración refrescó la mejilla ardida. Empezaron a jugar con los cabellos, tironeándose mutuamente, luchando por imponerse uno sobre otro, en una batalla que ninguno podía ganar o perder. Gabriel separó la boca de los labios succulentos y con los brazos envolvió la cintura estrecha, obligando a Aniel a arquear la espalda y exponer las frutas jugosas al ataque insaciable de su lengua.

Él estaba obnubilado por la reacción de Aniel, que se mostraba como una mujer apasionada y entregada con absoluta generosidad. Lavó y enjugó los senos con la lengua, delineando los contornos y luego se los llevó al interior de la boca. Succionó a veces con dureza y otras con extrema dulzura lo que provocó sollozos de placer en su fugitiva. Gabriel quería conocerla en su totalidad para entenderla, sentirla, abarcarla y... cuidarla.

Dejando los frutos por el momento, Gabriel los reclinó a ambos sobre la cama y tomó las muñecas de Aniel para presionarlas con cuidado a cada lado de su cabeza y volver a buscar su mirada. Necesitaba conectarse de nuevo con ella, ya que la estaba perdiendo en esa pasión descontrolada. Buscó sus

ojos con impaciencia y, cuando logró que se depositaran sobre los suyos, una aureola plateada incandescente se proyectó de nuevo entre ellos, envolviendo y tiñendo las pupilas e iris del mismo color. Quedaron suspendidos en una bruma de reencuentro y el corazón de ambos galopó. Y todo comenzó otra vez.

Rodaron por la cama como poseídos, con los cuerpos enlazados por un ansia de sentirse y reconocerse, palpase y aferrarse uno a otro en esa danza tan vieja como el tiempo.

«Mi mujer, mi señora álmica».

Capítulo 15

—¡Gabriel! ¿Estás ahí? —Alguien golpeaba del otro lado de la puerta, pero Gabriel y Aniel continuaban presos en su mutua embriaguez. — ¡Gabriel! —La voz insistió. Parecía intentar separarlos como una navaja al partir una fruta en dos mitades—. ¡Es importante, viejo!

Se distanciaron de forma brusca, como si de repente ambos se quemaran mutuamente. Gabriel tenía la polla dolorida y la respiración descontrolada. Una furia atroz creció en su interior.

—¿Quién es? —gritó frustrado, sin dejar de mirar a Aniel, que había girado la cabeza sobre la almohada hacia un costado, indicando que la magia había culminado.

—Ruryk —contestó este y continuó—: Metanón necesita comunicarse contigo y parece importante. Te llamará a tu teléfono en dos minutos.

Gabriel observó con detenimiento a la mujer que tenía bajo su cuerpo. Ella continuaba mirando hacia el costado, lo que le permitió observar el latido de la vena en su cuello y el descenso de las gotas de sudor a lo largo de él. Por nada del mundo debía enterarse que Metanón iba tras Jackie. Había logrado acercarse a Aniel como nunca antes y no desaprovecharía esta oportunidad.

Sin quitarle los ojos de encima, contestó elevando la voz,

—¡Voy enseguida! —Y a continuación susurró—: Aniel... yo...

—Ve con tus amigos y déjame sola, por favor —se apresuró a decir ella sin dejarlo culminar la oración. La comunión se había roto, pero en ese momento Gabriel sabía que ella no era por completo inmune a él y un atisbo de esperanza se avivó en su interior.

—Volveré —le advirtió y se levantó sabiendo que no deseaba salir de esa habitación nunca más.

El teléfono móvil de Gabriel sonaba con uno de sus temas preferidos de la banda de Metallica³.

—¿Dónde estás? —preguntó mientras se abotonaba el último botón de la camisa.

—En Copenhague, a punto de tomarme un vuelo a Brasil. —La voz de Metanón se confundía con el bullicio típico de la gente circulando por un aeropuerto.

—¿Qué pasó?

—Jackie se reunió con su amiga Maia Serrano en la Ciudad de México. En una maniobra que no salió como yo esperaba, la pelirroja logró escapar de nuevo y tomó un vuelo a su país. Fui tras ella, pero luego de un sinnúmero de idas y venidas, ha logrado huir hacia Brasil. Se ha subido al avión anterior al mío, así que estoy retrasado unas seis horas. Escucha, Gabriel: como sospechábamos, Jackie maneja información sobre otro de los símbolos.

—¿Es una guardiana? —preguntó, sabiendo lo que ello podía implicar.

—Todo apunta a que sí, pero necesito más tiempo para corroborarlo. Además... si ella llega a serlo, entonces estoy en un serio aprieto.

—¿Por qué?

—Por lo que sospechas.

Gabriel se quedó en silencio un instante meditando las palabras de su amigo. Al siguiente, habló.

—Que Jackie sea la guardiana de un símbolo, no quiere decir necesariamente que sea tu seño...

—Lo sé —lo interrumpió Metanón—, pero estoy como tú.

Gabriel respiró hondo.

—¿Crees entonces en lo que dijeron los jerarcas?

—No lo niego.

Gabriel sonrió ante el entretejido insospechado que la vida se estaba encargando de urdir alrededor de todos ellos. Aniel, Jackie y quizás Maia se estaban transformando en eslabones indispensables para el futuro de la

Estirpe y de la casta. Y si sus sospechas se confirmaban, la posible perdición de Metanón y de él. Suspiró.

—Aquí está todo un tanto complicado. Atrapa a la chica.

—La fugitiva de cabellos rojos no se me escapa, ya te lo he dicho.

—Confío en ti.

—Me tengo que ir. Escucha, estoy seguro de que Jackie intentará comunicarse con Aniel.

—Tengo su teléfono confiscado.

—Ok, pero igual estate atento. Si fue a Brasil, tratará de llegar a Buenos Aires sin ninguna duda.

Gabriel sabía que Metanón tenía razón. Ambas amigas intentarían reunirse de nuevo.

—Una cosa —dijo Gabriel.

—¿Qué?

—Ten cuidado de ella.

Se hizo un profundo silencio y después de un rato, la voz del caminante rubio se erigió gélida:

—Creo que has llegado tarde para esa advertencia.

3 Banda estadounidense de *heavy metal*.

Capítulo 16

Aniel se sentía muy confundida. No, extremadamente confundida. Lo que había pasado con Gabriel la otra noche no se había vuelto a repetir y no porque ella no lo deseara. Lo evitaba cada vez que podía, pero lo había empezado a anhelar en su interior. Aquel hombre era extraño. Por un lado, parecía ausente y por otro, atento y concentrado en ella. A veces lo percibía furioso y otras, posesivo y atraído por ella. Había visto de qué manera la miraba. Su cuerpo quedaba entumecido ante los escaneos que le prodigaba con los ojos canelas enmarcados en esas pestañas negras y largas. Si hubiese sido otra la situación, podría haber jurado que él la deseaba más de lo normal. Cada vez que ella se movía, la seguía con la intensa mirada. Lo encontró varias veces observándola, con el pecho que le subía y bajaba ante una profunda inhalación.

Y los besos y las caricias. ¿Por qué ella se lo había permitido? La aterraba la idea de que estaba empezando a desear a ese tipo. Estaba yendo por un terreno que no era el suyo y se sentía fatal. Ni hablar si pensaba en quién era él, de lo que había hecho con su familia y lo que significaría para su futuro.

Se tomó el rostro con las manos, ocultándolo tras ellas. Si tan solo tuviera la oportunidad de huir. Pero había intentado todo lo que se le había ocurrido y lo único que había logrado era que Gabriel la encerrara de nuevo. Y todo estaba patas arriba. Se sentía por completo devastada por lo que ese sujeto representaba pero, así y todo, anhelaba la manera en que la mimaba y la ternura con que la trataba. Incluso cuando habían luchado, él jamás la había golpeado, solo la había retenido.

Y los ojos. Había algo en ellos que la empezaba a conmovier. Levantó el rostro y miró hacia el ventanal de la habitación con las pupilas llenas de destellos plateados. Hacía mucho tiempo que alguien la había contemplado de la manera en que lo hacía Gabriel. En realidad, quizás nadie. No con

aquella intensidad. Y aunque era una locura, no podía dejar de sentir que ardía en llamas cada vez que los ojos mercuriales se depositaban en ella.

Sacudió la cabeza de un lado a otro. «¡Dios!» Estaba lista para ser internada en un hospital psiquiátrico. ¡No podía permitirse esta dualidad de pensamientos y sentimientos! Porque lo que Gabriel le generaba en el cuerpo era su mayor vergüenza. Por lo tanto, debía huir de una vez por todas de ese hombre y de todos los demás. Hacía siete años que su vida era un ida y vuelta, un trajinar por diferentes partes, un camuflaje permanente, pero ya era hora de que tuviese derecho a una vida tranquila. Debía existir algún lugar en el mundo que fuese *su lugar*. Y para ello, reforzaría las defensas y buscaría la manera de salir de allí cuanto antes.

Escuchó la voz de Gabriel desde lejos; el corazón se le paralizó y las manos le empezaron a picar. Frustrada, se pasó los dedos por el flequillo, estirándoselo hacia atrás. Se miró al espejo desde la cama y vio el resplandor brillante que la rodeaba con tanta intensidad. Sí, sin duda ese hombre la perturbaba. Un sentimiento de pesar comenzó a envolverla. Y las manos cambiaron a la vibración que experimentaba cuando aquellos *otros locos* aparecían.

Gabriel intuía que algo no iba bien. La noche estaba en extremo calurosa, pero había una rareza en el ambiente que tanto él como sus amigos podían percibir. Triel había salido y aún no había regresado. Una entrega de almas lo había detenido en Buenos Aires.

—¿Captan lo mismo que yo? —preguntó Gabriel que leía en la computadora la información que la Estirpe había mandado sobre Aniel y su familia.

—Sí —contestó Damián con voz baja y miró hacia la puerta de la habitación de Gabriel. Aniel estaba encerrada en ella y no querían que escuchara.

—¿Caídos? —preguntó Ruryk.

—Eso sería un gran problema —contestó Gabriel, que seguía leyendo el informe. Damián fue a la cola del dragón y la giró. Se volvió y miró a sus amigos.

—¿Cuáles prefieren? —preguntó.

—Déjalo abierto —propuso Ruryk—. No estamos completamente seguros de que ellos estén acá.

—Ok —asintió Damián.

—Así que ella es huérfana desde hace siete años —murmuró Gabriel mientras trataba de digerir lo que acababa de leer sobre Aniel. Miró a sus amigos con los ojos ensombrecidos—. Su padre era de la Estirpe y su madre humana. Aniel es una híbrida.

Ruryk y Damián escucharon sorprendidos.

—¿Sabes lo que eso significa?

—Sí. Que Aniel es única.

—Pero ¿cómo diablos se ha podido dar la procreación entre sus padres cuando tienen genéticas diferentes? —preguntó Ruryk aún sin poder creer en lo que Gabriel les había informado.

—No lo sé. Habría que hacer un estudio genético de su núcleo celular. Pero lo más importante es que ella está frente a nosotros, fuerte y llena de vida.

—No me lo explico —dijo Damián aún sorprendido—. ¿Crees que Sácritos lo sabe?

—Es probable —contestó Gabriel—. Los caídos hace años que tratan de atraparla, pero ella siempre ha logrado escapar gracias a su habilidad para burlar a sus cazadores con la lucha y el camuflaje. Y, como también dice en el informe, a las constantes mudanzas a diferentes países, la falsificación de

identidad, el uso de disfraces y pelucas, así como ropa de bajo perfil. Incluso ha estudiado y finalizado una carrera universitaria a distancia gracias a un certificado médico que aseguraba que ella padecía de fobia al exterior. Casi no se le conoce vida social y ha vivido confinada en diferentes casas y departamentos, logrando pasar bastante desapercibida. —Un sentimiento de protección hacia la chica empezó a oprimirle el pecho—. Su padre y su madre desaparecieron en un hecho catastrófico y se sospecha que tiene que ver con los caídos.

Por primera vez, Gabriel fue consciente de la vida caótica en la que Aniel se había visto sumergida desde que había sido apenas una adolescente. Y la frustración e impotencia que sintió hicieron que los labios se transformaran en dos líneas apretadas. Miró a sus amigos.

—Su única defensa en todos estos años ha sido la huida.

—Hábito que tiene muy incorporado —añadió Ruryk preocupado—. Pero no puede seguir toda la vida de este modo. Debe entender que aquí está a salvo y que su huida ha concluido.

Gabriel emitió un gemido de impotencia, ante lo cual Ruryk y Damián se giraron a mirarlo. Su semblante se había vuelto de una frialdad pasmosa.

—A una chica que era casi una niña y que se ha pasado siete años de su vida huyendo, le resultará difícil entender nuestros propósitos, Ruryk. Nosotros debemos tratar también de entender los suyos.

—Pero sus propósitos pueden ser compatibles con los nuestros y es bueno que lo sepa.

—¿Y crees que ella puede entender nuestro universo de posibilidades? ¿Cómo podrá hacerlo si nosotros no comprendemos primero el de ella? Les aseguro que he tratado de hablar con Aniel, pero es imposible derribar sus muros interiores. Ahora que me he enterado de todo esto, no me hace ninguna gracia saber lo que Aniel ha tenido que soportar en estos años. Menos aún, que Sácritos haya sido el responsable.

—Supongo que tendrás que hacer méritos para que ella confíe en ti —dijo Damián.

—En eso estoy, pero la decisión final es de ella.

—Tiempo y paciencia —concluyó Damián, que se levantó de golpe con la cara casi descompuesta—. Ahora sí los huelo.

Rápidamente, Gabriel y Ruryk buscaron las armas y se equiparon con diferentes pistolas y navajas, mientras el brillo de los tres iluminaba todo el salón. Los caídos habían llegado.

Oyeron los puñetazos que Aniel daba a la puerta de la habitación donde estaba encerrada.

—¡Están aquí! —gritó. Se miraron asombrados. La chica también los había detectado. Unos veinte tipos que parecían *bodyguards*, armados hasta el cuello, se dispersaban por las inmediaciones de la casa y las cámaras ocultas empezaron a emitir la alarma de su peligrosa proximidad.

—Estamos en desventaja, pero los podremos hacer papilla —dijo Damián relamiéndose los labios.

—¡A sus puestos! —ordenó Gabriel mientras se dirigía a la habitación donde ella se encontraba. Antes de abrir la puerta dijo en alta voz—: Avisen a Triel, aunque no creo que llegue a tiempo.

—Por fin tendremos un poco de acción —dijo Ruryk, sonriendo.

Damián y Ruryk se dirigieron a las diferentes ventanas y a la puerta para cubrirlas y tratar de ver los movimientos de los caídos. Gabriel ingresó como una tromba a su habitación, deteniendo los golpes que Aniel había estado descargando sobre la puerta.

—¡Ven! —ordenó, pero ella se había apartado de él sin responder y lo miraba con desconfianza. Gabriel no dudó. Se acercó en un paso y la aferró del brazo—. Salgamos de aquí. Tú misma los has detectado, vienen por ti.

Sin resistirse, Aniel siguió a Gabriel que la arrastraba sin soltarle el brazo.

—¿Dónde me llevas? —preguntó casi en un susurro.

—A un lugar más seguro.

De repente, una embestida de balas estalló sobre la casa. Gabriel tiró a Aniel al suelo, colocándola debajo de él. Los caminantes se gritaban entre

ellos, evaluando las posiciones y los daños que los caídos estaban infligiendo. Gabriel esperó unos instantes y cuando el sonido de las balas se detuvo, se levantó a toda velocidad y alzó el cuerpo de Aniel en vilo y la llevó hacia una puerta pequeña frente a la cual la depositó en el suelo.

—Entra —ordenó impaciente.

—¿Qué es esto? —preguntó Aniel con sospecha.

—Aquí estarás segura. No hay ventanas.

Como Aniel lo miraba sin reaccionar, Gabriel la empujó hacia el interior del pequeño recinto y cerró la puerta de un golpe, trabándola de inmediato. Desde el otro lado escuchó a Aniel gritar y golpear la puerta.

—¡No me puedes dejar en este lugar!

—Lo siento. Es por tu seguridad —contestó Gabriel firme.

—¡Pero no me puedo defender encerrada aquí!

—Es la idea —respondió y se marchó.

Una guerra se había desatado. El estruendo de una lluvia de disparos se cernió sobre la casa. Tanto desde adentro como desde afuera, los estallidos de las armas ponían frenética a Aniel.

—Y este idiota me encierra aquí. ¿Qué puedo hacer? —se preguntó frustrada. Miró alrededor de la habitación. Era una despensa, donde había toda clase de alimentos envasados, bebidas y pan. Como había dicho Gabriel, no había ninguna ventana, tan solo la puerta. Arremetió varias veces contra ella con todas las fuerzas de su cuerpo, pero no logró que cediera un ápice, tan solo resentirse el hombro. Casi vencida, apoyó el oído sobre la puerta y escuchó cómo los caminantes se llamaban y respondían corroborando que todo iba de acuerdo a lo previsto. Los guerreros estaban acostumbrados a esto, sin ninguna duda.

Un ruido ensordecedor sacudió la habitación y las paredes de la despensa

pareció que se derribarían. Las manos y el cuerpo comenzaron a vibrarle de manera diferente, mientras la inundaba un terrible deseo de vomitar. Apoyó la espalda sobre la pared más alejada de la puerta, esperando lo inevitable. La habían encontrado.

Gabriel había escuchado las embestidas de Aniel, pero no disponía de tiempo para ella. Necesitaba detener a esos tipos que se habían desplazado por la vegetación que rodeaba la casa y no eran fáciles de ver. Las ventanas y las puertas estaban hechas de un material especial que las hacía resistentes a las balas de la mayoría de las armas. Las únicas ventanas cuyos vidrios faltaban ser reemplazados por ese material eran las de la cocina, por lo que tendrían que extremar los cuidados allí. Habían podido responder al ataque, pero no sabían cuáles serían los próximos pasos de sus enemigos. Apenas acababa de pensar en eso, cuando se escuchó un estruendo ensordecedor. Un misil de *bazooka* había estallado en uno de los ventanales, destruyéndolo en infinidad de partículas. Justo una de las armas que la casa no podía resistir.

—¡Mierda! —juró Gabriel—. ¡Rápido! Van a entrar por allí —gritó a los demás caminantes y señaló con la mano el hueco que se erigía delante de ellos—. ¡Cúbranlo de inmediato! ¡Yo voy al otro lado!

Damián y Ruryk se lanzaron hacia donde alguna vez había existido un ventanal, mientras Gabriel se posicionaba protegiendo la parte delantera de la casa. En medio de la polvareda que el misil había provocado, emergió una sarta de mastodontes que ingresaron como tigres al interior de la casa. Comenzaron a luchar cuerpo a cuerpo contra ellos de forma sanguinaria. Si bien los caídos eran mayoría, la pericia de los caminantes como luchadores los hacía implacables a la hora de defender la Estirpe.

El ruido bajo y sordo de los cuerpos chocando entre sí fue inundando el recinto. Damián, el oscuro e imparable, cargó contra dos de los enemigos y los empujó con toda la fuerza del envión que traía su cuerpo, lo cual los lanzó

hacia atrás como si un poderoso elástico los hubiera arrojado hacia la pared. Apenas se levantaron del suelo, el caminante descargó con toda la furia que sentía el perfil de uno de sus brazos sobre las gargantas y los dejó sin aliento. Con las manos enormes envolvió el contorno de los cuellos y acercó la boca a las sienes, donde liberó el vapor de plata paralizante. Con un movimiento seco de las manos, quebró el cuello de cada uno de ellos.

Mientras tanto, Ruryk estaba ensartado en una acalorada pelea con un gigante. El caminante reía, mientras la sangre plateada le caía de la boca y de la nariz. Aquel tipo lo había demolido a golpes, pero sabía que lo podía vencer. Sin previo aviso, el mastodonte se detuvo y lo miró con burla.

—Prepárate, enano, es tu hora. —Y con una sonrisa irónica, embistió contra él. Pero Ruryk lo esperaba. Cuando el caído intentó descargar dos golpes con sus manazas, el caminante se agachó y, a una velocidad extrema, se impulsó hacia arriba, saltó por encima del enorme cuerpo y cayó por detrás de su espalda. Sin demora, calzó un embravecido codazo en la nuca del gigante que lo derribó hacia adelante como si fuera un saco de avena. Aprovechando el aturdimiento de su enemigo, Ruryk se abalanzó sobre él, lo giró de un envión y le clavó los dedos en los ojos, lo que provocó que el tipo comenzara a desgañitarse de dolor. Ruryk bajó la cabeza, despidió el vapor de plata y en un segundo crujieron los huesos entre sus manos.

Gabriel luchaba con uno de los caídos, descargando una ristra de golpes sobre su cara. Los dientes del tipo habían volado desde el primer puñetazo y los nudillos de Gabriel se habían teñido de sangre. El maldito ya estaba desmayado cuando dobló su cuello con las manos como si fuera una muñeca de trapo. Enseguida se lanzó contra otro caído que corría hacia él; los cuerpos pesados chocaron en el aire y, apenas cayeron, Gabriel sacó su navaja y la enterró en el abdomen del fulano. En menos de un segundo yacía con el cuello de su enemigo en el hueco de su brazo. Sin pausa, arremetió contra

otro caído, al que empujó contra una pared para descargar una sarta de golpes sobre el rostro, que comenzó a deformarse y teñirse de rojo. Cuando su contrincante ya no pudo defenderse más, Gabriel lo asió del cuello y se lo partió en dos. Junto con el ruido del cuerpo sin vida que caía al suelo, escuchó el grito de Aniel.

Una ira incontrolable rugió en su interior al darse cuenta de lo que eso significaba y se lanzó como poseído en su búsqueda. Atrás quedaban los gruñidos y gemidos de los otros guerreros que seguían peleando sin piedad. Cuando la encontró, Aniel luchaba frenética contra un sujeto que la cargaba sobre su hombro. El tipo era un coloso y ella, aunque luchaba con toda bravura, parecía una miniatura tratando de imponerse sobre él. Pero lo que volvió loco a Gabriel fue observar la nariz sangrante de Aniel, seguro que a causa de un golpe que el desgraciado le había propinado.

—¡Hijo de puta! —gritó Gabriel con toda la rabia de un macho territorial decidido a defender con la vida a su hembra. Ciego de furia, corrió hacia el caído, pero este, al verlo, colocó a Aniel por delante de él a manera de escudo y presionó una daga sobre su garganta.

—Para, o la hago papillas —advirtió con una voz gélida que logró que Gabriel se detuviera en el acto.

—Déjala —siseó.

—Me la llevo, cabrón —maldijo el gigantón.

—No si puedo impedirlo —contestó Gabriel sin rastro de emoción en el rostro.

—¡Dile a tus amigos que se detengan o ya mismo la mato! —vociferó el grandote mientras presionaba con mayor fuerza la navaja sobre el cuello de Aniel.

—Si le haces daño, te las verás conmigo.

El tipo rompió en carcajadas, mientras Gabriel permanecía inmutable. Era indudable que habían recibido la orden de no matar a Aniel. Y con esto él tenía que jugar.

—No puedes asesinar a la chica —dijo imperturbable.

—Cállate —contestó el caído, que miraba hacia todas direcciones buscando la mejor salida.

—Pero puedo dejarte ir si la liberas. De lo contrario serás hombre muerto —le advirtió con la mirada tan afilada que podría haber cortado una piedra en dos. El gigante carcajeó nervioso.

—Ya te dije que me la llevo de aquí —insistió y empezó a desplazarse con Aniel hacia uno de los ventanales destruidos, bajo la atenta mirada de Gabriel. Aniel ya no luchaba. Cuando el hombre comenzaba a colocar una de las piernas por el marco del ventanal, tuvo que hacer un mínimo giro para acompañarse y descargar el peso de Aniel por la ventana. Esa era la oportunidad. Gabriel lanzó cuatro de sus navajas a velocidad sobrenatural sobre el cuerpo del titán, el cual, ante el dolor de los impactos, liberó a Aniel, que se apartó con rapidez hacia un costado. En un movimiento rápido, Gabriel llegó hasta el caído y enterró con las manos las navajas más profundamente en el cuerpo. En medio de los aullidos de dolor del tipo y el vapor plateado que descargó de la boca, Gabriel acabó con él.

Con el cuerpo del caído aún entre las manos, Gabriel miró a Aniel, que lo observaba atónita. Y al segundo siguiente, ella corría despavorida hacia donde antes el caído había tratado de llevársela. Gabriel lanzó el cuerpo a un costado y corrió tras ella hasta que logró apresarla en el alféizar de lo que quedaba de la ventana. La hizo girar hacia él y con los brazos alrededor del torso, la alzó a la misma altura que él. Aniel comenzó a forcejear como un animal que había caído en una trampa. Pero no con furia, sino con miedo. Y no era una lucha solo contra él, sino contra todos aquellos que atentaban contra su vida y libertad. El corazón de Gabriel se contrajo con cada empellón de sus manos. Y mientras la sostenía con firmeza entre los brazos, escuchó el grito espeluznante y agudo de Damián.

O la *bestia* en la que se había convertido.

En medio de un estallido de rayos plateados, una especie de dragón que bramaba con una furia que calaba los huesos surgió delante de todos. La trenza del caminante se había desatado y, en su lugar, la negra cabellera

suelta, lisa y brillante le caía por debajo de la cintura. Resaltaban los ojos, que se habían vuelto del mismo color que el fuego que despedía de la boca. Esta, al abrirse, mostraba dos hileras de dientes de enorme tamaño, coronados con colmillos feroces capaces de destrozar cualquier cosa que se interpusiera entre ellos. En la parte superior de la cabeza, a ambos lados de la franja de cabello, se destacaban unos cuernos blancos que parecían de marfil, puntiagudos y de enorme grosor. Los dedos de las manos y los pies se habían transformado en garras que se asemejaban a navajas, y la ropa se había vuelto girones ante el desarrollo de una musculatura corporal descomunal y una altura aproximadamente cuarenta centímetros mayor. La piel de Damián, que se caracterizaba por un color trigueño, se había tachonado de escamas plateadas que le daban aspecto metálico y que servían de escudo contra el arsenal de balas que el enemigo descargaba contra él.

Furiosa, la bestia se lanzó sobre el resto de los caídos, a los que fue destrozando uno por uno, impidiéndoles huir de su trágico destino. A la vez que los aniquilaba con la fuerza desgarradora de los dientes y las garras, pulverizaba los cadáveres con el fuego abrazador que salía expulsado de la boca. Al cabo de un par de minutos y en medio de los rugidos espeluznantes de la bestia, la lucha había culminado. Cadáveres y restos de cuerpos yacían desparramados en el salón y en el jardín de la casa con una mezcla de sangre roja y plateada. La bestia fue calcinando lo que quedaba de los caídos y cuando ya no había huellas de los mismos, se desplegó en todo su tamaño y musculatura para emitir un rugido bravo y lastimoso. A continuación, volteó el poderoso cuerpo y se lanzó hacia la oscuridad de la noche, perdiéndose en medio de la vegetación. Pasarían unas cuantas horas hasta que Damián regresara de nuevo como caminante.

Ruryk miró a Gabriel, que abrazaba a una Aniel que temblaba descontrolada.

—Está histérica. Ve con ella y cálmala —le dijo en voz baja—. Yo iré tras Damián.

Gabriel asintió con la cabeza y se llevó a Aniel a la habitación,

sosteniéndola contra el pecho. No la había soltado de su fuerte abrazo, aún elevada a varios centímetros del suelo. Dentro de la habitación, Aniel seguía dura y estática apoltronada contra su pecho. Comprobó con la mirada que el ventanal no había sido destruido, aunque estaba muy astillado por el impacto de las balas descargadas sobre este. Al menos, la *bazooka* no había disparado en ese lado de la casa.

Depositó con suavidad a Aniel en el centro de la habitación, aún sin soltarla. La miró intentando brindarle tranquilidad y seguridad.

—Por favor, no cometas una locura —murmuró. Después de un tiempo que pareció interminable, Aniel asintió con la cabeza.

Gabriel la fue liberando con cuidado de su abrazo, expectante por la reacción que ella podría tener. La esperó, mientras ella seguía de pie inmóvil. Al rato, Aniel se volteó dándole la espalda, permaneciendo en el mismo lugar. Gabriel caminó hacia atrás unos pasos, dándole espacio. Esperó atento. Sus músculos se agarrotaban esperando el momento de actuar, ya que era muy probable que ella intentara escapar y él debería impedirselo. Pero ante la mirada absorta de Gabriel, Aniel se sacó lentamente la blusa que llevaba puesta y los pantalones que cayeron desprolijos a los pies. Gabriel tragó en seco por cada prenda que caía al suelo y un fuego excitante comenzó a inflamarlo. Sin poder creer en lo que estaba sucediendo, continuó mirándola con detenimiento mientras ella primero se desprendía el sujetador y luego se quitaba las bragas. Aquella mujer impresionante, con la cabellera rubia desplegándose en una sinfonía de colores y bucles, y los ojos que destellaban con el brillo de las lágrimas, se volvió con parsimonia permitiendo que Gabriel absorbiera cada minúsculo detalle de su sublime cuerpo. Y acto seguido, la observó girarse, caminar hacia el baño y sin voltearse decirle:

—No sé tú, pero yo necesito una ducha. Apesto.

Y sin dar crédito a sus ojos, la vio desaparecer por la puerta del baño para escuchar el sonido del grifo de la ducha que se abría y el elemento vital que caía como una cascada.

Capítulo 17

Aniel se dejó abrazar por el agua caliente que caía por su cuerpo tratando de olvidar las imágenes de aquella pelea. Había sido terrible. Los hombres se habían hecho trizas casi sin chistar y un monstruo tremendo que aún no sabía qué era, había destrozado los cuerpos de los atacantes con su fuerza y luego los había transformado en cenizas con el fuego que le había salido de la boca. Y ella era una de las causas de toda aquella masacre.

Un sollozo salió de su garganta disimulado por el ruido del agua de la ducha. «¡Dios!» ¿Qué o quién era ella? ¿Por qué estos dos bandos luchaban por tenerla? ¿Qué significaba para todos ellos aquel terrible símbolo que ella estaba empezando a odiar con toda el alma? Necesitaba olvidar de alguna forma toda esa locura. Tenía los sentimientos a flor de piel y no sabía qué hacer. Había intentado todo, pero aún seguía ahí, encerrada y sin saber qué ocurriría con su vida. Quería contactarse con Jackie, con Maia o con Brenda. Con alguien.

«Gabriel», pensó y su corazón pareció detenerse. La estaba volviendo loca y encima se había asignado a sí mismo la tarea de ser su guardián. La seguía a todos lados con la mirada y con el cuerpo. Y era tan hermoso. Su cuerpo reaccionaba a él de manera impetuosa y no sabía cómo manejar aquel manojito de sensaciones. Comenzó a refregarse con fuerza. Estaba asqueada de ese rol que la vida le había asignado y le dieron ganas de vomitar. Controló las náuseas y se frotó frenética la cabellera con el champú de rosas. Se la enjuagó varias veces, tratando de que con cada enjuague esa pesadilla se alejara definitivamente. Hizo lo mismo con la nariz, que aún colaba por el golpe que el gigante de ojos tan negros le había dado. Refregaba los pechos, los muslos, las pantorrillas. Necesitaba eliminar todo rastro de ese crápula que la había tocado y golpeado cuando la había encontrado en la alacena y ella lo había atacado con todas las latas de comida que habían estado a su alcance. Dejó

correr el agua caliente por la parte superior de la cabeza y apoyó la frente sobre la pared. Quería olvidar todo. Y sollozó más fuerte.

De repente, una presencia por detrás se desplegó sobre su espalda. Tensó el cuerpo y levantó la cabeza, pero, antes de girarla, unos brazos fuertes la envolvieron por los hombros y besos de fuego cayeron por el costado de su cuello. Gabriel.

Aniel batalló con ella misma por el dilema de o iniciar una lucha contra él o entregarse al placer que significaban sus brazos y sus besos. Bajó la cabeza y observó las manos enormes y cálidas que masajearon con mucho cuidado la curva de sus senos. Aquello era tan erótico que una punzada de placer brotó en su vientre. Se sentía, de repente, cuidada y mimada. Incluso reverenciada. Suspiró.

Gabriel tomó con una de las manos el jabón de la ducha y lavó cada uno de los rincones de su cuerpo para detenerse y seguir colmando de rosas su cavidad interior. Los ojos de Aniel se llenaron de lágrimas una vez más. La boca de Gabriel la sepultó de besos desde la punta de la cabeza y fue bajando por las mejillas, el cuello y los omóplatos, mientras seguía acariciando los senos con una mano y el centro cálido con la otra. La orgullosa erección de la verga de Gabriel se apoyó contra las nalgas y un calor agobiante se apoderó de ella. Descansó la cabeza contra el pecho del guerrero cuando este le levantó los brazos lánguidos y le hizo entrelazar las manos alrededor de la poderosa nuca. Sobre los nudillos de las manos, Aniel percibió el roce de la cabellera de Gabriel que, mojada, caía por el cuello. Y danzó con las caderas en un contacto íntimo y febril.

Gabriel gemía en sus oídos al reverenciar los pechos henchidos. En ese instante, no había barreras entre ellos. El agua circulaba entre los cuerpos, así como toda esa insensatez. De repente, Aniel hizo algo impensable. Desplazó suavemente la palma de una de las manos hacia abajo y cubrió el trozo masculino, grueso y cálido, que se erigía entre las piernas de Gabriel. Este la dio vuelta de golpe, obligándola a que lo mirara. Se encontró con sus ojos, que destellaban el brillo plateado que la embriagaba. La miró con hambre y

sin esperar respuesta, atacó sus labios de manera salvaje. Aniel quedó sumergida no solo en el agua caliente que caía por los cuerpos, sino en los brazos enormes del caminante y en sus besos enardecidos, que parecían querer adueñarse de ella. Se entregó al frenesí y le devolvió los besos y las caricias con la misma intensidad. Gabriel le tomó el cabello mojado y lo envolvió en sus puños para que la boca quedara más a su merced. Movía la cabeza tratando de encontrar los ángulos que permitieran profundizar sus besos, la lengua atacando cada rincón de la boca y desafiando a duelo la suya. Aniel se sentía poseída de manera absoluta por ese ser que de alguna manera siempre la había reclamado. Los ojos, el olor, el brillo se lo habían gritado, así como los gemidos de placer. Abrazó el cuerpo poderoso y recorrió con las uñas la curva musculosa de la espalda.

El agua de la ducha caía a borbotones en la unión de sus bocas, sin que a ninguno de los dos le importase. Se necesitaban en este momento y la tregua muda pactada por una fuerza superior había regresado para trascender a esa pesadilla.

Gabriel se desprendió de su boca y bajó la cabeza hacia los senos, donde frotó con la lengua cada uno de los pezones pálidos. Los succionó y lamió con el sabor diluido de rosas que emanaba de su piel. Aniel caía cada vez más profundamente en el abismo sensual y contradictorio que la unión con ese hombre generaba y que hacía de ese placer prohibido algo tan intenso. Sin dejar de besarle los pechos, Gabriel rozaba con delicadeza los labios carnosos de su intimidad con la yema de los dedos, abriéndolos hacia los costados y profundizando el contacto. Aniel correspondió a las caricias frotando el largo y grueso órgano masculino con la mano. Los ojos de Gabriel se cerraron con fuerza. Aniel se sintió morir cuando Gabriel se apoderó de nuevo de sus labios con un gemido desesperado e introducía un dedo en la cavidad femenina humedecida por los jugos plateados. A un dedo se le sumó otro, lo que provocó que Aniel arqueara la espalda y oleadas húmedas de excitación cayeran de su intimidad. El caminante atrajo con firmeza sus nalgas e hizo chocar la femineidad contra la fuerza de su virilidad.

Aniel se aferró a él rodeándole el cuello con los brazos e, hipnotizada, se dejó tomar el trasero con las dos manos para ser levantada del suelo y apoyada vertiginosamente de espalda contra la pared de la ducha. Al envolver la cintura del guerrero con las piernas, se generó un contacto tan íntimo entre ellos que un ardor más caliente que el vapor que se desprendía del agua que caía sobre sus cuerpos se apoderó de ellos. Gabriel volvió a atacarle los senos, sin darles tregua. Aniel respondió arqueando la espalda para exponerlos a la boca caliente y húmeda que los engulló y saboreó casi en su totalidad dentro de ella. Era lo más placentero que ella había vivido en su vida y no tenía suficiente de él y de esa boca.

Siguieron descubriéndose y besándose, acompañados de pequeños gritos de placer. El sonido a ventosa de la boca de Gabriel acompañaba insistente el ritual de los cuerpos entrelazados. Luego de un rato, Gabriel la bajó de esa posición y la depositó en el piso, parada. Se agachó y empujó con las manos el interior de los muslos de Aniel hacia afuera, separándole las piernas. Alzó los ojos hechiceros y la miró con intensidad. Parecía pedirle permiso con ellos y, aunque Aniel no le respondió con palabras, lo tomó de la nuca con las manos y empujó el rostro hacia su cuerpo. Gabriel no dudó y, ante su aceptación, abrió con los dedos los labios celosos de la intimidad y se sumergió en ella con la lengua. Le fue haciendo lentamente el amor, tomando y bebiendo de los jugos plateados a cada paso.

Aniel se sintió morir y, enloquecida de placer, levantó los brazos y se sostuvo de la ducha, mientras las caderas se ondulaban al ritmo de aquella boca. Con los ojos entornados, observaba extasiada a Gabriel que se dedicaba a ella concentrado, casi loco y desesperado. Y escuchó que le decía con voz ronca desde lejos: «Sostente», haciendo clara alusión a que siguiera aferrada a la ducha. Gabriel le levantó las rodillas y las apoyó sobre los musculosos hombros, permitiendo que la cavidad rosada quedara sumergida aún más en su boca. Aniel abrazó con los muslos su cabeza, mientras pivoteaba sostenida de la ducha. Presa del ataque imparable de aquella boca, comenzó a caer en un abismo arrebolado de placer, donde un grito ahogado en el estómago

pugnaba por salir. Los muslos se le pusieron rígidos y un sollozo imparable surgió de su garganta. Desde lejos escuchó la voz anhelante de Gabriel:

—Sí, Aniel. Sí, mi amor, córrete ya.

Una espiral de plata comenzó a subir por su interior abrazándola como un fuego sagrado. Algo vertiginoso e implacable iba aumentando de intensidad con los besos húmedos y la lengua cálida, y la elevaban a un estado de fascinación inimaginable. Crecía, crecía, crecía. Más, más y más. Y su propio grito, apasionado y fuerte, coronó el frenesí que estalló en su interior. Y no fue un grito bajo y controlado.

Los muslos femeninos se apretaron contra el cuello y mejillas de Gabriel, el cual quedó enmudecido de excitación al observar el brillo plateado que despedían la cabellera y los ojos de Aniel, más intensos y potentes con cada gemido de gozo que daba. Todos en la casa escucharían, pero a Gabriel lo tenía sin cuidado. Ya era hora de que todos comprendieran que Aniel era suya.

Luego de la embriagante explosión, siguió sostenida de la ducha, pero ya casi sin fuerzas. Gabriel la tomó amorosamente de las caderas y le susurró suavemente:

—Despréndete y vente conmigo.

Así lo hizo y se envolvieron en un abrazo. Fueron cayendo de rodillas mientras se besaban en la boca. Instantes después, Aniel se separó de él y agachó la cabeza ante la polla erguida y, sin poder creerlo, Gabriel la observó colocarla en el interior de su dulce boca. Preso de una lujuria sin precedentes, curvó la espalda como si fuera un arco y gruñó. Al instante siguiente se levantó, separó las piernas y dejó que Aniel continuara con el ataque. Sus labios lo emborrachaban. El deseo creció desmedido y la respiración se volvió agitada, provocando que las compuertas del éxtasis comenzaran a abrirse. Aniel sumó a la boca una mano que comenzó a frotar con fuerza en un movimiento alterno. Gabriel gimió más alto y levantó una de las piernas que apoyó contra la pared para exponerse aún más a la fascinación que la boca succulenta le provocaba. Conteniendo la respiración, entornó los ojos

observando la imagen de Aniel. Esa mujer hermosísima, que parecía un gato arrodillada con las nalgas hacia arriba comiéndose su polla mientras las manos le tocaban el escroto, provocó que su anhelo necesitara ser saciado de inmediato. El cuerpo se tensó, y en un empuje brutal de la polla en la cavidad tan caliente, sintió por primera vez en la vida cómo su jugo plateado se liberaba del encierro de siglos. Gabriel gritó, gritó desahogado, mientras era testigo de lo que jamás antes había vivido: podía eyacular.

Descargó sorprendido la semilla plateada, al mismo tiempo que los ojos y el cabello resplandecían ante semejante deleite. El agua de la ducha embraveció y comenzó a caer con tal fuerza y ferocidad que superó el nivel del suelo y se desplazó serpenteando por las baldosas del baño. El agua respondía a la primera eyaculación de su vida y se multiplicaba por cada grito que Gabriel emitía.

Aniel se apartó un tanto al ver el descontrol de agua.

—No tengas miedo —le susurró Gabriel mientras la alzaba y la abrazaba, aún absorto por la reacción de su cuerpo. Jamás antes había eyaculado y aun cuando había llegado a conocer el placer, nada era comparable a lo que acababa de experimentar calando cada una de las células de su cuerpo. Su semilla había sido derramada y se sentía lleno de júbilo y regocijo. El encantamiento había sido tan profundo que la química de su cuerpo había reaccionado liberando siglos de impedimento. Eso confirmaba lo que los jerarcas habían dicho: Aniel era en verdad su señora álmica.

Ya no había dudas. Era la verdad pura y manifestada en su máxima expresión.

Cerró los ojos y aspiró el aroma de su mujer, sabiendo que nunca tendría suficiente de ella.

A medida que la respiración de ambos comenzaba a nivelarse, Gabriel cerró los grifos y con una orden mental al agua, esta inició su sinuoso

retroceso hasta desaparecer por completo. Aún abrazados, se sentaron en el suelo de la ducha, apoyando las espaldas sobre la pared con el ruido de algunas gotas que caían al piso.

—Me tienes loco, mujer —susurró Gabriel sobre el oído de Aniel, que se había acurrucado en el hueco de su hombro, mientras le acariciaba el cabello largo y mojado.

Aniel absorbió el aroma de la piel de Gabriel, consciente de que esa dicha no podía ser duradera. Ella no podía olvidar quién era él. Presa de la cruda verdad que regresaba con más fuerza que nunca, se obligó a volver a la realidad. Se separó de él y, rígida, giró la cabeza hacia un costado. Cuando Gabriel le tomó con suavidad la barbilla, intentó escabullirse de su agarre, pero él no la dejó y finalmente logró que lo mirase.

—¿Otra vez el miedo? —murmuró sobre sus labios con una dulzura que Aniel no esperaba. No sabía qué decirle. ¿Cómo podía explicarle a ese hombre lo que ella sabía?—. Háblame —pidió Gabriel con una voz que sonaba casi a una exigencia. Pero los ojos no acompañaban la dureza de su voz; parecían casi suplicantes—. Yo sé que hay mucho en tu interior —le dijo suavizando el tono—. Sé que eres un espíritu gentil y deseo que te abras a mí. Jamás te lastimaría. —Ante estas palabras, Aniel se sintió estremecer—. Te deseo. Y sé que tú también a mí —continuó Gabriel liberándole la barbilla para tomar con dulzura su rostro entre las manos. El corazón comenzó a latirle desenfrenado—. Lo sientes, pero lo rechazas. Ven aquí. —Y la envolvió de nuevo en sus brazos—. Quiero descubrirte, mujer.

Aniel tomó coraje, consciente de que pronto no podría resistirse más a aquel abrazo. Con la cabeza apoyada en el hombro enorme pero tan agradable, dijo en voz baja:

—Yo no quiero tener ninguna historia contigo. Solo me sentí mal hace un rato a raíz de la pelea. Ver los cuerpos muertos y esa bestia lanzando fuego hacia todos lados en medio del caos me turbaron demasiado. Soy una mujer que lleva una vida sola e independiente. No he dependido de nadie desde hace años y, de repente, estar sumergida en esta historia me está

desequilibrando. Tú eres mi carcelero y estoy aquí después de hacer el amor contigo. ¿No te parece absolutamente enfermo? —Los ojos de Aniel se llenaron de lágrimas—: Por eso quiero que me dejes en paz. No hagas caso a lo que ha pasado. Yo no quiero volverte loco, ni nada que se le parezca. Toma lo que ha sucedido como un regalo de tu enemigo. —Terminó la frase casi sin respirar.

Gabriel la apartó de sus brazos y la miró con detenimiento. Al cabo de un rato, lo vio sonreír.

—Eres una mentirosa —susurró con sorna—. No puedes negar lo que nos pasa. Y esta no será ni la primera ni la última vez. —El final de la frase se la dijo muy calmado y con lentitud como intentando que lo registrara.

Aniel intentó zafarse de su abrazo, pero Gabriel parecía estar empeñado en llevar a cabo confesiones. Le clavó los ojos desafiándolo.

—Tú no sabes nada de mí así que, por favor, ¿me puedes soltar? No quiero empezar a pelear contigo. Estoy agotada y quiero descansar. Por favor, vete.

Gabriel amplió la sonrisa mostrando los dientes perfectos.

—Yo también estoy agotado, pero esta charla me parece interesante, sobre todo porque voy descubriendo lo bien que te mientes a ti misma. ¿Por qué niegas lo que estás sintiendo?

Fue la gota que rebalsó el vaso. Aniel lo miró furiosa y le gritó presionando un dedo en el pecho:

—¡Yo no siento nada por ti! Que te quede muy claro, grandote. Nada. Nada. —Se detuvo y al instante siguiente dibujó una sonrisa irónica en el rostro—. Aunque pensándolo bien, sí siento algo hacia ti y es un profundo odio que haría que te matase si pudiera. Tú sabes bien que en el fragor de las batallas se han gestado hijos indeseados a raíz de los atropellos sexuales entre los enemigos. Esto es algo parecido, aun cuando obviamente no hay hijos ni nada que se le parezca. Toda esta adrenalina nos conduce a explosiones corporales que nada tienen que ver con los sentimientos. Queremos olvidar toda esta paranoia y vemos en el enemigo partes en común con uno mismo.

Eso nos hace débiles, Gabriel, ya que de algún modo nos identificamos entre nosotros. Pero la verdad de todo es que al final estamos luchando por lo mismo, sin desear que el otro gane. Y no me vengas con que a ti te importo. Tú solo quieres el bendito símbolo y ya está. No me endulces con palabritas huecas. No te creo.

—Bueno, bueno, bueno. Parece que has dicho más en este momento que en toda la semana que llevas aquí —dijo Gabriel sin dejar de sonreír, pero con ojos que no reflejaban burla, sino sorpresa y cierta vulnerabilidad—. Parte de lo que dices es verdad —continuó—, sé que estamos luchando por lo mismo, pero siempre te he dicho que, si forjamos un frente común, podremos obtener mejores resultados.

—Aha, muy bien. ¿Pero dónde queda todo aquello que has hecho contra mi vida y... lo que me has arrebatado? ¿Y cómo crees poder obtener el símbolo si yo también lo necesito? Acéptalo, Gabriel, lo tuyo es patético.

La observó con ojos ensombrecidos. En algún momento se había producido la transformación en su rostro, pese a que en el calor de la discusión no se había dado cuenta.

—Quisiera que de una vez por todas me explicaras qué he hecho con tu vida y qué te he arrebatado —le dijo elevando la voz y extendiendo los brazos a los costados. Pero Aniel no le respondía—. ¡Dímelo! —insistió con un dejo de frustración en la voz. Esperó un rato, pero Aniel seguía muda—. Ya veo que te niegas a hablar —prosiguió—. Entonces déjame decirte que debe haber un error de interpretación de algo que te ha pasado. Porque en el fondo no somos más que dos seres que buscan lo mismo. ¡Y no hace falta pelear por ello, sino unirnos! —Miró a Aniel que seguía inmutable—. Mi intención de que estés aquí no solo es por el símbolo, sino también por tu seguridad —dijo con voz más suave, tratando de llegar a ella de alguna manera—. Hace unos instantes has visto lo que Sácritos ha tratado de hacer contigo y no se lo voy a permitir. No puedo dejarte ir sabiendo que ese tipo enfermo ahí afuera va tras de ti. Además, estoy convencido de que tanto tú como yo saldremos favorecidos si nos apoyamos.

—Lees muchos cuentos de hadas, Gabriel.

—Y yo creo leerte a ti mejor de lo que tú crees.

Aniel no quería escuchar más. Aquello la confundía. ¿Cómo podía aunar esfuerzos con su propio verdugo? Y horrorizada, se escuchó decir:

—Hay cosas que no puedo decirte porque sé que corro peligro en tus manos.

Vio como Gabriel tragaba en seco. Su semblante era peligroso.

—Explícate —exigió con firmeza, sin dejar de estudiarla con seriedad. Aniel no podía creer que él fuera tan hábil para mentir; sabía muy bien de lo que ella hablaba. Se enderezó y trató de levantarse, pero Gabriel no la dejó, aferrándola de los hombros con las manos poderosas.

—¿Sabes qué? —gritó con los ojos llenos de lágrimas de rabia—. Creo que eres un tipo absolutamente insensible. ¡Me has estado persiguiendo desde Dinamarca, Gabriel! ¿Qué crees tú, por Dios? ¡Déjame! —volvió a bramar furiosa mientras trataba de desprenderse del agarre implacable—. Y más allá de lo que tú digas, me tienes prisionera aquí, Gabriel. ¡En contra de mi voluntad! ¿Cómo crees que te sentirías tú? Estoy segura de que con mucha rabia. ¡Pues yo también la siento! Quiero volver a mi vida normal, Gabriel. ¡Entiéndelo! —Y volvió a sacudirse. Pero era inútil, aquel hombre era demasiado fuerte; parecía una estatua tallada en metal.

—No puedes volver a tu vida normal, Aniel —Él repetía lo que en otra ocasión ya le había dicho y que la había encolerizado.

—¿Por qué no? —chilló con amargura, con más lágrimas rabiosas acumulándose en los ojos.

—Porque tienes una conexión con nosotros —le dijo arrastrando las palabras, como esperando que se le grabaran en la mente. Acercó aún más el rostro—. Te he investigado y hay muchas cosas que cierran, Aniel. Pero necesito que confíes en mí y en los demás caminantes.

—¿De qué conexión me hablas? —siseó Aniel intentando morder los dedos de Gabriel. Necesitaba huir de aquel encierro. Él la tomó de las muñecas en una presa fuerte, pero sin lastimarla, y las acercó a su pecho

musculoso.

—De una que se negará a ti si eliges experimentarla desde el miedo o la rabia. Solo la podrás sentir cuando abras tu corazón.

—¡Hablas como un sacerdote! —bramó con un sollozo de impotencia—. ¡Suéltame! ¡Mierda!

Aniel gritaba y se retorció sin control, pero Gabriel seguía firme sin dar concesiones. El brillo plateado de sus ojos era intimidante.

—Hablo como alguien que puede llegar a conocerte como jamás nadie lo hará. Como alguien que está ligado a ti desde otro lugar, diferente de lo que has conocido hasta ahora. —Y sin soltarla de las muñecas la acercó abruptamente a él, dejando un mínimo espacio entre los rostros—. Hablo desde mi solidez —continuó imperturbable—. Aquella que surge de saber que eres una parte imprescindible en todo este puzle que nos rodea. Y en el mío propio. Yo te estoy reconociendo, mujer, pero tú no a mí.

Aniel lo miraba sin comprender. ¿Qué es lo que tenía que reconocer en él aparte de que era el asesino de su padre y de ella misma? Su respiración se agitó.

—¿Sabes qué? Eres como uno de esos oradores que dicen palabras muy lindas, que confunden con discursos adornados para que la gente les crea y los admire y, al final, no dicen ni hacen un carajo.

Las manos fuertes la atrajeron tan cerca de él que logró ver cada una de las vetas plateadas que componían sus pupilas.

—Te diré algo, y quiero que me escuches con atención —enfaticó Gabriel con la voz ronca—. Tú y yo estamos unidos por algo que tu cuerpo sabe, pero que tu corazón aún no ha registrado. Y tu Estirpe y la nuestra...

Aniel abrió los ojos muy grandes, adivinando lo que ese tipo le diría. Sabía lo que le anunciaría y no quería escucharlo.

—¡No! —chilló retorciéndose esta vez como una endemoniada—. ¡No te atrevas a abrir la boca!

Luchó desesperada pero, sin saber cómo, de repente su cuerpo estaba

tumbado de espaldas sobre las baldosas del piso con Gabriel a horcajadas sobre ella mientras le retenía las muñecas a cada costado de su cabeza. Gabriel acercó el rostro al de ella y susurró:

—Eres parte de nuestra Estirpe.

Aniel se quedó inmóvil. Lo había dicho después de todo. Aquello absolutamente inconcebible y que la aterraba, acababa de ser expresado por los labios que la habían besado como nadie en su vida lo había hecho. De súbito, se sintió débil. Demasiado.

—¿Qué has dicho? —murmuró apabullada.

—Lo que has escuchado —susurró Gabriel. Aniel seguía anonadada mientras él la observaba detenidamente—. Eres una miembro de la Estirpe de Plata, Aniel. Tienes tu carga genética que así lo dice y todos los síntomas que lo confirman. Hay muchas evidencias que muestran que perteneces a nuestro linaje. Tus flujos son plateados, la menstruación, la mucosa nasal, el flujo vaginal, las lágrimas, todo lo que proviene del interior de tu cuerpo y que responde a emociones y cambios vertiginosos. Eres fuerte físicamente, mucho más que una humana y que muchos de la Estirpe. Tienes dones como ver en la oscuridad, oler a distancia, saltar y correr como pocos. Tu cabello y tus ojos emiten el característico brillo metálico cuando estás sometida a emociones fuertes, como cuando estás en verdad furiosa, temerosa o en profunda paz. También cuando llegas a los orgasmos. A nosotros puedes detectarnos de lejos, lo mismo que a los miembros de la banda de Sácritos. Y tus manos, Aniel, tus palmas... —Se las acarició con los pulgares sin dejar de soltar la presa de sus muñecas—. Y tu rol como guardiana del primer símbolo.

Aniel no podía creer todo lo que ese hombre sabía de ella. Lo que había dicho describía a la perfección sus más íntimos secretos. Pero lo de ser la guardiana del primer símbolo era algo por completo nuevo para ella y sobre lo cual no tenía ni la más remota idea de qué se trataba.

—Sé que soy una chica diferente y que mi cuerpo no se comporta como el del resto de las mujeres, pero de allí a que me digas que pertenezco a tu

Estirpe, me parece absurdo. ¿Me estás diciendo que no soy humana?

Recordó en ese momento a su padre. Ella había heredado sus mismas rarezas físicas y psíquicas. Él parecía leer los pensamientos de la gente, veía cosas que los demás no podían, ni siquiera ella. Aniel no había heredado tanto la intuición psíquica de su padre, pero él siempre le había dicho que sus sueños eran su mayor rareza. Eran premonitorios y en ellos resolvía problemas de la gente o de ella misma. Y de su madre había heredado la estabilidad y el amor a la vida.

—Algo así, Aniel —contestó Gabriel interrumpiendo sus pensamientos—. Eres una de nosotros y sería bueno que intentaras aceptarlo. Así como el vínculo entre tú y yo.

Aniel se dio cuenta de que ese tipo recurriría a cualquier argumento para lograr su cometido. No podía creerle, era más, no debía, aun cuando mucho de lo que le había dicho podía ser una respuesta a lo que ella tantas veces se había preguntado. Y la curiosidad ganó la pulseada.

—¿De qué vínculo absurdo me estás hablando? ¿Y qué es eso de que tengo que abrir mi corazón?

Gabriel sabía que Aniel no podría comprender de golpe toda esa información. A él mismo le estaban cayendo todas las fichas en ese momento y, al expresarlo, había sentido con nitidez la veracidad de todo aquello. Tenía que encontrar la manera de que Aniel confiara en él y aceptara lo que ellos habían pactado desde el inicio de la Estirpe y que ella no recordaba. Pero no sería fácil. Por más que ella asumiera aquella fachada de mujer entrenada para sobrevivir, Gabriel era consciente de que Aniel le tenía miedo. Un miedo tan profundo y visceral que la obligaba a huir de él. Y no tenía dudas de que lo deseaba, pero se negaba a estar cerca de él. Porque ella le ocultaba algo. Y observar las expresiones del rostro y el mensaje de su cuerpo sería una infalible arma secreta que él debería utilizar con estrategia para descubrir el secreto que la separaba de él. Y en medio de todo, él acababa de confirmar que Aniel era su señora álmica. Por ende, era el momento de mostrarle lo que, poco a poco, ella debería aprender a aceptar. Quería sentirla cerca, como

nunca antes nadie lo había estado en su vida.

Gabriel la observó con detenimiento y lentamente se puso de pie, llevándola consigo. Sin soltarla, la condujo al cuarto, donde la liberó.

Aniel se apartó de inmediato mientras exponía su desnudez a ese hombre tan terco. Lo miró, pero enseguida rompió el duelo de miradas y giró el cuerpo para buscar algo de ropa limpia y se vistió. Mientras lo hacía, oyó los pasos de Gabriel y el roce de la ropa en los músculos. Él también se vestía.

Aniel se sentó al lado de la ventana y miró hacia el exterior. ¿Cómo diablos saldría de todo eso? ¿Y qué quería Gabriel? No lo entendía. Siempre había creído que él iba tras el símbolo, pero en esa conversación había hablado de ella como parte de la Estirpe y acerca de que tenía un vínculo especial con él. Sonaba tan endemoniado e irracional, aun cuando la duda ya se había instalado en lo más profundo de ella misma.

—Ven —le susurró con voz baja desde atrás. Aniel se dio vuelta y lo miró. Tenía la mano estirada hacia ella, en una clara invitación a que la aceptara. Era tan guapo. «¡Dios!» Se sintió vulnerable, pero enseguida cubrió la mirada con una máscara de frialdad.

Gabriel entornó los ojos, como si hubiese leído sus pensamientos. Aniel se levantó sin tomarle la mano y lo miró desafiante:

—¿Qué quieres?

—No podía seguir explicándote cosas tan delicadas en el suelo de una ducha. Quiero que seamos civilizados a la hora de comprender quiénes somos. —Y sin decir más, la tomó de la mano y la llevó hacia la cama, donde la sentó a su lado. Gabriel respiró profundo y prosiguió su relato anterior—. Los *silverwalkers* o caminantes, como algunos también nos llaman, pertenecemos a la Estirpe y somos cinco: Damián, Triel, Ruryk, Metanón y yo.

—¿Quién es Metanón?

—El que conociste en Aarhus junto con tu amiga.

—¿Y dónde está él?

Gabriel no podía revelar que su amigo iba tras los pasos de Jackie, porque hacerlo significaría enfurecer más a Aniel.

—Viajando —contestó sin dar más explicaciones.

A partir de aquí, Gabriel se dedicó a explicar acerca de la existencia de las profecías, la revelación acerca del período de transición que la Estirpe estaba viviendo, los cinco símbolos y las mujeres guardianas que los protegían. También sobre la misión de los *silverwalkers* de encontrarlos.

—Porque los símbolos están destinados a revelar secretos y códigos sellados que darán a la casta y a la Estirpe la posibilidad de expandirse energéticamente —aclaró—. Y para que esto suceda, cada uno de los caminantes podremos, por primera vez en nuestras vidas, emparejarnos con la llamada señora álmica de plata, que nos ayudarían en esta tarea. Pero, antes de poder hacerlo, podría existir un inconveniente muy importante.

—¿Cuál?

—La posible incapacidad de estas mujeres de reconocernos como sus señores álmicos. Y en este punto estamos tú y yo.

Aniel lo escuchaba pasmada. Su cuerpo tembló ante la gravedad de lo que Gabriel le estaba anunciando.

—¿Me estás diciendo que tú y yo... tenemos algo que ver en esto del reconocimiento que tu Estirpe asegura puede ocurrir entre los caminantes y sus parejas?

Gabriel la miró con infinita ternura. El tipo era mago, no cabía duda, y debía de haber enviado algún hechizo sobre ella ya que la sangre le empezaba a circular a toda velocidad.

«¿Cómo sobreviviré a esto?», gimió en su interior.

—No solo eso, Aniel, sino que hay algo que a ti y a mí nos vincula de manera irrevocable en una perfecta unidad integrada de energía.

Ante la respuesta de Gabriel, Aniel cerró los ojos. No podía ser verdad lo que estaba escuchando. No podía, porque de serlo, estaba siendo partícipe de un caso psiquiátrico, digno de que sus participantes fueran hospitalizados a la

brevedad. Se obligó a abrir los ojos y enfrentar aquello.

—Mira, Gabriel...

—Sé que es difícil de aceptar —la interrumpió levantando la mano—. A mí también me ha confundido en un primer momento, pero ahora sé que es una verdad irrevocable.

—¿Puedes decirme en concreto a qué te refieres?

Gabriel la miró insondable.

—¿Es lo que deseas?

Aniel agrandó los ojos y levantó las cejas.

—No lo sé —reconoció.

Su respuesta pareció darle coraje a Gabriel. Y con voz firme y decidida dijo aquello que ella tanto había temido escuchar:

—Tú y yo somos señores álmicos.

Aniel se atragantó y comenzó a toser. Este tipo no podía estar en sus cabales. Imposible.

—¡Estás loco!

Pero para su sorpresa, Gabriel continuó.

—Tú y yo nos hemos creado mutuamente para formar una unidad indisoluble desde el principio de la creación de la Estirpe. Imagínate lo siguiente —la invitó—. De un gran todo energético, dos unidades de la misma energía se separaron para iniciar los respectivos viajes para la evolución de sus propias individualidades. Esta separación llevó a que estas dos realidades energéticas vivieran experiencias, aciertos y errores que han promovido el desarrollo de sus propias almas. Pero en este momento, las dos unidades han de reunirse de nuevo para complementarse y aunar la energía que cada una trae de sus propias experiencias paralelas. Con esta reunión energética, se desencadenarían nuevos sucesos que harán que la casta de los *silverwalkers* ya no funcione como eslabones separados sino integrados, lo cual colaborará con la evolución de esta y todo el circuito constituido por el grupo de almas de nuestro linaje, es decir, la Estirpe completa. Esas dos

unidades energéticas, en nuestro caso, somos tú y yo. Y cada *silverwalker* encontrará la propia a su debido momento. Pero como los jerarcas de la Orden nos lo han dicho, el reconocimiento no siempre será fácil. A veces, incluso, supondrá terribles enfrentamientos. —Sin dejar de mirarla, tomó aire profundamente—. Y yo en este momento estoy tratando de que me reconozcas.

Aniel sabía que se debía haber puesto pálida como un fantasma. No sentía la sangre circular por las venas y el corazón parecía que se le había detenido. Gabriel acababa de informarle algo para lo cual ella no estaba ni psíquica, ni física ni emocionalmente preparada para escuchar.

—Pero... ¿qué pasa con el amor? —se atrevió a preguntar aun cuando le daba mucha vergüenza ya que la pregunta le parecía absurda y alejada de la realidad. Gabriel no respondió, pese a que no le quitaba los ojos de encima. Sin amilanarse, Aniel prosiguió—: Porque tú y yo no podemos estar más alejados de sentir amor el uno por el otro. ¿Cómo puedes decirme que somos una pareja? Estamos separados por diferencias siderales.

Gabriel parecía impenetrable mientras ella hablaba. Solo la tensión de los músculos de la mandíbula evidenciaba que las palabras de Aniel lo habían afectado.

—Yo también me he hecho esa pregunta, Aniel. Mucho de lo que estoy diciéndote en este momento es producto de lo que estoy experimentando en mí mismo y es en definitiva algo nuevo incluso para mí. Jamás he estado enamorado de una mujer, ni he intentado encontrar a alguien para mí. Solo mis padres me han mostrado lo que una pareja que se ha reconocido puede llegar a forjar. Han vivido y sido ejemplo de un amor increíble e indisoluble.

«Y ahora has llegado tú», pensó Gabriel, pero no se lo diría. Lo que Aniel despertaba en él era algo tan fuerte que no podía controlar y lo superaba en todas sus expectativas. Tampoco se atrevía a decírselo, ya que ella estaba muy lejos de estar lista para escuchar una confesión así.

Aunque quizás...

—Entonces, ¿cómo puedes hablar de que tú y yo somos señores álmicos

cuando ni siquiera sabes lo que significa estar enamorado? —preguntó Aniel interrumpiendo sus pensamientos—. No tiene ningún sentido. Es como que me estás pasando la información que has leído en un manual y la haces sentir como válida, cuando en realidad ni tú mismo sabes de qué se trata.

—Tienes razón en parte de lo que dices. Pero hay certezas que puedo detectar y que siempre han sido irrevocables.

—Puedes equivocarte una primera vez —susurró Aniel.

—No. Imposible.

—Quizás eres un poco arrogante en el poder que tienes de vivir la certeza, Gabriel. ¿Y sabes qué? Yo soy el monumento a la incertidumbre. Vivo el ahora, jamás proyecto ni me condiciono, así que dudo que lo que me dices sea lo que es o deba ser. Creo que uno construye su futuro a cada momento con sus acciones y no creo en un destino ya designado o establecido.

Gabriel la miró con seriedad, atento a cada palabra que ella expresaba.

—Yo tampoco lo creo, pero sí en que cada uno de nosotros ha establecido ciertas pautas y creaciones que en algún momento pueden manifestarse en el camino de la experiencia. Y como tú afirmas, toda creación puede ser mejorada en el ahora de cada individuo con sus acciones, o no.

—Pero entonces, ¿quieres decir que tú y yo nos hemos creado mutuamente?

Gabriel sacudió la cabeza de un lado a otro, arrastrando los mechones rebeldes con el movimiento.

—No. Cada uno ha sido su propio creador y nuestro encuentro es un pacto que hemos establecido desde el principio. Y de acuerdo al ahora que cada uno estuviese viviendo en el momento de la reunión, como tú y yo en este instante, podría ser el resultado final.

—¿Dices que somos creadores? ¿No es un poco un juego a crearse Dios?

—Somos dioses internos, creados a «*imagen y semejanza Suya*» como hemos leído en diferentes líneas espirituales. Dios es creador, por ende, sus creaturas también lo son.

Aquello le resonó en su interior, pero no podía estar de acuerdo con él.

—¿Y ahora debo suponer que tú y yo nos hemos creado a nosotros mismos esperando que nos reencontráramos en algún momento del camino?

—Sí.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

Gabriel la escrutó con los ojos resplandeciendo de plata. Se lo notaba conectado con una parte de sí mismo escondida en lo profundo de su alma.

—Porque cuando te vi lo sentí —contestó mientras la cabellera se le volvía aún más brillante—. Te he hablado de lo que no he vivido aún con respecto al amor, pero no puedo negarme a mí mismo una nueva realidad: desde que te cruzaste en mi camino, mi vida se ha dado vuelta por completo. Era la primera vez que ella se sentía identificada con él—. Y el amor se manifiesta de diferentes maneras, Aniel. El que hoy me tengas miedo o me odies, no impide que en algún momento me reconozcas como tu par y empieces a amarme.

—¿Y tú?

—Yo ya te he reconocido, mi dulce Aniel. Y cada día que pasa es más claro lo que siento hacia ti —le contestó con ojos flameantes.

—¿Qué me estás diciendo?

—Averígualo por ti misma.

Aniel se levantó de la cama y lo miró. Gabriel hizo lo mismo.

—Pero si acabas de decirme que no sabes nada acerca del amor, que nunca te habías enamorado —dijo casi en un hilo de voz. Gabriel no le contestó, pero sus ojos resplandecieron como brasas.

—Solo puedo decirte que desde el día que te vi, supe que debía encontrarte y entender quién eras.

Mientras hablaba, Gabriel se acercaba con sigilo y parecía un león acechando a su presa. Pero en sus ojos había una llama que solo se asemejaba a la dulzura que inquietaba a Aniel. Ella retrocedió.

—¿Me viste y supiste que debías encontrarme? ¿Qué quieres decir con

ello? No lo comprendo.

—La primera vez que te vi fue en mis sueños, Aniel.

Abrió aún más los ojos y retrocedió a la par del avance de Gabriel.

—¿Me has soñado? —murmuró.

—Sí, desde hace un año y medio hasta el día en que te encontré en la ciudad de Aarhus. Una vez que surgiste físicamente ante mí, no volví a tener los sueños.

Aniel no podía creer lo que Gabriel le decía. Ambos habían empezado a soñarse desde la misma época e, igual que Gabriel, ella no había vuelto a tener los sueños después de que Gabriel la había atrapado.

—¡Detente! —Alzó la mano para evitar que se acercara un paso más. Gabriel accedió—. ¿Entonces estás experimentando el amor... eh...?

—Contigo.

Aniel le dio la espalda. Empezó a jugar nerviosa con los anillos de sus manos, mientras se arrimaba a la ventana. ¿Su verdugo le estaba diciendo que estaba empezando a sentir algo por ella? Imposible. Volvió a girarse para enfrentarlo, pero al hacerlo chocó con el pecho enorme de Gabriel. Se había acercado a ella de manera silenciosa. Aniel levantó los ojos y lo miró. Era un hombre imponente, el pecho ancho y bronceado. Observó el palpitar de la vena aorta en el cuello, el cabello aleonado, largo, desmechado, los brazos enormes, los muslos casi rozando los de ella. Y esos ojos.

«Dios, este hombre podría ser el responsable de una muerte masiva de mujeres por inanición».

Aniel volvió a mirarlo a los ojos y quedó sumergida en ellos. Observó cómo Gabriel movía la nuez de Adán, evidenciando que él estaba tragando tan fuerte como ella lo hacía. Esos ojos eran en definitiva hechizantes. Y el destello plateado... absolutamente pecaminoso. Aniel bajó la mirada sobre los labios gruesos y sintió ganas de comérselos.

—Descansa, es tarde —susurró Gabriel al oído. La miró con detenimiento y se volvió para dirigirse a la puerta y salir cerrando muy despacio.

Aniel se tiró de espaldas sobre la cama, mirando el techo. Gabriel la dejaba sin aliento y confundida en extremo. Y lo que era peor, su cuerpo parecía no escuchar a su mente y ambos trabajaban desincronizados en su totalidad. Cuando lo veía o lo tenía cerca —ni hablar de cuando la tocaba—, lo único que existía era él. ¿Cómo podía sentirse atraída de manera irremediable por Gabriel? Cerró los ojos y se colocó las manos sobre el rostro. Todo su mundo estaba patas para arriba y su voluntad se estaba rasgando por la presencia impactante de ese tipo. Pero Gabriel era el asesino de su padre y su propio verdugo. Por lo tanto, debía huir. Entonces, ¿por qué le causaba angustia la idea de dejarlo? No soportaba más esa guerra interior.

Se incorporó desesperada, gimiendo y golpeando la cama con los puños. De repente, las voces de sus padres y su abuelo en el sueño volvieron a ella: *«Que el macho no te atrape, hija nuestra. ¡Corre! Te encontraremos. Confía en mí... Si quieres salvarlos, nieta adorada, corre y huye de él. Ya.»*

Aniel se desplomó hacia adelante, sollozando desconsoladamente. Separarse de Gabriel le costaría demasiado. Volvió a golpear con los puños, mientras se repetía furiosa a sí misma: «Eres una patética idiota, Aniel».

Despertó sobresaltada y con un calor sofocante. Poco a poco trató de volver a la realidad. Se había quedado dormida después de llorar por el gran enojo que tenía consigo misma, pero, al menos, luego de elucubrar lo que le pareció una eternidad, había encontrado la respuesta correcta: la gran prioridad de su vida en ese momento era encontrar el símbolo y a su madre. Punto.

Se dio cuenta de que no estaba sola al escuchar una respiración suave a su lado. Giró la cabeza. Gabriel yacía dormido, boca arriba, con el cabello revuelto y los ojos cerrados exponiendo las pestañas larguísimas que la subyugaban. No siempre venía a dormir con ella, pero como esa habitación era la de él, a veces lo encontraba durmiendo a su lado. En un principio le había molestado, pero poco a poco había comenzado a anhelarlo. Sin duda, había venido cuando ella se había quedado dormida.

Miró el techo. Necesitaba urgente entrar en contacto con sus amigas, sobre

todo con Jackie. Hacía ya más de seis días que ella había desaparecido y Jackie estaría nerviosa. Al volver a observar a Gabriel, recordó sus palabras: «Tú y yo somos señores álmicos. Estoy experimentando el amor contigo». Al escucharlas, ella se había sentido perdida. Y mojada, muy mojada.

Gabriel se movió un poco, pero sin abrir los ojos. Aniel se quedó quieta. Él se giró hacia su lado y le pasó el brazo sobre el vientre, envolviéndola y acercándola a él. Aniel agrandó los ojos, tratando de permanecer estática. Esperó un poco más sin moverse hasta que, al final, la respiración de Gabriel se volvió otra vez regular. Cada rincón de su cuerpo despedía erotismo, entrega, y algo en su interior se quejaba lastimosamente ante la idea de escapar. Pero debía sobrevivir a esta tortura. Hacía siete años que huía de todo aquello que le hiciera daño y nunca más sufriría por nada ni por nadie. Ella se tenía a sí misma y era lo único que contaba.

Gabriel la abrazó aún más contra él, como si pudiera leerle los pensamientos. «Mi Dios, ¿por qué has hecho que este hombre sea tan bello y... tan tierno?». Luego de un rato de tortura mental, oyó una voz susurrante que le decía con dulzura al oído:

—Duerme, mi amor.

Cerró los ojos y cayó otra vez en un vacío reparador, asombrada de que Gabriel la hubiese sorprendido con la guardia baja, olvidándose de bloquear su mente.

Capítulo 18

Gabriel reía mientras jugaba a las cartas con Triel y Ruryk en el living, impecables y limpios. Él aún tenía el pelo húmedo por la ducha.

—Intentará huir —dijo Ruryk con una sonrisa al descargar unas cartas de su partida.

—Es probable —contestó Gabriel sin dejar de mirar su juego.

—Veremos —gruñó Triel, que luchaba por ganar la mano—. La vigilaremos. ¡Mierda, Ruryk, eso no estuvo bien!

Los tres rieron y Triel preguntó casi en un gruñido mientras barajaba:

—¿Me puedes decir por qué diablos quieres llevar a esa mujer a bailar, cuando sabes que es una buena ocasión para que escape? No tiene lógica.

Gabriel tomó una carta del mazo y luego de un rato contestó:

—Quiero que pase una noche diferente. Hace muchos días que está aquí encerrada y sacarla le hará bien. Odio mantenerla prisionera.

—Además de que ella es tu señora álmica y...

—Y quiero pasar tiempo junto con ella. Sí, es verdad —confirmó Gabriel descartando su juego.

—O sea que quieres protegerla de todos, menos de ti —sonrió Ruryk mientras hacía lo mismo que Gabriel con las cartas. Este lo miró con fijeza y Ruryk levantó las manos en señal de paz.

—No te pongas bravo ahora, amigo. A mí me parece bien tu idea. Además, todos estaremos atentos a ella.

—Quiero que sienta que también hay lugar para ella en toda esta refriega. Llevarla a divertirse le puede dar mejor ánimo y quizás, en otro ambiente, podamos conocernos mejor.

—Tu idea es arriesgada —comentó Triel, que colocaba una nueva mano de cartas sobre la mesa.

—Lo sé.

Quedaron en silencio un rato, hasta que Gabriel volvió a hablar.

—Necesito comunicarles algo más.

Triel y Ruryk lo observaron con las cejas levantadas, interrogantes.

—Ayer confirmé lo que los jefes han explicado.

—Eres tú el que tiene que explicarse ahora —dijo Hoyuelos atento a sus cartas.

—Eyaculé.

Triel y Ruryk detuvieron sus movimientos para mirarlo y abrir la boca sin poder creer lo que su amigo relataba.

—¿Qué? —preguntaron asombrados.

—Por primera vez en mis seiscientos años.

Triel se levantó y rodeó la mesa para ir a la heladera a buscarse una cerveza.

—¡Por Dios! —gruñó mientras cerraba la puerta del refrigerador con violencia.

—¿Fue mientras estabas con ella? —preguntó Ruryk.

Gabriel levantó una ceja desafiante, pero al final asintió con recelo.

—¿Pero entonces ahora puede estar embarazada?

—No, imposible. Tomé recaudos.

Ruryk suspiró, a la vez que también se levantaba y empezaba a caminar por la habitación. Tanto él como Triel se mostraban nerviosos.

—Necesitaba explicarles que esto puede pasarles cuando encuentren a su...

—Olvídalo —siseó Triel.

—Es mi deber comunicarles lo que estoy viviendo en carne propia. Es un hecho nuevo para todos nosotros.

Triel se pasó los dedos por la cabeza, evidenciando que aquel tema lo sacaba de quicio.

—¿Y cómo se siente? —preguntó Ruryk como un niño interrogando a su

padre sobre algo nuevo y desconocido. Gabriel no pudo evitar sonreír embobado.

—Sublime —contestó—. Todo lo que rodea el encuentro con la señora álmica es de una intensidad increíble, aumentada por la unión única e irrevocable que se produce entre las dos almas. Es algo que se debe vivir para poder entenderlo porque, sin lugar a duda, es adictivo. Nunca he vivido algo tan intenso y me tiene loco... de contento. —Y sonrió de oreja a oreja.

—Entonces Aniel te está aceptando —expresó Ruryk con júbilo. La sonrisa de Gabriel se transformó en una mueca, reflejando el estado actual de la relación.

—Muy lentamente. Ella parece abrirse a mí a veces y otras, retrocede.

—Necesita tiempo.

—Y que no escape —gruñó Triel, que aún seguía sumergido en sus propios pensamientos, bastantes oscuros por la expresión de su rostro.

—Por eso reforzaremos los cuidados esta noche —enfaticó Gabriel. Le indicó a sus amigos con los ojos que volvieran a sentarse así continuaban la partida. Ruryk lo hizo de inmediato, aunque Triel demoró un poco más—. Los jefes tenían razón —prosiguió con el semblante serio—. Ahora que sé que ella es mi señora álmica, juro que nada ni nadie me detendrá. Ni siquiera ella misma.

Sintió los golpes ligeros en la puerta y supo de inmediato de quién se trataba. Los demás caminantes la ignoraban casi por completo, salvo el de los hoyuelos, que a veces le hacía alguna que otra pregunta.

—¿Puedo pasar? —La voz suave pero firme era inconfundible.

—Espera un momento, Gabriel. —Se levantó y dejó el libro que estaba leyendo a un costado. Se puso las medias y abrió la puerta. Allí estaba él, imponente con su presencia aristocrática y la melena leonina que le daba, a su

vez, un aspecto salvaje.

—¿Podemos hablar? —le dijo sacándola de sus pensamientos. Cada vez que hablaban, ella quedaba con las defensas más bajas. Tan solo la mirada canela hacía que cada día tuviera menos voluntad de resistirse.

—Sí, adelante —dijo con voz cortante. Se revistió de una gran armadura mental, retando a su corazón a no sentir. Gabriel entró en la habitación sonriendo y, luego de echar una mirada a la cama deshecha, se volvió y se acercó a ella. Aniel lo miraba con recelo, ya que su porte de enorme seguridad le generaba a ella una profunda vulnerabilidad—. ¿Me dejas libre hoy? —preguntó con ironía sabiendo que lo provocaba.

—Sabes que nada me gustaría más, pero no puedo —contestó con una sonrisa un tanto fingida—. Pero tenía muchas ganas de llevarte a algún lugar.

Aniel quedó petrificada.

—¿A qué te refieres?

—Quiero sacarte un rato de aquí. Desde que has llegado no has podido hacer nada, salvo estar encerrada en esta habitación, y no me parece justo. También te compré ropa para la ocasión.

Aniel no entendía nada. Parecía estar frente a otra persona. ¿Sacarla a pasear? ¿Desde cuándo? ¡Y le había comprado ropa!

—¿A dónde me llevarás?

Gabriel sonrió ampliamente.

—Pensé en llevarte a bailar.

—¿A bailar? —Y su semblante se iluminó, no obstante, seguía sorprendida—. ¿Y confías en mí? ¿No temes que me escape?

Gabriel la miró con intensidad.

—No confío en ti, pero no temo que escapes ya que no lo lograrías.

Aniel empezó a sentirse provocada. Si tan solo ella tuviera esa misma seguridad...

—Ah, ¿sí? ¿Y quién te asegura que no podré hacerlo?

—Nadie. Pero lo sé, así de simple —contestó él con suavidad

evidenciando una convicción que la desarmaba por un lado y la volvía rebelde por el otro.

—Me gustaría ver la ropa que me compraste —dijo de repente, sin dejar de mirarlo. Gabriel salió de la habitación y, al poco rato, entró trayendo dos bolsas con él. Aniel sacó de su interior lo que le había comprado y sonrió deslumbrada.

—Conoces mi talle.

—Te he visto lo suficiente como para arriesgarme.

Aniel lo escrutó detenidamente y se perdió en los ojos canela por unos instantes, para emerger de nuevo y escuchar decirse a sí misma que esta era su gran oportunidad. Con una sonrisa fingida Aniel contestó:

—Me encantará salir a bailar.

—Entonces te vendré a buscar después de la cena —contestó Gabriel con los ojos brillantes.

—¿A dónde vamos?

—Hay una disco en una ciudad llamada Ibicuy, que queda no muy lejos de aquí. Iremos junto con Triel y Ruryk.

—¿Y el otro caminante?

—Damián está ocupado con una investigación importante y se encuentra en una de las organizaciones de Buenos Aires.

—Estaré lista entonces.

Lo vio salir de la habitación mientras la saludaba con un movimiento de la cabeza. Se volvió con rapidez para entrar al baño. Tenía unas dos horas para bañarse y vestirse. Eso era lo que necesitaba para llevar a cabo lo que había pensado en la noche: la tortura acabaría cuando tuviera acceso a la libertad porque así podría dejar de una vez y para siempre a ese hombre. Por más que su cuerpo y su corazón vibraban desorbitados ante su presencia, ella no podía olvidar. Y dar con el símbolo implicaría también dar con el paradero de su madre. Ella la había conducido hasta ese lugar y sería también ella la que le diera las pistas para encontrarla.

Al finalizar el baño con olor a rosas, Aniel se puso la ropa que le había regalado Gabriel. Era un vestido negro de cuero de Karl Lagerfeld, entallado al cuerpo, con un cierre con cremallera de dos vías en el frente y que destacaba no solo su silueta esculpida, sino también los muslos delgados y torneados. Las sandalias eran altísimas del mismo color y material que el vestido. Gabriel tenía buen gusto y conocía a las mujeres sin ninguna duda. Se había maquillado para la ocasión destacando el brillo de los ojos y los labios, lo que la hacía más sensual. El cabello le caía como una cascada por la espalda hasta casi cubrirle las nalgas. Los bucles brillantes y sedosos hacían que su imagen reflejara un aspecto ingenuo pero a la vez sexy. Se colocó una chaqueta de cuero al tono, y se colgó una cartera pequeña al hombro que combinaba con el resto del atuendo. Gabriel había pensado en todo. Se miró las sandalias y no le cupo la menor duda de que escaparía descalza. Lástima que iban los otros dos *silverwalkers*, porque las condiciones para huir se harían realmente difíciles. Pero lo intentaría. Como siempre.

Aniel decidió salir al living sin esperar a que Gabriel viniera a buscarla. Estaba lista y no tenía ganas de esperar. Cuando llegó, se encontró con que los tres caminantes hablaban riéndose y gesticulando en el centro del salón.

De repente Gabriel giró el cuerpo, como si hubiera captado que ella se hallaba a sus espaldas. Lo hizo de manera lenta junto con los otros caminantes. Aniel casi se echa a reír al ver las miradas de los guerreros clavadas en su cuerpo. Los tres pares de ojos la devoraron, y las carcajadas y bromas desaparecieron para dar lugar a un mudo silencio que la dejó perpleja ante el impacto que su presencia había generado. Aun cuando ella era una chica de bajo perfil obligada a pasar desapercibida, hoy tenía ganas de sentirse diferente. Estaba segura de que sería su última noche con Gabriel y, por unas horas, quería aturdirse y olvidarse de todo. Necesitaba sentirse sexy, peligrosa y artera porque el plan para escapar era descabellado, pero tenía que

ser efectivo.

El primero en moverse fue Gabriel que se acercó a ella con un gesto indefinido, mezcla de recelo y admiración. La miraba con tal intensidad que Aniel pensó que la desnudaría con su brillo frente a los otros dos caminantes. En el ambiente surgió un calor abrasador y el reflejo plateado de los tres se hizo más nítido. No cabía duda de que ella, en verdad, los había afectado con su aspecto.

—¿Deseas que te traiga algo de beber? —le preguntó Gabriel con voz baja y controlada, parado muy cerca de ella como si pretendiera esconderla de la mirada de los otros dos.

—Sí, gracias. Por favor, sin alcohol. —Se sentó en el sofá cruzando las piernas y dejando a exposición de los lascivos ojos los muslos perfectos.

Gabriel seguía petrificado frente a ella hasta que le dio la espalda para enfrentarse con la mirada de los amigos. Estos, de inmediato y sin decir una palabra, se alejaron cada uno por su lado. Si bien Aniel no había podido ver la expresión de la mirada de Gabriel sobre los otros caminantes, era indudable que ya había asentado su territorialidad ante ellos. Al cabo de unos minutos, Gabriel le trajo una bebida.

—Estás hermosa —le dijo con suavidad mientras le entregaba el vaso.

—Gracias. Aunque en realidad es gracias a ti. Me has comprado una ropa increíble —le contestó antes de llevarse el refresco a los labios. Mientras bebía, Gabriel no le quitaba los ojos de encima. Se sentía bien ante la impresión que estaba ejerciendo sobre él. Hacía demasiado tiempo que ella había dejado de frecuentar la noche a causa de las persecuciones por parte Sácritos, pero en ese momento Gabriel le daba la oportunidad de pasarla bien antes de huir.

Dejó su vaso sobre la mesa, miró a Gabriel con los ojos remarcados por el maquillaje y sonrió.

«Una tigresa», pensó Gabriel. Aniel no podía imaginarse lo que había provocado en él y sus amigos el atuendo que llevaba, la cabellera exuberante y el maquillaje. Parecía una reina de la noche, casi una vampira elegante y

tremendamente sensual, que junto con la inocencia tan evidente que irradiaba generaba en él y en cualquier macho a la redonda un exceso de testosterona. Tendría que cuidarla muy bien, no solo por si tenía intenciones de escapar, sino también del acoso de otros especímenes masculinos. Esa noche podrían encontrarse con caídos, otros humanos o bien machos de la Estirpe que quisieran codiciarla. Ya vería a qué atenerse, pero, por lo pronto, quería disfrutarla. Parecía haber bajado la guardia y se mostraba más cercana.

—¿Vamos? —preguntó Gabriel mientras le extendía la mano. Aniel la aceptó. Casi al mismo tiempo Triel y Ruryk aparecieron, el primero con el rostro serio habitual y el segundo con una sonrisa resplandeciente, mientras se ponían las chaquetas. Iban vestidos de riguroso negro. Antes de salir, los tres buscaron armas, escondiéndolas bajo las chaquetas y en bolsillos especiales de los pantalones. Aniel tragó en seco al observar el arsenal que llevaban.

Una vez en el exterior, Gabriel la llevó hacia la camioneta Hummer de él, mientras los otros caminantes se subían a sus respectivos vehículos. Salieron a toda velocidad hacia Ibicuy.

La ciudad no era grande, contaba con alrededor de cinco mil habitantes, pero la disco estaba repleta. Los jardines del lugar no solo permitían bailar afuera, sino también sentarse a tomar algo en las mesitas distribuidas en las diferentes esquinas. La música acompañaba la risa de la gente y sus movimientos hacían resaltar los cuerpos sudados que se pegaban al ritmo de la salsa. Era una noche de enorme frenesí a pesar del calor.

—Ven —le dijo Gabriel y la tomó de la mano. La llevó hacia una enorme barra semicircular donde tres bármanes preparaban diferentes tragos moviendo los cuerpos al ritmo de la música. Mientras se sentaban en la barra, Gabriel encargó dos bebidas, esa vez con alcohol.

Gabriel no podía quitar la mirada de Aniel. Estaba impresionante y su polla amenazaba con aumentar de tamaño.

—Luces en verdad preciosa —susurró.

—Gracias —contestó ella sonriente—. Y también por traerme aquí.

Necesitaba salir de aquellas cuatro paredes.

Gabriel no contestó, sumergido en los efectos que la sonrisa de Aniel imprimía en su cuerpo. Y la cabellera...

—Aquí tienen. Disfruten la noche —interrumpió el barman entregándoles los tragos que Gabriel había pedido, no sin antes lanzar una mirada cargada de deseo a Aniel. Grave error. Al detectar los ojos de Gabriel clavados en él, listo para saltar sobre su cuello, el tipo bajó los ojos y se alejó con la cabeza gacha. Gabriel no dejó de observarlo hasta que corroboró que el territorio había sido demarcado y asegurado. Aniel sonrió.

Comenzaron a charlar lo que pareció un corto tiempo, pero durante el cual bebieron un poco más de la cuenta. Aniel se sentía verborrágica y si no hubiera sido porque era plenamente consciente de que estaba maquinando un plan concreto para escapar, hubiese disfrutado de la compañía de Gabriel. Era caballero, atento, tenía muy buen sentido del humor y era muy... muy sensual.

—Vamos a bailar —le dijo estirando la mano hacia ella. La música había cambiado y el ritmo ya no era frenético sino lento y envolvente. Los acordes de una balada clásica del cantante Chayanne⁴ impregnaban los oídos.

Aniel se sentía liviana y con muchas ganas de sonreír. Gabriel la llevó al medio de una de las pistas y la envolvió en un abrazo suave pero firme. El perfume que emitía su masculinidad la embriagaba. Ya no solo era efecto del alcohol, sino también del contacto íntimo entre ambos.

Gabriel la cubría como si no quisiera que otros la mirasen. Ella había captado la tensión de su cuerpo cuando habían entrado a la disco y la mayoría de los hombres habían detenido la mirada sobre ella. Pero él la había abrazado posesivo por la cintura, demarcando territorio y desafiando a los demás con la mirada. Sin dudas, Gabriel era muy celoso. Cerró los ojos y volvió a aspirar la fragancia masculina tratando de que quedara impregnada en cada una de las células de su cuerpo. La piel se le erizó cuando los labios suaves y ávidos de Gabriel comenzaron a recorrerle las mejillas, perturbándolas y volviéndolas ardientes ante su roce.

«Has dejado en jaque todos mis sentidos», se escuchaba la voz de Chayanne.

—Sí —le susurró Gabriel al oído. Pero ella también estaba embrujada y lo único que deseaba era disfrutar de ese abrazo y perderse en el profundo brillo plateado de su mirada, mientras giraban en la pista, silenciosos, permitiendo que la canción expresara lo que parecía suceder entre ellos.

«Mira lo que has hecho que he caído preso».

Los labios gruesos de Gabriel buscaron los suyos con avidez. Los percibió suaves, húmedos y calientes. Y gimió por dentro. Abrió la boca para recibirlos, incapaz de resistirse.

«Y la libertad te juro no la quiero».

Su cuerpo ardía con la boca de Gabriel atacando enfebrecido la suya, obligándola a abrirla más.

«Si tú y yo preferimos comernos a besos».

Giraban en la pista mientras lo hacían. Y Aniel se sintió completamente húmeda y lista para él.

De repente, Gabriel se apartó un poco y le volvió a clavar la mirada.

«Inventaré los motivos que sean necesarios para estar cerca de ti».

Aniel lo miró y supo con certeza que Gabriel utilizaba las palabras del cantante para advertirle acerca de lo que pensaba hacer con ella. Y sintió miedo. Se apartó un poco de él, pero Gabriel se adelantó y le envolvió las mejillas con las manos y atrajo su rostro al de él para atacarle la boca sin piedad. Y ella volvió a perderse en aquel hechizo.

Bailaron por horas sin dejar de disfrutarse y degustarse. A raíz de tanto movimiento, el efecto de la bebida iba cediendo y, poco a poco, Aniel se sentía más segura de su control.

—¿Vamos afuera? —escuchó la voz de Gabriel, agradecida. Necesitaba despertarse de este ensueño y nada mejor que el aire fresco.

Tomados de la mano, Gabriel la llevó al jardín, haciendo que sus pulmones se expandieran. Apenas se detuvieron, Gabriel volvió a estrecharla

entre sus brazos y se miraron sin perderse detalles de uno y otro. El brillo de plata comenzó a invadirlos. Siempre era así con él y no sabía por qué. Solo que el aroma, los ojos, la sexualidad tremenda que envolvía a Gabriel, la embujaban.

«Alguien debe salvarme o moriré ahogada en el poder de su mirada». Y en realidad fue ella misma la que lo hizo.

—¿Me puedes explicar un poco más de Sácritos y sus hombres? Pareces conocerlos bien —preguntó Aniel aún embobada. Gabriel la miró durante un largo rato sin contestar. Estaba segura de que él no había esperado su pregunta, pero necesitaba con desesperación aferrarse a la realidad.

—Ellos son *los caídos* —Gabriel le respondió con firmeza. Parecía haber vuelto a la vida—. Es una red de almas muy dañinas. Algunas viven físicamente en la tierra y otras están atascadas en un plano más allá de la realidad física llamado el bajo astral. Este es un plano inferior de conciencia, en el cual deambulan almas que no han continuado con su desarrollo evolutivo y que se encargan de cazar almas humanas y de la Estirpe para poder crecer en su poder vampírico. Estas almas caídas si bien no son vampiros ejercen, a través de la dominación, el derecho a alimentarse de la energía de las almas que atrapan, incrementando su poder.

—¿Entonces no solo existen a nivel físico? ¿Qué son concretamente?

—Algunos caídos viven en la materia como nosotros y son los que te han estado persiguiendo todo este tiempo. Sácritos es su jefe. Los puedes reconocer por los ojos negros que parecen irradiar la propia muerte y su cercanía en general provoca náuseas. —Aniel cerró los ojos. Los conocía bien. No solo se habían ensañado con ella en todos estos años, sino que también respondían a la descripción perfecta de aquellos desgraciados que habían atacado a Maia hacía unos meses—. Pero hay otros caídos que viven en el bajo astral perpetuándose en las almas que han muerto —continuó Gabriel, sacándola de su reflexión—. Son espíritus ladinos que tratan de confundir a las almas humanas y de la Estirpe para que queden atascadas como ellos y así apoderarse de su energía. De esta manera entorpecen nuestra

misión.

—¿Qué cuál es concretamente?

—Entregar las almas de la Estirpe de Plata a la multidimensionalidad. Cuando estas almas mueren o deciden pasar por propia voluntad a ese plano, los encargados de ayudarlas a atravesar este pasaje somos nosotros, los *silverwalkers*, evitando que caigan en manos de los caídos y se pierdan de su próximo nivel evolutivo.

—¿Son solo ustedes cinco?

—Hasta el momento, sí.

—¿Por qué no hay mujeres entre ustedes?

—Porque jamás han nacido féminas *silverwalkers* —contestó Gabriel sabiendo que aún no era el momento de explicarle que quizás ella podía ser la primera excepción en la historia de la casta.

—Es como si su naturaleza fuera un tanto machista —dijo Aniel algo asombrada. Gabriel sonrió.

—Creo que ninguno de nosotros estaba preparado para la llegada de una mujer a nuestra casta. Todos somos longevos, más de lo que te imaginas, y siempre hemos combatido juntos sin ninguna mujer a la par.

Aniel abrió los ojos enormes.

—¿Me estás diciendo que has vivido mucho más de cien años?

Gabriel la miró con gracia.

—Sí.

Aniel comenzó a temblar. Esto era más serio de lo que creía. ¿Cómo podía existir esa gente? Gabriel la volvió a abrazar.

—Te dije que éramos especiales. Y tú también lo eres.

Aniel se apartó para mirarlo y alzó una de las cejas. No quería profundizar sobre ese tema ya que después de esa noche, ella no existiría más para ellos. Pero no pudo resistirse a seguir preguntando sobre los otros tipos.

—¿Y por qué los caídos luchan contra ustedes a nivel terrenal y extraterrenal?

—Porque lo que más ansían es destruirnos para evitar que protejamos las almas de la Estirpe que ellos necesitan para su subsistencia. La posesión de estas almas significa debilitar la Estirpe y aumentar el poderío de ellos, ya que la absorción de su energía genera en ellos una adición extraordinaria de poder superior, que los vuelve tremendamente fuertes y, en algunas ocasiones, longevos. Como es el caso de Sácritos. —Al escuchar aquel nombre, Aniel volvió a ponerse tensa. Gabriel le acarició el cabello con dulzura como si tratara de tranquilizarla—: Así que nosotros somos el gran obstáculo para ellos, interfiriendo en la caza de almas de la Estirpe y, por ende, truncando sus objetivos.

—¿Y las almas humanas?

—Los caídos del bajo astral también pueden absorber su energía, pero esta no tiene el mismo efecto que tiene la energía de nuestra Estirpe sobre ellos. Por ende, no son tan codiciadas como las almas de nuestro linaje.

—¿Ustedes ayudan a las almas humanas?

—No. No nos inmiscuimos en karmas de otros linajes.

—¿Puede suceder que no logren salvar a alguna de las almas de la Estirpe?

—Sí, pero pocas veces. Solo ha ocurrido cuando hemos entregado almas estando desprotegidos, es decir, fuera de nuestras organizaciones, donde tenemos recintos resguardados de manera especial para nuestra misión. Durante las entregas nos volvemos más débiles físicamente por el consumo mayor de energía para el traspaso de las almas. Por ende, si los caídos nos han atacado en ese momento, podemos con facilidad perder contacto con el alma que estamos entregando e incluso llegar a perderla definitivamente.

—Has dicho que los caídos pueden prolongar la edad cuando consumen las energías de las almas de la Estirpe ¿Qué pasa con ustedes, entonces?

Gabriel no sabía si decirle la verdad o no, pero se sentía tan en contacto con ella que se decidió por lo primero.

—Los *silverwalkers* poseemos un período de vida muchísimo más largo que el de cualquier ser humano, gracias a un mecanismo de reparación de nuestros cuerpos enormemente complejo y efectivo que se activa cuando, por

el motivo que sea, somos dañados. Las enfermedades humanas no nos atacan y las únicas causas de que nuestras almas interrumpen el ciclo encarnatorio para volver a la multidimensionalidad es por propia decisión de hacerlo. O si nos matan.

Aniel tragó en seco.

—¿Pueden ser asesinados? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí. Pero no es fácil.

Gabriel se detuvo porque no quería explicarle a Aniel la crudeza de ese tema. Los miembros de la Estirpe de Plata podían morir o ser asesinados por quebradura de cuello, decapitación o por mutilación extrema. En el caso de los *silverwalkers*, solo por las últimas dos razones, lo cual era casi imposible porque eran expertos luchadores. Además, contaban con la facultad de poder intuir desde lejos tanto la presencia de las almas de la Estirpe como la de los caídos. En el caso de los caídos impregnados con la energía de plata, como Sácritos, su muerte se conseguía de la misma manera que los miembros de la Estirpe de Plata.

—¿Y cómo pueden decidir cuándo dejar de vivir en esta dimensión? —preguntó Aniel, ajena a los pensamientos de Gabriel.

—Es un derecho que todos los miembros de la Estirpe poseemos. Permanecemos activos en la materia mientras consideremos que servimos a la causa de la Estirpe. En caso de que consideremos ser más útiles en la multidimensionalidad, podemos pedirle permiso a esta para regresar.

—¿Y qué sucede si la multidimensionalidad no acepta el pedido?

—Es muy raro que suceda, porque es una decisión tomada desde nuestra libertad. Además, una decisión de este tipo requiere para un *silverwalker* haber meditado sobre lo que ello implicaría y jamás un guerrero de nuestra casta antepondría su propia conveniencia a la de la Estirpe.

Gabriel sonrió ante la expresión de asombro de Aniel.

—¿Y qué pasa con el agua y tú? —siguió interrogándolo—. Nunca olvidé lo que sucedió en la ducha.

—No sé bien el por qué, pero todos estamos conectados a diferentes elementos de la Tierra. Así mismo, los cinco somos muy diferentes con respecto a ello ya que, en mi caso, el agua es el elemento sensible a mis estados emocionales. A veces reacciona conmigo mas no en forma frecuente, ya que logro balancearla. En realidad, lo que me sucede con el agua es que me tranquiliza y calma mis emociones. Es casi una necesidad. Por eso voy al arroyo tantas veces. Lo mismo sucede con mis otros hermanos, pese a que algunos de ellos tienen más dificultades para manejar los elementos.

—Cuando peleamos a orillas del arroyo, podrías haber usado el agua que estaba a menos de medio metro de nosotros para atraparme. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque estabas tan asustada que temí por ti. Preferí atraparte de una manera más *normal*. —Aniel rompió a reír y Gabriel también. El guerrero se perdió en aquella sonrisa, pensando en que ojalá se la brindase más seguido—. De verdad no me atreví a ayudarme con el agua —prosiguió— porque demasiado duro fue nuestro encuentro al lado del arroyo y no quería hacerlo aún peor. —Gabriel observó cómo Aniel volvía a sonreír mientras cerraba los ojos y aspiraba el aroma de las flores del jardín—. Aunque una próxima vez lo pensaré mejor porque me llevé la peor parte.

Le dio alegría volver a escucharla soltar una carcajada, seguramente al recordar el lamentable estado en que lo había dejado.

—¿Y la bestia? —Gabriel no se esperaba esta pregunta. ¿Cómo explicarle? Con pocas ganas, al escuchar que se interrumpía el sonido de su risa, se atrevió a contestar:

—Es un secreto de nuestra casta y no puedo exponerlo aún. —La observó mirarlo con desconfianza, hasta que al final pareció aceptarlo—. Después de la respuesta que te he dado, sé que no es justo pedirte que me cuentes de ti, Aniel. Sin embargo, me gustaría mucho conocer algo sobre tus padres y tu vida en Buenos Aires.

No le pasó desapercibido lo dudosa que estaba Aniel de decirle algo. Pero para su sorpresa, ella comenzó a hablar:

—La noche de mi fiesta de mi cumpleaños número dieciséis, ocurrió un hecho trágico en mi familia que hizo que me quedara sola.

Gabriel la miró con dulzura. Aun cuando él ya sabía muchas cosas a través de los informes que había leído de ella y su familia, quería escuchar de sus propios labios acerca de lo que había vivido. Era un modo de entrar en contacto con ella más profundamente y comprenderla mejor. Aniel había sufrido demasiado y su mirada era un permanente testigo de ello. Por eso necesitaba entender qué era lo que en verdad había pasado con ella.

—Te preguntarás cómo una chica de dieciséis años pudo manejarse sola en el mundo sin caer en drogas, prostitución o ser una delincuente.

—Sí, y por ello desearía que me lo cuentes.

La expresión en el rostro de Aniel cambió, mostrándose de súbito taciturna.

—Mis padres me legaron un dinero que quedaría a mi disposición si ocurriese alguna situación trágica que me dejara sin protección. Este dinero sería manejado por el médico de la familia, el doctor Lautaro Suárez, hasta que cumpliera mis veintiún años. Ellos me habían aclarado muchas veces que podía confiar en ese hombre y que, si alguna vez sucedía algo con ellos, tendría que recurrir de inmediato a él. Así fue como después de la noche trágica de mi cumpleaños, escapé a su casa, y el doctor Suárez respondió de manera efectiva atendiendo las instrucciones precisas que mis padres habían dejado sobre qué hacer conmigo. Es obvio que mi madre y mi padre conocían sobre la existencia de Sácritos e intuían lo que él sería capaz de hacer para apoderarse de mí.

—¿Qué pasó concretamente en la noche de tu cumpleaños?

—En medio de mi fiesta, la casa fue atacada por un grupo de guerreros con Sácritos a la cabeza y en ese ataque mis padres desaparecieron. Ahora sé que fueron los caídos. —La vio fruncir el ceño como si se sintiera confundida ante lo que iba relatando—. Logré escapar —añadió—, pero nunca pude encontrar a mis padres. Y desde ese día, Sácritos no me pierde pisada. — Gabriel sintió una punzada de culpa al saber que ellos estaban haciendo lo

mismo que los caídos habían hecho con ella: perseguirla, acecharla y apresarla—. Así que pasé a la tutela del médico, que me llevó a vivir un año a su casa. Pero por aquel entonces no quise ni pude desarrollar demasiado contacto con nadie, tampoco con él. Solo pude aceptar agradecida la habitación y la comida que el doctor Suárez me daba. Él organizó una mensualidad que me fue otorgada hasta el año pasado, cuando abrí una cuenta bancaria y el resto del dinero me fue transferido de inmediato. El doctor Suárez ha sido muy amable conmigo y siempre respetó el trato neutral que yo le dispensaba. Él sabía que yo estaba destruida y que lo único visible en mí era el cascarón vacío en el que mi cuerpo se había transformado. Las únicas veces que me ha visto entusiasmada ha sido cuando podía hablar con mis amigas: Jackie, Maia y Brenda.

—¿Y dónde vives ahora?

—En un departamento en el barrio de Belgrano, en la ciudad de Buenos Aires.

Apenas terminó de decir esta frase, Aniel se arrepintió de inmediato porque, sin querer, le había dado a Gabriel indicios de dónde quedaba su vivienda. Igualmente, lo primero que haría cuando llegara a Buenos Aires sería mudarse de allí.

—Conozco el barrio. Es hermoso —interrumpió Gabriel sus cavilaciones.

—Sí, con parques muy pintorescos. Y también desde que cumplí los dieciocho años, he vivido en diferentes países como México y Dinamarca, cuando regresé a Buenos Aires hace un año y medio.

—¿Has estudiado algo? —Gabriel también sabía de ello, pero la sentía tan cerca que no pararía de preguntarle si de esta manera lograba romper las barreras que ella había levantado contra él.

—Sí, hace cinco años empecé en la Universidad de Buenos Aires la carrera de Relaciones empresariales a distancia, que acabo de terminar. Como ves, estoy lista para continuar con mi vida.

Gabriel le apartó un mechón de cabello que le caía sobre los ojos y le pasó un dedo por la mejilla con suavidad.

—¿Tus padres nunca te hablaron de la Estirpe?

—No, jamás.

Le tomó una de las manos y se la dio vuelta suavemente.

—Tienes unas líneas en las palmas muy diferentes al resto de las personas —dijo con la voz más gruesa de lo normal.

—¿Entiendes algo de lectura de manos? ¿Cómo sabes que son distintas?

—Pocas veces las he visto de esta forma. —Y le acarició las líneas con los dedos.

—Siempre han sido así y a veces me pican muchísimo. Es irritante.

Y cerró la mano escondiendo la figura que Gabriel había mirado con tanta intensidad.

—¿A tus padres nunca le llamaron la atención?

Aniel sonrió y cerró los ojos. Gabriel la vio dejarse llevar por el ritmo sensual de una nueva melodía que hacía aquel escenario tan especial. Aniel dejó caer la cabeza hacia atrás y el roce de su cabellera en los brazos lo enardeció. La abrazó con fuerza y colocó la barbilla sobre su hombro. De repente la escuchó susurrar:

—Mis padres me dijeron que en un determinado momento de mi vida me explicarían muchas cosas, pero ellos desaparecieron mucho antes. Así que no sé. ¿Por qué sientes tanta curiosidad por las líneas?

Gabriel acercó los labios al oído de Aniel:

—No son ellas las que me importan.

Y sin poder contenerse la volvió a besar primero con suavidad, pero al sentir la entrega generosa del cuerpo de ella, sus labios se abrieron ávidos. La besó voraz, hambriento, indiferente de lo que sucedía a su alrededor.

Luego de lo que pareció una eternidad deliciosa, se separó de los labios cautivadores, aunque no dejó de abrazarla. No le haría más preguntas y se dedicaría a disfrutarla por entero. Lo que Aniel le había revelado era lo que necesitaba saber por el momento.

4 Cantante, bailarín y actor puertorriqueño.

Capítulo 19

—Discúlpame, ya vengo —dijo Aniel con suavidad mientras se apartaba de sus brazos.

—¿A dónde vas? —preguntó Gabriel tomándola de la muñeca.

—A un lugar al cual no puedes venir. —Y señaló sonriente el pasillo que daba al *toilette*.

—Te espero afuera.

Sabía que él contestaría eso. Siempre iba tras ella y no le perdía pisada. Y mientras se dirigían hacia allí, ella no había dejado de sonreír, pero en su interior se sentía devastada. La comunión que los había envuelto hasta hacía unos minutos había sido implacable, y le resultaba demasiado difícil abandonar a Gabriel. Se le llenaron los ojos de lágrimas y aspiró profundamente. Debía hacerlo o su corazón le jugaría la peor de las malas pasadas.

Entró al baño y lo primero que vio fue una ventana no muy grande en lo alto de la pared, pero suficiente para las dimensiones de su cuerpo. Ella era delgada y podría pasar a través del hueco. Se miró las sandalias y un ceño de frustración se instaló en su rostro. Inspeccionó su alrededor para estudiar a las chicas que se encontraban en ese momento, algunas de las cuales estaban ocupadas retocando los maquillajes, otras peinándose o lavándose las manos y charlando.

Sacó de la cartera un mini bloc y una lapicera. Lo había colocado antes de salir, sabiendo cuál sería el plan. Escribió algo en un papel y, luego de humedecer las puntas, lo colocó en medio del espejo:

«¿Alguien de ustedes me cambia la ropa por la suya?».

A medida que las chicas iban leyendo lo que había escrito, comenzaron a mirarla con curiosidad.

Aniel se sintió bastante tonta, pero no le importó. Las mujeres comenzaron

a examinar su atuendo y más de una mostró verdadero interés. No solo era muy elegante, sino también de calidad y, con seguridad, muy caro.

—¿Las sandalias también? —preguntó una chica que la estudiaba de arriba a abajo. Aniel las miró y le dio pena tener que deshacerse de ellas. Pero era imprescindible hacerlo. Asintió sin emitir una palabra.

—¿Por qué no hablas? —interrogó una chica regordeta.

¿Cómo explicar que Gabriel poseía audición extrasensorial? ¿Quién le creería? Puso el dedo sobre los labios, indicando que necesitaba que no hablaran demasiado.

—¿Escapas de alguien? —susurró en su oído otra con los ojos grandes como dos lunas. Parecía que estaban interesadas en conocer su historia. Volvió a escribir:

«Algo así. Un novio súper celoso».

—¿El que está en la puerta del baño? —preguntó de nuevo la joven regordeta haciendo mímica lentamente con los labios para que Aniel la entendiese. Esta asintió con la cabeza.

—Dios mío, eres una tonta si te quieres esc... —Pero no pudo terminar la frase porque Aniel le puso la palma de la mano en la boca y le rogó con los ojos que no hablara. Cuando la chica comprendió, asintió con la cabeza. Aniel la soltó.

—¡Pero es hermoso! —volvió a decir la chica apenas en un hilo de voz.

—No, si yo siempre digo lo mismo: Dios da pan a los que no tienen dientes —dijo una mujer de cabello negro que se estaba acomodando las bragas y parecía temperamental. Algunas chicas empezaron a reír por el comentario. Sonriendo, Aniel escribió en otra hoja:

«Entonces, ¿hay alguna de ustedes interesada en intercambiar sus ropas con las mías para despistar a mi novio?».

—Tu ex en breve, querrás decir —murmuró la de ojos enormes. Aniel sintió que se le contraía el corazón. No estaba preparada para dejar ir a Gabriel, pero no tenía otra opción. Necesitaba recuperar su vida y vivir en

paz. Las lágrimas volvieron a asomar por sus ojos. Era tan fácil decirlo, pero tan difícil hacerlo. Él le había brindado protección y, de alguna manera, eso que él llamaba «amor», que la había sorprendido y la hacía anhelarlo cada día más. Volvió a asentir. Con tristeza.

—Quizás si me ve con tu ropa, caiga rendido ante mí —dijo la chica de ojos como luna haciendo también ella mímica con sus labios. Las demás reían ante lo insólito de la situación. Aniel ardió de celos y maldijo por dentro. «¡Dios!» Eso era peligroso, no podía permitirse sentir algo así ahora. Escribió una vez más:

«Bueno, ¿quién quiere mis ropas?».

—Yo —dijo la chica de ojos como lunas. Al cabo de unos minutos se habían intercambiado la ropa. En ese momento, Aniel estaba vestida con unos vaqueros negros ajustadísimos, debido a que la chica era un poco más pequeña que ella y un top plateado que le apretaba los senos de la misma manera que el pantalón lo hacía con sus piernas—. ¿Los zapatos? —farfulló la chica señalándoselos con un dedo—. No son tan altos como tus sandalias, por lo que no te incomodarán para huir.

Aniel no puedo dejar de emitir una mueca al ver a la chica con sus ropas. El vestido le quedaba un poco más holgado, pero, así y todo, la hacía muchísimo más atractiva que la ropa que ella llevaba puesta. El top plateado la hacía sentir barata, pero era lo que necesitaba para huir. Escribió en otra hoja:

«Iré descalza, gracias». Y miró alrededor del baño, estudiando a cada una de las chicas. Otra hoja:

«¿Alguien tiene un pañuelo para que le cubramos el pelo?», y de inmediato Aniel señaló con su dedo la diferencia de cabelleras entre la chica y ella, que sería indicio para que Gabriel descubriera el engaño.

—Yo tengo esta chalina de noche —dijo una joven que Aniel no había visto antes.

«Te daré dinero para que compres otra» y mientras terminaba de escribir, sacó de la carterita unos billetes que le extendió a la muchacha.

—Más que suficiente. Creo que me puedo comprar dos con esta cantidad —aseguró emitiendo una sonrisa. Aniel le entregó el dinero a la joven para luego girar e ir hacia la otra para colocarle la chalina que le cubrió el pelo. Otra notita más:

«Tienes que hacerme el enorme favor de salir apurada. Él te seguirá porque pensará que estoy intentando escapar, así que trata de que no te alcance, así me das tiempo para huir por la ventana».

Las chicas reían divertidas por lo que estaba sucediendo. La joven tomó prestado el bloc y garabateó:

«De acuerdo. Pero una cosa: ahora él será tu ex, así que me lo puedo quedar, ¿no?»

Nuevamente los celos la embargaron, pero sacudió la cabeza de inmediato para olvidar cualquier clase de sentimientos que la unieran al ser que la esperaba afuera. Respondió escribiendo:

«Sí, es todo tuyo. Pero haz lo que te digo: debes correr».

—¡Claro! ¡Qué placer! —Reía la chica. En Ibicuy no pasaban muchas cosas de ese tipo, así que aquello era toda una experiencia para las jóvenes que se amontonaban cada vez más para ver lo que sucedía. Aniel recordó el olfato de Gabriel. Si escapaba, detectaría enseguida que su olor se alejaba del lugar. Levantó la mano parando a las chicas, que la miraban embobadas. Y escribió:

«Él tiene un olfato increíble y me detectará si me escapo. ¿Alguna me presta un perfume?»

Las chicas fueron leyendo la nota una por una y algunas asintieron. En un instante, una variedad de perfumes y desodorantes en *spray* de todo tipo y marcas afloró del interior de muchas carteras. Y al siguiente, el baño era rociado con todos ellos. Muchas de las jóvenes empezaron a toser por la picazón que les producía tanta cantidad de aromas mezclados. Aniel se roció el cuerpo con diferentes perfumes y se dirigió de inmediato a la ventana.

—Espera hasta que yo te dé la señal —le dijo gesticulando con los labios a su sustituta.

De repente, se escuchó la voz de Gabriel desde la puerta.

—¡Aniel! ¡Apúrate!

Las chicas quedaron petrificadas ante la voz autoritaria y tan masculina del hombre.

—¡Ya voy! —contestó Aniel y sin dejar de mirar a las chicas que se habían transformado en sus aliadas en ese engaño, agregó—: Espérame un poco, somos muchas aquí.

—Sí y todas estamos haciendo la cola—dijo en voz más alta la mujer temperamental de cabello negro que se había quedado para seguir el desarrollo de la historia.

—Ok, estoy aquí —contestó Gabriel con voz resignada.

Todas se miraron y empezaron a reír por lo bajo.

—¡Está loco por ti! —chilló una chica tratando de taparse la boca con su propia mano.

El corazón de Aniel se detuvo una vez más. También ella empezaba a estar loca por él. Y tenía que terminar enseguida o su corazón y su vida se transformarían en un infierno. Se dirigió enseguida a la ventana y saltó hacia arriba para terminar apoyada en el alero de la ventana.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntaron algunas de las chicas que habían quedado mudas de la impresión ante su salto.

—Soy gimnasta —gesticuló otra vez.

—Ah...

—¿Lista? —preguntó Aniel a su copia en un apenas audible hilo de voz. La chica asintió.

—¿Aniel? —Y se volvió a escuchar la impactante voz masculina. Aniel le hizo una señal a la chica con la cabeza. Y lo último que vio al saltar por la ventana fue la figura que parecía ser ella y que la miraba con los ojos desorbitados.

Cayó pesadamente en el húmedo césped de los jardines. Miró hacia todas direcciones chequeando que ni Triel ni Ruryk se hallaran en los alrededores.

Al comprobar que existía vía libre, se lanzó a toda carrera hacia los *jeeps* de los caminantes que, tal como suponía, no tenían las llaves puestas. Eligió uno de ellos y buscó una piedra enorme del suelo para dar de golpes con ella a la carcasa del volante hasta desarmarla. Su padre en su momento le había enseñado cuáles eran los cables que ella necesitaría utilizar para encender cualquier vehículo y así lo hizo. Se montó a toda velocidad en el *jeep* mientras pensaba que debería encontrar la manera de hallar el camino a Buenos Aires. Pero con gran alegría, descubrió que en el tablero había un GPS que le mostraría la ruta a su departamento. Incapaz de creer en su buena suerte, escribió la dirección y el GPS le mostró que había una distancia alrededor de doscientos kilómetros desde allí, por lo que sería un viaje de unas dos horas.

Antes de salir a toda marcha hacia la carretera, escuchó gritos de chicas que provenían del interior del baño. Apretó el acelerador y sintió que su pecho se oprimía a medida que se alejaba. No era fácil decirle adiós a Gabriel. Las lágrimas comenzaron a caerle por las mejillas, pero serían las últimas que derramaría por él. La historia de ellos había culminado. Para siempre.

Capítulo 20

Gabriel entró al baño de las mujeres con absoluta determinación. No le importó escuchar el griterío de chicas que dio lugar su entrada, pero, desde hacía unos segundos, había dejado de oler a Aniel. Algo había sucedido. Miró en todas direcciones buscándola, pero enseguida la detectó a su costado, corriendo fuera del baño con la cabeza envuelta en una chalina. ¡Entonces estaba aquí! ¿Por qué no la había olido? ¿Y de dónde diablos había sacado ese pañuelo tan espantoso que se había puesto en la cabeza?

—¡Aniel! —gritó Gabriel mientras la veía alejarse de él a toda prisa—. ¡Mierda! No podías dejar de hacerme esto. —Y salió corriendo tras ella. Parecía que Aniel conocía el lugar muy bien, porque sorteaba la gente y las mesas ágilmente—. ¡Por mil demonios! —gruñó furioso a su fugitiva, que no se detenía. La muy desgraciada quería volver a escapar. Apresuró la marcha, pero Aniel seguía sorteando el tumulto de personas, las mesas, los sofás, las sillas como una gacela y subía como un relámpago la escalera que conducía al segundo piso, aunque su velocidad no era la misma de siempre. La hubiera atrapado enseguida si no hubiese sido tan buena en sortear obstáculos. Triel había tenido razón. Jamás debió haberla traído ahí y era un descuido inaceptable de su parte. Con una rabia que lo envolvió con fiereza, redobló la marcha y al cabo de unos minutos logró apresar la muñeca frágil y la hizo girar hacia él.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¿Acaso...? —Y no pudo continuar la frase. Ante él había una chica con las ropas de Aniel, pero que no era ella. Lo miraba con unos ojos como platos, mezcla de miedo y fascinación, con el pañuelo envolviéndole el pelo. Gabriel se lo arrancó de un tirón y se topó con una melena cortísima de color oscuro que enmarcaba unos ojos demasiado grandes.

«La muy desgraciada». Maldiciendo, sacudió no muy fuerte a la chica y le

gritó:

—¿Dónde está ella?

La joven empezó a llorar y a explicarle algo de un intercambio de ropas, la chalina, que sabía que él era muy celoso, pero que a ella no le importaba y que quizás él podría ser su novio ahora...

«¿QUÉ?».

Aniel se había deshecho de todo y lo había incluido a él en el paquete. ¡Hasta había dicho que era celoso!... Y en medio de toda aquella explicación, escuchó entre sollozos la frase clave:

—Y como es gimnasta pudo saltar por la ventana.

Gabriel no escuchó más. La ira lo dominó con todas sus fuerzas y se puso en acción. Sacudió a la chica un poco más fuerte.

—¡Dime con exactitud qué ropa lleva puesta ahora!

La joven estaba tan asustada que respondió enseguida. La dejó hipando del llanto y corrió como un loco hacia el baño y, sin importarle el renovado revuelo que provocó al ingresar en este, echó un ojo a la ventana. El cuerpo de él no entraba por ella, pero al menos podía ver hacia dónde conducía.

«La muy astuta...». Con el corazón latiéndole desenfrenado salió a toda prisa y divisó de inmediato a Ruryk, que se besaba apasionadamente con una mujer despampanante.

—¡Se escapó! —le gritó. Ruryk interrumpió el beso de inmediato, para alzar la mano y hacer un gesto con ella hacia otro costado. De inmediato apareció Triel, que se unió junto con Ruryk a él—. ¡Es una zorra! —bramó Gabriel. «La estrangularé cuando la encuentre», se juró.

—Te lo dije —gruñó Triel.

Gabriel debería haber escuchado a su amigo, pero en este momento necesitaba concentrarse en lo único que tenía que hacer: encontrar a Aniel.

—Tiene puesto un vaquero negro y un top plateado —informó a sus amigos gruñendo.

—¿Qué? —dijo Ruryk asombrado.

—Cambió la ropa con otra chica.

Ruryk empezó a reír a carcajadas.

—Esta mujer es increíble. La admiro de verdad. —Y rio más aún.

—¡A los vehículos! —bramó Gabriel mientras se lanzaba a toda carrera en dirección a ellos.

A medida que los caminantes se acercaban al estacionamiento, Triel se dio cuenta de lo inevitable y maldijo fuera de sí.

—¡Se ha ido en mi *jeep*, la muy desgraciada!

—Vente en mi camioneta y tú —señaló a Ruryk— busca el teléfono móvil de Aniel en la casa y únete a nosotros. Llámame apenas lo tengas en tus manos.

Y sin esperar respuesta ni darle tiempo a pensar, sacó el control remoto del bolsillo del pantalón y destrabó su Hummer. Triel y él se montaron como flechas en su interior y Gabriel pisó el acelerador a fondo.

—Fíjate dónde está —ordenó a Triel. Este abrió la pantalla de su teléfono y se comunicó con el rastreador ubicado en su vehículo. Al instante, el aparato enviaba automáticamente las coordenadas y mostraba la posición del vehículo en un mapa digital.

—Está a unos veinte minutos de nosotros.

—¡Lo logró esta vez! —gritó Gabriel golpeando el volante. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llamada de su móvil. Metanón.

—Más vale que me des buenas noticias, porque las mías son nefastas —gruñó Gabriel fuera de sí. No podía creer que Aniel se hubiese esfumado de esa manera. Y él era el culpable.

—Jackie se me escapó de nuevo y ahora está en Buenos Aires. Me temo que intentará comunicarse con Aniel.

—Aniel acaba de huir.

—¡Joder! —juró Metanón.

—Estoy tras ella. Tenemos el detector conectado con el sensor del *jeep* de Triel.

—¿Se robó el *jeep* de Triel? —Y a continuación se escuchó el silbido de Metanón que evidenciaba su sorpresa—. Esa mujer tiene agallas sin ninguna duda. Triel la matará cuando la agarre.

—Si no lo hago yo primero —siseó Gabriel.

—Escucha —dijo Metanón—, yo acabo de llegar a Buenos Aires, así que indícame a dónde los encuentro a ustedes.

—Apenas sepa donde Aniel estaciona el vehículo, te aviso. Estoy tratando de minimizar los veinte minutos que nos lleva de ventaja.

—Quince, ahora —corrigió Triel que seguía mirando el detector.

—El problema es que cuando estacione no sabes hacia dónde se dirigirá —dijo Metanón—. ¿Tienes idea de dónde vive?

—En el barrio de Belgrano. Ruryk va en busca de su teléfono celular, ya que con este quizás podamos detectar su domicilio, si es que lo tiene registrado.

—Hecho.

—Te llamo apenas interceptemos el *jeep*.

—Yo me encargo de Jackie, ya lo sabes —advirtió Metanón con voz ronca.

—Es tuya.

Capítulo 21

Buenos Aires

Aniel manejaba a máxima velocidad. Amanecía y aun así hacía un calor tan espantoso que su cuerpo estaba empapado en sudor y el top que llevaba puesto era insoportable. Se sentía como si estuviese encerrada dentro de un guante de látex. Tenía que llegar a su departamento y apenas se diera una ducha rápida y empacara algunas ropas y dinero, se mudaría de lugar. Ella le había dicho a Gabriel en la disco, medio bebida, que vivía en el barrio de Belgrano, así que debía apresurarse.

Dejó aparcado el *jeep* en un estacionamiento libre y tomó de inmediato un taxi con el poco dinero que le quedaba. Su mochila había quedado en el Delta, pero había cargado en la pequeña cartera lo más importante. Lo único que sentía era no tener su teléfono. Encontró en la billetera las llaves de su departamento y, cuando el taxi la dejó frente al edificio de apartamentos, se precipitó como un rayo hacia la puerta de entrada. Entró y se dirigió al ascensor, que estaba demorado, por lo que eligió las escaleras. Subió por ellas a toda velocidad. Le haría bien gastar un poco de energías. Una vez dentro de su departamento, chequeó que no hubiese cortinas descorridas ni ningún espacio desde el cual los caminantes pudiesen interceptarla desde afuera. Recorrió las habitaciones una por una y cuando comprobó que todo parecía normal, se dirigió apresurada al baño para ducharse. Se sentía sucia y cansada. Si bien sabía que tenía que volver al arroyo, por el momento tendría que esperar y dejar pasar un tiempo prudencial para que las cosas se calmaran, antes de ir allí.

Cuando empezaba a sacarse el top, escuchó el sonido agudo de su portero eléctrico. Pegó un salto, volviendo a colocarse el top en su lugar. ¿Sería Gabriel? Empezó a sudar de la desesperación. No podía arriesgarse a atender. El portero volvió a sonar tantas veces que Aniel creyó volverse loca. Pero

nada la haría contestar. El que nadie sospechara que ella había regresado a su departamento era la única solución que existía por ahora. Luego de unos minutos, el portero dejó de sonar. Cerró los ojos con la mano en el corazón, tratando de volver a respirar con normalidad. Cuando comenzó a lograrlo, un dejo de tranquilidad la invadió. Pero dicho momento se vio interrumpido por golpes en la puerta y gritos de una voz conocida...

—¡Aniel! ¡Aniel, soy yo! —Y en verdad muy querida—. Te acabo de ver entrando en el edificio. Por el amor de Dios, ¡abre, amiga!

Aniel corrió a la puerta y la abrió. Se abalanzó sobre Jackie, que la recibió de la misma manera y ambas quedaron enredadas en un estrecho abrazo. Con lágrimas en los ojos, Aniel se apartó y tomó a Jackie del brazo, la hizo entrar de volada y de inmediato cerró la puerta con traba.

—Ya deben estar buscándonos —susurró mientras volvía a abrazar a su amiga con toda el alma. Ninguna decía nada, solo dejaban que las lágrimas fueran testigos de lo que cada una sentía en ese momento—. Te he extrañado tanto —gimoteó Aniel sobre el hombro de Jackie.

—Y yo a ti.

—¡Dios mío! ¿Eras tú la que tocaba el portero? —preguntó Aniel, separándose del abrazo.

—Sí, pero esperé hasta que alguien abriera la puerta del edificio y me dejara pasar. Me di cuenta de que no me abrirías. Aniel, escucha. Como habían pasado varios días más de los seis que habíamos pactado y no me contestabas las llamadas telefónicas, decidí salir a buscarte. Y se me ocurrió empezar por el primer lugar que conocía, así que vine a tu departamento. Sabía que tu vecina tenía el duplicado de tu llave y le iba a pedir que me la diera. Ella me conoce bien, pero, gracias a Dios, te vi entrar al edificio.

—Pero ¿cómo es que estás en Buenos Aires, Jackie? —preguntó Aniel sin creer aún que frente a ella tenía a su amiga.

—Primero te diré que estuve en México con Maia. Ya te contaré. Pero me siguió el tipo con el que luché en el Scandinavian Congress Center, el amigo de ojos magnéticos.

—¿Me estás diciendo que te persiguió hasta México? ¿Cómo pudo saberlo?

«Viajando», recordó que le había dicho Gabriel cuando le había preguntado dónde estaba Metanón. Entonces, él había sabido muy bien que su amigo iba tras Jackie, pero no había querido decírselo. ¡Mentiroso!

—No lo sé. Pero cuando estuvo a punto de atraparme, logré escaparme primero a mi país y luego hacia Brasil y ahora aquí. Él va tras de mí y es insistente. Se llama Metanón.

—¿Cómo lo averiguaste? —preguntó Aniel curiosa. ¿Acaso habría hablado con él?

—Siempre hay que conocer al enemigo, amiga. No me fue difícil sonsacárselo al conserje de uno de los hoteles donde el sujeto se había hospedado.

—¿Y qué más has averiguado de él?

Jackie sonrió.

—Que es un tipo del que no hay que fiarse en absoluto. No me va a dejar tranquila hasta que me atrape. Supongo que debe saber algo del símbolo.

—Pero ¿cómo? Solo tú y yo conocemos sobre ello —dijo, pese a que no le cabía la menor duda de que Gabriel debía sospechar algo.

—No lo sé. Son especulaciones que hago. Pero me tiene harta.

—Dios mío, Jackie. ¡No debe atraparte! Todos estos días he estado enferma tratando de imaginarme en dónde estarías; también pensando acerca de qué habría pasado con Maia. Y yo atrapada en aquella cárcel.

—¡Entonces estuviste prisionera! Creí volverme loca cuando no me contestabas los mensajes de texto. Me tienes que contar todo, por favor, Aniel... ¿Qué te ha sucedido, por Dios?

—Prometo hacerlo, amiga, pero debemos irnos lo antes posible. Ojos magnéticos estará viniendo por mí, aunque le llevará unas horas encontrarme. Por favor, dime algo sobre Maia. ¿Cómo está?

—¿Qué puedo decirte? Cuando hablas con ella se la ve bien, pero ese halo

de tristeza característico que la rodea en todo momento no se ha ido. Desde aquella noche fatídica, mantiene ese aire de lejanía y de fragilidad que me apabulla. Pero ella asegura que está bien. De todas maneras, no pudimos estar el tiempo suficiente como para que yo pudiese comprender de verdad lo que ella está viviendo, Aniel.

—Pobre Maia, ella es tan especial —se compadeció Aniel. Amaba a su amiga. Se habían conocido desde niñas, cuando Maia había tenido tan solo diez años y Aniel trece. Su primer encuentro se había dado en el orfanato de Buenos Aires donde Maia había ingresado a esa edad recogida por las autoridades policiales, que la habían encontrado sola deambulando por la ciudad, casi desnuda, golpeada y llorando desconsoladamente. La policía y los médicos que se habían encargado del caso de Maia informaron al final que la niña había perdido la memoria de los años anteriores. Lo único que Maia había podido recordar había sido su nombre y la edad. Nada más. El pasado de la pequeña seguía siendo un verdadero misterio y los médicos no habían dado muchas expectativas respecto a cuándo recuperaría la memoria, ya que solo el tiempo lo decidiría. A su vez, los padres habían sido buscados con énfasis, pero jamás pudieron ser localizados, ya que la niña nunca había podido brindar alguna información sobre ellos. De esa manera, el hogar de Maia pasó a ser aquel empobrecido orfanato de la ciudad.

La madre de Aniel trabajaba allí como voluntaria, ayudando con dinero u organizando festivales o ferias para conseguir donaciones para mejorar la calidad de vida en ese establecimiento y el bienestar de los niños. Lo que el gobierno destinaba no era suficiente, por lo que la ayuda privada de la índole que fuese era siempre bien recibida. Aniel solía acompañar a su madre al orfanato ya que le gustaba mucho ayudarla con los niños. Y allí había encontrado a Maia, quien con su enorme dulzura y necesidad de protección, había despertado en Aniel un inusual deseo de cuidarla. Jackie y Brenda se habían sumado a las idas al orfanato cada vez que venían a visitarla desde Dinamarca y California respectivamente y, de la misma manera que Aniel, se habían enamorado de la pequeña. Y con el paso del tiempo las cuatro habían

llegado a conformar una amistad inquebrantable que perduraría con los años.

Pero el hecho más notable en Maia había sido su habilidad para las danzas clásicas. Desde el primer momento ella había demostrado un manejo extraordinario de su cuerpo que, sumado a la pasión que ella había puesto en aprender ese arte, al final la había transformado en una maravillosa bailarina que dejaba sin aliento a los que la observaban. Y gracias a la ayuda de la mamá de Aniel, la pequeña había continuado estudiando *ballet* en diferentes academias de danzas de Buenos Aires y había tenido alguna que otra incursión en el Teatro Colón de la ciudad. Después de un tiempo, había sido enviada a México en un intercambio de bailarines de *ballet* y al final había continuado viviendo en aquel país, apoyada por programas culturales impulsados por los gobiernos de Argentina y México.

Pero si bien Maia había logrado avanzar en la vida, jamás recuperó la memoria de sus primeros diez años. Jackie, Brenda y ella sospechaban que debía deberse a algún hecho traumático que habría vivido de muy pequeña. Sus veinte años de vida, con un pasado misterioso de diez, habían forjado en ella un carácter por momentos fuerte y persistente y, otras veces, de una debilidad extrema. Era en su carrera y en su deseo de ayudar a los demás donde Maia mostraba su bravura, pero en lo que a la vida emocional se refería, un halo permanente de tristeza y vulnerabilidad se hacía presente dejando muchas veces a sus amigas sin aliento.

—Pero hay dos cosas muy importantes que debes saber —le anunció Jackie haciendo que Aniel la mirara atentamente—. Maia habló de una organización llamada Estirpe de Plata.

—¿Cómo sabe ella de la Estirpe? —preguntó Aniel perpleja.

Jackie la miró con extrañeza.

—¿Y qué sabes tú, Aniel? —interrogó Jackie a su vez.

—Bastante. Porque he estado prisionera de su gente hasta hace un rato.

Jackie la miró con los ojos desencajados.

—¿Qué quieres decir, por el amor de Dios?

—Que el asesino de mi padre pertenece a La Estirpe de Plata y que, junto

con otros tres tipos, me ha mantenido cautiva en su organización. Y Metanón es parte de ellos. —Jackie se puso pálida—. Los cinco conforman una casta especial llamada *silverwalkers* o caminantes.

—¡Maia habló de ellos!

—Pero ¿cómo sabe Maia de la existencia de estos tipos?

Jackie la tomó de las manos y se las apretó con fuerza. Adivinaba que tenía algo que decirle y que necesitaría de alguien que la sostuviera en ese instante.

—Eso es lo segundo importante que quería comunicarte, Aniel. Maia sabe todo esto que te he contado a través de... tu madre.

Aniel se quedó sin aliento al escuchar las palabras de Jackie.

—¿Mi madre? —susurró.

—Sí. Está viva y ha regresado.

Los ojos de Aniel se cuajaron de lágrimas. No podía ser verdad lo que acababa de oír. Si así fuera, su madre habría venido a ella. Sacudió la cabeza frenética.

—Debe haber un error.

—Tu madre se comunicó con Maia, Aniel —insistió Jackie sin soltarla.

—¿Entonces Maia sabe dónde está? —exclamó Aniel mirándola con las mejillas húmedas. Se apartó y empezó a caminar por la habitación como un gato enjaulado mientras Jackie la observaba—. ¿Pero por qué mi madre ha hablado con Maia y no conmigo? —preguntó angustiada. Le dolía en el alma que su madre no se hubiese comunicado con ella. La había buscado por siete años y jamás había encontrado una pista—. ¿Y cómo mi amiga no me avisó nada? —gritó mientras las lágrimas caían sin respiro. Jackie se acercó, la tomó de las manos nuevamente y la miró con dulzura.

—Maia me dijo que tu madre la había contactado hacía muy poco tiempo, dos veces. Y también me ha confirmado que ella misma estaría ligada a otro de los símbolos.

—¿Maia relacionada con otro de los símbolos? —repitió Aniel sin dar

crédito a lo que su amiga le informaba.

—Parece que sí. Las tres estamos unidas a esta maraña de símbolos y guerreros de la Estirpe.

Aniel asintió estupefacta. El destino se había empeñado en envolver la vida de ella, su familia y sus amigas con dos grupos de hombres que luchaban entre sí por ellas y los símbolos. De repente, se sintió ahogada por la impresión. Era una verdadera pesadilla, una broma cruel de la vida que parecía querer reírse de ellas.

—Y caídos —murmuró Aniel.

—¿Qué? ¿Quiénes son los caídos? —interrogó su amiga.

—Te lo diré enseguida, pero primero quiero saber cuánto conoce mi madre de todo esto.

—No lo sé, Aniel. Ella maneja información que tanto Maia como yo desconocemos.

—¿Entonces te das cuenta de a lo que estamos expuestas?

—Sí. Estos tipos van no solo tras de ti, sino tras todas nosotras.

—Los caídos y los *silverwalkers* —susurró Aniel—. Escucha, Jackie. —Y la tomó por los hombros haciendo que la mirase—: Los caídos son los guerreros que responden a Sácritos y son enemigos acérrimos de los *silverwalkers*. Estos últimos parecen humanos, pero no lo son y llevan a cabo una misión muy importante para su Estirpe.

—¿No humanos? ¿Y de qué misión me hablas?

—Entregan las almas de la Estirpe que han muerto a un plano sutil llamado multidimensionalidad. —Jackie dejó escapar un gemido de asombro en clara referencia a que no se enfrentaban a peleles, sino a seres especiales de verdad—. Y cada uno de ellos tiene dones, aparte de viajar en la multidimensionalidad y ser longevos —continuó Aniel.

—¿De qué me hablas, amiga? —la miró Jackie con ojos abiertos como platos.

—Lo sé. Es demasiada información para transmitírtela de una vez. Hasta

para mí es muy confusa.

—¿Y ojos magnéticos tiene dones?

—Se llama Gabriel —murmuró Aniel—. Gabriel Trost.

—Ok. ¿Gabriel tiene dones?

—Sí. Tiene una vista, un olfato y un manejo del cuerpo superdesarrollados. Cuando lucha se cubre de un brillo plateado iridiscente, que atemoriza a sus enemigos. Puede darte órdenes mentales y el agua responde a él cuando tiene emociones muy intensas.

—¿Y Metanón?

—No lo sé. Conozco muy poco de los otros caminantes. Era Gabriel el que siempre hablaba conmigo. —Un halo de tristeza la cubrió al recordar a su verdugo, al que ya extrañaba. Sacudió la cabeza y miró a Jackie con intensidad como rogándole que la arrebatara de los recuerdos—. Cuéntame un poco más de Maia, por favor.

—Los tipos de ojos negros han ido tras ella, pero tampoco han podido atraparla. Maia está muy protegida en la fundación.

—Los caídos —aclaró Aniel. Era importante que entre ellas distinguieran los dos grupos de sujetos que luchaban por los símbolos—. ¡Estoy tan agradecida a esa fundación!

—Las religiosas y niños de la calle que viven allí aman a Maia y la protegen de estos rufianes.

—Ahora se suma mi madre —dijo con un hilo de voz. Aniel colocó los brazos alrededor de su cintura. Se sentía triste. Su madre estaba viva y cerca de Maia. Una puntada de celos la invadió—. Aún no puedo creer que mi madre no haya venido a mí. —Se volvió mirando a Jackie con ojos que evidenciaban el reclamo a su madre—. ¿O acaso ella no sabe por todo lo que he pasado en estos años? —Un sollozo prorrumpió desde el interior de su alma. Jackie la cobijó entre sus brazos y Aniel lloró sin consuelo sobre el hombro de su amiga. Derramó todas las lágrimas que pudo, liberando con ellas lo que tanto tiempo había tenido guardado: temor y angustia por su madre y el no saber si ella aún estaba viva. Jackie la tomó de los hombros con

suavidad e hizo que la mirara:

—Escucha, Aniel. Maia me explicó que tu madre le había prohibido hablar contigo. Y obvio que Maia le juró mantener la boca cerrada, pero yo no he podido hacerlo. Sentí que debías saberlo y por eso te lo he contado. Quizás cometí un error.

Aniel negó con la cabeza.

—En verdad, te agradezco que me lo dijeras. —Y cubrió una de las manos que aún descansaba en su hombro con la suya—. Debemos entender la conexión que hay entre los tres símbolos, nosotras, mi madre, los caídos y los *silverwalkers*. Además, hay algo que tú también debes saber y que aún no te he dicho.

—¿Más? —preguntó Jackie cautelosa. Aniel asintió con la cabeza.

—Gabriel está convencido de que él y yo somos pareja. Él lo llama «señores álmicos de plata».

—¿Cómo? —preguntó Jackie azorada conteniendo la respiración.

—Ellos manejan unas profecías en las que se revela que en este tiempo aparecerán mujeres, las señoras álmicas, que trabajarán a la par de ellos y que serán fundamentales para la evolución de la Estirpe. También en ellas se explica la existencia de cinco mujeres guardianas de los símbolos. Por ende, Maia, tú y yo seríamos consideradas por la Estirpe de Plata como tres de ellas. El problema es que Gabriel asegura que yo, además de ser una guardiana, soy su señora álmica. Y si a Gabriel le pasa esto conmigo, temo que los otros *silverwalkers* puedan llegar a aventurar lo mismo respecto a ustedes dos.

Jackie la miraba con la boca abierta sin articular ni una palabra. Aniel esperó a que su amiga reaccionara. No estaba cien por ciento segura de que lo que había dicho fuese así, pero era una gran posibilidad. Y no era descabellado tenerla en cuenta.

—¡Yo jamás seré la señora álmica de nadie! Ni siquiera la noviecita, la amante o la chica de una noche de un hombre—siseó furiosa Jackie—. Tú lo sabes bien, Aniel. Ha sido mi juramento de por vida y no lo quebrantaré. Y

menos por unos tipos como estos.

—Lo sé. Y también pienso en Maia.

—Dios —gimió Jackie apoyando una de las manos en la frente—. Nunca se ha recuperado de la tortura a la que la sometieron los hombres de ojos negros, los caídos. Está quebrada en millones de partes y jamás se entregará a nadie. Simplemente no puede.

—No sé si esto que Gabriel me ha dicho a mí vale para ustedes, Jackie. Pero no me atrevo a descartar la hipótesis.

—¿Y por qué Gabriel está seguro de que tú eres su señora álmica?

—No me ha revelado todo, pero tiene que ver con la manera en que nos detectamos, que nos olemos e intuimos. También me ha soñado durante el mismo tiempo en que yo lo he hecho con él. Dice que jamás sintió por nadie lo que siente por mí...

—¡No te irás a creer esas estupideces, Aniel! —exclamó Jackie sin dejarla terminar la explicación—. Y eso de que jamás sintió lo mismo por una mujer es lo que el noventa por ciento de los hombres de todo el mundo alguna vez les han dicho a las mujeres para obtener su confianza y después... —Se detuvo y la miró atónita—. ¡Dime que no!

—Es que todo ha sido muy raro, Jackie. Y... envolvente —susurró Aniel mirando el piso.

—Escucha. —E hizo que Aniel la mirara de nuevo—. Nos pertenecemos a nosotras mismas y jamás la Estirpe de Plata ha tenido algo que ver con nuestras vidas. Hemos vivido bien sin ella en todos estos años, así que debemos bregar por aquello que se nos ha confiado.

Aniel asintió con la cabeza.

—El símbolo que llevas en ti y el otro que se encuentra en el Delta —murmuró.

—Exacto.

—Pero ahora dime, ¿cómo sabe Maia que ella es parte de uno de los símbolos?

—Tu madre se lo ha dicho.

—Mi madre... —Aniel volvió a suspirar y miró a Jackie con anhelo—. ¿No te ha dicho dónde puedo encontrarla?

Jackie negó con la cabeza.

—Maia me dijo que se comunicaría contigo apenas tu madre se lo permitiera.

—Mi teléfono móvil lo tienen los *silverwalkers*.

—Ya mismo debes conseguirte otro teléfono y cambiar de número.

—Claro que sí. Pero... ¿cómo podemos luchar contra las profecías de la Estirpe, Jackie? ¿Y si es verdad lo que estas han anunciado?

—Amiga, yo no sé lo que la Estirpe estipula. Solo sé que soy un espíritu libre y quiero labrar mi propio camino sin la intromisión de terceros. Y menos de gente que no deseo.

—Yo opinaba lo mismo con Gabriel. Pero...

—¡No me digas que te gusta! —exclamó Jackie, mirándola azorada. Aniel sintió que se moría de vergüenza. ¿Cómo respondería a su amiga?

—Jackie, te lo ruego —imploró en voz baja.

—Aniel, por Dios. —La voz de Jackie era tan ronca y a la vez tan contenida que apenas la podía oír—. No lo permitas, no lo hagas...

—Te juro que pongo todo de mi parte.

—¡Pero es el asesino de tu padre, Aniel! —La tomó de los hombros sacudiéndola suavemente.

—¿Crees que no lo sé? Esa ha sido una de las poderosas razones por las que me escapé. Me estaba volviendo loca, te lo juro. Ese hombre me habla de tal forma que me subyuga. Me mira con intensidad, me sigue, es como que se amolda a mis movimientos y pensamientos. Está pendiente de mí y, de a poco, ha ido desmoronando mis barreras. Y cree con firmeza que él y yo...

—Aniel, ellos son nuestros enemigos —la interrumpió—. No puedes flaquear ahora por nada del mundo. Debemos aprender a manejar nuestros respectivos símbolos. Y ellos los quieren para sí.

—¿Y cuál crees que es nuestra misión, Jackie? ¿Quiénes somos nosotras para haber recibido estos símbolos que ni siquiera sabemos manejar? Los *silverwalkers* nos consideran sus guardianas, pero ¿quién nos explicará qué hacer con ellos?

—Aún no lo sé, amiga —contestó frustrada Jackie, mientras sacudía la cabellera roja.

—¿Y te das cuenta de que tú eres el símbolo? —le dijo Aniel levantando las cejas.

—No sé si lo soy, pero parte de él está grabado en mi cuerpo.

—¿Has obtenido más información aparte de la que encontramos en la biblioteca de Risskov?

—No. Me la he pasado huyendo del maldito gigante rubio.

—Escucha, Jackie. Necesito ir a México y conversar con Maia. Ella sabe de mamá y quiero que me conecte con ella.

—Pero ya te he dicho que tu madre no puede comunicarse contigo por ahora. Solo lo hará a través de Maia. Espérala.

—Maia no sabe de todo este lío en el que hemos estado envueltas. Y mi teléfono está en manos de Gabriel, así que nosotras debemos hablar con ella y explicarle. Por favor, llama a Maia o escríbele un mensaje mientras me doy un baño rápido. Y luego nos vamos a un hotel. Este lugar no es el más seguro. Si los caminantes o los caídos nos detectan, estaremos en un serio problema.

—De acuerdo, apresúrate —exclamó Jackie mientras se sentaba en el sofá con su móvil en la mano. A punto de ingresar al baño, Aniel sintió unas terribles ganas de vomitar y un frío que le calaba los huesos. Las manos comenzaron a vibrarle de manera descontrolada. Era el anuncio de lo que tanto temía.

Un estruendo hizo saltar a Jackie del sofá y Aniel confirmó lo que sospechaba cuando dos hombres y dos mujeres vestidos de cuero negro y armados hasta los dientes ingresaron al interior del departamento por la ventana que acababa de ser destrozada.

—Caídos —balbuceó Jackie.

—¡Huyamos ya!

Corrieron hacia la puerta, aprovechando su velocidad. Mientras escuchaban los gritos y los pasos pesados de las cuatro bestias por detrás, se lanzaron por las escaleras de servicio y bajaron como si en ello se les fuera la vida para salir a la calle a toda prisa.

—¡Al parque de las Barrancas de Belgrano! —gritó Aniel. Jackie la siguió respirando agitada mientras corría a la par. Si bien no era tan rápida como Aniel, podía seguirle el ritmo durante un tiempo. De repente escucharon el ruido inconfundible de motos, que se acercaban a ellas rápidamente. Sin dejar de correr, observaron a uno de los hombres y una de las mujeres, que venían montados en sendas Harley Davidson a toda velocidad para ganarles un tramo, girar las motos sobre una de sus piernas apoyada en el suelo y colocarlas frente a ellas.

—¿Cuándo nos dejarán en paz? —gritó Aniel histérica mientras retrocedía. No podía creer lo que sucedía frente a sus ojos.

—En el momento que Sácritos te tenga —contestó otra mujer que llegaba corriendo desde atrás, inconfundible con el cabello blanco, casi rapado y el rostro lleno de *piercings*.

—¡Separémonos, Aniel! —gritó Jackie, que salió disparando hacia otra dirección intentando confundir a los caídos. Pero la mujer de la moto arrancó tras Aniel. Esta intentó correr, pero otros tres caídos se habían dividido y la rodeaban. ¿Cuántos eran en total? Aniel trataba de sortearlos con su extraordinaria agilidad, pero parecían saber que ella era buena corriendo y evadiendo, por lo que se apoyaban unos a otros en su acoso. Y la fueron encerrando poco a poco. Antes de lograrlo del todo, Aniel se impulsó en uno de sus saltos, para caer con agilidad al otro lado de uno de los hombres. La mujer de pelo cortito parecía haber adivinado su intención, ya que apareció de frente a ella y la atacó. Aniel cayó de espaldas con la energúmena encima y luchó con ella brevemente. Logró darle dos puñetazos en la cara, dejándola tonta por un instante. Pero al segundo tenía encima a dos hombres. A lo lejos

escuchaba cómo Jackie estaba ensartada en una pelea con la otra caída, cuya moto había quedado tirada en el suelo. Sintió que un brazo poderoso la envolvía desde atrás y la levantaba del suelo, mientras el otro la obligaba a bajar el cuello. La mano poderosa presionaba sobre su nuca, inmovilizándola. El dolor en los hombros y el cuello era insoportable. La mujer de pelo cortito, ya recuperada, se acercó con tal furia que Aniel supo que iba a devolverle los golpes que ella le había propinado, pero otro caído le sujetó una de las muñecas con determinación.

—Es de Sácritos —dijo este sin concesión. La mujer pareció dudar, pero al final cedió.

Aniel aprovechó aquella breve discusión para levantar con rapidez uno de sus brazos y golpear, con la fuerza del empujón que traía, sobre la articulación del brazo y antebrazo del carcelero, que trastabilló sobre ese costado. Le ensartó la nuca contra el rostro y lo escuchó emitir un gruñido de dolor. De inmediato quedó libre para girar y darle una buena patada en la mandíbula y tirarlo al piso aturdido, mientras otros dos se acercaban gritando. Sin dudar, Aniel corrió alrededor de ellos a velocidad extrema. Pateó la espalda de la mujer que luchaba con Jackie, descargó un puñetazo sobre la cara de otro sujeto y al final golpeó el estómago de la rubia musculosa, que salió disparada hacia atrás. Logró ver por el rabillo de los ojos a Jackie luchando con otros caídos, mientras la mujer que instantes antes se había enfrentado a su amiga yacía aparentemente desmayada en el suelo. Los demás caídos volvieron al ataque. Aniel luchó como una leona, aferrada a todas las técnicas que conocía, pero tantos caídos salvajes y profesionales eran demasiados para ella. De repente, uno de ellos logró atraparla desde atrás como antes, a la vez que la mujer con *piercings* la aferró de las piernas y se las levantó, por lo que el cuerpo de Aniel quedó suspendido en el aire. Era tan humillante. Aniel se retorció e intentó dar patadas, pero no podía librarse. Desesperada, se dio cuenta que la llevaban a una enorme camioneta Cherokee aparcada a pocos metros, mientras las manos le zumbaban como nunca antes.

El chillido de unos frenos y el ruido metálico de las puertas de unos

vehículos que se abrían y cerraban a toda velocidad redireccionaron su atención. De repente, Aniel cayó al suelo, libre. Miró a su alrededor confundida y vio que la mujer de pelo rubio rodaba por un costado y el cuerpo del caído que la había sostenido desde atrás salía expulsado hacia otra dirección. Una sarta de golpes y gritos comenzaron a invadir el ambiente. Las aletas de su nariz se abrieron, detectando el olor ya tan conocido. Gabriel. Y con él Ruryk, Triel y Metanón.

Ruryk luchaba enardecido contra las dos mujeres, sonriéndoles libidinoso ante cada parada que les hacía a sus golpes. Triel y Gabriel lo hacían con los otros adversarios. Metanón, como era de esperar, iba tras Jackie, que corría a toda velocidad por el parque. Sin dudarlo, Aniel intentó huir de ese escenario, pero Triel, que ya había acabado con varios de los contrincantes, se lanzó tras ella. La alcanzó y, levantándola en vilo como si fuera una pluma, la echó sobre su hombro. Ante los gritos y sacudidas de Aniel, Triel le pegó en el trasero.

Capítulo 22

Gabriel, en medio de la pelea con un caído, fue testigo de cuando Triel levantaba a Aniel y la cargaba sobre su hombro, lo cual le generó una punzada de celos incontenibles en el estómago. Pero cuando presenció la palmada que le había dado en las nalgas, estalló. Enfurecido, acabó dándole una serie imparable de golpes al caído, el cual se desplomó al suelo desmayado. A continuación y a toda carrera, Gabriel se abalanzó sobre la espalda de Triel y los tres cayeron al suelo. Gabriel, ágil como un guepardo, volvió a abalanzarse descontrolado sobre su amigo y lo dio vuelta para que lo mirase.

—¡No le pones las manos encima nunca más en tu puta vida! —gritaba Gabriel a horcajadas sobre Triel mientras agarraba la solapa de su chaqueta—. ¡Nunca más! —Y lo volvió a sacudir.

—Es tuya, viejo. Por mí puede estar muerta —gruñó Triel y levantó las manos en clara actitud de rendición.

Al instante, Ruryk se unió a ellos con una sonrisa infartante y con unos buenos arañazos en el rostro y el cuello.

—¿Qué les pasa? —preguntó totalmente ajeno a lo que sucedía.

Aniel aprovechó la trifulca entre los caminantes para salir corriendo tras su amiga. Escuchaba los gritos de estos a su espalda, en especial los de Gabriel, ante la evidencia de su huida.

—¡Corre, Jackie! —gritó Aniel a su amiga, que seguía tratando de escabullirse de Metanón entre los árboles del parque.

Miró hacia todas direcciones hasta que detectó la camioneta de Gabriel aparcada a poca distancia y más atrás uno de los *jeeps*. No dudó y salió hacia la Hummer sin dejar de escuchar las órdenes que Gabriel impartía a los otros. Al llegar al vehículo, agradeció que las llaves estuviesen puestas, por lo que subió y arrancó a toda velocidad mientras veía por el espejo retrovisor cómo

Gabriel se precipitaba hacia el *jeep*. Tenía que apurarse y recoger a Jackie. Rodeó el parque y la encontró corriendo jadeante con Metanón por detrás. Tocó bocina para advertirla.

—¡Aquí! —gritó esperanzada de que la viera. Sintió alivio cuando Jackie clavó la mirada en ella y apresuró la marcha. Aniel dirigió la camioneta hacia la acera y logró hacer subir las ruedas sobre su superficie terrosa para ingresar de lleno al parque. Jackie corría a su encuentro con Metanón a unos pocos metros por detrás, por lo que debía ser rápida y segura en las maniobras. Aceleró directo hacia Jackie. A tan solo unos pocos metros de distancia, su amiga saltó sobre el capó de la camioneta y trepó al techo de un saque.

—¡Aférrate con todas tus fuerzas, Jackie! —gritó Aniel desde la ventanilla mientras colocaba la marcha atrás para alejarse del caminante. Rogaba que su amiga la hubiese escuchado. Aniel aceleró, pero Metanón, a último momento, logró subirse al capó. Recostó el cuerpo sobre la superficie del vehículo y con las manos se tomó con fuerza de unos alerones que sobresalían del parabrisas. Aniel giró la camioneta y salió a toda prisa del parque, con el tipo aferrado al frente y con Jackie insultándolo desde el techo. Pisó el acelerador a fondo y condujo en zigzag, intentando que el caminante se desprendiera de su agarre, aunque con terror de perder a Jackie.

—¡Por el amor de Dios, sujétate bien! —volvió a gritar Aniel al asomarse por la ventanilla.

—¡Tú conduce y destroza a este idiota! —oyó a Jackie ordenarle a viva voz.

Metanón intentaba ganar terreno tratando de arrodillarse y llegar al techo, pero Aniel volvía a detenerlo con el movimiento ondulante de la camioneta. En medio del caos, Aniel se impresionó con la mirada de Metanón. Tenía los ojos clavados en el techo y desprendían tal brillo sanguinario y posesivo que supo, sin ninguna duda, que el *silverwalker* no dejaría a Jackie así porque sí.

«Las profecías», pensó para sí. Sacudió la cabeza, intentando con ello hacer lo mismo con sus pensamientos. Miró por el espejo retrovisor y divisó

el *jeep* de los caminantes tras ella. Gabriel iba al volante con Triel y Ruryk al costado y detrás, respectivamente. Aniel apretó más a fondo el acelerador por avenida Libertador. Volvió a mirar por el espejo para constatar que el *jeep* continuaba siguiéndolas de manera implacable. La única ventaja que ellas tenían era que la camioneta era más veloz que el *jeep*. Dejó los pensamientos de lado cuando vio a Metanón arrastrándose de nuevo por el capó. Los alerones del parabrisas no eran suficientes para que el guerrero pudiera mantenerse sujeto ante las embestidas que Aniel provocaba, por lo que este lanzó una de sus manos al limpiaparabrisas más cercano, tratando de asirse a él. Aniel lo puso de inmediato en funcionamiento, lo que provocó que una serie de palabrotas emitidas por el caminante quedaran aplacadas por el ruido que los cepillos de goma hacían al arrastrarse por el vidrio seco. Furioso, Metanón logró a último momento tomarse de uno de ellos y consiguió doblarlo y usarlo como un soporte para impulsarse hacia adelante. Aniel aceleró. Gabriel también.

Metanón lograba avanzar a duras penas y cuando ya parecía lograr asirse al inicio del canto de la ventanilla del asiento del acompañante, Aniel contempló estupefacta cómo un objeto oscuro y pesado chocaba contra la cabeza del caminante, haciéndolo perder el equilibrio. Otro proyectil siguió al anterior y dio, una vez más, en el blanco, pero esa vez con más fuerza. En medio de la batalla que Metanón libraba para lograr sostenerse, una serie de patadas implacables de Jackie sobre el filo de su mandíbula cuadrada decidieron su futuro. Un gruñido de dolor afloró de la garganta del caminante mientras caía lanzado a un costado del camino.

Sin saber qué había sucedido, Aniel contempló a Jackie desplazarse por la ventanilla de la camioneta y al final sentarse a su lado.

—¡Por Dios! ¿Qué fue eso? —preguntó Aniel con la boca abierta.

—Mis zuecos —contestó su amiga sonriente—. Y son muy cómodos a la hora de correr.

Aniel sonrió también y miró de nuevo por el espejo retrovisor. El *jeep* venía a toda marcha tras ellas, aunque un poco más lejos, esta vez con

Metanón sentado junto a los otros caminantes. Lo habían cargado y al parecer no estaba muy herido. Miró a Jackie, seria.

—¿Qué haremos ahora?

—Escapar, amor —contestó la amiga que se miraba en el espejo y se acomodaba la melena roja.

—Debo ir a México, Jackie.

—Tú viajas, yo me quedo y después nos reunimos aquí —propuso la pelirroja sin dejar de poner en orden su cabellera.

—¿Se te ocurre alguna manera de despistar a estos tipos? —preguntó Aniel. Y Jackie sonrió.

—Van a Ezeiza —dijo Metanón con voz gélida. Desde que lo habían recogido del pavimento su semblante era el de un tipo con ganas de asesinar a alguien. Gabriel ya sabía a quién. El orgullo de su amigo estaba siendo defenestrado ante el constante éxito de la amiga de Aniel en escapar de él. Lo burlaba todo el tiempo y su amigo estaba llegando al límite de la paciencia. Y aquellos zuecos que habían colaborado en derribarlo de su camioneta serían una cuenta pendiente que Metanón guardaría para sí hasta que le pusiera las manos encima a la artista de la huida. Gabriel no quería estar en el pellejo de la pelirroja ese día.

Aceleró a toda velocidad por la avenida Ricchieri que conducía al aeropuerto de Buenos Aires.

—Es lo que me temía —siseó Gabriel. Podía entender a Metanón porque él mismo sentía algo parecido; estaba enfermo de la rabia porque Aniel luchaba con una fiereza incansable por huir de él. Respiró hondo tratando de que un poco de cordura ingresara en su mente. Sus ojos se llenaron de color plata mientras una mueca irónica se dibujaba en sus labios. Cuando atrapara a Aniel, la ataría a su cama.

—Son unas guerreras —rio Ruryk—. Si no fuera que ustedes están tan locos por ellas —prosiguió—, no dudaría en enamorarme de estas Amazonas.

—Tú no te metes con la bruja —gruñó Metanón y Ruryk no pudo dejar de emitir otra carcajada.

—¿A dónde van ahora? —preguntó Triel con voz de ultratumba mientras señalaba hacia la camioneta.

El vehículo se había desviado de la dirección del aeropuerto y viraba al interior de los bosques de Ezeiza, de seguro en un intento de llegar al lugar más frondoso. Gabriel las siguió sin perderles pisada, aun cuando la mayor velocidad de la Hummer era una verdadera desventaja. Había una buena distancia entre los vehículos, pero no era difícil seguirles el rastro. De repente, y ante el asombro de todos, dejaron de ver la camioneta. Confundidos, comenzaron a buscar entre la espesura algún indicio de las mujeres.

—¡Allá! —gritó Triel, que señalaba un camino paralelo a la distancia. La camioneta había surgido de la nada y en ese momento corría a la par de su vehículo. ¿Cómo diablos lo habían hecho?

Gabriel trataba de buscar un hueco que le permitiera ir hacia la camioneta en vez de ir en paralelo, pero la frondosidad del lugar se lo impedía.

—¡Más adelante se ve un claro! —vociferó Metanón—. Trata de alcanzarlas y detenerlas allí.

—Hecho —respondió Gabriel con rostro pétreo.

Ambos vehículos iban a fondo, sorteando los árboles y tratando de ganar uno a otro. Ninguno de los caminantes podía ver el interior de la cabina por los vidrios polarizados de la Hummer, lo que constituía una desventaja para ellos.

—Se han desviado de la ruta que conduce al aeropuerto. —Triel alzó la voz para que pudieran escucharlo. El ruido del motor y el *jeep* descapotado hacían difícil poder entenderse sin gritar.

—¡Mira, Gabriel! —exclamó Metanón—. Dan la vuelta y parecen regresar a la capital de nuevo. —La voz de Metanón era de un solo tono, serio y

gélido. Sin duda, se sentía perturbado y ni a Ruryk ni a él se les escapó la expresión de su amigo. Estaba verdaderamente molesto—. No puede ser que la bruja se me escape de nuevo. Tengo mi orgullo de macho y cazador hecho pedazos —siseó confirmando lo que los caminantes ya sospechaban.

—Estas mujeres le hacen a uno la vida muy divertida —dijo Ruryk mostrando su fila de dientes espectaculares. Parecía ser el único capaz de disfrutar de esa persecución y no cabía de asombro ante las mujeres. Sin ninguna duda, entendía que ellos estuviesen tan embobados con las dos Amazonas—. En muy poco tiempo nos han desafiado más de lo que cualquiera se ha atrevido a hacer. Si bien los caídos son temerarios, sabemos que están entrenados para contiendas sanguinarias, pero estas muchachas sobrevivientes demuestran un valor y una entereza envidiables.

Gabriel observó a Ruryk por el espejo retrovisor. No tenía la menor duda de que sus palabras reflejaban lo que todos los caminantes, en su fuero íntimo, apreciaban de esas mujeres; no obstante, les costara reconocerlo abiertamente. Sin más, Gabriel contempló cómo Hoyuelos se estiraba hacia atrás en su asiento, mientras colocaba las manos debajo de la cabeza.

—Despiértente cuando las atrapemos. —Y cerró los ojos mientras hacía lo mismo con su amplia sonrisa.

Capítulo 23

Ciudad de México

Aniel esperaba frente a la puerta de madera de la habitación, donde las monjas con gran amabilidad la habían conducido, no sin antes anunciar su llegada por un teléfono interno. Y a ellas se habían sumado una cantidad discreta de niños.

Aún no podía creer cómo había escapado de la persecución despiadada de los caminantes. La idea de Jackie había dado resultado.

—Entramos a los bosques de Ezeiza, yo me quedo con la camioneta, te bajas sin que te vean, salgo a toda velocidad y tú te vas corriendo al aeropuerto para tomarte el primer vuelo a México —le había dicho Jackie, mientras Aniel conducía a toda velocidad—. Son unos cuantos kilómetros, pero tú eres extremadamente rápida y estás entrenada lo suficiente para recorrerlos en poco tiempo. No te seguirán ya que estarán ocupados conmigo, y con los vidrios polarizados de la camioneta no sabrán que te has ido ¿Tienes pasaporte y dinero?

—Sí, escondidos en el aeropuerto de Ezeiza. Pero ¿y tú? —le había preguntado Aniel temiendo por su amiga, máxime después de haber visto cómo Metanón se la había comido con los ojos.

—Me las arreglaré. —Y sonrió tan confiada en sí misma como siempre lo había sido. Jackie era una maestra en el arte de escabullirse. Y, gracias a ella, en ese momento Aniel estaba allí. Miró alrededor de la gigantesca galería, observando las paredes de color celeste suave y los cuadros con imágenes religiosas que le daban a esa parte de la fundación un aspecto sagrado. Tocó la puerta suavemente.

Escuchó pasos ágiles del otro lado de la puerta, la cual se abrió de par en par permitiéndole a Aniel encontrarse con esos ojos que siempre la habían deslumbrado. Ojos color del cielo diáfano.

Maia.

Ambas amigas se fundieron en un profundo abrazo, mientras las lágrimas les cubrían las mejillas. Fueron separándose poco a poco mientras se observaban con profundo cariño.

—¿Estás bien? —susurraba Aniel mientras le retiraba el cabello de las mejillas.

—Sí. ¿Y tú?

Maia tenía una voz que parecía una melodía suave y armoniosa. Toda ella era un dechado de dulzura y ternura, aun cuando la vida la había tratado con tanta dureza. Sonrió.

—También y ahora más que antes.

Maia volvió a abrazarla. Era bastante más baja que Aniel, pero su figura de bailarina la hacía profundamente elegante y angelical.

—Por favor, pasa, Any, pasa por favor —le susurró al oído con enorme dulzura. Maia, desde que eran niñas, siempre la había llamado así.

Sin dejar de abrazarse, pasaron al interior de la habitación que era un dechado de hermosura minimalista: paredes inmaculadas, alfombras, cortinas y decorados en blanco pulcro interrumpido con algún que otro toque de color que provenía de un delicado buqué de rosas y una copia en miniatura de un cuadro de Quinquela Martín⁵. Maia amaba al pintor argentino. Su amiga la invitó con su gracia natural a sentarse en un cómodo sofá mientras se dirigía a hacer café. A la vez que la escuchaba revolotear en la cocina, Aniel quería, de alguna manera, transmitirle lo que Jackie y ella habían vivido en todo este tiempo.

—No sabes cuánto hemos pensado en ti, Maia —dijo elevando la voz para que pudiese escucharla—. Teníamos mucho miedo. No sabíamos cómo estabas, quién te cuidaba, cómo te sentías. En verdad, hemos estado muy preocupadas por tu bienestar.

—Lo sé —contestó la voz de Maia, sumergida en un torbellino de sonidos de utensilios y cajones que se abrían y cerraban—. Jackie me dijo lo mismo

cuando vino a verme. He estado bastante bien, Any. Sé que ustedes piensan mucho en mí, como yo en ustedes. Pero créeme que estoy intentando salir adelante.

La voz de Maia se alzó cercana, al salir de la cocina con una bandeja con pocillos y platos entre las manos y colocarla en la mesita frente a Aniel.

—Jackie me ha contado de la conversación que mantuvo contigo la última vez —anunció Aniel sin preámbulos. Captó a último momento y antes de que Maia, sin responder, se volteara y regresara a la cocina, que los ojos casi transparentes se ensombrecían.

A la distancia oyó el zumbido del agua caliente. Aniel se levantó del sofá, sintiéndose atraída por una foto en un portarretrato que descansaba en una mesa. Las sonrisas de Jackie, Maia, Brenda y de ella misma la conmovieron. Tocó con los dedos de una mano los rostros tan queridos, retratados cuando todo marchaba dentro de todo bien en sus vidas. Y no pudo evitar preguntarse, anhelante, cuándo volverían a estar juntas de nuevo. Desvió la vista al escuchar que Maia regresaba con la cafetera lista y procedía de inmediato a llenar las tacitas con café humeante. Al terminar, la invitó a volver al sofá para sentarse a su lado.

—Y sé lo de mi madre —agregó Aniel y la miró a los ojos. Observó cómo Maia se quedaba quieta un instante mientras bajaba los ojos para enfocarlos en los dedos de las manos. La notó tan frágil que se le partió el corazón. No entendía cómo alguien podía haberla hecho sufrir de la manera en que los caídos lo habían hecho y rogaba que algún día la vida se encargara de ellos.

Y ella tampoco colaboraría con su sufrimiento. Ella no.

—Maia, yo no... —Pero no pudo terminar la frase ya que su amiga prorrumpió en sollozos desesperados y se abalanzó sobre ella abrazándola como si jamás la quisiera dejar libre.

—Te juro... —hipó—, te juro por mis padres, que jamás he querido hacerte daño, Any. —Y lloró aún más fuerte, desconsolada.

«¡Dios!» Eso no era lo que Aniel tenía en mente para su amiga. No soportaba verla tan angustiada. Y menos que la causa fuese ella.

—Maia... —murmuró.

—No, Any —le dijo interrumpiéndola y se apartó un poco de ella. Comenzó a tartamudear como hacía cada vez que se sentía insegura o asustada—. Jamás... pensé que tu mamá vendría a mí... y que me haría partícipe de todo lo que me dijo y, sobre todo, que me prohibiera... decirte que ella estaba viva. ¿Sabes... lo que he padecido desde que Ana se retiró de esta habitación? Sé cuánto has sufrido por su pérdida —dijo, mientras se sonaba la nariz con una servilleta de papel—. Y de repente... ella estaba aquí... frente a mí, y yo... que te adoro, no podía abrir la boca... por la promesa que le hice de no mencionarte nada. Pero no pude evitar... contárselo a Jackie, porque pensé que me volvería loca de no hacerlo. Sin embargo... no imaginé que ella te lo diría. —Y siguió llorando devastada. Aniel volvió a abrazarla.

—Maia, te prometo que no estoy enojada —le dijo con la barbilla apoyada en el hombro frágil que temblaba con los sollozos—. Créeme, por favor. —Y se separó para mirarse en aquella profundidad celeste—. Quiero serte sincera —continuó—: al principio me sentí mal y celosa, porque he buscado de manera incansable a mi madre en estos años y no comprendía por qué ella se había presentado ante ti sin haberse comunicado conmigo antes.

—¡Es lo que le dije a ella! —interrumpió Maia mirándola con los ojos mojados en toda su inmensidad—. Le aseguré... que no le perdonaría la situación en la que me estaba poniendo. ¡Era tan... injusto! —exclamó pasándose los dedos por debajo de los ojos para limpiarse las lágrimas—. Yo sé... por lo que has pasado, Any, y estar en este dilema... me ha hecho sentir en el infierno. Discúlpame, por favor, discúlpame.

Bajó la mirada y lloró desconsolada poniendo las dos manos sobre el rostro.

—Maia, escúchame —le dijo Aniel mientras tomaba las pequeñas manos entre las suyas. Maia levantó los ojos hacia ella y Aniel no pudo evitar sentir una punzada aguda en el estómago. La dulce jovencita que a los veinte años ya había vivido tanto, estaba por completo desolada—. Si mi madre ha

decidido venir a ti, es porque sus razones habrá tenido —afirmó Aniel—. Necesito confiar en ella. —Y sonrió para tranquilizarla.

—Tu madre está... tratando de cuidarte —dijo Maia con un hilo de voz—. Hay muchas cosas de las que me explicó que yo no entendí, Any, pero sé... que si ella no aparece ante ti, es porque te está protegiendo.

Aniel asintió y la estimuló a seguir.

—Cuéntame lo que puedas acerca de mamá, Maia..., por favor.

Se miraron y Aniel fue envuelta en el amor que su amiga irradiaba. Ese amor que tanto la caracterizaba y que no solo le salía del corazón, sino también de todo el cuerpo. Y sus manos. Maia tenía manos curativas, tan suaves y cálidas que con tomar a alguien enfermo entre ellas lo sanaba. Pero no podía hacer lo mismo consigo misma. Ella y Jackie querían ayudarla; y estaba segura de que, de haber estado al tanto de todo, Brenda también lo hubiese hecho.

Oyó a Maia suspirar profundamente y pareció tranquilizarse.

—Tu mamá vino a verme hace poco más de dos meses. Las monjitas fueron las que me avisaron que había una mujer esperándome. Al principio no la reconocí, pero cuando me di cuenta de quién era, casi me desmayé. Jamás pude haberme imaginado que Ana vendría aquí. Si bien habían pasado más de siete años desde la última vez que la había visto, ella conserva esos ojos tan especiales e inconfundibles. —Ante el relato de su amiga, que en ese instante había dejado de tartamudear, Aniel no pudo reprimir unas lágrimas al recordar a su madre. Maia parecía rememorar los ojos bondadosos que irradiaban una luz apabullante. Su padre, Ronan, siempre había amado con locura esos ojos—. Así que el encuentro fue un tanto raro, Any —prosiguió Maia—. No sabía qué hacer ni qué decir, ya que, para serte sincera, creía que tu madre estaba muerta. La noté agotada, sin duda muy afectada por todo lo acaecido con tu papá y contigo. —Aniel sintió una punzada de dolor en el corazón y sus ojos volvieron a cuajarse de lágrimas. Su madre sufría como ella—. Me dijo que ella había pasado años incomunicada, aunque no me explicó por qué. Y cuando al final pudo ir tras de ti, ella no sabía con

seguridad si tú estabas viva. Pero, al parecer, alguien muy querido la ayudó y le aseguró que tú estabas bien, pese a que le hizo ver que era mejor que no te buscara por el momento.

—¿Quién es esa persona y cómo ha osado decirle eso a mamá? ¿Y qué sabe de mí? —exclamó perturbada. Alguien tenía información de ella y conocía a su madre.

—No lo sé, Any. Ana hablaba por momentos como en acertijos. Luego me dijo que esa persona le había asegurado que este era tu tiempo para crecer.

Aniel sintió un golpe de disgusto ante ese comentario. ¿Creían acaso su madre y ese ser misterioso que ella no había sufrido lo suficiente como para haber crecido? ¿Cuánto más tenía que padecer para ser considerada una mujer madura? Pero no le dijo nada a Maia. Ella debería luchar contra sus propios demonios y no sumarle más a los que ya, de por sí, su amiga llevaba a cuestas.

—También me contó que tú estás próxima a cumplir los veintitrés años y que es imperativo que transites sola aquello que te hará crecer de una manera imposible de explicar con palabras. —«*A los veintitrés años sabrás quién eres*», recordó Aniel las palabras de sus padres—. Porque si ustedes se encontraban, tu madre aseguró que no querían separarse, lo cual sería comprensible. Pero no es lo que este tiempo requiere de ti, Any. Primero debes cumplir tus años y después Ana podrá venir a ti.

Aniel temblaba ante la idea de su cumpleaños. ¿Qué pasaría ese día? ¿Y qué detenía a su madre?

—Me habló también de una Estirpe de Plata y de una casta, los *silverwalkers*.

Jackie ya le había contado acerca de ello, por lo que no la tomó de sorpresa. Pero quería saber cuánto le había comunicado su madre.

—¿Qué te dijo de ellos?

—No mucho porque no lo comprendí.

—¿Mencionó algo acerca de un símbolo?

Maia asintió suavemente.

—Sí, pero tampoco demasiado. No sé si tu madre sabe mucho sobre él. Lo que sí me repitió varias veces fue acerca de la experiencia que tú deberías vivir sola hasta que cumplieras años.

—Lo sé, debo regresar al Delta. —Maia la miró con ojos sombríos. Parecía temerosa de preguntar algo—. Dime, por favor, qué es lo que te preocupa.

Maia pareció recuperar fuerzas y suspirando profundamente le preguntó:

—¿Qué se siente ser parte del primer símbolo?

—Desgaste y una gran responsabilidad —contestó con sinceridad—. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé cómo decirte esto.

—Sé de qué se trata.

—¿Jackie?

—Sí.

—Esa mujer es una bocona —murmuró Maia con voz muy bajita, sin evitar sonreír un poco.

—Ella te adora y estaba muy preocupada por ti.

—Lo sé.

—¿Y bien?

—Pues ya sabes, Ana me habló de un símbolo extraño y que... —Se interrumpió haciéndosele difícil continuar.

—¿Sí? —insistió Aniel.

—... Y que yo estaba ligada a él.

—¿Te explicó de qué se trataba?

—No. Solo me dijo lo que acabo de relatarte. No sé qué es ni cuándo llegará a mí.

—Muéstrame las palmas de las manos, por favor.

Maia lo hizo, pero no había indicio de las figuras geométricas que ella tenía. Aunque Jackie tampoco las tenía en sus manos. ¿Quizás Maia también

llevaba el símbolo impreso en algún otro lugar de su cuerpo?

—¿No te ha dicho dónde está el símbolo o cómo lo reconocerás?

Maia negó con la cabeza.

—Solo que me llamaría y que vendría a mí cuando menos lo esperara.

Aniel acarició el pelo de su amiga. Parecía un manto de seda oscuro y brillante como la noche.

—Quiero decirte algo. —No pudo dejar de sentir dolor cuando aquellos ojos la miraron con cierto temor. Maia, una bailarina que podía volar en escena como un pegaso⁶, en el interior de su hogar era de una fragilidad absoluta—. He estado prisionera en manos de los *silverwalkers*.

Los ojos de Maia se llenaron de lágrimas, pero no la interrumpió y obedeció a la mano de Aniel, que se había levantado pidiéndole que la dejara seguir. Así, Aniel le contó acerca de los cinco hombres especiales y aprovechó la ocasión para introducirla sobre los caídos.

—Estos últimos son el mismo grupo de gente que te atacó y te torturó aquella noche de hace varios meses —dijo con mucha cautela, sabiendo que no sería fácil esta charla para Maia.

Su amiga palideció y bajó los ojos una vez más. Parecía librar una feroz lucha interior decidiendo entre llorar o mantener el autocontrol. Cuando alzó los ojos, irradiaban una frialdad y una entereza que dejó a Aniel sin aliento.

—Los *silverwalkers*... ¿te hicieron daño? —le preguntó.

—No. No son como los caídos. —Y recordó a Gabriel y sus besos. Gabriel y su pasión. No, no eran lo mismo—. Uno de ellos, llamado Gabriel Trost, va tras de mí para apoderarse del primer símbolo que la casta necesita.

—¿Quiere matarte? —Aniel sonrió. Quizás sí, pensó. Había una gran desavenencia entre lo que Gabriel reclamaba de ella y lo que sus sueños anunciaban.

—No —respondió mintiendo—. Es más, él está convencido de que yo soy algo así como su pareja especial.

—¿Cómo?

Aniel informó a Maia, muy por encima y sin entrar en demasiados detalles para no atemorizarla, sobre las profecías de la Estirpe acerca de los señores álmicos.

—Como verás, un absurdo total. A todo esto, ¿Jackie te ha contado acerca de lo que ella está investigando?

Maia asintió con la cabeza.

—Me cuesta mucho comprender lo de los símbolos y qué es lo que ellos implican.

—Pues ahora es mi turno de ser la bocona —susurró Aniel. Maia la miró confundida—. Jackie es la encargada de un tercero. —Maia empezó a toser. Aniel le palmeó la espalda y de inmediato le sirvió otra taza de café. Mientras Maia se la tomaba, Aniel evaluaba la expresión de su rostro—. ¿Estás bien? —Maia respiró profundo y asintió sin decir una palabra. Le hizo una seña con la mano invitándola a continuar con el relato—. De acuerdo a lo que Gabriel me ha explicado, se trata de cinco símbolos.

—Y tú, Jackie y yo...

—Gabriel nos llama «guardianas» de los símbolos. Faltan dos y desconozco quiénes pueden ser sus protectoras.

—¿Todas mujeres?

—Sí. Y Metanón Lemark, otro *silverwalker*, va tras de Jackie. No sabemos cuánto conoce de ella y el símbolo, pero lo que sí puedo decirte es que cuando él mira a nuestra amiga, es como si viera los ojos de Gabriel puestos en mí.

—¿Entonces Gabriel estaría interesado en ti y crees que Metanón en Jackie?

—Puede ser.

—¿Y supones que ellos las relacionan a ustedes con las mujeres especiales de las que hablan las profecías?

—Sé lo que Gabriel me ha dicho a mí, pero no puedo asegurarte nada de su amigo. Igual no creo equivocarme. Y todo esto me hace temer por ti.

—¿Por mí?

—Sí. Porque si alguno de los otros *silverwalkers* te ve, puede que te detecte también de esa forma. Son conjeturas mías, Maia, y no estoy por completo segura. Lo único que te estoy pidiendo es que te cuides.

—Any, me asustas. —Y la vio acurrucarse en el sofá poniendo las rodillas contra el cuerpo. Sintió pena por perturbar a su amiga, pero debía advertirle. Maia era demasiado frágil para soportar otra embestida como la que había vivido hacía unos meses. Le pasó el brazo por los hombros y la acercó contra sí.

—Escucha, no estoy segura, pero es para que observes bien quién se acerca a ti.

—¿Y cómo lucen los *silverwalkers*?

—Emiten un brillo plateado característico en las cabelleras y ojos. —Observó cómo Maia contenía la respiración y los ojos se le humedecían—. ¿Qué te pasa? —preguntó Aniel preocupada. Algo había dicho que había cambiado el semblante de su amiga. Esta sacudió la cabeza de un lado a otro y la miró de nuevo con una sonrisa.

—No me hagas... caso, Any. Solo tuve una especie... de recuerdo. No te preocupes, estoy bien.

Aniel la observó detenidamente durante un rato, consciente de la creciente inseguridad de su amiga.

—¿Quieres contarme acerca de ello?

Los ojos celestes que la observaban se ensombrecieron volviéndose del color del humo.

—No, no vale la pena. Fue solo... una imagen, como un *déjà vu*, pero que... no tiene sentido.

—Escucha, mi amor. Debo volver a Argentina, pero necesito quedarme tranquila de que estás bien y que te protegerás mucho.

—Any, lo hago en este lugar. Los niños y las monjas son mi vida ahora. Desde aquella noche, he extremado mi protección y todos colaboran con ello.

Solo salgo cuando voy a entrenar o cuando doy alguna gala de *ballet* en otro sitio, pero la mayoría las llevo a cabo aquí para beneficencia de este lugar. Los niños y las monjas me han dado un hogar y quiero retribuirles con algo que puedo hacer sin esfuerzo y que disfruto tanto.

—Me dejas bastante tranquila, pero sabes que siempre puedes contar con nosotras. Ahora debo irme. Por favor, Maia, mantente al tanto conmigo y con Jackie. Yo he debido cambiar de teléfono ya que el otro quedó en posesión de los *silverwalkers* cuando me escapé. En ese teléfono estaba tu número, así que ten cuidado de atender a alguien que llame desde mi antiguo número.

—Lo tendré.

—¿No quieres venir a Argentina conmigo?

—No, Any. Aquí estoy a salvo. Créeme.

—¿Deseas saber más acerca de los caídos?

Ella bajó los ojos de nuevo y jugó otra vez con el anillo del dedo del medio.

—Ahora que me has explicado de quiénes se tratan, puedo asegurarte que sé lo suficiente de ellos. Lo he vivido en carne propia.

Aniel asintió. Todas, al final, estaban familiarizadas con esos crápulas.

—Recuerda, por favor, que los caídos y los *silverwalkers* son enemigos y que ambos bandos van tras los símbolos, ¿comprendes?

—Sí —contestó en apenas un susurro.

Se dirigieron a la puerta y, antes de abrirla y marcharse, la imagen de su madre volvió a la mente de Aniel. Giró para hacerle las últimas preguntas.

—¿Entonces debo esperar por mi madre para cuando cumpla años?

—Es lo que ella me dijo, Any.

—¿Seguirá comunicándose contigo?

—Supongo, porque Ana me dijo que me avisaría de cuándo yo podría contarte sobre ella.

—Por favor, si viene a ti otra vez dile que la amo y que la espero.

—Así lo haré, te lo prometo.

Se fundieron en un último abrazo antes de que Aniel se marcharse.

Salió de la fundación con lágrimas en los ojos. A su querida Maia se la veía bastante bien aunque, como le había dicho Jackie, el halo de tristeza y fragilidad la envolvía en forma permanente. Este viaje había sido necesario no solo para verla y saber que estaba bien, sino también para prevenirla de los caídos y de los *silverwalkers*. Y sobre todo, para hablar de su madre. Había necesitado ponerse en paz con este tema y lo había logrado. Solo esperaba que ni los caídos ni los *silverwalkers* fueran tras Maia. Jackie y ella tenían que protegerla contra todos ellos, costase lo que costase, y tenían a las monjas y a los niños como aliados. Por su parte, iría al aeropuerto al otro día para tomarse el primer vuelo a Buenos Aires que encontrase. Debía mudarse, ya que los caídos y los caminantes habían dado con ella. Pero en ese momento necesitaba descansar. El viaje había sido relámpago, pero demasiado intenso. Su madre estaba viva y Maia le había revelado muchas cosas importantes.

Paró un taxi y regresó al hotel. Necesitaba una ducha, comer algo y hablar con Jackie. Había intentado llamarla infinidad de veces sin éxito. No sabía cómo le había ido en la carrera contra los caminantes, pero confiaba en ella. Cuando llegó al hotel, fue directo a su habitación y la llamó. Cuando empezaba a preocuparse porque no la atendía, escuchó la voz sensual de su amiga.

—¡Por fin puedo atenderte! —resopló la pelirroja.

—¿Estás bien? —preguntó Aniel, aliviada de oírla como siempre.

—Ahora sí. ¡Ese tipo me las va a pagar, te lo juro!

—¿Metanón?

—¡Es tan insistente! De verdad insoportable.

—¿Cómo pudiste sortearlos?

—La providencia me ayudó, corazón. El idiota ese quitó del volante a tu caminante y se puso él, quizás creyendo que sería mejor conductor que tu amiguito. —Rio con ganas—. Ese crápula, creído, insoportable...

—Continúa.

—Bueno, por un momento pensé que podía llegar a alcanzarme, pero de la nada apareció una camioneta de los caídos y se armó una buena batahola. Así que logré escapar. —A Aniel no le gustó nada esa noticia. ¿Y si le había pasado algo a Gabriel? ¿Y si había muerto?—. ¿Estás allí? —preguntó Jackie.

—Sí.

—Parece que no estás muy feliz de que haya escapado de esas bestias —se quejó.

—Claro que sí, Jackie. ¡Por supuesto! No te han hecho daño, ¿verdad? —continuó preguntando con un dejo de culpa.

—¡Qué va! Pisé el acelerador y los dejé batallando. Abandoné la camioneta en las Barrancas de Belgrano y me tomé un taxi hacia donde estoy viviendo ahora. No tengo más información de ellos.

—Mejor así. —«Mentirosa», se recriminó—. Me alegro profundamente de que estés bien, Jackie. Me tenías en verdad preocupada, ya que no sabía qué decirle a Maia respecto a ti. Sabes cómo es ella. Pero regreso mañana y te contaré bien.

—¿Cómo la encontraste?

—Tal como tú me dijiste. Parece estar bien, pero su aire taciturno la envuelve.

—¿No estaba enojada porque no pude evitar contarte todo?

—Ella no se enoja con nadie, ya lo sabes. Aparte, creo que lo intuía. Quizás inconscientemente cuando habló contigo, en verdad sabía que de manera indirecta se estaría comunicando conmigo. ¿Y cuáles serán tus próximos pasos, Jackie?

—No sé si es bueno hablarlo por teléfono.

—¿Y si cambiamos de canal?

—Hecho. —Se habían dado la señal y de inmediato comenzaron a hablar en danés.

—Regresaré a Dinamarca pronto. Primero veré que hayas llegado bien y

después tomaré el primer vuelo que haya disponible. Continuaré investigando sobre las runas y el símbolo.

—Yo llego a Buenos Aires pasado mañana.

—Llámame apenas llegues. Estoy viviendo en un pequeño apartamento cerca del aeropuerto, por lo que me reuniría contigo de inmediato.

—De acuerdo, amor.

—¿Te dijo algo sobre tu madre?

—Lo mismo que tú. Y como nadie debe saber que mi madre está viva y que nos volveremos a encontrar, más que nunca debo mantenerme alejada de todos mis perseguidores.

Aniel suspiró mientras oía que su amiga hacía lo mismo. Su corazón dio un vuelco y supo que no sería una tarea fácil.

5 Pintor y muralista argentino, famoso por sus pinturas portuarias, sobre todo vinculadas con la historia del barrio de La Boca en Buenos Aires.

6 Caballo con alas de la mitología griega.

Capítulo 24

Buenos Aires

El vuelo había llegado demorado al aeropuerto de Ezeiza, pero Aniel ya había traspasado la puerta de salida de la sala de control de pasaportes y esperaba reunirse con Jackie a la brevedad. Digitó su número en el teléfono móvil.

—¡Llegaste! —escuchó la voz de su amiga llena de alegría que le hablaba en danés.

—Sí. ¿Vienes? —preguntó en el mismo idioma.

—Tengo todo listo. Salgo para allá.

—Te espero en el baño de damas, cerca del restaurant que tanto nos gusta.

—En quince minutos estoy allí —le dijo Jackie. Cuando Aniel estaba a punto de cortar, escuchó que sonaba el timbre de la casa de su amiga.

—¿Esperas a alguien? —preguntó preocupada. De repente sus manos comenzaron a vibrar de la manera que ya conocía—. ¡No abras, Jackie! —gritó Aniel a través del teléfono—. ¡Corre, por el amor de Dios, corre! —Pero el grito de Jackie junto con el ruido de sillas que caían al suelo, fue lo que obtuvo como respuesta—. ¡Jackie! ¡Jackie! —chilló Aniel desesperada. Escuchó corridas y objetos de vidrio que se estrellaban contra algo. Y en medio de la escaramuza, la voz de un hombre:

—¡Esta vez no te me escapas, bruja!

Metanón.

Las manos le quemaban de tal manera que apenas podía sostener el teléfono y las aletas de su nariz se abrieron ante... el aroma dominante. Levantó el rostro y lo vio caminar hacia ella con paso pausado, como si viniera en cámara lenta, entornando los ojos plateados.

Gabriel. Y a los costados, las figuras imponentes de Ruryk y Triel.

Permaneció estática como si le hubiesen puesto una inyección del inhibidor de la dopamina de su cuerpo. ¿Cómo habían sabido? ¿El maldito teléfono móvil? Consciente de la inutilidad de intentar hallar respuestas y de que los tipos se acercaban a ella, su instinto de supervivencia surgió con todo su poder. Giró sobre los talones y se precipitó hacia las puertas de salida del aeropuerto. No sabía dónde estaba Jackie, pero confiaba en que pudiera lidiar con Metanón.

Corrió como una loca, a pesar de llevar unos zapatos con tacones. ¿Cómo diablos se le había ocurrido usar tacos en este momento? Logró salir a la calle y voló por entre los vehículos aparcados en la vía pública. Oía los pasos pesados detrás de ella y aunque no se atrevía a mirar, sabía a quién pertenecían. Siguió corriendo, pero debió detenerse unos segundos para sacarse los infiernos de tacones. Los arrojó con furia contra su perseguidor sin detenerse a mirar si había dado en el blanco. Liberados los pies, se lanzó a toda carrera tratando de hacerlo a toda velocidad, pero el pavimento caliente no la hacía tan eficiente. Podía sentir la furia de Gabriel a sus espaldas y temió que él no tardara en alcanzarla. Negándose a ello y haciendo acopio de todas las fuerzas que tenía, apresuró la carrera para llegar al descampado que bordeaba al aeropuerto. Una vez allí pudo aumentar la velocidad y corrió hacia las arboledas, con la respiración de Gabriel cada vez más nítida detrás de ella. Al instante siguiente, cayó sobre su espalda una muralla de hierro, que la impulsó hacia adelante y la derribó. Conteniendo la respiración y sabiendo que se estrellaría cuando tocara el suelo con el enorme peso que se desplomaría sobre ella, sintió las manos poderosas de Gabriel que la giraban en el aire y la hacían caer sobre el pecho de él. Un ruido sordo estalló en los oídos de Aniel. Gabriel había absorbido la peor parte.

Aun así y de un salto, este se montó sobre ella apoyando las rodillas a los costados de su cuerpo. Tomándola de la barbilla con aspereza la incorporó, obligándola a que lo mirara a la cara. Aniel dio lugar a toda la furia retenida por haber sido atrapada de nuevo y atacó el cuerpo de él, dándole puñetazos duros sobre la cara, los hombros y el pecho. Se sentía enferma de la bronca

porque todo había fallado una vez más. Uno de sus golpes dio sobre la nariz de Gabriel, que comenzó a sangrar. Ante la sorpresa de él, ella tomó una piedra del costado del terreno y se la incrustó contra la mandíbula. Lo sintió tambalear, pero eso no hizo más que aumentar la ira de él. Lucharon rodando por el suelo envueltos en el polvo que levantaban, pero luego de unos minutos de sórdida batalla, Gabriel logró atraparla de las muñecas e incrustárselas por encima de su cabeza.

—Sé que odias esto, pero me importa una mierda en este momento —siseó Gabriel con una voz absolutamente mortífera. Agitados, sudados, sucios y mirándose con rabia, permanecieron en silencio hasta que Ruryk y Triel llegaron con la camioneta. Cuando escuchó cerrarse las puertas del vehículo, Aniel se revolvió desesperada, sabiendo que, de no hacer algo, de nuevo sería privada de la libertad. Se debatió como una endemoniada, sin lograr liberarse de las manos poderosas que la atenazaban al terreno. A continuación, Gabriel se levantó con brusquedad del suelo llevándola con él y, de pie, la aferró desde atrás con los brazos rodeándole el cuerpo. No pudo evitar sentirse agitada al percibir el cuerpo de Gabriel presionando contra su espalda y sus nalgas. Una de las piernas musculosas las había calzado entre las suyas, abriéndoselas. Estaba loco si pensaba que con ello la detendría. Aniel volvió a batallar con todas sus fuerzas, pero Gabriel la mantenía aprisionada como jamás antes lo había hecho. Sabía que estaba furioso, pero no le importaba. Su vida era un infierno gracias a todos ellos, y en especial a él.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Ruryk sonriendo, aunque al instante se puso serio al ver la cólera que desbordaba del rostro de su amigo. Gabriel había perdido definitivamente la paciencia.

—¡Quieta! —gritó sacudiéndola, ante una nueva embestida de ella. Pero Aniel respondió dándole un codazo en el estómago, que hizo que la fuerza con que Gabriel la retenía de uno de los costados, cediera. Se deslizó al suelo por entre los brazos enormes y cayó de cuclillas con el impulso que traía, lo cual tomó desprevenido a Gabriel. Libre de su presa, Aniel giró el cuerpo y se abalanzó sobre Ruryk al que le calzó un puñetazo en la cara mientras este

la miraba asombrado. Volvió a girar sobre los talones, se agachó y le dio una patada a Gabriel en el estómago, que lo expulsó hacia atrás. Triel, que miraba entretenido la batalla, se había jurado no intervenir después de que Gabriel le hubiera exigido no volver a tocar a Aniel. Pero lo que no se imaginó fue que esta le tenía reservado un puntapié en la rodilla.

—La mataré —juró. Salió tras ella a toda velocidad y logró bloquearle la vía de escape con su cuerpo enorme.

—¡Es mía! —vociferó Gabriel como poseído. Ruryk y Triel se detuvieron al instante. Gabriel avanzó hacia Aniel, con gesto severo, avisándole con los ojos que esta vez estaba dispuesto a todo—. Eres una embustera —siseó.

Aniel le devolvió la mirada, pareciendo gozar de una calma absoluta.

—No más que todos ustedes.

Uno de los músculos de la mandíbula de Gabriel se movió evidenciando la rabia apenas controlada.

—Vamos —dijo con un tono bajo y ronco.

—No —lo desafió.

Ruryk y Triel miraban la escena con diversión. Gabriel no se la llevaría tan fácil.

Sin decir más, Gabriel extendió el brazo intentando asirla por el bíceps, pero ella lo cogió de la muñeca, impulsó con fuerza su brazo hacia ella y le calzó un rodillazo en la axila que lo hizo trastabillar. De inmediato le propinó una patada en el estómago y, girando sobre su cuerpo, le ensartó con todo el ímpetu que traía otra patada contra las caderas, que lo hizo caer de espaldas con todo su peso. Envalentonada, corrió hacia él para calzarle otro puntapié, pero Gabriel la tomó de una de las pantorrillas y, con un fuerte empujón, la lanzó hacia arriba y adelante, lo cual provocó que Aniel diera un giro sobre su cuerpo en el aire. Al caer, se impulsó hacia arriba una vez más haciendo un salto mortal para aterrizar por detrás de la espalda de Gabriel. Tomó carrera para intentar patearlo, pero Gabriel estaba preparado. Aún de espaldas a ella, aprovechó el brío que Aniel traía para enlazarla por la muñeca, hacerla girar ciento ochenta grados por encima de su propio cuerpo y, controlando su

vigor al máximo, expulsarla hacia adelante. Aniel cayó de espaldas despatarrada como un peluche. Cuando intentó incorporarse, Gabriel llegaba a ella resbalando sobre las rodillas para calzarle el antebrazo sobre el cuello.

—Si sigues luchando, te lastimarás de verdad. Estoy tratando de no usar mis fuerzas al extremo, pero no me desafíes más —le advirtió al oído. Aniel contestó forcejeando como una salvaje, pero el brazo de Gabriel sobre su cuello le dificultaba la lucha. Al instante siguiente y de un tirón, se vio lanzada sobre el regazo de él para ser envuelta desde atrás por los muslos enormes, sin aflojar la presa en su cuello. Desesperada, se opuso al encierro con las fuerzas que le quedaban, pero lo único que logró fue que Gabriel la aferrara más. Lo oyó respirar agitado junto a su oído. No podía verle la cara, pero sabía que estaba enfurecido. Como ella.

—No me vas a enviar ninguna orden, maldito.

En medio de la gresca vio a Ruryk hacer un movimiento de asentimiento con la cabeza. Sin dudas, Gabriel le estaba dando un mandato desde su posición. Volvió a retorcerse frenética, hasta que vio a cara de hoyuelos aparecer con una soga. Los encaró ciega de impotencia, pero todo fue inútil. Triel se había sumado esta vez a la escaramuza y entre los tres la volvieron a atar como aquella vez con los tres látigos.

—¡Cobardes! —gritó Aniel, mientras Gabriel la cargaba sobre su hombro. Otra vez había sido atrapada como un pobre insecto en una telaraña.

—Y conste que Gabriel no quiere hacerte daño. Si estuvieras a mi cargo... no te tendría piedad —siseó Triel desde atrás mientras le colocaba un pañuelo en la boca. Aniel sabía que el gigante sombrío no mentía.

Capítulo 25

Delta del río Paraná

—¿Así que lo de las señoras álmicas de plata puede ser una posibilidad real? —La voz de Ruryk se elevó en medio de suaves gemidos que se desprendían de la garganta femenina que él llenaba de besos con avidez.

Triel masculló una maldición por lo bajo. Ruryk le preguntaba lo que bajo ningún punto de vista tenía ganas de pensar ni conjeturar. Era un tema inabordable para él y no tenía la menor intención de discutir sobre ello. Miró a su amigo, que estaba muy ocupado con dos bellezas que le ofrecían sus bondades, sentadas a cada costado. Una rubia y una morena espectaculares, con pechos generosos y labios bebibles.

Ruryk. Siempre Ruryk. Las mujeres lo amaban y se disputaban sus atenciones. Esa noche no sería la primera ni la última vez. Y en medio de la pasión desatada por la presencia de Ruryk, recordó a Gabriel. Triel no entendía qué era lo que le estaba pasando a su amigo, aunque de verdad parecía enamorado. «Pobre idiota», pensó y se empinó otro trago de su cerveza.

Luego de la trifulca en el aeropuerto, habían llevado a Aniel a la casa y Gabriel se había encerrado en la habitación con ella. Con Aniel en la guarida y encerrada con traba, Ruryk y él habían decidido salir a la disco a bajar un poco la adrenalina de esos días infernales. Haber aguantado a Gabriel en esos días no había sido fácil, ya que su humor había sido de perros y la persecución de ese día les había hecho aflorar una gran cuota de agresividad que debieron controlar para no dañar a la joven, que los había enfrentado como una verdadera guerrera.

Volvió a sorber otro trago. Sí, de verdad necesitaban distraerse. Ruryk buscaría mujeres y él bebería todo lo que pudiera, y si en el camino se topaba con alguna buena opción para pasar unas horas de placer, no dudaría en

aceptarla.

Volvió a mirar la escena que su amigo presentaba encantado ante él, ya que lo excitaba. Ruryk acariciaba a cada mujer con desparpajo y ellas reían y ronroneaban a su oído. Siempre que iban a aquel centro nocturno, Ruryk y él pedían la sala vip en donde podían estar tranquilos. En especial por Ruryk, ya que podía disfrutar de las mujeres sin que nadie se asombrara o cuestionara nada. Él era ya conocido en el ambiente y las mujeres que llegaban a él sabían a qué se exponían. Muchas veces se le ofrecían de a varias y Ruryk nunca decía que no.

Triel miraba a su amigo y las beldades, mientras pedía una cerveza más y la polla se le erigía como un mástil. De alguna manera lo envidiaba, ya que era capaz de disfrutar de los placeres de la vida sin cuestionamientos. Tomaba y daba de acuerdo a lo que se le presentaba y a lo que él consideraba que era adecuado. No cuestionaba ni exigía nada. Era un verdadero amante de la vida y su energía lo irradiaba, ya que daba felicidad a todo aquel que lo necesitara. Pero podía llegar a ser un guerrero implacable cuando hacía su trabajo con las almas o cuando se enfrentaba a los caídos. En ese instante Ruryk dejaba de ser el tierno y simpático muchacho, para transformarse en un guardián celoso de las almas de la Estirpe y un luchador letal contra los caídos. Era un caminante bastante particular, ya que aun cuando su comportamiento con las mujeres muchas veces era cuestionado por los jefes de la Orden Superior, la efectividad de su trabajo era tan impecable que, al final, su conducta siempre terminaba siendo perdonada. Ruryk había nacido con un poder seductor sobre el sexo opuesto tan enorme que le resultaba difícil manejarlo. Tampoco era seguro que quisiera hacerlo, sino que lo aprovechaba para experimentarlo y disfrutarlo. La lujuria y la diversión eran un alimento diario para su amigo, pero él jamás había impuesto algo a una mujer, ni había hecho nada en contra de lo que ellas desearan. Por ende, la Orden poco podía criticarle.

Triel sonrió con ganas. Ruryk era sin ninguna duda un seductor nato y no tenía nada de malo mientras continuara entregando las almas de la Estirpe en

perfectas condiciones como acostumbraba hacerlo. Y no solo lo hacía, sino que algunas almas se quedaban más tiempo del necesario durante la entrega, solo para mirarle los hoyuelos un poco más. Pero Ruryk siempre había sido implacable durante ese proceso y, hasta que las almas no traspasaban el portal, no regresaba a la realidad tridimensional.

—¿No te unes a la fiesta, Triel? —preguntó la voz de su amigo, mientras masajeaba los montes venusianos que se exponían ante él como si fueran ofrendas a un dios pagano. Tres pares de ojos lo miraban invitándolo a unirse al ritual. Triel negó con énfasis con un movimiento de la cabeza. No, su vida era muy diferente a la de Ruryk.

Triel llevaba mucho tiempo viviendo en soledad, pero no por ello dejaba de disfrutar a las mujeres como pasatiempos. No tenía el éxito de Ruryk, y no precisamente porque fuera mal parecido, sino porque su mirada y su presencia generaban temor, en especial por la fuerza intimidante que surgía de la combinación de su tatuaje con los ojos. Él era diferente al resto de los *silverwalkers*, ya que un halo de furia y desasosiego lo envolvía, generando temor en los que se acercaban a él. Lo mismo pasaba con las mujeres. Eran muy pocas las que se atrevían a enfrentar su autoridad y recelo, eligiendo la mayoría mantenerse al margen. Triel nunca buscaba a ninguna mujer a no ser que quisiese follarla, lo que era muy fácil ya que cuando elegía a alguien para saciar su apetito, era cuestión de que la tomara sin chistar. Las elegidas, que sabían a lo que se exponían, aceptaban gustosas su presencia, pero nunca se generaba ningún tipo de diálogo extenso, ya que Triel las cortaba en el acto. No quería involucrarse con ninguna mujer, menos que menos pensar algún día en un posible emparejamiento. Aquello era una fantasía tan estúpida que le daban ganas de reír de solo pensarlo.

Volvió a degustar su cerveza. No, él no quería nada que atentara contra su ajetreada alma. Había sufrido, junto con su hermano, la pérdida primero de su madre y luego del maldito de su padre, siendo un adolescente. Un padre al que no quería recordar en absoluto porque no valía la pena. Ambos hermanos habían salido adelante como habían podido y muchas veces por odio y

rebeldía habían terminado en diferentes, y todos horribles, asilos de niños, en donde Damián y él conocieron la dureza de la vida y el infierno. Y él había aprendido a amar y a odiar para soportar el diario vivir. Pero el sentimiento de mayor odio, profundo y visceral, que él había experimentado alguna vez lo conoció en manos de una mujer. Aquella de la que se enamoró alguna vez. Una puta vez que sería la última en su vida. Ella lo había extorsionado, llenándolo de palabras y momentos dulces, cuando en realidad había sido una impostora. Si bien ella había sido de la Estirpe, en realidad había estado en proceso de formar parte de los caídos sin que él sospechara nada. En aquel entonces era mucho más joven y bastante inexperto con las mujeres y con su trayectoria como *silverwalker*, por lo que no había sabido darse cuenta de que la mujer estaba en los inicios de su caída. Había sido una trampa de Sácritos para poder atraparlo. Ella era una de las putas del cabrón, así que no solo había disfrutado de los servicios del desgraciado, sino también de él. Y una noche fatal, los caídos habían irrumpido en tropel en el apartamento de la mujer mientras ella y él follaban como salvajes. Se le habían reído de forma miserable en la cara mientras lo atrapaban y apaleaban.

Lo mantuvieron encerrado durante tres años en una de las guaridas de Sácritos, en la cual fue torturado y destruido física y psíquicamente, en un intento por transformarlo en un caído. Durante horas, y casi todos los días sin descanso, le infligieron heridas que le quedaron grabadas no solo en el cuerpo, sino también en el alma. Pero su alma, constató, era fuerte. Los caídos no lograron doblegarlo, aunque aprendió a odiar con todo su ser.

Al final había sido rescatado por su hermano y sus amigos caminantes, a quienes les había llevado demasiado tiempo encontrarlo por la cantidad de diferentes guaridas que Sácritos poseía. Cuando al fin habían dado con él, su cuerpo había sido la imagen de la tortura a la que había sido expuesto. Piel, huesos y muchas heridas. Demasiadas. Hoy en día, todavía evidenciaba el recuerdo de las más profundas que le habían hecho con navajas, fuego, vidrios y mazos con púas. Jamás había experimentado dolor más terrible. Y todo por haberse enamorado de aquella mujer. Mujer que ya no existía

porque él se había cobrado su traición, y jamás existiría otra en su vida.

Era la gran promesa que nunca quebrantaría.

Sorbió lo último que quedaba de la cerveza de un trago. Todo aquello, si bien había anulado los deseos de tener una compañera, le había permitido endurecerse y forjarse como *silverwalker*.

Pidió otra cerveza. Él se había transformado en un alma que solo aceptaba la compañía de sus amigos entrañables y de su hermano. Era en los únicos en quienes confiaba. Y por más que las profecías anunciaran a las señoras álmicas, él jamás las aceptaría.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por unos gritos furiosos. Supo enseguida de qué se trataba. No era la primera vez. Aquellas dos mujeres se habían puesto celosas una de la otra por Ruryk y peleaban por su tenencia. Triel hizo una mueca con la boca. Como si alguna mujer tuviera derecho sobre los caminantes. Rio con ganas ante esa idea, mientras observaba a las mujeres ensartadas en una trifulca a gritos, cachetazos y tironeadas de pelo.

—¡Ruryk, sepáralas ya! —rugió Triel. Ruryk seguía sentado y besando a una nueva aspirante al trono, indiferente a lo que sucedía a su alrededor.

—Las dos se tenían ganas desde hace rato. Ya lo verás —le informó Ruryk sonriente. Triel sospechó lo que le insinuaba su amigo y cuando se disponía a levantarse para separar a las dos mujeres, se produjo un cambio en la pelea. De repente, ambas estaban enzarzadas en una lucha diferente, besándose y acariciándose con desesperación. Miró a su amigo, que parecía complacido de que las gatitas hubieran encontrado la paz.

Triel sacudió la cabeza mientras sonreía. Aquello ocurría cuando Ruryk estaba de por medio. Volvía a las mujeres locas por él y entre ellas. Al cabo de un rato, las mujeres continuaban el encuentro pasional en un reservado, lejos de la mirada de todos.

Ruryk volvió a invitar a Triel, haciéndole señas con los ojos de que había un asiento disponible al lado de la mujer con la que se estaba acariciando. Pero Triel no tenía ganas de formar parte de nada que tuviera que ver con las costumbres de su amigo. Él tenía las suyas propias.

Levantó la jarra de cerveza en señal de brindis y acto seguido se dispuso a ver si encontraba alguna compañía femenina que le interesara. Lo último que vio de su amigo fue que alzaba una de las manos con el dedo pulgar hacia arriba, mientras iniciaba una nueva sesión de besos salvajes con otra chica recién llegada.

Sonrió una vez más. No podía imaginarse que Ruryk algún día llegara a enamorarse. Amaba la compañía femenina y hacía estragos entre ellas. Solo alguien muy especial podría conquistar su corazón. Pero Triel no creía que en el mundo existiera la mujer por la cual Ruryk estuviera dispuesto a caer rendido.

Miró hacia un rincón y un precioso par de ojos lo estaba observando. Ya sabía quién era. Greta, la dueña de la disco, una mujer enorme, musculosa, fuerte y con el pelo corto y rojo furioso, con aire varonil. No era el tipo de belleza que atraía a Triel, ya que la consideraba muy masculina, pero en la cama era extraordinaria y las maratones sexuales con ella eran insuperables. Sin dudarle, se dirigió hacia aquellos ojos, aceptando el desafío de tener un encuentro entre titanes.

Gabriel volvió a tomar un trago de su cerveza helada y una vez más trató de acomodarse en el sofá del living. Se sentía tan inquieto que el espacioso y cómodo sofá de cuero no lograba darle el confort que necesitaba. ¡Pero qué mierda importaba! Estaba rabioso. Todos esos días habían sido una verdadera pesadilla.

Al principio de aquella noche en la disco de Ibicuy había ido todo tan bien con Aniel, la había sentido tan cerca, tan femenina y mujer, incluso confidente, que no podía creer que al final hubiese escapado. Él había sido un idiota al pensar en que podía tener todo controlado. Estaba tan loco por esa mujer que no era efectivo. Semejante error no podía volver a repetirse jamás.

Cuando habían llegado a la casa sin ella, estaba tan endemoniadamente

rabioso que había destruido todas las sillas y la mesa del comedor. No había podido creer que su mujer hubiese huido. ¡A México! Y de no ser por Damián y los agentes apostados allá, hubiese sido difícil dar con ella.

Sorbió otro trago y recordó la conversación que había tenido hacía unos días con Damián en el gimnasio mientras boxeaba. Gabriel había ido allí para tratar de calmarse un poco ante la desaparición de Aniel y su búsqueda desesperada e infructuosa. Damián, a su vez, había entrado pálido y ojeroso.

—Anoche hubo una tremenda trifulca entre caídos y gente de la Estirpe en la Ciudad de México —le había dicho con la voz más gruesa de lo normal.

—¿Qué dices? —había preguntado Gabriel, que dejó de boxear al instante, atento a lo que su amigo le explicaba.

—Así como lo escuchas, Gabriel. Se enfrentaron y parece que hay una conexión con Maia Serrano, la amiga de Aniel, que ahora está desaparecida. A propósito, Aniel ha estado con ella.

—¿Cómo? —había bramado Gabriel mientras daba un tremendo golpe al *punching ball* que tenía al frente. Al instante se había sacado los guantes y dirigido a las duchas furioso—. Tomo un baño rápido y salgo enseguida. Pídele a Ruryk que me consiga el primer vuelo a Ciudad de México.

—No hace falta, Gabriel. Ella está viajando hacia Buenos Aires en este momento.

—¿Cómo sabes todo esto, por el amor de Dios? —Gabriel lo había mirado interrogante.

—Primero quiero que me escuches. Por eso estoy aquí —había contestado Damián manteniendo la voz controlada.

—Solo dime cuándo llega Aniel a Ezeiza —había siseado Gabriel.

—En el vuelo que arriba mañana a las once. Nuestros agentes en México detectaron su nombre al imprimirse el billete aéreo.

Gabriel supo en ese instante que siempre estaría en deuda con Damián por haberle dado esa noticia. Haber considerado la posibilidad de perder a Aniel lo había casi trastornado en aquellos días infernales.

—Dime que no la han tocado —había dicho tratando de mantener control sobre sí.

—Ya te dije que está viajando hacia aquí... sana y salva. El enfrentamiento sucedió al mismo tiempo que ella estaba tomando su vuelo, así que no debe de saber nada.

Gabriel había suspirado aliviado prometiéndose una vez más que ataría a Aniel a la cama cuando la tuviera entre sus manos.

—Discúlpame, Damián —había dicho un poco más tranquilo—. Ahora quiero escucharte a ti.

—Como te acabo de informar, hubo una masacre en el Distrito Federal.

—¿Entonces el problema es la otra amiga, la tal Maia?

—Sí. No hay manera de comunicarse con ella. Ha desaparecido después del combate.

—¿Habrá caído prisionera de los caídos?

—No hay ninguna evidencia de ello. Yo creo que ha huido.

—¿Y qué hay de Metanón y Jackie?

—Él está tratando de averiguar dónde se hospeda la chica. Parece que hay algunos contactos que la han visto cerca del aeropuerto de Buenos Aires y aparentemente nuestro amigo podría estar cerca de encontrarla.

—¿Puedes explicarme qué relación hay entre este enfrentamiento y Maia? ¿Y cómo sabías de ella? —había preguntado Gabriel.

—He estado investigando sobre Aniel y Jackie y por eso me enteré de la existencia de Maia y Brenda en sus vidas. —Gabriel no olvidaría nunca cómo Damián lo había mirado con un brillo plateado más fuerte de lo normal, que contrastaba con la línea oscura de su cabellera—. Maia es especial, Gabriel.

—¿A qué te refieres?

—A que estoy seguro de que ella también está relacionada a otro de los símbolos.

Gabriel lo había observado impávido, ya que una vez más se confirmaba que alrededor de Aniel giraban señales acerca de tres de los cinco símbolos

que los caminantes necesitaban encontrar.

Se revolvió en el sofá otra vez. En aquel momento, Gabriel había comprendido por qué se había originado el encontronazo entre ambos bandos: Maia Serrano podía ser la nueva presa.

—¿Cómo sabía la Estirpe de México sobre todo esto? —había preguntado Gabriel sorprendido—. Este tipo de información ha sido siempre manejada por nosotros, que somos los responsables de encontrar los símbolos. ¿Y quién aprobó un enfrentamiento con los caídos sabiendo que Maia estaba de por medio y sin habernos hecho partícipes a nosotros?

Damián había hecho una mueca con los labios que evidenciaba que él ya se había preguntado lo mismo.

—No puedo darte mucha información, porque aún tengo que comprobarla. Alguien debe haber hablado a un grupo de la Estirpe sobre la existencia de ese símbolo y, quizás, también sobre el posible rol de Maia como su guardiana, pero no sé quién o quiénes y tampoco me explico por qué han autorizado este enfrentamiento. Es lo que estoy tratando de averiguar. De ser así, es probable que haya gente de la Estirpe interesada en hallar los símbolos sin que caigan en nuestras manos.

—¿Estás hablando de un posible traidor?

—O traidora.

Gabriel sorbió otro trago de su cerveza y respiró hondo. Recordó cómo Damián y él habían quedado en silencio ante la existencia de esa posibilidad, conjeturando acerca de lo que eso implicaría. Si alguien se adelantaba a ellos, podría significar un duro golpe para la Estirpe porque no podrían cumplirse las profecías y tampoco la evolución que la Estirpe estaba clamando alcanzar desde hacía más de cien años. Un traidor podría también atentar contra la seguridad de la casta, con los riesgos que ello implicaría. Pero lo que lo había dejado sin palabras fue lo que Damián se había atrevido a confesarle después.

—Prometo hallar respuestas a todo, Gabriel, pero ahora es imperativo que vaya a buscar a Maia.

—¿Por qué estás tan preocupado por ella?

—Porque sé perfectamente quién es. Ella es mi responsabilidad. Salgo esta noche a México y no regresaré sin ella.

—¿Tu responsabilidad? —había insistido Gabriel.

—Sé lo de Maia, Gabriel.

—¿Qué quieres decir?

—Acerca de lo que le sucedió una noche hace poco más de seis meses atrás. No sé si Aniel te ha hablado de ello.

—No. Solo me ha dicho que teme por su amiga, pero no me ha explicado la razón.

—Ella fue atacada por los caídos y quedó devastada.

—¿Cómo sabes tú de ello? ¿Has recibido algún reporte explicando lo sucedido esa noche?

—En realidad lo sé porque... —Y se había interrumpido. Pareció que le resultaba difícil concluir lo que quería decir—... porque yo estuve presente esa noche.

Gabriel se había quedado mirándolo en silencio. Y sin decir nada más, Damián había girado sobre sus talones y abandonado la habitación. Gabriel había permanecido absorto mirando la puerta que se cerraba. Sabía que su amigo tendría que contestar a muchas preguntas cuando regresara.

Aún impactado por recordar lo que Damián le había confesado al final de la charla, Gabriel se levantó del sofá para dirigirse al gimnasio de nuevo. En esos días había sido lo único que lo había mantenido apenas equilibrado. Y aún necesitaba seguir descargando la adrenalina que todavía circulaba por su cuerpo. Comenzó a trabajar los bíceps con una de las máquinas y, mientras lo hacía, pensaba en que Damián ya estaría volando hacia México en busca de Maia; Metanón seguiría firme en su eterna persecución de la pelirroja, y Ruryk y Triel, divirtiéndose en la disco. Sudoroso, colocó cuarenta kilos más de peso. No podía dejar de pensar en la existencia de posibles infiltraciones dentro de la Estirpe, que pudiesen llegar a querer adueñarse de los símbolos. Eso implicaría no solo luchar contra los caídos sino también contra traidores

de la propia Estirpe. ¿Y Maia? Damián tenía que encontrarla o perderla significaría una nueva cachetada para Aniel. Cuarenta kilos más. También rogaba que Metanón al final tuviera éxito en la pesquisa de la pelirroja. No envidiaba estar en el pellejo de su amigo. Su ineffectividad para atrapar a Jackie había apabullado a todos los *silverwalkers*, ya que Metanón había sido siempre el mejor rastreador de todos ellos. Y él estaba empeinado en ser el que la atrapara.

Recordó que antes de que Triel y Ruryk salieran para la disco, habían llamado por teléfono a Metanón.

—¡Me debes cien euros! —había gritado Ruryk a Triel con el teléfono móvil en la oreja mientras reía a carcajadas y un gruñido salía de la garganta del gigante. Ruryk había ganado la apuesta, lo que significaba que Jackie había escapado una vez más de su amigo.

—¡Este tipo es un idiota! —tronó Triel—. Hace dos meses que la sigue y no hay forma de que la atrape... ¿Por qué no puede otro de nosotros ir tras ella? Seríamos más eficientes.

Mientras hablaba, la serpiente se había estirado con la contracción de los músculos del rostro.

—Metanón es mejor que todos nosotros para atrapar a alguien. Lo sabes. Y Jackie es de él, aceptémoslo —dijo Gabriel.

—Pero a este paso no lograremos saber nada del símbolo que esa zorra maneja.

Mientras Triel había seguido enfurecido, Ruryk contaba pausadamente el dinero sobre la nueva mesa que reemplazaba la que Gabriel había destrozado.

Gabriel volvió al presente mientras seguía levantando más kilaje. Atrapar a Jackie había vuelto a Metanón blanco de bromas y apuestas entre sus amigos. Pero debía reconocer que esa mujer era impresionante a la hora de camuflarse y escapar. Y comprendía a su amigo, ya que él mismo se había encontrado en la misma situación al haber sido burlado por Aniel.

Con el rostro cubierto de sudor por el esfuerzo, cambió de máquina para trabajar los pectorales. No pudo evitar pensar en la chica que yacía en el

interior de su cuarto. Y ella no quería verlo ni a cien metros. Encima, él había estado tan furioso cuando la atrapó en el aeropuerto que la había llevado cargada como un saco de arena a la cama y, después de depositarla sobre esta, había puesto traba en la puerta para que nadie los molestara. Había permanecido de pie mirándola, decidiendo qué castigo recibiría. ¿Cómo había osado ser tan amorosa en la disco, incluso había parecido disfrutar de su compañía, para después escapar de su lado como una desesperada? ¡Mierda con las profecías y con todo lo que las señoras álmicas significaban! Nadie lo había preparado para ese dilema. ¿Cómo podría lograr que ella lo reconociera? ¿Cómo podía él hacer evidente algo que para ella no lo era?

Frustrado de verdad, se pasó las manos por el cabello. ¿Y cómo podía castigar a la mujer que anhelaba que pudiera aprender a amarlo? Rio para sí. «No la merecerías, Gabriel», se dijo. Una cosa era protegerla de Sácritos y otra cosa muy diferente que él mismo estuviera volviéndose como ese hijo de su madre.

Se levantó de la máquina para dirigirse a un minirrefrigerador. Tomó una botellita de agua bien helada y se la bebió de un tirón; cuando apoyó el envase sobre una mesada, volvió a recordarla: Aniel sobre la cama, amarrada otra vez. Una punzada le revolvió el estómago. Él no había sido mejor que Sácritos, aunque había logrado controlar la rabia y la había desatado, expectante por la reacción de ella. Libre, Aniel se había levantado con agilidad de la cama y lo había encarado de tal manera que provocó el mismo comportamiento en él. Se habían acercado como dos fieras a punto de destrozarse, pero en el último segundo sus cuerpos se detuvieron abruptamente a escasos centímetros de uno y otro, como si una muralla invisible e intocable de energía se hubiese levantado entre ambos. Recordaba la respiración agitada de ella, así como el sudor que le caía por el cuello desembocando en los senos. Y la blusa sin mangas, que se los elevaba de una manera tan sexy y provocadora que casi le hizo perder el poco control que aún tenía. Se habían buscado con avidez las miradas y, cuando se encontraron, la furia descabellada que había visto unos segundos antes en

aquellos ojos había cambiado a un resplandor plateado que suavizaba la expresión. Sin siquiera tocarse, percibió de inmediato cuando ambos caían otra vez en el abismo profundo de su comunión. Tenerla allí, luego de haberla buscado como un poseso, volvía a hacer retumbar en su interior el grito implacable del reconocimiento que le daba fuerzas para luchar.

Tomando aire y con enorme dificultad, Gabriel había logrado salir de aquel trance y dejado la habitación. Estaba definitivamente embrujado.

Capítulo 26

Ciudad de México

—El enfrentamiento con la Estirpe generó numerosas bajas. Salgo de inmediato hacia Buenos Aires, Gustav. Encárgate de todo hasta que regrese —anunció Sácritos a través del móvil.

—Te dije que ir a la Ciudad de México era una locura. Ese enfrentamiento debió evitarse y al final la bailarina volvió a huir, igual que antes.

—Como la amiga. Son mujeres creadas para escabullirse. —Y rio con ganas al recordar admirado cómo la tal Maia había burlado a sus tropas—. Pero ya verás cómo caerán, una por una.

—Jamás debiste ir allí. Te has expuesto otra vez.

—Gustav, ¡déjate de joder! ¿Crees que soy un mocoso que necesita que lo cuiden y protejan? Recuerda quién soy. Estaba seguro de que Aniel estaría con ella, pero me he equivocado. Acabo de recibir un informe de que ha caído presa otra vez en manos de los caminantes y por ello debo regresar de inmediato.

—Necesitarás de los mejores combatientes. No será fácil recuperarla.

—Ahora es el tiempo, Gustav.

Un silencio se elevó entre los dos sujetos. Gustav sabía que Sácritos no se detendría ante nada hasta atrapar a la mujer de cabellos de oro y miel, aún a costa de arriesgar la seguridad de la organización. Y eso lo alarmaba. Conocía cuán irracional podía llegar a ser Sácritos ante un reto.

—¿Estás seguro de que es ella? —preguntó Gustav con voz solemne.

—Sí, el que la gane se lleva el premio mayor. Y yo no pienso perder.

—¿Qué si estás equivocado? Te estás basando en la información que hemos obtenido de almas de la Estirpe en las cámaras de tortura. En especial de aquella de la otra noche. Fuiste demoledor y en extremo sanguinario,

Sácritos.

—Me importa un carajo. Las profecías de la Estirpe de Plata son un hecho, Gustav, te guste o no aceptarlo. Y para ello debemos atrapar a todas las mujeres guardianas de los símbolos. La mía es Aniel. —Y volvió a reír—. ¿Puedes imaginarte lo que sería para la organización la posesión de semejantes mujeres? No solo gozaríamos de la ventaja extraordinaria que obtendríamos al dominar los símbolos teniendo a estas chicas como canales de información, sino que también destruiríamos de una vez y para siempre la casta de los *silverwalkers* y con ella la Orden Superior de la Estirpe. ¡Figúrate! Toda nuestra organización contaría con el desarrollo extraordinario de un nuevo poder como caídos. Y no solo una nueva fuerza, Gustav, sino también la tan ansiada longevidad de nuestros cuerpos. Nos volveríamos indestructibles. —Su sonrisa reflejaba plena satisfacción—. Y tú puedes decidir quiénes se quedan con las otras muchachas.

Gustav guardó silencio. Él no veía las cosas de la misma manera. Encontrar a aquellas mujeres no solo estaba resultando extremadamente dificultoso, sino también costoso para la organización. Las conclusiones de Sácritos se basaban en informaciones obtenidas a latigazos, las cuales hacían referencia a la posibilidad de que las mujeres guardianas de los símbolos fuesen, además, las señoras álmicas de los caminantes. Pero nada de eso había sido demostrado. Además, los enfrentamientos entre sus tropas y los caminantes generaban siempre cuantiosas pérdidas entre sus hombres. Así y todo, Gustav era consciente de que, en medio de toda esta locura, lo más peligroso era, sin ninguna duda, la obsesión de Sácritos por Aniel Mitchels.

La voz del jefe de los caídos emergió a través del teléfono.

—Varios de nuestros mejores guerreros vienen conmigo. Los últimos intentos de captura han fracasado también, pero el nuevo grupo que he elegido ha recibido un entrenamiento especial que los hace temerarios y muy hábiles en la lucha. Nunca imaginé que capturar a Aniel me causaría tantos problemas.

—Envía primero a los guerreros, Sácritos. Que limpien el terreno por ti y

después vas tú.

—No, Gustav. Ahora se trata de mi enfrentamiento con el *silverwalker* que también quiere a la mujer. Él la protege con su vida, y yo debo quitarlo de en medio.

—¿Cuándo sales? —preguntó Gustav, consciente de haber perdido la batalla contra las feromonas de su jefe.

—Hoy mismo. Cuida de todo, en especial de lo que ya sabes —siseó Sácritos con voz gélida.

—Aniel te odiará hasta el final de sus días —dijo Gustav casi en un susurro.

—No importa, quedará sometida a mi voluntad. Caerá con facilidad cuando esté en mis manos.

—Sí, como la última vez.

—¡Cuidado con lo que dices, imbécil! —bramó furioso—. O no respondo de mí.

—Te pido disculpas. Solo recuerda... lucha por nuestro honor.

—¿Honor? —Sácritos rompió en una nueva carcajada—. Hace tiempo que me he olvidado de lo que eso significa.

Capítulo 27

Delta del río Paraná

Sentada en una reposera, Aniel observaba al hombre que braceaba en la piscina en un estilo mariposa impecable, que marcaba aún más los músculos de la espalda y los brazos. Miraba los muslos, las nalgas, la cintura. Todo él era sinónimo de poder. Sin ninguna duda, Gabriel era un dechado de hermosura masculina. *Si* tan solo las cosas fueran diferentes. *Si* este universo de símbolos y profecías no existiera. *Si* la casta de los *silverwalkers* fuera tan solo un lugar de fantasías y no una realidad tangible para ella. *Si* ella no fuera quien era y él tan solo un simple hombre mortal que tuviera un empleo normal, una vida normal, un futuro normal. Entonces ella quizás, solo quizás, permitiría que su corazón helado volviese a sentir.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Tantos *síes*...

Aunque ella tampoco era normal. O al menos todo parecía indicárselo. Y no se sentía cómoda en ese valle de intrigas, muertes, sueños y preguntas sin respuestas. ¿Y qué de ese sentimiento que Gabriel decía tener por ella? Cualquiera mujer moriría por ser la depositaria del amor de ese hombre. Pero ella se sentía mal porque no podía amarlo, no podía responder a ese amor, aun cuando todo el cuerpo le dijera lo contrario, cuando el corazón le empezara a palpar desenfrenado al escuchar cuando él respiraba, comía, dormía o sonreía. O cuando salía de la ducha con el glorioso cabello húmedo, cayendo un poquito por debajo de los hombros, para luego enrullarse con suavidad en las puntas y darle ese aspecto tan seductor. Había soñado incontables veces con enterrar las manos en la cabellera exuberante y morder los labios gloriosos, gruesos, que invitaban a ser devorados. O cuando él la miraba con tanta intensidad que la respiración sencillamente se le detenía. Sí, ella se estaba volviendo cada vez más loca por él. ¿Pero era eso amor? El amor le había sido arrebatado de su vida hacía siete años y había muerto.

Entonces, ¿qué era lo que sentía cuando frente a Gabriel su cuerpo reaccionaba como lo hacía? No lo podía detener incluso cuando existía un abismo implacable que los separaba.

«¡Estás jodida, Aniel!»

Volvió a mirarlo, y ahí estaba en medio del agua tan azul, con los brazos apoyados sobre una colchoneta para sostenerse y escrutándola a ella, tratando de adivinar sus pensamientos. ¿Podría leerlos? Gabriel permanecía serio, pero un brillo plateado asomó de las pupilas. Quizás lo hacía y ella no lo sabía. Eso podía ser un verdadero problema.

Lo miró y le devolvió la misma mirada. No se achicaría ante el poder masculino. Después de todo, tenía el mismo derecho que él para mirar y devorar con los ojos. Lo vio acercarse a ella después de algunas brazadas e impulsar el cuerpo hacia arriba para salir de la piscina como un dios del mar. El corazón le palpitó otra vez desbocado. Sí, ella de verdad estaba en problemas. Y Gabriel era el peor de todos. Lo observó buscar una toalla, mientras chorreaba agua, para comenzar a refregarse el cuerpo y el cabello, que relucía tan brillante al sol. Él no dejaba de mirarla. Se sentó en la reposera ubicada al lado de la de ella y preguntó algo que la sorprendió:

—¿Cuándo cumples los veintitrés años, Aniel?

—¿No sabes que será dentro de un mes, Gabriel? —contestó con otra pregunta, provocadora. Lo vio contener la respiración y mirarla pensativo. Y por primera vez desde que la había atrapado de nuevo, la observó con cierta ternura. Y le dio fuerzas para preguntar lo inevitable—: ¿Qué pasó con Jackie? Estoy preocupada. —Pero Gabriel permaneció mudo sin quitarle los ojos de encima—. Necesito saberlo. —Ante el prolongado silencio de él, ella hizo lo que jamás hubiera sospechado hacer—. Por favor —rogó. La expresión del rostro de Gabriel cambió, como si él hubiese sabido que aquella súplica había significado un esfuerzo para ella. Y rompió el silencio.

—¿Quieres saber si escapó de Metanón? —Ella asintió con la cabeza—. Lo logró —contestó él. Aniel cerró los ojos y agradeció a Dios—. Pero él no dejará de ir tras ella.

Por supuesto, su tranquilidad no podía durar demasiado.

—Está obsesionado con Jackie —siseó Aniel.

—Ella estará bien.

—¿Por qué está empeñado en ir tras de mi amiga? ¿Acaso no soy yo a la que ustedes buscan? —preguntó alzando gradualmente la voz con cada pregunta que le hacía.

—Porque Jackie está relacionada con otro de los símbolos.

Ante esta afirmación el pánico volvió a adueñarse de ella y con él la cólera que lo mitigaba. Se levantó y gritó:

—¡Miserables y puñeteros símbolos! ¡Dime ya cómo está mi amiga! —Lo miró con las pupilas transformadas en mercurio líquido.

—Metanón llamó diciendo que Jackie ya ha llegado a Dinamarca. Él es el que está retrasado. Pero ella está perfectamente.

—Tengo que hablar con Jackie. —Y empezó a caminar por el costado de la piscina como una endemoniada. Gabriel se levantó y la paró tomándola con suavidad de las manos.

—Metanón la cuidará. Aunque ella no lo sepa, él jamás le haría daño. Créeme, es ella la que le está complicando las cosas.

—¿Y qué esperabas? —Se soltó de las manos de Gabriel y se apartó como si el contacto la quemara—. Jackie es una superviviente como yo. Tanto ella como yo queremos seguir con nuestras vidas, sin interrupción a causa de las profecías de una Estirpe que no conocemos.

—Solo te pido que confíes en nosotros.

—¿Por qué no me permites llamarla? —gimió desahuciada.

—Porque a esta altura, tu teléfono no es seguro. Los caídos deben tenerlo interceptado. Y nuestros teléfonos están conectados entre sí, cosa que no creo te satisfaga. No podemos sumar más a lo que ya está tan removido. Metanón la traerá de vuelta cuando la encuentre.

—¡Nunca! —siseó—. Nunca la atrapará.

Gabriel la miró con cautela. Debía medir las palabras que salían de su

boca.

—Como tú digas —murmuró.

Aniel lo miró detenidamente. Al cabo de unos minutos se acercó a él y desesperada lo tomó con las manos de cada brazo.

—Necesito volver a mi casa, Gabriel. Necesito regresar.

Los ojos de Gabriel la miraron con cierta ternura, pero inflexibles.

—No por ahora.

Aniel lo soltó furiosa y le dio la espalda. Pero al instante giró de nuevo, esta vez con una mirada fría y colérica.

—No sé nada del símbolo. Escúchame bien y de una vez por todas. ¡No sé nada! ¡Y Jackie tampoco! —A esta altura gritaba sin control moviéndose alrededor de la piscina como si fuera un ring—. Necesito regresar o me volveré paranoica, Gabriel. ¡Por todos los santos, no aguanto más!

Aun cuando se sentía impotente, Gabriel no tenía dudas de que su determinación era la correcta para el bien de Aniel. Ya ni siquiera consideraba qué era bueno para la Estirpe, sino que, más que nunca, estaba seguro de que Aniel corría un terrible peligro con Sácritos ahí afuera. Había presenciado la batalla de los caídos contra ella y Jackie, y eran sanguinarios. Y el viaje a México... había sido un milagro que no hubiera tenido mayores implicancias.

No, no la descuidaría de nuevo.

—Después de lo sucedido hace unas noches en México, Aniel, es impensable. Esos tipos te harán daño y por nada del mundo lo permitiré.

—¡Pero tú me lo haces también! —chilló fuera de sí—. Dices que tú y yo... no sé... que estamos de alguna manera involucrados, pero... ¿esta es tu forma de demostrarlo? ¿Encerrándome?

Aniel lo miraba con tal intensidad que Gabriel temió no encontrar las fuerzas para mantenerla en la casa. La hería y eso lo mataba. ¡Qué paradoja de mierda!

—¿Y qué quieres que haga, Aniel? ¿Que te deje ir cuando todos hemos

visto que Sácritos te quiere en su poder? No sé si eres consciente de quién es ese tipo, pero si apelo a mi memoria y a lo que mis ojos han visto, es un ser despiadado, sin escrúpulos ni límites. No quiero imaginar qué te haría si te tuviera a su merced.

—He estado huyendo de él desde hace muchos años, Gabriel. Y pienso seguir haciéndolo, pero libre. —Levantó la barbilla, desafiante—. Nadie puede retenerme contra mi voluntad. Tampoco tú.

Gabriel se acercó más a ella y susurró muy cerca de su oído:

—El punto de llegada de tu carrera está aquí.

Se apartó con furia de él.

—¡Eres un ser absolutamente egoísta! Estás decidiendo por mi vida y eso es un atropello y un acto de sometimiento hacia mi persona. ¿Te crees mejor que Sácritos?

Gabriel sintió como si un puño le hubiese destrozado el estómago. En parte ella tenía razón.

—Si tan solo entendieras que todo lo que hago es por tu bien.

—Pues no puedo comprenderlo y tampoco quiero hacerlo. Estás abusando de mis derechos.

Gabriel intentaba destruir las defensas de Aniel, pero sabía que ese no era el mejor camino para hacerlo. La tomó de los hombros suavemente.

—Te suplico que te sientes y hablemos.

Con recelo, Aniel lo hizo. Gabriel corrió su reposera frente a la de ella y también se sentó, quedando los ojos enfrentados con la piscina azul de fondo.

—Necesito pedirte que me cuentes un poco más de tus padres. —Gabriel sabía que necesitaba ir con extremo cuidado—. Mencionaste que te quedaste sola y que no supiste más de ellos. ¿Los has buscado? ¿Jamás nadie te ha dado ninguna pista?

—Es una pregunta privada y no tengo por qué responderte. ¿Por qué quieres saber sobre ellos?

—Porque quiero enterarme de si ahí fuera tienes alguna posibilidad. Debe

de haber algún grupo de personas al que perteneces.

—Yo no pertenezco ni a nada ni a nadie, salvo a mí misma, Gabriel. No te equivoques. Ni siquiera pertenezco a mis padres.

—¿Entonces en verdad no sabes dónde pueden estar? —insistió.

Se hizo un prolongado silencio. Gabriel observaba cómo el rostro de Aniel se transformaba en un manojito de emociones. Había dado en el clavo.

—He buscado a mi madre en estos siete años, pero jamás di con ella.

—¿Por qué la buscaste a ella y no a tu padre?

—Tú eres el que conoce la respuesta.

Gabriel la miró sorprendido.

—¿Yo? ¿De qué hablas?

Aniel de repente parecía no poder parar. Era como si su lengua tuviera movimiento propio y su cerebro no pudiera frenarla.

—Siempre pensé que Sácritos se había apoderado de mis padres, pero, al quedarme sola, tuve que arreglármelas para sobrevivir, con la promesa de que los rescataría algún día. Me preparé físicamente lo mejor que pude, aprendí muchas maneras de defenderme, pero hace un año y medio sucedió algo que hizo cambiar mi óptica de las cosas.

—¿Qué ocurrió?

—Tú entraste en escena.

Gabriel supo de inmediato que allí se hallaba el nudo de todo.

—¿De qué manera?

—Te vi.

—¿Dónde?

—En mis sueños.

Se quedó sin habla. ¡Aniel lo había soñado, igual que él a ella! Eso significaba que el camino al reconocimiento había empezado hacía un año y medio no solo en él, sino también en ella. Su corazón empezó a latir apresurado.

—¿Has revivido sueños en todo este tiempo donde yo estoy involucrado?

—Sí —contestó. Y al cabo de unos segundos, dijo algo que paralizó la sangre de Gabriel—. Tú me has hecho mucho daño. Demasiado.

¡Allí estaba, entonces! Todo radicaba allí, aunque creía que no sería muy estimulante lo que revelaría.

—Me gustaría que me dijeras de qué se trata tu sueño para entender —dijo con voz baja.

Aniel se sintió de repente atemorizada. Esta conversación podía llevar a un terreno que no sabía si estaba preparada para manejar.

—No puedo y no quiero. Eso muere en mí.

—Pero me estás juzgando a través de él.

—Mis sueños son premonitorios. Siempre se han cumplido.

—Quizás esta vez no, Aniel.

—Ok, lo que tú digas, Gabriel. Pero ahora déjame en paz. —Y se levantó para dirigirse al interior de la casa, pero Gabriel, con agilidad, se interpuso en toda su dimensión entre la puerta del jardín y ella.

—Ah, no, no. Explícame la verdad de tus sueños. Me estás acusando de algo de lo que no soy capaz de defenderme y no es justo.

—¿Justo? ¿Qué ha habido de justo en mi vida desde que me quedé sola? No me ha quedado nada, Gabriel. Solo me tengo a mí misma y a mis amigas. Pero Jackie está recorriendo el mundo huyendo del irritante de tu amigo; Maia, tan débil y herida, no sé qué será de ella; Brenda, desaparecida. Y yo... —empezó a balbucear de nuevo—... yo contigo, Gabriel. Tú, que me hablas de tantas cosas a la vez... Y yo no estoy preparada para todo esto. ¡No lo estoy!

Las lágrimas en los ojos de Aniel empezaron a caer incontenibles por las mejillas. Se pasó el dorso de la mano por la cara con rabia.

—¡Ni mis lágrimas puedo controlar! Odio todo esto, odio estar aquí, que me hables de la Estirpe, una Estirpe a la cual dices que pertenezco, pero que ni siquiera conozco. Y todo mi mundo está patas para arriba y me asusta y me entorpece. Hasta aquí llego ¿me oyes? ¡Hasta aquí llego! ¡Y retírate de mi

camino o no respondo!

Gabriel examinó aquel rostro que era la clara imagen de la desdicha. Un nudo se le apretó en el estómago. Odiaba hacerle eso. Intentó acercarse con suavidad, pero Aniel retrocedía con cada paso que él daba.

—Escucha, Aniel. No deseo ser parte de tu infierno ni tampoco quiero crearte uno nuevo. Solo estoy aquí para protegerte. —Y por primera vez, Gabriel sintió que nada ni nadie le importaba una mierda, ni siquiera los símbolos, sino esa mujer que estaba desesperada y lo estaba enloqueciendo —. Más allá de nuestras profecías, Aniel, te juro que ya no me interesan, pero sí estoy convencido de que dejarte ir es sacar un billete a tu final. Esos tipos ahí afuera no tendrán compasión, créeme. Y no lo voy a permitir, pese a que eso te provoque mayor desconfianza hacia mí. Estoy dispuesto a todo por ti y por los dos. Es así de simple.

Aniel no paraba de secarse las lágrimas, pero esa vez las palabras del caminante le habían llegado al corazón. ¿Sería cierto que podía confiar en él? ¿Y de verdad él tenía espacio para llevarla en su corazón? ¿Y qué podía ofrecerle ella a cambio? Su corazón estaba muerto. ¿Y su padre? ¿Acaso él no era su asesino? Tantas preguntas la atormentaban.

—Dame solo una razón para creerte, Gabriel. Solo una y lo consideraré.

Gabriel la miró como intentando introducirse en sus entrañas. Y en un susurro le dijo:

—Si decidieras creer en ti misma y en lo que tu corazón te dicta, sabrías enseguida la respuesta.

La dejó ir. Los ojos de Gabriel la acompañaron hasta verla desaparecer tras la puerta de su habitación. Él era sincero con todas las fibras de su ser y ya era tiempo de que ella recapacitara. Aun cuando Aniel parecía resistirse al reconocimiento con todas sus fuerzas, sus defensas eran cada vez más precarias. La expresión en los ojos, el aroma, los movimientos, la entrega, eran pruebas claras de que Aniel comenzaba inconscientemente a abrir las puertas de su corazón hacia él. Y la esperaría hasta el final.

Entró a la casa y se acercó despacio a la puerta que lo separaba de Aniel.

Apoyó la frente sobre ella. Podía escuchar los sollozos.

«¡Dios!», pensó desesperado. Cómo quería estar con ella para abrazarla, hacerla sentir segura. Aquella mujer ya había sufrido demasiado y él no quería sumarle un nuevo dolor.

Se obligó a separarse de la maldita puerta y se sentó en el enorme sofá para tratar de ordenar sus pensamientos. No pasó mucho tiempo hasta que la vibración de plata emergió implacable en su interior. Un alma tenía que ser entregada.

Mejor así. Cuando volviera, hablaría con la chica que con su belleza, dulzura y bravura había venido a sumergir su mundo en un profundo caos. Gabriel sonrió apenas. Sí, y en el fondo estaba agradecido de que ello hubiese ocurrido.

Capítulo 28

Ciudad de México

El taxi lo conducía al posible paradero de Maia Serrano. Ya casi no le quedaba rincón en la Ciudad de México que no hubiese recorrido buscándola. La joven había desaparecido hacía unos días y Damián no había detenido el rastreo ni un instante. Desde aquella noche fatídica, no había podido volver a dormir en paz. Ese sentimiento se había esfumado por completo y necesitaba volver a hallarlo. La única manera de lograrlo sería encontrar a la chica.

Cerró los ojos, atormentado. Jamás hubiese imaginado que la joven que había tenido frente a él hacía seis meses sería la guardiana de uno de los símbolos. Apretó la mandíbula con fuerza y los labios se transformaron en dos líneas. Esa noche lo había marcado para siempre.

Y desde el enfrentamiento sangriento entre caídos y gente de la Estirpe, no había habido señales de ella. Había temido que hubiese sido apresada por los caídos, pero gracias a unos pocos agentes de la Estirpe infiltrados en su organización había averiguado que Maia había logrado escapar en circunstancias poco claras. Y aún no habían encontrado rastros de ella.

Los agentes le habían explicado que era difícil que se hubiese ido de la Ciudad de México, ya que, apenas habían recibido la orden de Damián de detenerla, habían enviado gente de sus tropas a los diferentes aeropuertos, estaciones de trenes, buses, ferrocarriles y ferris, controlando la salida del país. Pero nunca había habido un atisbo de Maia.

Si tan solo él hubiese sabido aquella noche lo que conocía de ella en este momento. ¿Cómo había sido tan ciego? Apretó las manos en un puño. Estaba furioso consigo mismo y ya no soportaba acarrear ese secreto que debía guardar hasta encontrarla.

Durante sus investigaciones había aprendido mucho sobre ella. Era una bailarina de *ballet* bastante reconocida en México. Había visto varios videos

de ella que lo habían impresionado, en los que se la veía bailando en diferentes teatros. Tal como la recordaba, seguía siendo muy blanca y nívea, con la piel casi transparente. Y verla con el tutú blanco e impecable lo había dejado sin habla. Su cuerpo se había alzado esbelto y elegante, extendido en toda su magnificencia al brindar los saltos mágicos que despertaban el clamor del público. Daba la sensación de que volaba. Y el cabello negro y espeso contrastaba con toda aquella blancura que, junto a los ojos, le daba un aspecto tan personal. «¡Dios!» Esos bellísimos ojos lo excitaban. Eran de un celeste tan transparente que la hacían lucir como una virgen inmaculada. Contuvo la respiración al pensar en ellos, bellísimos espejos de brillo platino, que reflejaban lo que él había intuido: Maia era de la Estirpe.

Abrió los ojos y exhaló el aire de los pulmones. No podía olvidar las imágenes del primer encuentro con la joven. El corazón se le contrajo. Necesitaba localizarla, pero el problema surgiría si ella lograba reconocerlo. Por el estado en que ella había quedado aquella noche, Damián dudaba de que pudiese hacerlo, pero no estaba por completo seguro.

Inmerso en su abstracción, se dirigía al sitio que uno de los informantes de la Estirpe le había facilitado. Se trataba de una fundación destinada a ayudar a niños de la calle y que era manejada por religiosas, en donde Maia había sido vista ingresando y saliendo muchas veces. Parecía que ella vivía allí y contribuía con dinero ofreciendo en forma gratuita galas de *ballet* a beneficio.

La frenada del taxi interrumpió sus pensamientos. Miró hacia los lados y confirmó que habían llegado al lugar. Pagó al taxista y se bajó, notando de inmediato que el aire se había vuelto más fresco. Parecía que iba a llover. Acomodó la chaqueta levantándose el cuello y luego puso las manos en los bolsillos. Volvió a inspeccionar a su alrededor dándose cuenta de que el taxi lo había dejado en la acera de enfrente del edificio de la fundación. Esta se hallaba a mitad de cuadra de una avenida muy transitada.

Con pasos apresurados, se dirigió a la senda peatonal. Mientras se acercaba al edificio, un reflejo plateado intenso acaparó su atención. Y con él, un suave olor a lilas. Giró la cabeza hacia la dirección en la que había

percibido el brillo y el aroma, pero lo único que alcanzó a ver fue un autobús detenido que procedía a descargar pasajeros. Damián se detuvo. Aquel reflejo lo había encandilado y el aroma, agitado. Regresó sobre sus pasos y esperó a ver lo que surgiría desde atrás del autobús que se ponía en marcha. Las aletas de la nariz se abrieron de par en par, absorbiendo la fragancia que llegaba a él. Allí estaba Maia, deliciosa, frágil e increíblemente bella.

La vio caminar en dirección a la fundación, vestida con unos vaqueros negros elastizados y zapatillas deportivas haciendo juego. Una blusa blanca caía diáfana hasta las caderas y sobre ella una camisa escocesa con las mangas arremangadas. Del hombro colgaba un bolso deportivo y al cabello lo llevaba suelto; era tan largo que caía con todo su peso hasta cubrir casi la totalidad de sus nalgas.

Damián se había quedado paralizado ante su imagen, pero la sensación de ensimismamiento fue aún más intensa cuando Maia giró la cabeza y clavó los ojos celestes plateados en él. Se miraron intensamente y Damián fue testigo de todas las emociones que viajaron por esas pupilas: desde una curiosidad y sorpresa inicial al miedo que él tanto temía.

«¡Mierda!», juró hacia sí. Lo había reconocido. Un frío helado cubrió su alma cuando Maia interrumpió el contacto de los ojos para bajar la mirada al suelo y ponerse en marcha con pasos apresurados. Damián también se puso en movimiento e intentó cruzar la avenida a la altura a la que se encontraba, pero el tránsito tan intenso se lo imposibilitaba. Volvió a mirar a Maia y maldijo en voz baja al verla echar a correr. Ante la desesperación y el tránsito que no menguaba, Damián apeló a lo primero que se le vino a la mente e inició su carrera hacia Maia saltando por sobre el techo de los coches que lo separaban de ella. Mientras lo hacía, oía el ruido agudo de las chapas que cedían ante su peso junto a los gritos e insultos de los dueños y el horror de los espectadores. Maia no era tan rápida como él, por lo que llegó muy pronto a su altura y desde el último techo de coche se tiró para caer en cuclillas cerca de la espalda de ella. Salió a toda prisa tras la joven y cuando casi la tenía en sus manos, el cuerpo pequeño logró girar e ingresar a las patinadas en el

edificio de la fundación. Damián hizo lo mismo y apenas adentro, oyó los gritos desaforados de Maia. Apresuró los pasos y cuando sentía el roce de los cabellos sedosos en los dedos, cayó la noche y con ella un dolor insoportable.

El cuerpo de Damián se sacudió hacia atrás, despedido por la fuerza de la embestida. No alcanzó a caer sobre su trasero, pero el dolor espantoso sobre el rostro lo detuvo un instante. Se tocó la nariz que le sangraba a raudales y dirigió la mirada dragoniana hacia la fuente del golpe.

Ante él se erigía una monja, enorme como una vaca, que parecía aún más grandota por el hábito de color blanco. Resollaba contra él, mientras abrazaba entre las manos una fregona que la desgraciada había usado con toda la fuerza de sus brazos para reventársela en medio de la cara. Y a su lado se sumaban una buena cantidad de niños y otras monjas con una terrible cara de odio. Llevaban escobas, baldes y hasta palas en las manos, sin ningún lugar a dudas, decididos a proteger a Maia de él.

Damián no dudó y saltó hacia arriba con la agilidad propia de los de su casta para caer sobre las barandas que bordeaban el segundo piso. Rápidamente se lanzó a la carrera siguiendo el perfume de Maia con el olfato mientras escuchaba los chillidos y gritos de guerra que provenían de sus perseguidores. Aprovechó la velocidad sobrenatural para recorrer todo el edificio, sorteando los golpes que le propinaban monjas y niños. La edificación era enorme y tenía una cantidad infinita de habitaciones y lugares para esconderse. Pero luego de un breve tiempo, Damián llegó a la desastrosa conclusión de que esos escasos minutos que había perdido por el golpe de la religiosa y el intento de encontrar a la joven con sus perseguidores por detrás, habían sido suficiente ventaja para que Maia hubiese vuelto a desaparecer. La afrodisíaca fragancia a lilas se había esfumado. Furioso, escuchó la sirena de la policía que se acercaba. Fin de la carrera.

Escapó del edificio por detrás, saltando con agilidad por un muro que conectaba la fundación con un baldío. Corrió un buen trayecto hasta que se sintió a salvo. De inmediato tomó su móvil y llamó a la organización de la Estirpe en México.

—Registren todos los medios de transporte del país y avísenme si la encuentran. Ella está aquí en México y no la tienen los caídos. Yo me quedo a inspeccionar los alrededores.

Recorrió y rastreó los barrios vecinos durante horas. Pero Maia se había ido.

«¡Mierda!», bramó de furia por dentro. Colocó frustrado una mano sobre la nuca incapaz de creer que habiéndola tenido tan cerca, la joven hubiese logrado esfumarse como agua entre los dedos. ¡Había sido tan nítido cuando había dejado de olerla!

Cansado, sudoroso y con rastros de sangre seca en la cara, Damián paró finalmente un taxi, al que se subió para desplomarse de inmediato en el asiento. Juró por lo bajo. Una próxima vez no se detendría por nada del mundo para atrapar a Maia, ni siquiera ante otro puto puñado de niños y monjas.

Capítulo 29

Delta del río Paraná

Gabriel yacía recostado al lado de Aniel en el arroyo. Hacía un calor agobiante y el cielo se había cubierto de nubes oscuras, anunciando la lluvia que de seguro caería en poco tiempo. Desde el día en la piscina, ellos no habían vuelto a hablar, pero Gabriel tenía la intención de hacerlo cuanto antes.

La última vez que habían hecho el amor, el mismo día del ataque de los caídos a la organización, se habían sumergido en una comunión única, donde la energía se había expandido a niveles místicos. Y si bien Aniel lo negaba, él intuía que, en el fondo de su corazón, ella empezaba a aceptarlo. Hasta el agua había reaccionado. Y también notaba cómo ella lo observaba con disimulo. Apenas sí podía contener una sonrisa cuando ella se lo comía con los ojos. Pero de la misma manera, ella se negaba a escuchar lo que en verdad decía su corazón.

Él, en cambio, ya sabía que amaba a Aniel. No había otra manera de definir aquello que lo embargaba cada vez que estaba a su lado. Era algo nuevo y de una intensidad indescriptible. El roce de sus manos y sus labios lo elevaban a un estado de júbilo y agradecimiento tal que lo embriagaba. Y su vida cobraba verdadero sentido cuando Aniel, al despertar, abría los ojos verde mar y lo miraba. Pero aún necesitaba que ella confiara en él y no se detendría hasta lograrlo. Él tenía la valentía, la paciencia y el amor necesarios para hacerlo.

Un trueno anunció la cercanía de la lluvia. Y también la reiterada cachetada verbal.

—Debo regresar, Gabriel.

Ella era incansable. Pero él también. Dos testarudos.

—Sácritos ya debe estar informado de que estás conmigo.

—¡Justamente! Si me liberas, les resultará más difícil encontrarme y ustedes no sufrirán más los ataques de ellos.

Gabriel no contestó de inmediato. Lo mismo que Aniel, yacía boca arriba, mirando el cielo que se interrumpía con las copas de los árboles que los rodeaban.

—Necesitamos tiempo, Aniel. Deseo de verdad que comprendas quiénes somos tú y yo —explicó finalmente en voz muy baja—. Y la presencia de Sácritos apoya lo que te estoy diciendo.

—Pero quiero experimentarlo en libertad.

—El peligro para ti afuera debe desaparecer primero, Aniel. Quiero darte tu libertad, pero es importante que colaboremos juntos.

Ella giró la cabeza y observó su perfil.

—¿Y si te prometo no huir?

—Sería maravilloso —contestó mirándola a los ojos.

—Además de que habrías logrado tu victoria sobre mí.

—No se trata de ganar o perder, Aniel. Se trata de compartir. —Se incorporó y la tomó de los hombros con suavidad llevándola hacia él—. Tu derrota es mi derrota y tu victoria es la mía. Estamos a la par.

Aniel sintió que el cuerpo se le aflojaba. Ese hombre la envolvía siempre con sus palabras hermosas.

—¿Qué harías si te ayudara a encontrar el símbolo? ¿Querías compartirlo? —preguntó de repente y vio cómo la perplejidad asomaba por el rostro masculino. La soltó con la misma suavidad y se volvió para mirar hacia el agua. No se había esperado esa pregunta.

—Querría que, fuera lo que fuera que el símbolo trajera aparejado, fuese lo bastante flexible para que ambos podamos obtener lo que deseamos.

—Pero tú no sabes lo que yo deseo. ¿O por qué crees que estoy detrás del símbolo?

Gabriel sabía que Aniel lo estaba provocando. Pero no le daría el gusto.

—Esa respuesta la tienes solo tú. Y espero que algún día me tengas la

confianza suficiente como para compartirla conmigo.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes, Aniel. No hagas más complicadas las cosas. —Y tiró una piedra que rebotó varias veces por la superficie del lago.

—No confío en ti.

—Lo sé.

—Tampoco sé si quiero hacerlo.

—También lo sé. —Y tiró otra piedra más, pero en vez de rebotar, se hundió rápidamente.

—Y lo de los señores álmicos me causa náuseas.

Gabriel la miró intensamente.

—¿Tan deplorable te resulto?

—A veces.

Gabriel no pudo evitar sonreír ante la sinceridad de esa mujer. Pero prefería una y mil veces que ambos desnudaran lo que sentían, antes que seguir ocultándolo. Volvió a dirigir la vista hacia las tranquilas aguas del lugar. Algunas aves se habían detenido sobre la orilla para beber.

—Quisiera que pasáramos tiempo juntos, así podrías aprender a conocerme —prosiguió Gabriel, descansando los codos sobre las rodillas, mientras entrelazaba las manos por delante. Comenzó a jugar con los pulgares—. Te leo con más intensidad de lo que crees, porque estoy abierto a hacerlo. Tú no. Es la gran diferencia en el punto en el que nos encontramos tú y yo ahora.

—Es que después de lo que me has hecho...

—¡Dime, por el amor de Dios, qué te he hecho! —estalló frustrado mientras giraba la cabeza como un látigo para escrutarla.

—¡Daño! —contestó Aniel alzando la voz.

Sus sueños. Allí estaba la respuesta. Pero por el momento eran un gran muro entre ella y él. Uno que él debería derribar. Se acercó, le tomó la cara entre las manos y susurró:

—Nunca.

—¡Lo sé! —Y lo miró con una expresión extraña. Parecía que una batalla se libraba en su interior.

—Hay un error en todo esto, Aniel. Si tan solo me explicarás... —Se acercó aún más a su rostro.

—No puedo, quedaría vulnerable ante ti.

Gabriel le acarició las mejillas con los pulgares. Se estaba perdiendo en el brillo incandescente de sus ojos.

—Prueba. No sería tan malo, te lo juro.

El tono de su voz se volvía cada vez más ronco mientras la devoraba con la mirada, embriagado por el perfume a rosas. La comunión entre ellos comenzó a abrazarlos y Gabriel se sintió pleno.

—¡Me confundes tanto! —exclamó Aniel, sacándolo de su trance e intentando apartarse. Gabriel la tomó de los brazos y la retuvo.

—Porque un duelo se está librando en tu interior: tu mente te pide salir corriendo, pero tu corazón te ruega quedarte.

«¡Dios!» Él sabía cómo ella se sentía. No podía haberlo descrito mejor. Tenía razón, ella estaba sumergida en una batalla entre su mente y su corazón. Aniel se sacudió hasta que Gabriel la soltó. Se puso de pie y le dio la espalda.

—Es cierto —reconoció con una voz tan baja que no supo si Gabriel la había escuchado.

Gabriel se levantó lentamente y la volvió hacia él. Le acarició la mejilla con los nudillos.

—La única manera de que trasciendas ese punto es que lo enfrentes.

—¿Y se supone que ocurrirá cuando te diga mi verdad, Gabriel?

—Eso, por ejemplo, sería un principio. Y yo te diría las mías a cambio. —Y siguió inspeccionando su rostro mientras la contemplaba contener el aliento.

—Nos conocemos solo a nivel sexual, Gabriel, pero no es suficiente.

—Estoy de acuerdo; tampoco hemos consumado nuestros encuentros. Y ello tiene implicancia en lo que puede darse de aquí en más.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con recelo.

Le colocó una mano en la espalda y la otra en la cintura, y la acercó hacia él sin dejar de mirarla de manera hechizante. Aniel tragó en seco. Ese hombre la abrumaba. Un nuevo trueno se escuchó, demasiado cerca esa vez. El agua llegaría en escasos minutos, pero a ellos parecía no importarles.

—Que más allá de que nos conozcamos a nivel de nuestros cuerpos, lo más importante es que esta atracción tan intensa sea producto de lo que somos, de lo que sentimos y de lo que hemos venido a hacer juntos. Ha sido nuestra creación, Aniel.

—Tú sigues apostando a esa teoría, pero yo no estoy segura.

—¿Y cómo puedes explicar lo que ha ocurrido desde que nos conocimos? —preguntó acariciándole la mandíbula y los labios con los pulgares—. Has intentado tantas veces huir de mí, pero todo confabula para que vuelvas a mi lado.

—Porque tú me retienes. Si no lo hubieras hecho, jamás habría estado tanto tiempo contigo, tampoco estaría hablando hoy aquí de todo esto y estoy segura de que nuestra atracción no existiría.

—Te retuve, pero siempre supe que tú eras aquella a quién estaba esperando. Es verdad que en un primer momento lo único que me importaba era encontrar el símbolo para la Estirpe, pero cuando te vi frente a mí comprendí que había mucho más que eso.

—¿Y por qué para ti es tan fácil entender lo que para mí resulta tan difícil? —preguntó Aniel con suavidad.

—Porque he crecido confiando en las creencias de mi casta, y cuando nos fue revelado la existencia del camino al reconocimiento, supe que lo que me unía a ti había empezado hacía un año y medio atrás. Y me lo has confirmado cuando me hablaste acerca de tus sueños.

—Pero yo no he crecido con esa idea, así que no estoy segura de que sea lo que tú dices. Lo que para ti es verdad, para mí es duda.

—Por ello te estoy pidiendo tiempo. Y acción. Quiero que interactuemos en todo orden, así puedes sacar tus propias conclusiones.

—Pero es que así como tú tienes esa certeza, yo tengo una que es mía propia.

—¿Cuál es? —preguntó Gabriel tenso.

—Me destruirás —balbuceó.

Gabriel se elevó en toda su imponente estatura. La miró escudriñándola, como si tratara de decidir cómo abordarla. Se agachó, la envolvió con sus poderosos brazos por la cintura y la elevó con él para que sus ojos se enfrentaran con los suyos. Gabriel parecía querer que ella lo mirara directamente al fondo de su alma.

Las gotas de lluvia empezaron a caer sobre sus rostros, pero ellos seguían inmersos en el calor de la discusión.

—Has interpretado algo muy mal.

—¿Por qué tu certeza tiene que ser correcta mientras que la mía es un error? Eres muy arrogante.

Gabriel la miró con toda la fuerza de su alma. De alguna manera ella debía entender lo que su corazón gritaba a los cuatro vientos.

—Yo sé lo que siento y en lo que se ha transformado mi vida desde que has irrumpido en ella, y no puedo cerrar los ojos y hacer como que eso no existe. ¡Y tú tampoco! —Elevó la voz como tratando de grabar a fuego las palabras en su alma fugitiva. Aniel lo miró con rabia pareciendo querer decir algo, pero él no se lo permitió—. Mis sentimientos hacia ti crecen día a día de manera apabullante y me estoy volviendo cada vez más loco al presenciar que a los tuyos buscas reprimirlos o negarlos. —Su voz era tensa y profunda, su mirada cada vez más aguda. Aniel volvió a querer decir algo, pero Gabriel se lo impidió otra vez—: Y sé que a ti te está pasando lo mismo que a mí. Lo veo, lo siento y lo huelo. Pero tú no quieres reconocerlo. ¡Deja de pensar y siente, Aniel! —bramó alzando la voz. Estaba empezando a sentirse injustamente tratado y la rabia lo ahogaba.

Aniel no sabía cómo responder a lo que Gabriel le acababa de pedir. Abrir

su corazón. «¡Dios!» Hacía tanto tiempo que lo había cerrado. ¿Y hacia él?

Gabriel la miraba de tal manera que se sintió caer otra vez en ese abismo inexplicable que la llevaba a querer aferrarse a sus brazos, besar su rostro, sumergirse en su aliento.

Y perderse en ese *amor*.

Aniel abrió los ojos como platos y un temor visceral por sus propios sentimientos se apoderó de ella. ¿Amor? No podía ser...

«¡No!», gritó en su interior.

Se sacudió como una salvaje hasta que Gabriel la soltó y, desesperada por escapar de la realidad que había captado en su corazón, intentó correr, pero Gabriel la tomó con fuerza de la muñeca y la giró hacia él. La lluvia arreciaba.

—¡Deja de ser cobarde y reconócelo! —le gritó casi descontrolado, mientras el agua empapaba los rostros y los cabellos. Aniel se sacudió frenética salpicando de agua el cuerpo y la cara de él con el cabello.

—¡No! —chilló, pero Gabriel no la soltó. Volvió a alzarla como antes a varios centímetros del suelo, pero inmovilizándole los brazos.

—Y te exijo que me digas por qué aseguras que te destruiré —siseó sombrío con el rostro tan cerca que Aniel podía ver las rayas finas canela y plateadas de las pupilas.

—¡Recuerda que no confío en ti! —Levantó la barbilla tratando de parecer intimidante, aunque por dentro se moría de terror.

—¿Me presentas una adivinanza sin darme ninguna pista y me dejas sin saber a qué me enfrento?

La apretó más fuerte mientras ella incrementaba los forcejeos. La lluvia caía por entre los pechos de ambos, que se aplastaban mutuamente por la fuerza de los brazos de Gabriel.

—Un enemigo jamás le dice al otro su estrategia —contestó Aniel casi sin aliento, aun luchando por escapar de su presa.

Gabriel estaba tan furioso que su voz se alzaba glacial, fría, seca.

—¿Cuántas veces debo repetirte que no somos enemigos? ¡Maldita sea! ¿Me escuchas? —gruñó y la sacudió desafiante como si fuera un gigante y ella, una mosca a punto de ser aplastada.

Con un rugido de rabia, Aniel lo pateó en las rodillas con todas sus fuerzas, lo que provocó que Gabriel aflojara el abrazo y que ella pudiese sacar uno de los brazos del encierro. Lo abofeteó con tal furia, que la cabeza de Gabriel giró hacia un costado. Parecía que con esa cachetada Aniel buscaba que él sintiera el mismo dolor que se deprendía de su propia alma. Lo quiso abofetear de nuevo, pero Gabriel le atrapó la muñeca y le dobló el brazo atrás de la espalda, acercándola a su pecho.

Aniel luchó y se resistió como una salvaje, el agua impidiéndole casi abrir los ojos por la fuerza con que caía. Forcejeó sin respiro, intentando escapar de sus propios temores, que la atormentaban. Era lo que había hecho por tanto tiempo desde que se había quedado tan sola y no conocía otra manera de hacerlo mejor. Con un sollozo que salió de lo profundo de su alma, volvió a debatirse como un animal herido, sin lograr que Gabriel la soltara.

Resbalaron y cayeron al suelo en una muda batalla, pero al final Gabriel logró aferrarla colocándose entre sus piernas y zambullendo con fuerza sus muñecas a los costados de su cara. Eso no era una tregua, sino el punto de saturación de Gabriel.

—Estoy cansado, asqueado y harto de luchar por algo que no quieres ver, pero que existe en tu interior. Y estoy hasta los cojones de tus huidas, de tus golpes y de tus sueños. ¡Ya no tengo más paciencia ni fuerzas! Me las has quitado, mujer, ¿me oyes? —bramó con la boca que luchaba por inhalar aire en medio de la lluvia que arreciaba. Furioso, levantó las muñecas de Aniel para volvérselas a incrustar en el suelo lodoso—. Pero ya no más —gruñó con la mirada llena de plata.

Y la besó, la besó con toda la fuerza de la que fue capaz.

Aniel gritaba y pataleaba desbordada. ¡No podía ser verdad! Era imposible que su corazón le hubiese hecho esa pésima jugada ¡No podía estar enamorada de ese hombre!

«¡Por Dios, no!»

Se revolvió iracunda, sin pausa, pero Gabriel seguía inamovible, besándola, atacándola, poseído en su furia y en su frustración. De repente interrumpió el beso y la miró. Aniel desvió el rostro hacia el costado, pero él se lo impidió, capturándolo por la barbilla.

—Mírame —gruñó.

—No —dijo respirando agitada y con la boca que se le llenaba del agua de lluvia que arreciaba.

—¡Te he dicho que lo hagas! —Y le apretó la barbilla con más fuerza.

—No.

Gabriel, que a esa altura de la pelea estaba extendido a lo largo de todo el cuerpo de Aniel, la mantenía apresada con el peso del suyo. Ante la respuesta negativa de Aniel, se elevó con la agilidad de un gato y se hincó sobre ella sujetándole los brazos con las rodillas, impidiéndole moverlos. No sin esfuerzo por los furiosos forcejeos, le atrapó la cara con las manos fuertes ajeno a las patadas que Aniel intentaba descargar sobre su espalda. Acercó el rostro al de ella a tan solo unos centímetros de los ojos, con los cabellos chorreándole por la cara.

—¡Mírame, mierda! —ordenó fuera de sí otra vez. Pero ella se negó una vez más, tratando de girar la cabeza.

¡No podía ser verdad! Su corazón no podía sentir eso por él. ¡Debía estar enferma! Y gritó de dolor, de furia y por la opresión que sentía en el pecho. Y con eso vinieron los sollozos, bravos, fuertes, desconsolados mientras la lluvia le lavaba las lágrimas. No tenía más fuerzas. Lloró sacudiendo el cuerpo, sintiéndose extraña y acabada.

Gabriel la seguía reteniendo y no pensaba aflojar. Sabía que Aniel no solo se estaba enfrentando a él, sino a sí misma y a lo que sentía por él. No pudo evitar que una profunda angustia inundara su corazón. Era tan injusto que ese camino estuviese tan plagado de obstáculos. Él luchaba por el amor de esa mujer de la manera que conocía. No le importaba que lo juzgaran por hacerlo, ya que no había nacido con un manual de instrucciones que le explicara cómo

conquistar al ser amado y, menos aún, que le dijera cómo hacer para que este lo reconociera y aceptara su amor.

Se sintió triste, pero no por ello menos bravo. La dejaría luchar. Sabía que cada golpe o sacudón que ella le daba se lo estaba dando, en realidad, a sí misma.

Aniel volvió a debatirse sin éxito contra los muslos de hierro y la captura de las manos fuertes que la presionaban por los hombros contra el suelo. Se retorció porque el contacto con él la quemaba. Pero él seguía sentado sobre ella en silencio, contemplándola sin dejarla ir. Era tal la intensidad de su mirada que, de repente, una sinfonía de destellos plateados comenzó a llamarla. A atraerla. Un preludeo que la envolvía con suavidad, arrullándola. Se sintió de súbito diferente, como si ella no fuera la misma.

—No —susurró mientras las lágrimas caían imparables—. No me hagas esto, te lo ruego. —E hipó sin saber a qué o a quién se lo decía. Lo que la arrebujaaba era tan maravilloso y tan correcto que se sintió borracha de placer. Un placer tan profundo que le daba paz. Y a lo lejos, escuchó su ruego.

—Por favor...

Le habló tan bajo y con tanto dolor que derribó la última fortaleza que se erigía en su alma.

Lo contempló profundamente a los ojos. Y sin saber cómo, todo estaba allí. Las preguntas y las respuestas. Y Aniel ya no quiso luchar más, solo... abrió la boca y lo besó.

Lo besó de manera febril con los labios y la lengua abrumando la boca tan ansiada, con besos descarados y excitantes. Y se arrellanó en aquellos brazos que ya no la aprisionaban, sino que le brindaban un calor único, lleno y verdadero.

Era tal la intimidad de los besos, que percibía con claridad el anhelo de Gabriel de ser descubierto. Lo que su corazón no se atrevía a decir, quizás sus besos lo hicieran. Ya estaba harta de resistirse. En este instante, él era suyo.

Aniel levantó los brazos y los envolvió alrededor del grueso cuello como si de ello dependiera su vida. Se sintió como un náufrago que a la deriva

encuentra una boya que lo mantiene con vida. Y con desesperación, le tiró del cabello ansiosa por mostrarle su pasión.

Al darse cuenta de la rendición de Aniel, Gabriel emitió un gemido de victoria. La abrazó con todas sus fuerzas y arrastró una de sus manos desde la espalda grácil a la nuca. La aferró acercando imperioso su rostro al de él para devorarle la boca con la suya. Esa mujer revolucionaba por completo su interior. Era como estar viajando en la montaña rusa, ascendiendo y descendiendo a toda velocidad en las emociones. Y ella le respondía de la manera que él tanto había clamado.

Se incorporaron y buscaron los torsos para empezar a quitarse las ropas. En un instante, Aniel estaba completamente desnuda, de la misma manera que el cuerpo enorme y caliente de él. Gabriel volvió a abrazarla con ardor y cayeron al suelo, rodando en la orilla húmeda, testigo de su amor. Sus cuerpos se llenaron de lodo, pero no les importó. La polla de Gabriel creció gritando de dolor y los pezones de ella se pusieron duros como diamantes. Ella seguía los movimientos de él como si fueran el yin y el yang encajados en absoluta perfección. Gabriel tomó a Aniel de las nalgas y las empujó con ímpetu hacia él. Sintió el calor húmedo sobre su polla y se mordió los labios para no gritar de dolor y excitación. Aniel tironeaba de su cabello, causándole una mezcla de tortura y placer. Ella jugaba con él, lo que lo enardecía aún más.

Las caderas empezaron a moverse con rapidez, rozándose como dos piedras que se raspaban entre sí y generaban la chispa del fuego de una pasión ancestral. Gabriel desplazaba hambriento las manos por el cuerpo de Aniel, para detenerse en los pechos. Los masajéó embelesado durante un tiempo interminable, para al final reemplazar las manos por la boca. Los gemidos de Aniel lo volvían loco, por lo que succionó y lamió aquella ofrenda no una vez, ni dos. Veinte, treinta... y más, sin importarles el sabor del lodo. Los abundantes y regordetes pechos, cuyos pezones miraban a las estrellas, se hincharon de gozo ante sus caricias. Aprovechando la humedad de las manos por la lluvia arrulló, con las palmas abiertas, los pezones

rebeldes que llenaban su visión. Volvió a escucharla gemir mientras se aferraba a él con más intensidad. La arqueó hacia atrás, acercando de nuevo la boca a los frutos sabrosos y atacó todo aquello que sus palmas habían lubricado. Abrió la boca grande y amamantó los senos como solo él podía hacer.

Aniel era suya y nada ni nadie podía cambiar aquella realidad. Ningún otro macho podría provocar en ella lo que él le generaba, así como ninguna hembra lo haría con él. Eran ellos dos. Los dos únicos en todo el grupo de almas al que pertenecían, que encajaban en ese engranaje perfecto.

Gabriel se atrevió a masajear con los largos dedos la fina línea que unía las nalgas de ella. Sin dejar de atormentarle los senos, masajeó la hebra que escondía al final de su recorrido, su parte más apretada. Acarició con las yemas de los dedos el lugar prohibido, lubricándolo. Aniel respondió a las caricias temblando y gimiendo en forma descontrolada.

Gabriel quería confiar en que ella no se atrevería nunca más a negar lo que existía entre ellos. No solo su pasión expansiva y transmutadora, sino lo que ellos estaban destinados a ser. Estaba decidido a ir hasta el fondo de todo. Esa mujer tenía que poder aceptar su unidad indisoluble y buscaría todas las maneras posibles para lograrlo. Y esa era una de ellas. ¡Y qué bien se sentía!

—Sí, sí, así —susurraba Aniel mientras Gabriel, con la lengua, viajaba de los senos al interior de su boca. Cuando Aniel se tensó de placer, Gabriel bajó el cuerpo y separó con las manos los muslos torneados. Gimió al contemplar el centro tan suave, rosado y hermoso que era lavado por el agua de lluvia. Inclino la cabeza y atacó con la lengua el valle sublime escondido entre las suaves lomadas. Y esa vez no tuvo piedad.

Aniel sollozaba de placer mientras se tomaba los propios pezones con los dedos y se los masajeaba. Gabriel estaba borracho de los jugos plateados que bajaban por la ranura que lo esperaba anhelante. Introdujo la lengua demandante y, al cabo de un rato, la sintió volver a tensarse.

—Sí, sí, mi amor, así. ¡Vente conmigo! —susurró Gabriel desde dentro de su femineidad mientras apretaba con las manos los pechos inflamados. Las

caderas de Aniel se movieron oscilantes. Levantó una de las piernas y apoyó el pie en uno de los hombros de Gabriel, abriendo toda su intimidad a las caricias profundas y húmedas.

—Sí, sí, así, más, más —suplicaba Aniel. Y de golpe gritó. Gritó plena, mientras Gabriel bebía de los jugos plateados expulsados por su orgasmo. Y luego llegó otra explosión. Y otra más. Parecía que Aniel no podía parar. Gabriel absorbió cada uno de los orgasmos en la boca, completamente fascinado por el placer indescriptible que habían vivenciado.

Cuando la respiración de Aniel se volvió un poco más regular, Gabriel se levantó y la tomó de la cintura, apoyando la polla en su centro femenino. Aunque se sentía desesperado por penetrarla, a último momento desistió. No podía. Aún no. Quería que ella lo aceptara primero como su señor álmico para completar la penetración. Una entrega tan total podría generar un intercambio de energía único, y Gabriel deseaba vivirla cuando Aniel estuviese lista. Esperaría. Ellos se lo debían.

Aniel se sintió confundida cuando Gabriel se arrepintió de penetrarla, pero, de alguna manera, se lo agradeció, ya que nunca había experimentado una unión de ese tipo con ningún hombre.

Sin previo aviso, se vio alzada en el aire y depositada a horcajadas sobre los poderosos muslos. Ese hombre era tan hermoso que daban ganas de llorar. Se miraban como poseídos cuando la polla enardecida de Gabriel comenzó a refregar su clítoris. Y ella no deseaba ser egoísta.

Se separó de Gabriel y se deslizó hacia abajo de su cuerpo. Tomó entre las manos la erección gruesa y caliente, extendida orgullosa al frente de sus ojos, y la colocó dentro de la boca.

Los labios de Aniel eran tan succulentos y cálidos que Gabriel pensó que moriría de borrachera absoluta y total. Aniel lamió, sopló y tocó arrancando gemidos de profundo placer de su boca. Se sentía tan lleno, tan repleto de ella. De súbito, su mujer se levantó y lo besó en los labios, enardecida, tocando con la yema de los dedos la punta de su erección. El semen plateado caía a gotas, listo para mayor placer. Sin dejar de besarlo, tomó su verga con

la palma de la mano y envolviéndola empezó a frotarla hacia arriba y abajo sin detenerse. La polla creció a dimensiones desconocidas. Cuando pensó que ya no podría aguantar más, Aniel volvió a bajar el cuerpo para introducirse una vez más su virilidad en la boca. Gabriel contrajo los músculos, tensos como las cuerdas de un violín, y echando la cabeza hacia atrás cerró los ojos con fuerza, levantó las caderas y gritó desahogado.

Expulsó el contenido plateado y, mientras lo hacía, cayó en un abismo de placer tan intenso que tuvo miedo de quedar inservible para el resto de la vida. Tal pasión podía vivirse solo una vez.

Gritó y gritó al mismo tiempo que observaba a Aniel tragarse su semilla. Siguió desparramando los fluidos plateados en lo que le pareció un lapso interminable hasta que llegó la calma. La montaña rusa se había detenido y una paz indescifrable acunó su ser.

Somnoliento, Gabriel tomó a Aniel entre sus brazos y tirándose hacia atrás, cayó sobre la espalda arrastrándola con él sobre su cuerpo. La lluvia había disminuido de intensidad y ambos cuerpos yacían enlazados, sucios y repletos. Lo único que se escuchaba era el suave murmullo de las gotas que caían, casi imperceptibles, y las respiraciones agotadas y gratificadas.

Gabriel acercó los labios al oído de Aniel y con voz baja y ronca susurró:

—Te amo.

Capítulo 30

Aniel despertó y se estiró como un gato en la cama.

—Buenos días —dijo la voz que la dejaba sin aliento. Le veía la cabellera, que se movía como si flotase en una ola, acompañando el movimiento de los labios que le besaban cálidamente los senos y le provocaban una nueva excitación. Ese hombre era el canto a la virilidad.

—Buenos días —contestó en un ronroneo, abrumada por un despertar tan delicioso.

¿Qué iba a hacer con Gabriel? Había muchas preguntas que la atormentaban, pero ante ellas, solo atinó a abrazarlo y acercarlo a su pecho. Su magia era bendita.

Se habían amado varias veces a orillas del arroyo hasta la luz del amanecer. Luego Gabriel la había llevado alzada en sus brazos hacia el calor de la habitación. Habían hecho el amor bajo la ducha y luego, frenéticos de pasión, en la cama como dos amantes que no se habían amado en siglos. Se besaron y tocaron en un silencio solo interrumpido por el ruido de las bocas al succionar o desprenderse de alguna parte de sus cuerpos. Se habían enredado entre los brazos y las piernas como un nudo, al calor de las brasas de su amor. Nada era suficiente ni prohibido en ese momento. Solo existían ellos dos.

«Te amo, te amo, te amo», le había repetido Gabriel sin dejar de abrazarla, poseerla y liberarla. Los gritos de dolor y placer compartidos despejaron cualquier duda acerca de qué era lo que los unía. En el arroyo, las aves habían alzado el vuelo cuando el grito de liberación de ambos se había unido en uno solo, atravesando el frondoso paisaje. Y en la casa, interrumpiendo el descanso de los otros caminantes.

Nadie podría negar que Aniel y Gabriel se hubiesen amado con tanta entrega aquel día. El día de la cuenta regresiva.

Gabriel volvió a despertarse después de haber pasado un día entero junto a Aniel en el dormitorio. Aunque no acostumbraba a permanecer tanto tiempo alejado de su trabajo, sus amigos no lo habían llamado en ningún momento. Los gritos de satisfacción de seguro los habían detenido. No tenía suficiente de esa mujer, *su mujer* y, cuantas más veces se habían amado, más unido se sentía a ella. Habían hecho el amor tantas veces que ya no podía contarlas, pero la fogosidad de su pasión no había menguado. Es más, su polla volvía a erguirse con solo observarla dormir a su lado. Acarició el pelo rubio y suave entre los dedos mientras apartaba algunos mechones de su rostro. Adoraba ese cabello sedoso y abundante. Acercó la nariz a la masa de bucles que caían por los senos y aspiró el aroma a rosas. Al hacerlo, se sintió tentado y con la punta de la lengua acarició uno de los suaves pezones. Una ardiente fogosidad volvió a inundarlo. Lentamente fue degustando lo que se erigía ante él, para al final abrir la boca y abarcar gran parte de ese sabroso melocotón. Aniel abrió los ojos y el profundo verde mar se cubrió del brillo platinado que lo arrebató.

Pero un halo de tristeza no pasó desapercibido ante sus ojos. Con ternura liberó el seno, no sin antes darle un último beso, y la miró. Captaba la perturbación de ella y, en el fondo de su alma, sabía que lo que estaban viviendo tendría que tener un desenlace. Él estaba listo. Ella no. Y el muro que los separaba era el sueño de Aniel.

Resuelto, giró el torso sobre el cuerpo que amaba y apoyó ambos brazos a los costados de la cara de Aniel y la enfrentó con cuidado.

—Quiero que me cuentes de tus sueños.

El susurro proveniente del rostro tan cerca del suyo dio coraje a Aniel y lo miró. Y cuando lo hizo, experimentó por primera vez el deseo de liberar el tormento que guardaba en su corazón desde hacía tanto tiempo. No sabía por qué ni para qué, pero no podía más.

—En mis sueños te veo atacando a mi padre. Lo matas y luego haces lo

mismo conmigo. —El semblante de Gabriel se volvió tan pálido ante la confesión que pareció que hubiese enterrado el rostro en un puñado de cenizas—. Por eso en todos estos años solo he buscado a mi madre. Y tú... —titubeó—... tú sabes qué ha sido de mi padre.

Los oídos de Gabriel comenzaron a retumbar. Sin ninguna duda, había un gravísimo error en esta historia y necesitaba dilucidarla.

—Aniel, yo solo conozco a tu padre a través del informe de la Estirpe —expresó aún turbado.

—Se llamaba Ronan Mitchels —prosiguió Aniel como si no lo hubiese escuchado, sumergida en sus propios pensamientos—. Y si tú dices que pertenezco a la Estirpe, entonces te diría que él también era parte de ella.

—Hace tiempo que sé que él es uno de los nuestros, Aniel.

—Era un gran psíquico —añadió aún lejana, intentando apartarse un bucle del rostro sin éxito.

—Pero tú me habías dicho que había caído en manos de Sácritos. —Y volvió a acomodarle el mechón de cabello por detrás de la oreja con tanta delicadeza como si temiera asustarla.

—Fue lo último que vi antes de escapar saltando por la ventana de nuestra casa. Pero mis sueños revelan otra realidad.

El corazón de Gabriel se detuvo. ¿Cómo mierda podría convencerla de que había un error?

—Yo jamás haría daño a alguien a quien tú amas, Aniel. Jamás. Y menos a ti, mi amor —le dijo con los ojos canela tornasolados en plata.

—Pero ¿cómo puedo creerte, Gabriel? —le contestó con un reflejo de dolor en los ojos. Ella ya no parecía ida, sino que lo miraba concentrada esperando su respuesta.

—Confianza en mí. No tengo otra defensa. —Se detuvo y respiró hondo para continuar—. Yo jamás toqué a tu padre, Aniel. Es más, nunca he matado a nadie de la Estirpe. Además, ¿cómo crees que se me puede ocurrir hacerte daño después de todo lo que hemos pasado? Te he explicado sobre mis

sentimientos con absoluta sinceridad y te los he demostrado.

—¿Entonces no conoces a mi padre, Gabriel? —preguntó ella con un hilo de voz.

—No.

—¿Jamás lo has tocado?

—Nunca.

—No puedo creerte, Gabriel. —Los ojos se le cuajaron de lágrimas—. Sé cómo funcionan mis sueños y ellos son exactos. Nunca han fallado.

—Siempre hay una primera vez, Aniel —musitó.

—¿Y si el que miente eres tú? ¿Por qué debo confiar en ti?

—Es una decisión que tienes que tomar tú. —Y la miró mostrando abiertamente su dolor, pero solo por un instante ya que, al siguiente, había desaparecido—. ¿Por qué no me cuentas sobre tu sueño? Quizás podamos dilucidarlo juntos.

—No puedo.

—Entonces me das pocas posibilidades de demostrar mi inocencia, Aniel.

—Es tu palabra contra años de experiencia acerca de la veracidad de mis sueños.

—Al menos dame el derecho a defenderme.

—No lo sé. Tengo miedo.

Gabriel le tomó el rostro entre las manos.

—Te juro por la memoria de mis padres y por el amor que te tengo que jamás he tocado a tu padre. Solo conozco su nombre y un poco de su trayectoria a través del informe de la Estirpe que llegó a mis manos, además de lo que han dicho tus propios labios. Asimismo, ¿cómo se te puede ocurrir pensar que yo planeo quitarte la vida? —Acercó el rostro rozando apenas los labios con los suyos—. Matarte sería provocar mi propio suicidio —susurró—. ¿Es que acaso no lo comprendes? ¡Por Dios! Jamás osaría poner un dedo sobre ti. Te amo y te quiero viva. —Le acarició las mejillas con las manos enormes pero suaves como el algodón—. Anhele que forjemos juntos

una familia, un fundamento, una unión *silverwalker* nueva que acredite un futuro mejor. Y para ello te necesito a mi lado, Aniel. —La besó con suavidad en los labios y susurró dentro de ellos—: Mi amor te demostrará que lo nuestro trasciende nuestros sueños y todas las profecías que puedan presentarse ante nosotros. Créeme, estoy aquí para darte vida, no para quitártela.

La miraba con tan abrumadora intensidad, sin dejar de acariciarla, que se vio sumergida en esos ojos rebosantes de amor. No pudo reprimir sus lágrimas ante el sentimiento que Gabriel le transmitía.

—¿Cómo puede ser que mis sueños hayan fallado?

—Debe haber un error en la interpretación de los mismos —escuchó que le murmuraba al oído.

—Nunca me equivoqué.

—Por lo visto, esta vez sí.

Aniel apartó la mirada de los ojos repletos de pestañas mientras se enjugaba las lágrimas. Estaba absolutamente confundida. ¿Y si en verdad sus sueños habían fallado o ella los había malinterpretado?

—No puede ser —exclamó perturbada—. Quizás tú estés mintiendo.

Le acarició las mejillas con los nudillos mientras la ayudaba a enjugar las lágrimas.

—No, Aniel. Soy un *silverwalker* y tengo juramentos hechos desde el honor. Jamás se cruzaría por mi mente hacer algo así. Tenemos una misión demasiado elevada como para usar mentiras para lograr nuestros propósitos.

—Yo... no sé, Gabriel —balbuceó apenada. En el fondo de su alma, había empezado a odiar lastimar a Gabriel. Había tal sinceridad en sus ojos y en la fuerza de sus palabras que se sentía por completo perdida. Y más aún cuando lo escuchó decirle en voz baja:

—Si me acusas, te ruego que no lo hagas sin darme derecho a una defensa. No quiero sentir que eres injusta.

Con un brillo de derrota en la mirada, Aniel dejó caer la cabeza contra la

almohada. La cabellera caía desparramada en toda su gloria y Gabriel no pudo resistirse a acariciarle una vez más los rizos miel tan suaves. Cuando Aniel giró el rostro hacia él, el cuerpo comenzó a vibrarle y los ojos a volverse como mercurio. Aún con los sentimientos fluyendo desbordados, ese era el plano en el que existía la más profunda conexión entre ellos. Pero Gabriel quería lograrlo en todos los niveles y, para ello, necesitaba que Aniel confiara en él. Conmovero por aquella imagen, murmuró:

—Si por una vez decidieras ponerte en sincronicidad conmigo, se revelaría la verdad de lo que está sucediendo entre tú y yo. Tarde o temprano tendrás que animarte a ver lo que tienes frente a ti.

Una nueva lágrima cayó por la mejilla de Aniel mientras miraba su rostro sin decir una palabra. Gabriel la enjugó con el dedo pulgar y se la puso en la boca. Ella seguía mirándolo sin pestañar, vibrando con aquel color plateado. Parecía una musa materializada de algún plano celestial. Lo impresionó la belleza y la fragilidad, pero a la vez la fuerza y la pujanza que ella irradiaba. Acarició el contorno de su cara con suavidad y antes de besarla, musitó:

—Tenemos esta oportunidad que la vida nos da, Aniel. Ayúdame a que no la desperdiciemos.

Aniel despertó sobresaltada. Abrió los ojos confundida, mirando a su alrededor. Estaba oscuro aún, pero gracias a la visión nocturna fue enfocando poco a poco lo que sucedía a su alrededor. Volteó la cabeza despacio y su respiración se detuvo. Gabriel yacía a sus espaldas, durmiendo profunda y apaciblemente cuan largo era y envolviéndola con su brazo. Respiraba con lentitud, como si estuviera en absoluta paz. Ya no sabía cuánto tiempo habían pasado internados en esa habitación, pero con seguridad tres días. No tenían suficiente uno del otro y se sentía unida a él como si fuesen imanes. ¡Feromonas!

Pero había más, todo el universo que Gabriel comenzaba a representar

para ella. Una dualidad que la desequilibraba y le hacía difícil tomar la decisión que debía llevar a cabo.

Suspiró hondo mientras lo observaba. Era hermoso. Su cabello caía desordenado por la nuca, las sienes y la frente. Las cejas eran bien delineadas y un poco más oscuras que el color del cabello. Los ojos cerrados le daban un aspecto más joven, y las pestañas eran tan largas que no podía creer que Gabriel pudiese tener algo casi femenino. Pero su fuerza masculina la dejaba sin aliento. La había hecho sentir mujer con una pasión desbordante. Y si bien trataba de ser justo y balanceado, no podía reprimir los celos y la posesividad con ella. También lo había visto luchar contra los caídos con la fiereza y destreza de todo un guerrero. Y en aquel caudal de adrenalina y testosterona, Aniel detectaba una dulzura y una ternura poco comunes. ¡Era todo tan diferente a sus sueños! Y allí estaba, al lado de ese ser que flaqueaba y atormentaba sus defensas. Uno que decía amarla y reconocerla como su compañera. Y ella...

Una punzada le golpeó el estómago. De él en verdad debería escapar o no tendría fuerzas para seguir con su existencia, de por sí demasiado complicada. Nada encajaba con lo que Gabriel le decía. En un mes cumpliría los años y con ello vendrían cambios radicales en su nueva realidad. Suspiró profundo. Encontrar a Gabriel había sido el pasaporte a la gran pesadilla de su vida, porque su corazón se estaba llenando de él.

Volvió a mirarlo, maravillada de la paz que destilaba al estar dormido con tanta profundidad. Se habían vuelto a amar con pasión un montón de veces, luego de que él le asegurara con tanta firmeza que no había matado a su padre y que jamás osaría hacerle daño a ella. Lágrimas incontenibles volvieron a descender por su mejilla. ¿Y si fuera cierto? ¿Si lo estuviera juzgando por algo que no había cometido? Eso la tornaría un ser despreciable.

Las lágrimas le parecían fuego que le quemaba las mejillas. «¡Dios!» Estaba ya tan agotada de llorar. ¡Cuánto dolía! En poco tiempo, Gabriel se le había metido debajo de la piel y era lo que la aterraba y paralizaba. Jamás había sentido algo así por alguien. Era tan diferente al amor que albergaba

por sus padres o amigos. Era diferente, absolutamente arrollador por su intensidad. Pero también cruel y letal. Porque ella se volvería vulnerable ante su verdugo, al cual estaba comenzando a amar y contra quién no podría luchar.

«*Que el macho no te atrape, hija nuestra*», recordó y sollozó una vez más, destrozada. Cuando ya no le quedaban más lágrimas que derramar, se obligó a detenerse y a respirar hondo una vez más. Había llegado el momento.

Aniel fue desprendiéndose del brazo de Gabriel y, con sigilo, bajó de la cama. No avanzaba un paso sin volverse para comprobar si Gabriel se había despertado. Se dirigió muy despacio hasta donde se hallaba la ropa, que estaba repartida por todas partes en el cuarto, recordando lo que habían vivido juntos durante estos días. Tanta pasión, tanta entrega. Ella le había mostrado cuán irremediabilmente perdida estaba por él, pero necesitaba con urgencia volver a la realidad.

Se vistió con absoluta cautela, conteniendo a cada rato la respiración. Fue hasta el ropero y corrió la puerta con infinito cuidado para poder sacar la mochila. Cuando se disponía a cerrarla, escuchó el movimiento de las sábanas. Interrumpió de inmediato lo que estaba haciendo y paralizó el cuerpo. Lo único que se atrevía a mover eran los ojos, a los que utilizaba para escanear el cuerpo fabuloso acostado sobre la cama. Esperó lo que le pareció una eternidad, pero Gabriel solo se había dado la vuelta en la cama para continuar con el sueño profundo.

El próximo paso era llegar al lugar desde dónde ella quizás podría huir. La ventana del dormitorio no se abría desde adentro, la puerta hacia el exterior estaría cerrada con la clave especial y los caminantes estarían vigilando. Así que solo existía una posibilidad.

Salió de la habitación a tientas y miró hacia todos lados con cautela. Sorprendida, se dio cuenta de que Ruryk y Triel no estaban merodeando por allí. Cruzó el pasillo en silencio hasta encontrar lo que necesitaba: la biblioteca. Allí se encontraba la única ventana de la casa que podía abrirse al exterior. En general, esa ventana, como las del resto de la casa, estaba

conectada con un sistema de alarmas que permanecía activado en forma casi permanente. Pero hacía poco, había escuchado a Gabriel gritar furioso a los demás caminantes cuando, una noche, estos se habían olvidado de activarlo. Y como Gabriel había estado ausente del trabajo y de la vida normal de la casa durante tres días por haber permanecido junto a ella, Aniel confiaba en que quizás, y solo quizás, Triel y Ruryk se hubiesen olvidado de nuevo de conectar el sistema. En caso contrario, ella debería utilizar todas las fibras de su cuerpo para huir lo más rápido posible. Gabriel dormía, por lo que tendría tiempo de sacarle ventaja. Y los otros caminantes... Sacudió la cabeza, tratando de erradicar la imagen de tenerlos a todos tras ella.

De repente, oyó voces y risas. Su cuerpo reaccionó como un relámpago y se escondió en cuclillas detrás del sofá de la biblioteca. Eran Triel y Ruryk que venían caminando, hablando y riendo por el pasillo. Parecían no estar vigilando demasiado, quizás porque suponían que Gabriel y ella seguían haciendo el amor. Esperó hasta que las voces menguaron y con sigilo salió de detrás del sofá y se dirigió a la mesa de madera ubicada en el centro de la habitación. Hurgó entre los cajones hasta que encontró lo que buscaba y lo colocó en la mochila. A continuación, se encaminó hacia las hojas del ventanal con extremo cuidado. En pocos minutos se enteraría de si había sido demasiado ilusa por creer en sus suposiciones. Conteniendo la respiración, no dejaba de mirar hacia la puerta. Sudaba gotas plateadas que le caían por las sienes, reflejo de la agónica dualidad en la que ella estaba inmersa. Por un lado, se sentía eufórica por recuperar su libertad, pero por el otro le dolía demasiado el imaginarse no volver a ver a Gabriel.

Al final, la ventana se abrió y ninguna alarma sonó. Exhaló lentamente el aire de los pulmones y se movió. Sentada en cuclillas en el alféizar de la ventana, divisó el ventanal de la habitación donde Gabriel dormía. Un dolor en el pecho volvió a oprimirla y se le humedecieron los ojos.

«Quizás en otra vida, Gabriel».

Miró hacia la inmensidad y se lanzó al hueco profundo de la oscuridad.

Capítulo 31

—¡Gabriel! —Pegó un salto, respondiendo al grito de Triel en los oídos y miró a su alrededor desconcertado. Afuera amanecía y el lado de la cama donde él yacía estaba vacío.

—¿Dónde está Aniel? —preguntó confundido. Ruryk y Triel lo miraron con los ojos abiertos y desencajados.

—Se ha ido —siseó Triel.

—¿Qué? —exclamó saltando como un gato de la cama para buscar la ropa apresurado—. ¿Cuándo, por Dios? —preguntó con el corazón martillándole a toda velocidad, mientras deslizaba la camiseta por la cabeza.

—No lo sabemos —contestó Ruryk—. Estábamos con Triel, charlando y divirtiéndonos en la oficina, hasta que decidimos ir a la cocina a buscar unas cervezas. —Gabriel no los miraba, sino que volaba de una parte a la otra de la habitación, vistiéndose con la ropa que se hallaba tirada. Durante varios días, Aniel y él se habían amado con salvaje desenfreno y el desparramo de las ropas así lo evidenciaba—. Cuando íbamos llegando —continuó Ruryk el relato—, pudimos escuchar el ruido de papeles proveniente de la biblioteca y decidimos investigar. Cuando abrimos la puerta, nos encontramos con un montón de ellos desparramados en el suelo. Habían caído del escritorio debido a una brisa de aire que entraba desde la ventana abierta. Fuimos de inmediato al cuarto en el que actualmente duermes pensando que quizás estabas allí, pero al no encontrarte dedujimos que seguías en tu habitación con Aniel. Pero aquí estamos y ella tampoco está contigo.

—¿Revisaron el resto de la casa? —preguntó, mientras se calzaba las zapatillas deportivas.

—Se ha escapado, amigo. Lo siento —se lamentó Ruryk.

—Pero ¿y la alarma, carajo? —gritó Gabriel pasándose las manos por la cabellera desordenada.

—Me temo que no la pusimos anoche —respondió Ruryk con gesto de culpabilidad. Gabriel los miró desencajado.

—¡Imbéciles! —tronó furioso y se dirigió de inmediato al armario y se enfundó sus pistolas y navajas.

—¿A dónde vas? —preguntó Triel—. Nosotros iremos contigo.

—Voy solo. Ustedes cuiden la casa.

—¿Y si hay caídos afuera? ¿Cómo lucharás sin ayuda?

—Asumo el riesgo —. Y sin decir una palabra más, salió a toda prisa tras las huellas de Aniel.

Hacía una hora y media que Aniel había abandonado la guarida de los *silverwalkers* y corriendo sin parar había llegado a una población, desde donde confiaba poder tomar algún medio de transporte a Buenos Aires. ¿De cuánto dinero se había apropiado? Buscó en la mochila y contó los billetes que de milagro había encontrado y robado del cajón de la mesa de la biblioteca. Esperaba que fuera suficiente.

Recorrió las diferentes partes del pueblo, pero había muy poca gente en la calle. Preguntó cómo podía llegar a Buenos Aires y mientras unos no sabían, otros le explicaron que allí no había un sistema de transporte, por lo que tendría que pagar a algún camionero para que la llevara a Ibicuy, donde existía una terminal de ómnibus desde donde podría tomar uno que la condujera hacia Buenos Aires.

Ibicuy. Ya una vez había logrado escapar desde ese lugar y confiaba poder hacerlo de nuevo, pero esta vez sin que la atraparan. Preguntó a diferentes personas sobre la posibilidad de encontrar algún camionero disponible, y la mayoría le sugirió hablar con un tal Carlos Rodríguez. Una joven muy amable, que salía de una panadería, se ofreció a escoltarla hasta la casa en la que el señor Rodríguez vivía y le deseó buena suerte antes de desaparecer.

Aniel tocó el timbre. Eran las siete de la mañana, y rogaba que alguien de la casa estuviese levantado. Volvió a llamar, impaciente, y al cabo de unos minutos abrió la puerta una mujer, que la miró con expresión de pocos amigos.

—¿Sí? —preguntó hosca.

—Perdón, señora. Busco al señor Carlos Rodríguez. Necesito alquilar sus servicios para que me lleve a la ciudad de Ibicuy.

La mujer cambió el semblante de la cara al instante y una sonrisa la iluminó.

—Por supuesto. Espere un momento, que enseguida viene mi esposo.

La mujer se perdió en el interior de la casa, gritando el nombre del marido. Al poco rato salió un hombre de pelo oscuro, medio grasiento, y bigotes importantes. Se estaba vistiendo con una camiseta blanca sin mangas que venía colocándose por encima del pantalón. Aniel le explicó rápidamente lo que necesitaba y el hombre aceptó gustoso llevarla por un valor acorde al dinero que ella disponía. Luego de darse la mano para cerrar el trato, el hombre la invitó a pasar a la casa. Aniel respiró hondo y entró.

—Póngase cómoda, señorita. Vengo en un momento —dijo Rodríguez señalando un sofá de colores chillones que resaltaba en la sencilla habitación.

—Gracias —contestó Aniel con una sonrisa mientras lo observaba desaparecer. No se sentó, sino que fue hacia la ventana para observar el exterior a través de las cortinas, alerta a la posible llegada de algún caído o de Gabriel.

Era agradable observar a los niños ir a la escuela y a la gente dirigirse a sus trabajos. Algunas mujeres volvían apresuradas con pan recién comprado hablando alegremente entre ellas. Otros rostros se mostraban más adustos, sumergidos en sus propios pensamientos, y una pareja de perros de la calle jugaba muy entretenida, indiferente a los coches y a la gente. Aspiró hondo otra vez. El día prometía ser soleado y muy caluroso.

En medio de su abstracción, captó la vibración de las manos y el olor tan deseado que impregnaba su nariz. Absorta, contempló a Gabriel aparecer

delante de su vista, manejando un *jeep* a muy baja velocidad y con la cabeza orientada en dirección hacia la casa de Rodríguez. Llevaba puestos unas gafas de sol que lo hacían lucir siniestro. Aniel se apartó de la ventana de un salto y apoyó la espalda contra la pared, mientras el corazón le galopaba a toda velocidad. ¡Él estaba allí! Sacudió la cabeza, desesperada porque debía irse de inmediato.

—¡Señor Rodríguez! —llamó apremiada hacia la dirección donde el hombre había desaparecido.

—Espéreme un minuto —respondió este desde el interior y por la manera en que la voz retumbaba, supuso que se hallaba en el baño.

—¡Necesito irme ya!

Pero Rodríguez no volvía.

—¿Dónde tiene su camión? —insistió levantando un poco la voz para que el hombre la pudiera escuchar.

—A una cuadra de aquí. Podemos salir por detrás de la casa y vamos a la gasolinera que queda acá a la vuelta nomás. Mi camión está aparcado allí, cargado con jaulas de gallinas que debo entregar hoy. —Apenas el hombre había dejado de hablar, lo escuchó tirar de la cadena del baño.

«Detrás de la casa. Camión cargado con jaulas de gallinas», repitió de memoria. Esa era la información que ella necesitaba para evitar a Gabriel.

Se asomó de nuevo a la ventana, sigilosa, con las cortinas de por medio y con el corazón golpeteándole frenético. Quizás Gabriel había continuado su camino. Pero, desesperada, lo vio estacionar el *jeep* delante de la puerta de la casa. Seguramente él sabía que ese hombre alquilaba camiones y había adivinado su estrategia.

Al instante siguiente, el timbre de la casa de Rodríguez retumbó amplificado, haciendo eco en sus oídos. Y luego una sarta de golpes atronó contra la puerta.

—¡Rodríguez! —gritaba Gabriel—. ¡Sé que ella está aquí!

El aludido apareció a toda velocidad trayendo una llave en la mano, con

certeza del camión.

—Pero por el amor de Dios, ¿qué pasa? ¿Qué son esos gritos?

Junto a él iba su mujer, también preocupada ante los golpes que azotaban la puerta de la casa.

—Espéreme, señorita —pidió Rodríguez apresurado mientras dejaba la llave sobre la mesa del comedor. Pero Aniel lo interceptó en el camino, poniéndose entre él y la puerta.

—Necesito irme ya, señor Rodríguez.

—Pero señorita...

El timbre volvió a sonar y con él los golpes que arreciaban.

—Escúcheme —insistió Aniel mirando también a la mujer—. ¿Por qué no deja que su mujer atienda la puerta y me lleva a mí a Ibicuy? Ese tipo de ahí afuera me está acosando.

Aniel sabía que Rodríguez podía captar su desesperación, pero no le importó. Estaba al borde de ser atrapada de nuevo por Gabriel y necesitaba contar con cualquier estrategia que la alejara de él. La mujer esperaba impaciente.

—Mire, tome... —Y sacó con urgencia de la mochila una cantidad extra de dinero, que colocó en las manos de Rodríguez—. Vámonos por atrás.

Aniel lo miraba con tal intensidad que no dejaba lugar a dudas de que hablaba en serio. El timbre sonó de nuevo. Rodríguez dudó, pero al final, y sin dejar de mirar a Aniel, susurró:

—María, atiende tú la puerta, por favor. Yo tengo que llevar a esta señorita a Ibicuy.

—Está bien —respondió la esposa mientras se refregaba las manos con un repasador.

—Por favor —suplicó Aniel a la mujer—. Espere unos minutos. —Y a continuación, miró a Rodríguez. Aniel sabía que tenía unos pocos segundos antes de que María abriera la puerta y hablara con Gabriel—. ¿Vamos? —preguntó con urgencia sin dejar de mirar al hombre.

En medio de los golpes y gritos de Gabriel, Rodríguez con expresión adusta le ordenó:

—Adelántese. Busco mi sombrero y la alcanzo. Salga por detrás.

Y sin darle lugar a nada, desapareció una vez más en el interior de la casa.

«¡Dios!». Este tipo sí que era lento. Aniel observó a María, que se dirigía hacia la puerta, por lo que perdió la paciencia y actuó. Con agilidad y velocidad, tomó las llaves de la mesa sin que la esposa de Rodríguez se diera cuenta y se las puso en el bolsillo del pantalón. Rogaba que fuesen las del camión. Cuando la mujer ya tenía la mano sobre el picaporte, Aniel le rogó.

—Por favor, deme dos minutos. —Sin detenerse ni esperar una respuesta, salió corriendo como una saeta hacia el fondo de la casa, atravesando un largo pasillo que comunicaba con una cocina y, a continuación, con el jardín. Su futuro dependía de los minutos que la mujer le otorgara. Si era que lo hacía.

«¡Madre María Santísima!», exclamó para sí. Se estaba robando el camión del pobre Rodríguez.

Escuchó, a sus espaldas y a lo lejos, que María se enzarzaba en algún tipo de conversación acalorada con Gabriel, cuyas voces iban alejándose conforme Aniel aumentaba la distancia de ellas. María había abierto la puerta casi de inmediato. «Maldita», pensó.

Gabriel detectaría enseguida que ella ya no estaba en la casa, por lo que aumentó la velocidad hacia la gasolinera. Encontró el camión de inmediato, ya que era el único que estaba cargado con las jaulas con gallinas. Se subió a toda prisa, colocó la llave esperando que fuera la correcta y, cuando esta giró sin chistar, agradeció a Dios. Le dio arranque dos veces al motor y el enorme bártulo inició su quejido. Sin mirar atrás, Aniel salió a toda marcha camino hacia Ibicuy.

—¡Cálmese, por favor! —María alzaba la voz al hombre enorme que se

hallaba del otro lado de la puerta y que la miraba con una expresión casi descompuesta. Parecía retorcer un par de lentes entre los dedos.

—¡Déjeme pasar, por favor! Sé que ella está aquí. Mi nombre es Gabriel Trost y soy el marido de esa mujer que ha huido de mí a la madrugada.

Sabía que no todo era verdad, pero necesitaba que esa gente lo ayudara. Había ido a la casa de Rodríguez imaginándose que Aniel lo buscaría para alquilarle su camión y, al descender del vehículo, lo había excitado el olor a rosas que tanto conocía. Ella estaba en el interior de esa vivienda.

—Disculpe, pero...

Gabriel observó a la mujer que tragaba con dificultad y abría los ojos como dos huevos cuando se quedó mirando la cantidad de billetes que Gabriel extendía ante ella. Saliendo de su trance, la mujer sonrió jubilosamente.

—Adelante, es toda suya.

—Gracias, señora.

Antes de correrse de la puerta para que Gabriel pudiese pasar, María había tomado con rapidez el enorme fajo de billetes mientras vociferaba:

—¡Viejo! ¡Otro cliente!

Gabriel percibió enseguida que el olor de Aniel iba desapareciendo.

—¡Carlos, soy Gabriel! ¿Dónde está la mujer? —gritó, mientras trataba de olerla de nuevo. Rodríguez apareció con el sombrero puesto y expresión desconfiada.

—Señor Gabriel, gusto de verlo.

—Dime dónde está ella —ordenó con cara de pocos amigos. Rodríguez y la mujer quedaron paralizados ante el tono de voz imperativo—. O me lo dices o empiezo a buscarla yo mismo. No me importa cuánto tendré que pagarte, pero nada me detendrá —siseó mientras abría las aletas de la nariz tratando de percibir el aroma de Aniel. Y se dio cuenta de lo que temía—. Ya no está aquí. ¡Mierda! —bramó y giró para salir a toda prisa hacia el jardín. De allí provenía lo que aún quedaba de su fragancia.

—¡Espere, señor Gabriel! —exclamó Rodríguez por detrás, pero Gabriel no se detuvo. Adivinó de inmediato que Aniel huía hacia la gasolinera. Se volvió hacia Rodríguez, que venía corriendo tras él, pero a gran distancia.

—¿Cómo es tu camión? —preguntó a toda voz.

—Normalito. Busque las jaulas de gallinas...

Gabriel no se detuvo esperando que terminase la frase. Salió disparado hacia la gasolinera, a la cual llegó en unos pocos segundos. Buscó frenético entre los camiones, pero el olor se había esfumado. Supo de inmediato que el camión ya no estaba y que Aniel era la responsable.

Maldiciendo por lo bajo, regresó a toda velocidad hacia el *jeep*. Rodeó la esquina en un suspiro y se montó como un bólido en el vehículo. Cuando iba a apretar el acelerador para salir a toda velocidad, divisó a Rodríguez que venía hacia su dirección, montado en una bicicleta. Venía como un loco, con el rostro desencajado.

—¡Se ha llevado mi camión y mis gallinas! —vociferaba desesperado.

—Vamos para Ibicuy, Rodríguez. ¡Ya! —ordenó Gabriel.

Hacía veinte minutos que Aniel manejaba y faltaba muy poco para llegar a Ibicuy. Iba a toda la velocidad que el camión de Rodríguez le permitía sin dejar de mirar a cada instante por el espejo retrovisor asegurándose de que Gabriel no iba tras ella.

La idea de Aniel era dejar estacionado el camión en la terminal de ómnibus con la llave puesta, rogando que nadie le robara a Rodríguez ni el bendito camión ni sus gallinas. Se subiría al primer vehículo que saliera a Buenos Aires y, para ello, necesitaba confiar en que Gabriel estuviera demorado. Se sentía con cargo de culpa por los Rodríguez, pero las circunstancias la habían obligado a arrastrar a otras personas en el camino. Y eso no le gustaba nada.

Finalmente se topó con el cartel que anunciaba la entrada al municipio de Ibicuy. Aniel sonrió. Estaba cerca de la ansiada libertad.

«¿Ansiada?», se preguntó. Tragó en seco, sabiendo que debía eliminar las imágenes del hombre que la hacía anhelar sentirse abrazada y besada. Con determinación, apretó el acelerador a fondo e ingresó a Ibicuy a toda velocidad. Divisó a un hombre sentado sobre una motocicleta aparcada y disminuyó la marcha para detenerse a su lado y preguntarle por la estación de ómnibus. El hombre le explicó con detalle el recorrido y, luego de agradecerle con una hermosa sonrisa, Aniel salió a toda marcha.

Este municipio no era muy grande, pero a veces sus calles eran muy transitadas. Ya lo había notado la vez que había escapado de la disco en uno de los *jeeps* de los caminantes. Hoy había muchos camiones y camionetas que iban y venían, entorpeciendo el tránsito.

Aún faltaba un rato para llegar a la estación, cuando avistó por el espejo retrovisor el *jeep* de Gabriel, que bajaba a toda marcha por el camino que ella había tomado. A su lado venía Rodríguez con el sombrero puesto. Maldijo por dentro. El *jeep* de Gabriel era más poderoso que el viejo camión de Rodríguez, por lo que la habían podido encontrar rápido. Aun así, el camión era de tamaño bastante chico, así que era factible manejarlo con cierta agilidad. Aniel pensaba en las pobres gallinas que se habrían visto sacudidas ante semejante carrera y volvió a sentir un terrible sentimiento de culpa. Pero lo erradicó presionando el acelerador a fondo.

¿A dónde iría? Si iba a la estación de ómnibus, Gabriel la detendría de inmediato. Ya debía saber que esa había sido su intención desde el principio. Mientras pensaba qué hacer, se topó con un viejo camión que iba en la misma dirección que ella cerrándole el paso al ser la calle bastante angosta y de doble mano. Encomendándose a Dios, se lanzó a pasar el maldito vehículo. Al mirar por el espejo vio a Gabriel que venía a toda velocidad concentrado en su manejo. Rodríguez gritaba y gesticulaba a su lado, con certeza mortificado por la seguridad de su camión y las gallinas. De repente, apareció de frente un auto, que empezó a tocarle bocina desesperado, ya que el choque

sería inminente. Pero el trasto al que Aniel intentaba pasar logró hacerle un espacio al correrse a un lado con una maniobra ágil. Gracias a ello, Aniel logró adelantarse a toda velocidad, aunque no sin evitar tocar el costado de la parte delantera del coche que venía en dirección contraria. Oyó el *crash* de los metales.

Otra vez utilizó el espejo y, en medio del polvo, divisó que el coche quedaba detenido y atravesado en medio del camino, mientras que el camión que le había dado lugar paraba en medio de la calle, con seguridad para ayudar a su conductor. A su vez, Gabriel y Rodríguez habían quedado detenidos, obstaculizados por los vehículos.

Continuaba a toda marcha, pensando en qué hacer a continuación, cuando alcanzó a ver que Gabriel montaba con su *jeep* a la acera para traspasar el atolladero. Algunas personas gritaban y señalaban con los brazos al *jeep* y también en dirección a ella. ¡Ese tipo era imposible!

Aniel maniobró por diferentes calles, algunas pavimentadas y otras cubiertas de broza, hasta que antes de doblar por una esquina, pudo detectar el polvo que levantaba el *jeep* de Gabriel. Alcanzó a verlo un par de veces con los cabellos alonados que se agitaban por el viento y la velocidad, dándole un aura de hombre concentrado en atrapar a su presa.

Gabriel había logrado ganar terreno y casi le pisaba los talones. Comenzó a hacerle señas de luces con el *jeep* y a tocarle bocina. ¿Pensaba que ella se detendría? ¿Todavía no se había dado cuenta de cuán empecinada podía ella llegar a ser?

Mientras seguían enzarzados en la persecución, apareció de súbito un autobús sin pasajeros que parecía descompuesto y que estaba parado en medio de la calle con una camioneta detenida a su lado, pero en el sentido contrario.

—¡Ahora esto también! —gritó Aniel golpeando el volante con los brazos. Tuvo que parar en seco rezando por que las jaulas siguieran en su lugar. Cuando se detuvo abruptamente, Gabriel tuvo que hacer lo mismo. Este se bajó con agilidad del vehículo y fue hacia ella. Aniel levantó el vidrio con

rapidez y trabó las puertas mientras Gabriel golpeaba la ventanilla ordenándole que bajara. Aniel lo miró llena de rabia y, de un movimiento, puso marcha atrás y embistió contra el *jeep*. Escuchó a Rodríguez gritar exasperado, pero Aniel lo estaba aún más. Volvió a la carga, provocando que las chapas del frente del *jeep* se doblasen y abollasen al compás del ruido de los hierros que se retorcían. Gabriel se había subido al costado del escaloncito de su puerta e intentaba mantenerse en pie haciendo equilibrio, a la vez que le gritaba que se detuviera. Pero la bravura de los gritos la llenó aún más de rabia. Sin obedecer, puso marcha adelante y atrás en un mismo intervalo de tiempo, arremetiendo de nuevo contra el *jeep*. Con los movimientos de las estocadas, Gabriel perdió el equilibrio, pero logró mantenerse aferrado al camión. Aniel miró hacia los costados y divisó un hueco entre el autobús detenido y las casas que se perfilaban en la acera. No lo dudó y, tal como Gabriel lo había hecho antes, se lanzó con el camión sobre la acera. Al darse cuenta de su intención, Gabriel se arrojó a un costado ya que no había espacio para el cuerpo de él en aquel hueco. En un primer momento, el vehículo de Rodríguez quedó atascado entre el ómnibus y las casas. Aniel intentó avanzar, al mismo tiempo que escuchaba gritos y golpes a la carrocería, sin éxito. Giró las ruedas y puso marcha atrás y adelante varias veces hasta lograr el ángulo adecuado en la dirección. Ello le permitió desencajar el camión de Rodríguez, aunque no sin antes sentir una vez más el ruido a metales retorciéndose. Y a continuación, pisó el acelerador a fondo, dejando a Gabriel y a Rodríguez atrás.

Antes de doblar la esquina, divisó a Gabriel corriendo por detrás del autobús y la camioneta, seguro que con la intención de subirse al *jeep*. Tal como sospechaba, al instante la nariz del *jeep* se asomaba a través del mismo hueco que ella había utilizado.

Mientras trataba de concentrarse otra vez en el camino, aparecieron de una calle vecina dos camionetas Big Cherokees, que se atravesaron por delante de ella. Paró en forma abrupta, consciente de la repentina vibración de su cuerpo, el ardor espantoso de las manos y un poderoso deseo de vomitar.

Observó descender de los vehículos a cinco tipos con chaquetas de cuero negro y gafas de sol, armados hasta los dientes. Caídos.

Desesperada, miró hacia atrás, pero no divisó el *jeep* de Gabriel. Intentó pasar por el costado de las camionetas, pero cinco armas de fuego de gran tamaño apuntaron de inmediato hacia ella.

La carrera había llegado a su fin.

Volvió a mirar por el espejo retrovisor, pero Gabriel había desaparecido. No podía creer que una vez más estuviese a merced de esos sujetos. Los hombres se dirigieron hacia ella con lentitud, sin dejar de apuntarle ni quitarle la mirada de encima (lo supuso), ya que llevaban esas gafas de sol tan horribles). Le hicieron señas para que bajara. Al abrir la puerta de su lado, Aniel la azotó con todas sus fuerzas contra el cuerpo del tipo parado cerca de ella. Escuchando una maldición y un sonido gutural de dolor, lo vio caer de rodillas al suelo. Sin demora, se bajó raudamente del camión para dirigirse hacia la parte trasera, pero dos caídos enormes aparecieron ante ella apuntándole. Mientras se iban acercando como panteras, escuchó desde su espalda la voz que habría querido evitar el resto de su vida. Los huesos se le calaron de frío al oírla.

—¡La quiero viva y sin daño!

Aniel cerró los ojos mientras sus manos parecían dos brasas por la vibración aguda que emitían. No podía ser. Él otra vez no. Permaneció con los ojos cerrados lo que le pareció una eternidad, incapaz de atreverse a abrirlos y volver a ver el rostro del que había escapado durante años.

Todos los sentidos cobraron vida de manera extraordinaria mientras escuchaba los pasos pesados acercarse. Captó el aroma siniestro de aquel cuerpo, la frialdad que lo envolvía como un manto y su falta de cordura. Abrió los ojos de golpe y giró sobre los talones. Ante sí se alzaba la figura descomunal, majestuosa del sujeto que tanto detestaba. Sácritos.

Paralizada y sin poder quitarle los ojos de encima, lo contempló acercarse a ella con el cabello oscuro y largo, los ojos demoníacos y la piel acerada. Y esa sonrisa triunfadora.

Los ojos de Aniel se llenaron de lágrimas. ¡Cómo hubiera deseado tener una navaja para cortarlo en tres pedazos! La miraba como poseído, preso de su propia locura. No dejaba de sonreírle y recorrerle el cuerpo con ojos lascivos mientras se detenía a solo unos pasos de ella.

—Atentos, que esta gata araña.

Los demás caídos rieron ante el comentario de su jefe, pero los cuerpos se tensaron aún más que antes. Sácritos les acababa de avisar que ella podría intentar escapar a costa de lo que fuera. Y de repente se sintió muy chiquita ante este hombre tan enorme. Pero lo más temible era su perversidad, que no tenía límites. Sácritos comenzó a caminar en círculos a su alrededor, sin dejar de observarla y reírse. Aniel no podía articular ningún movimiento. Parecía una estatua de cera.

—Vaya, vaya, querida Aniel. Has crecido y te has transformado en toda una hembra.

Sácritos la miraba hambriento, como si estuviese tratando de violarla con las pupilas. Continuó caminando rodeándola, hasta que alargó la mano y le tomó la punta de un mechón de cabello para fregarlo con suavidad entre los dedos.

—Es como la miel —susurró el gigante.

Aniel reaccionó al instante y se sacudió, apartando los cabellos del contacto de aquella mano.

Gabriel maldecía en voz baja, mientras permanecía escondido en la esquina. En plena persecución de Aniel, había sido testigo de la llegada de las camionetas y la encerrona en la que ella había caído. Él había detenido el vehículo para dar marcha atrás de inmediato y esconderse. No solo debía proteger a Rodríguez de un inminente asesinato, sino que también necesitaba ganar un poco de tiempo para pensar en la manera de salvar a Aniel.

Agradecía haber aplacado a Rodríguez, histérico por su camión,

prometiéndole rescatar las gallinas, el vehículo, y pagar todos los gastos de reparación. Al menos, el hombre seguía sentado en el *jeep*, mudo, y mirando con detenimiento los movimientos de Gabriel. Le hizo señas de permanecer en silencio con el dedo en la boca, ante lo cual Rodríguez asintió.

Gabriel se sentía enfermo de furia y frustración desde que sus amigos lo habían despertado para gritarle en la cara que Aniel había huido. ¡Joder! Lo había hecho después de que él y ella se hubiesen amado como desafortunados durante tres días. Había intentado por todos los medios lograr que ella creyese en él, pero era evidente que no lo había logrado. Le había cacheteado sus sentimientos en la cara al huir. Pero en el fondo, sentía que aún había esperanza de que no todo estuviese perdido. En esos tres días de infinita entrega, la había sentido muy cerca de él. ¡No podía estar tan equivocado! Además, y a pesar de todo, él podía comprenderla. Aniel venía escapando de una cruel pesadilla, en la cual había sido despojada de su gente amada, y no se atrevía a depositar su amor en manos de nuevas personas que podrían quererla de verdad. Como él.

Por eso él tendría que luchar contra años de desconfianza, de soledad e inseguridades que a esa altura se habían transformado en parte de la identidad de Aniel. Y no sería fácil. Pero así y todo, estaba seguro de que había logrado resquebrajar algunos de los muros de sus defensas. Aunque necesitaba más tiempo y más hechos para demostrárselo.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando vio a Sácritos tomar el pelo de Aniel entre los dedos. Un sentimiento feroz de territorialidad estalló dentro de él y gruñó por lo bajo. Odiaba a ese hijo de puta, que quería a su mujer con fiera intensidad. Lo olía. Era un reto al propio Gabriel y no se detendría hasta rescatar a Aniel de manos de esa mierda. Sácritos se había ganado un rival implacable y no pararía hasta eliminarlo de sus vidas, no solo por la lucha que los caídos y los *silverwalkers* mantenían desde hacía siglos, sino también por el amor que él sentía por la mujer que el maldito buscaba arrebatarse.

Apenas logró apartar los cabellos de los dedos de Sácritos, las manos poderosas de este la tomaron con fiereza de los hombros. Aniel intentó con desesperación librarse de ellas, pero lo único que logró fue que el dolor terrible en los hombros aumentara. La risa asesina de Sácritos y de los demás caídos en los oídos le dio mayor coraje. Intentó patearlo y rasguñar, pero no logró moverlo ni un centímetro. En medio de sus propios gritos y las risotadas de los caídos, escuchó el estallido de balas que pasaron silbando cerca de sus oídos. De inmediato, las risas se detuvieron para dar paso a gritos y corridas. Aniel intentó huir, pero los brazos vigorosos de Sácritos, que la envolvían desde atrás, se lo impedían. Intentó zafarse del encierro de acero, pero la solidez del gigante era pavorosa. Como aquella vez. Y Aniel gritó con todas sus fuerzas.

Gabriel oyó el grito desesperado de Aniel. Sácritos la tenía atrapada e intentaba subirla a una de las camionetas. Miró a Rodríguez.

—¡Váyase con el *jeep* y protéjase! —le ordenó.

Dicho esto y con un ágil movimiento, Gabriel saltó hacia arriba sin esfuerzo y cayó sobre la terraza de la casa que se erigía a su lado, con un Rodríguez que lo miraba con la boca abierta. Corrió en zigzag por la terraza y desde allí descargó el arsenal de armas sobre los cinco caídos, que se resguardaban detrás de una de las camionetas y respondían con toda furia contra él. Observó por el rabillo del ojo que Sácritos seguía luchando con Aniel y parecía tenerla casi a su merced. Contaba con muy poco tiempo, ya que pronto el malnacido lograría reducirla.

Disparó sin respiro a las gomas de la camioneta en la que se resguardaban los caídos, hasta que las llantas estallaron, inutilizándola. No podía disparar a la otra camioneta, debido a que Aniel seguía peleando con Sácritos y disparar podría significar lastimarla.

De súbito, vio a uno de los caídos sacar una *bazooka* del vehículo y

apuntarla directo hacia él. Maldiciendo, Gabriel corrió a toda velocidad y saltó con destreza a la terraza de la casa de al lado, justo cuando las paredes de la primera estallaban hacia todas direcciones. Gabriel contestó con otra barrida de pistolas, cuidando de no tocar a Aniel. En medio de la escaramuza, y sin esperarlo, la vio liberarse de Sácritos y salir corriendo a toda velocidad. Sácritos iba tras ella mientras lo oía gritar a sus hombres impartiendo nuevas órdenes. Ese era el momento de atrapar a los desgraciados y confiaba en que la rapidez de Aniel la alejara de Sácritos.

Gabriel corrió en paralelo a la dirección en la que corría Aniel, saltando las diferentes terrazas que se interponían a su paso y esperando que los cuatro tipos salieran de su escondite para ir tras él.

Y así fue. Los caídos iban por detrás, desparramados en diferentes posiciones y lanzando una nueva lluvia de balas contra él. Gabriel saltaba y rodaba por los techos en todas direcciones, haciendo uso de la agilidad y rapidez propias de la casta, dificultando que las balas de los enemigos dieran en el blanco. De repente, giró sobre los talones y apuntó a tres caídos que tenía a la vista. Una ráfaga de balas salió disparada de sus pistolas, lo que provocó que los tipos cayeran inmóviles sobre el pavimento. Se abalanzó al suelo, cuidadoso de los otros dos que faltaban. Abrió las aletas de la nariz al olerlos. Estaban escondidos detrás de las paredes de distintas viviendas. Pero en ese momento primaba rescatar a su señora álmica.

Apenas se lanzó a toda carrera tras Aniel y Sácritos, escuchó el estruendo de nuevas balas que pasaban a toda velocidad y muy cerca de su cuerpo. Los otros dos caídos habían salido de su agujero y venían tras él. Ante ello, Gabriel se elevó con otro poderoso salto hacia arriba y desde el aire descargó sus pistolas sobre los dos cuerpos que, al instante, caían inútiles al suelo. Apenas tocó pie en el asfalto, Gabriel giró sobre los talones y se encontró con la cruda realidad.

Sácritos aferraba a Aniel con un brazo sobre su pecho y con el otro sujetaba una navaja sobre su garganta. Ambos lo miraban detenidamente, uno con la rabia de la muerte y la otra con desasosiego. Se quedó paralizado, sin

mover un músculo de su cuerpo, pero apuntando con las pistolas al maldito.

—Si sigues insistiendo, la mato aquí mismo y delante tuyo —siseó Sácritos mientras sonreía y mostraba los dientes que parecían colmillos.

—No lo harás, maldito cabrón. La quieres para ti.

—Haz la prueba y veras.

Manteniéndola aferrada, Sácritos alzó a Aniel a unos centímetros del suelo y comenzó a llevarla hacia la camioneta. Aniel miraba a Gabriel sin apartar la vista de él.

—¡Mátalo! —exclamó en una orden. Pero la adrenalina de Gabriel lo mantenía frío y distante. Las palabras de Aniel habían sumado una mayor dosis y tenía que pensar con cautela. Sabía que si intentaba matar a Sácritos, este podría descargar su furia sobre ella, por lo que debía esperar algún error que cometiera.

Los dos se miraban con odio.

—¡Mátalo! —repitió Aniel desesperada, pero Gabriel no le contestó. Seguía los movimientos de Sácritos con los ojos como si fueran un escáner, sin dejar de apuntarle. Cuando el tipo llegó al lado de la camioneta y abrió la puerta del acompañante, surgió de la nada el aparatoso bramido del camión de Rodríguez, que venía a gran velocidad, a los tumbos y cargado aún con las gallinas. En un segundo de distracción de Gabriel, al ver que Rodríguez se exponía a ser asesinado, Sácritos tiró a Aniel dentro de la camioneta y esta cayó sobre el asiento del acompañante.

Gabriel disparó, pero Sácritos había adivinado su intención. Agachado, le lanzó una navaja directo al corazón, que Gabriel esquivó tirándose al suelo y rodando sobre su cuerpo. En ese momento llegaba el camión de Rodríguez, que frenó quejumbroso al lado de Gabriel, protegiéndolo. Si bien la heroica acción de Rodríguez lo había ayudado, significó también darle a Sácritos nuevos segundos para lograr cerrar la puerta, subirse a la camioneta y partir a toda velocidad.

Gabriel salió corriendo a toda carrera por detrás del vehículo, que circulaba zigzagueando. Adivinó que Aniel atacaba a Sácritos en el interior.

Esa mujer era inquebrantable.

Gabriel redobló sus esfuerzos mientras Rodríguez manejaba por detrás. Logró subirse por la parte trasera del vehículo y fue trepando a la camioneta en su vaivén. Sudando, llegó al techo y gateó para tratar de llegar a la ventanilla de Sácritos. Una ráfaga de balas salió escupida desde el interior de la cabina hacia él, muchas de las cuales dieron en el blanco. Con el cuerpo dolorido Gabriel cayó, como una cortina que se desengancha de un lado de sus sujetadores, al costado de la ventanilla de Sácritos con un brazo aferrado al techo. Tomó envión con las piernas, tratando de nuevo de llegar hasta donde estaba el desgraciado. Su cuerpo le quemaba por la cantidad de balas que habían quedado incrustadas en él. Cuando por fin pudo llegar al lado de Sácritos, intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con traba. Como el vehículo tenía vidrios polarizados, no podía arriesgarse a disparar por temor a herir a Aniel así que, con las fuerzas que aún le quedaban, incrustó un puño sobre la ventanilla que explotó en mil pedazos.

Por detrás de la cara de sorpresa de Sácritos, yacía Aniel desmayada con la cabeza apoyada sobre el vidrio de la ventanilla de su lado. Furioso, Gabriel propinó un puñetazo en la cara enorme del caído, destrozándole un costado del rostro. Sangrando, Sácritos le apuntó con una pistola, pero Gabriel logró derribarla de una palmada y la hizo caer al piso de la camioneta. Con un grito de rabia, se abalanzó sobre el cuello de su enemigo quién, a la vez que manejaba con una mano, trataba de golpearle la cara con el puño de la otra. Gabriel introdujo parte de su cuerpo por la ventanilla. El cuerpo le ardía del dolor, pero lo único que le importaba era rescatar a Aniel. Los ojos y el cuerpo de Gabriel despedían el brillo metálico del mercurio mientras Sácritos chorreaba sangre por la nariz y la boca. En medio de la batalla entre ellos, el caído logró sacar otra navaja que tenía bajo la chaqueta. Gabriel la vio e intentó frenarlo, sujetándole la muñeca con la mano, pero Sácritos logró desviar la navaja no sin antes rasgarle profundamente la mano. Agobiado de dolor, Gabriel volvió a tomarlo del cuello, no sin antes sentir cómo el arma le cortaba el antebrazo. Lleno de ira y con las pocas fuerzas que le quedaban por

la pérdida de tanta sangre, Gabriel logró tomarlo de la muñeca de la mano que atacaba y ambos volvieron a forcejear embravecidos. Gabriel logró introducir el cuerpo aún más en el interior de la cabina de la camioneta hasta que Sácritos le propinó un frentazo que lo aturdió. Aprovechando su confusión, percibió cómo la hoja afilada se incrustaba muy hondo en su corazón. Gabriel cayó del camión con toda la fuerza del peso de su cuerpo.

Sácritos miró a través del espejo retrovisor de la camioneta al tipo que manejaba el puto camión y que había parado de golpe para recoger el cuerpo del caminante. Sonrió. Se había sacado de encima a este cabrón. Por ahora. No lo había matado, pero le llevaría unas horas reponerse. Era el tiempo que él necesitaba. Miró a Aniel y un brillo de deseo destelló en sus ojos.

Con una mueca irónica en los labios, aceleró y se perdió en medio del polvo.

Abrió los ojos lentamente. El cuerpo le dolía y se sentía pesado. No lograba enfocar con nitidez, y solo veía figuras difusas que se acercaban a su cara. Tardó un rato en darse cuenta de que yacía en su cama rodeado de los otros *silverwalkers*.

—Así que has vuelto —dijo la voz de Ruryk desde un costado de la cama.

—¿Cómo te sientes, viejo? —interrogó Triel desde el otro lado de la penumbra.

—¿Aniel? —Apenas Gabriel preguntó, vio que Ruryk y Triel se miraban sin emitir una palabra. De repente recordaba todo: la pelea contra Sácritos y su caída al pavimento cuando había intentado rescatar a Aniel—. ¡Se la llevó el hijo de puta! —exclamó y, al moverse, fue consciente del dolor profundo en el cuerpo, que se cobraba el maltrato al que había sido expuesto en la lucha.

—Rodríguez fue testigo de lo que pasó, Gabriel. Él te trajo aquí y nos ha explicado lo que ha sucedido. Sácritos, en efecto, se llevó a Aniel —explicó

Triel con voz pausada.

Gabriel cerró los ojos no sin antes emitir una fuerte maldición con mucha rabia. Sácritos había logrado atraparla. La persecución de siete años había llegado a su fin para ese cabrón. Pero él no se la haría fácil. Saldría tras ella y la recuperaría.

Gabriel apartó la colcha que lo cubría e intentó levantarse, pero Triel se lo impidió colocando un brazo sobre su torso, aunque sin tocarlo.

—Aún no, Gabriel. No estás fuerte. Debes esperar unas horas más. La reparación de tu cuerpo está ocurriendo a la velocidad adecuada, pero necesitas descansar un poco más para que estés en plena forma para enfrentar lo que se viene.

—Aniel está en manos de ese asesino, Triel. No esperaré ni un minuto más. —Se levantó de la cama como si las sábanas lo repelieran. Ruryk se adelantó y se detuvo a la par, enfrentándolo con mirada gélida. Ruryk también podía ser tozudo como él.

—Espera hasta la noche, Gabriel. Es lo único que te pedimos. Has perdido mucha sangre. Te hemos sacado treinta y cinco balas del cuerpo más la daga de tu corazón. Date tiempo a recuperarte, o no servirás para nada.

Gabriel no quería escuchar lo que los dos amigos intentaban decirle. No habría nada ni nadie que evitara su decisión. Sorteó a Ruryk, que esta vez no lo detuvo, y buscó el arsenal de armas que llevaría.

Ruryk y Triel se miraron interrogantes y acto seguido ambos asintieron con las cabezas.

—Entonces vamos contigo —dijo Triel en un murmullo.

—Esto es algo entre Sácritos y yo.

—Sí, pero no puedes entrar solo a su guarida. Nos necesitas. —Ruryk tomó su teléfono móvil—. Llamaré a alguno de los guardias sustitutos para que vigilen la casa. De todas maneras, no creo que vaya a suceder algo aquí. Los caídos han atrapado a Aniel y lo más probable es que esperen que nosotros vayamos a su lugar.

Gabriel se colocó la chaqueta térmica forrándola con diferentes armas. Triel y Ruryk, por su parte, se dirigieron a sus habitaciones para hacer lo mismo. Estaban en medio de una guerra con los caídos y necesitaban todo el arsenal posible.

Capítulo 32

Buenos Aires

—¿Y qué harás con ella? —preguntó Gustav observándolo expectante.

—Ya lo sabes.

—¿Estás seguro, Sácritos?

Este lo miró con ojos capaces de congelar a un volcán en erupción. Enderezó el cuerpo sacando pecho ante el comentario de Gustav. No le gustaba nada que su mano derecha le cuestionara sus decisiones, y retener a Aniel era una de sus grandes prioridades. Aquella mujer lo había obnubilado desde la noche en que atacaron su casa, siendo aún una adolescente. Perseguirla había sido reflejo de su propio tormento y lo que había empezado como un juego, se había tornado en una obsesión. Una que lo excitaba y lo dejaba sin aliento.

—En honor a la relación que nos une, Gustav, te diré lo siguiente por última vez: Aniel es mía y se queda conmigo.

—Sabes que ella es la señora álmica del *silverwalker* —contestó este sin disimular su preocupación.

—A la mierda con eso —siseó entre dientes.

Gustav miró a Sácritos con calma, sabiendo que le hablaba más a un niño que a una persona mayor. Así era con él cuando se trataba de hablar de la guardiana del primer símbolo.

—Si tienes intención de adueñarte de ella, solo hay una manera. Y es muy peligrosa.

—No desconozco ningún riesgo, Gustav.

—Sabes que hacerla tuya puede acarrear su muerte.

Sácritos se sentó en la confortable silla de cuero del escritorio de su despacho. Se inclinó hacia atrás mirándolo detenidamente.

—La única posibilidad de convertirla en uno de los nuestros es haciéndola mía.

—Pero no por completo, Sácritos. O la expondrás a ese riesgo innecesario.

—¿Desde cuándo te importa Aniel, Gustav? —bramó Sácritos disgustado—. Jamás has aprobado lo que me pasa con ella.

—Solo pienso en la organización, Sácritos. Lo demás es tu vida privada.

—Y entonces, ¿qué mierda es lo que te preocupa?

—Transformarla en un caído te llevará tiempo. Has visto lo que ha pasado con....

—¡No me hables de eso! —gritó arrastrando una de las manos con fiereza por encima de la superficie del escritorio, arrojando hacia todas partes lo que había habido sobre ella.

—Con Aniel podría ser igual —insistió Gustav con cuidado.

—En ese caso, mi placer será el doble. Domar a esa criatura será mi gran premio y mi mayor venganza. —Dicho esto, sonrió. Su rostro había pasado de la rabia total a un placer manifiesto—. Y empezaré desde hoy, mi fiel amigo. —Se levantó de la silla, se acercó a Gustav y le palmeó la espalda—. Y cuando Aniel sea una caída, entonces nada ni nadie se interpondrá entre nosotros. —Escupió una risotada—. En lugar de ser la señora álmica del *silverwalker* Gabriel, será la mía.

—Recuerda que en menos de un mes cumple veintitrés años.

Sácritos miró a Gustav con los ojos oscuros y profundos. Sonrió de nuevo y antes de dejar el despacho contestó:

—Razón primordial para empezar con su destino en este mismo instante. —Y de un portazo salió de la habitación.

Gustav se quedó contemplando la superficie del escritorio y todas las cosas que habían quedado desparramadas en el suelo.

—Espero que no te equivoques, Sácritos —murmuró.

Con pasos apresurados, Sácritos se dirigía a la habitación donde Aniel se hallaba cautiva. Si bien su cara desplegaba una sonrisa de satisfacción, sabía que la victoria absoluta requeriría tiempo y dedicación. Y más de una batalla. Pero no le importaba porque Aniel, al final, sería suya.

A la mierda con el *silverwalker* y todos los demás. Él se había ganado a la chica después de esos intensos años y nada ni nadie se lo impedirían. La guardiana era la belleza que él había contemplado y deseado desde aquella noche. Los ojos verde mar jamás lo habían abandonado en todo ese tiempo, ni su cabello y sus curvas mágicas. Y para mayor satisfacción, era la protectora del primer símbolo. La información secreta de la Estirpe que en ese momento ellos manejaban había sido obtenida a fuerza de apoteóticas y sangrientas torturas. Mucha sangre se había derramado tras ella y, ahora, ya había salido a la luz.

Apresuró la marcha. Aquel sería el primer encuentro memorable de muchos para que Aniel, de una vez por todas, lo aceptara como su nuevo compañero. Así y todo, no pudo evitar una mueca de rabia y frustración. Sabía que tomarla sexualmente era un riesgo de alto voltaje.

Llegó al cuarto donde la bella durmiente lo esperaba. La polla se le erigía esplendorosa al imaginarse lo que vendría. Pero debería tener cuidado, porque mientras Aniel no fuese una caída, no podría tomarla en su totalidad. Gustav tenía razón. Si lo hiciese, significaría que ella copularía con un macho cuyo ADN su cuerpo no reconocería y, en forma automática, se pondría en acción un fenómeno de autodefensa de la especie que las hembras destinadas a los *silverwalkers* llevaban en su genética. Y podría morir. Era lo predestinado para los nuevos tiempos: esas mujeres únicas aceptarían solo a los complementos perfectos en una cópula absoluta. Y ese era el hijo de puta de Gabriel Trost. Gruñó furioso.

También existía la posibilidad de que cuando ella cumpliera los años, pudiese sufrir algún tipo de transformación como aquel maldito, casi muerto, había confesado en las cámaras de tortura. Se frotó la barbilla, preocupado. Todo tenía que llevarse a cabo dentro de ese mes: comenzar a transformar a

Aniel en una caída y matar al caminante. A medida que Sácritos la hiciera suya, el ADN de Aniel comenzaría de manera gradual a cambiar la codificación de las proteínas por mutaciones que se llevarían a cabo en él, respondiendo a la nueva información que Sácritos le imprimiría con el intercambio energético hecho entre ambos. De a poco la convertiría en *su propia* señora álmica hasta que fuese por completo suya. Mientras tanto, tendría que esperar para el placer más completo. Sonrió.

Pero ello no evitaría otros placeres que sus cuerpos podrían darse.

Aniel sacudió los brazos, histérica, pero no pudo hacer mucho. Sus muñecas estaban apresadas por abrazaderas de hierro contra el respaldo de la cama donde se hallaba acostada.

¿Dónde estaba? Lo último que ella recordaba era haber luchado contra Sácritos en el interior de la camioneta, mientras Gabriel corría tras ellos. Se le hizo un nudo en el estómago al recordarlo. Había ido tras ella y se había enfrentado a los caídos. ¿Habría sobrevivido? Un dolor agudo envolvió su alma, pero sacudió la cabeza tratando de borrar cualquier tipo de imagen del caminante de su cabeza. No podía desfallecer en ese momento y, menos que menos, atormentar a su corazón. Gabriel tenía que ser una anécdota en su vida, así como los caídos.

«Tenemos esta oportunidad que la vida nos da, Aniel. Ayúdame a que no la desperdiciemos», recordó.

—¡Olvídalo! —se gritó a sí misma mientras cerraba los ojos y, al hacerlo, dos lágrimas caían pesadas por sus mejillas. Apretó la mandíbula y fue consciente de un dolor en ella que la taladraba. El sabor a sangre llenó su paladar. Sácritos la debía de haber noqueado sin ninguna duda. Era fuerte y desconsiderado y recordaba muy bien cómo le había pegado cuando asaltaron la casa de sus padres. Él no había tenido compasión de ella. Era un renegado de la vida, lleno de rabia y recelo, capaz de todo para hacer cumplir su

voluntad.

Se pasó la lengua por la parte interior de las mejillas y por los dientes para verificar que todo estaba en orden. Tenía algunas heridas internas en la boca, pero nada que no se curara con el tiempo. Lo que no sabía cómo sanaría sería el tormento que existía en su interior. Todos la buscaban, la querían y pretendían retenerla cuando ella lo único que añoraba era vivir en paz.

«Mentirosa. Di lo que te pasa de verdad». Más lágrimas cayeron por las mejillas y suspiró derrotada. El hombre por el que su corazón iba a estallar irremediable y escandalosamente era el hombre prohibido.

Cerró los ojos y el labio inferior le tembló. Nuevas lágrimas pujaban por salir, pero hizo un esfuerzo por erradicar una vez más cualquier pensamiento en torno a él. Fue ayudada a hacerlo cuando escuchó que alguien destrababa la puerta.

Un agudo temblor invadió sus músculos y las manos parecieron encenderse en una fogata. La puerta se abrió y, tal como lo sospechaba, el gigante de los ojos negros surgió ante ella con una sonrisa triunfal. Lo observó sin moverse, con extrema calma, aunque el miedo interior que sentía era en realidad lo que la paralizaba.

Sácritos cerró la puerta despacio y se acercó mirándola de manera extraña, casi seductora. Aniel solo lo había visto dos veces en la vida y, en ambas ocasiones, se había topado con un tipo salvaje, agresivo, frío y calculador. En cambio, esta mirada era una sorpresa para Aniel. Parecía devorarla con adoración contenida.

—Has despertado, gatita. ¿Estás cómoda? —preguntó con sorna, parado a tan solo unos centímetros de ella. Mientras la interrogaba, dejaba barrer los ojos por todo su cuerpo.

Aniel no le contestó. Estaba aterrorizada, pero aun así trataba de controlar los sentimientos. Ese tipo era peligroso e imprevisible. Ante su silencio, Sácritos se sentó al lado de ella en la cama, que se hundió bajo su peso. Contuvo la respiración. ¿Qué haría con ella? Ni siquiera osaba imaginárselo. Sácritos continuaba escrutándola sin sacarle la mirada de los ojos, hasta que

lo vio alzar una de las manos para depositarla por debajo de su camiseta, sobre el abdomen. Aniel sintió deseos de vomitar ante ese contacto, pero, aun así, siguió sin reaccionar, presa de la mirada del tipo.

Y la voz de Gabriel retumbó otra vez en su mente:

«Dejarte ir es sacar un billete a tu final. Esos tipos ahí afuera no tendrán compasión».

Capítulo 33

Sácritos se dirigía hacia su despacho furioso, excitado y frustrado. Gritó de la rabia mientras iba por el pasillo, provocando que algunos caídos que pasaban a su lado bajasen la vista ante su ira.

Entró a su despacho abriendo la puerta con desdén. Se sirvió una taza de café y llamó a Gustav desde su móvil. Este apareció en la oficina después de un par de minutos.

—Siéntate —le exigió y fuera de sí comenzó a escupir la furia que sentía—. ¡Me confundió con él! ¡Con ese reverendo desgraciado del caminante! ¿Lo puedes creer? —Y lo miró levantando las cejas, aún sin poder aceptar que aquello pudiese estar ocurriéndole a él.

Había creído en un primer momento que ella por fin se había rendido a él, porque si bien al principio se había resistido como una fiera salvaje, luego se había vuelto tan apasionada y febril, que creyó volverse loco. Su polla volvió a erguirse al recordarla. Pero el nombre del hijo de puta susurrado por los labios de Aniel había arruinado todo. Ella no lo había visto a él, sino al otro.

—Era inevitable, Sácritos. Gabriel es su señor álmico y a ti el cuerpo de ella no te reconoce.

—¡Tú siempre comprendes la lógica de todo! —bramó bufando de la rabia—. Pero esto no quedará así. Seguiré intentándolo hasta que ella me reconozca solo a mí.

—Es la primera vez que estás con ella. ¿Qué pretendías?

—Esperé resistencia, rabia, escupidas, lo que fuese. Y pese a que al principio fue así, luego ella se rindió de una manera increíble, Gustav. Aniel estaba allí, abierta a mí, sedosa, cálida y dispuesta. Creí perder la razón. Pero no, después me di cuenta de mi error. ¡Era a él al que veía! —Golpeó la mesa que tenía al frente con la palma abierta—. Barreré a ese tipo. Lo mataré como a un sapo —siseó colérico.

Gustav observaba cómo Sácritos perdía todo su poder ante esta mujer. Lo presentía. Ella sería su perdición si alguien no lo hacía reaccionar. La organización podría correr serios riesgos con un jefe fuera de sus cabales.

—Tienes dos opciones: o te controlas y aceptas que esto es así hasta que ella sea convertida, o la dejas en paz. Podemos deshacernos de ella luego que confiese dónde está el símbolo.

Sácritos se levantó del escritorio como impulsado por una fuerza mayor y lo miró con odio.

—Olvídate de la segunda opción.

—Entonces debes retomar el poder de ti mismo. Muchos dependemos de tu juicio y control, Sácritos. Sabes que la organización está pasando por un período difícil a raíz de los cambios que están dándose en torno a los *silverwalkers* y la Estirpe en general. Y si no mantienes la mente fría, podríamos estar en desventaja.

Sácritos sabía que Gustav tenía razón otra vez. Pero aquella mujer lo tenía completamente trastornado. Se detuvo y rompió a reír con ojos de fuego.

—Ella no sabe con quién se ha metido. La haré suplicar mi nombre dentro de poco. No te quepa la menor duda.

—Y matarás al *silverwalker*.

—Cuánto antes. —Sácritos emitió una mueca, elevando la comisura de los labios pareciendo sonreír—. Pero primero me entretendré con ella, así antes de matarlo puede ver que ella ya no es suya.

—¿Qué harás? —preguntó Gustav.

—Observa y verás.

Capítulo 34

Delta del río Paraná

—¡Hace dos condenadas semanas que buscamos a Aniel y no damos con ella! —bramaba Gabriel furioso mientras se paseaba de un lado a otro en el comedor como un animal enjaulado—. Maldita sea, ¿dónde la tiene? Estaba seguro de que la encontraríamos en la guarida central de Sácritos, pero no. No hemos hecho ningún avance. ¡Dios! Y ella está con ese chiflado.

Con una mano temblorosa de bronca y frustración, Gabriel se tomó del puente de la nariz y cerró los ojos pensando en qué hacer. El tiempo apremiaba. Cada minuto que pasaba podría llegar a significar que a Aniel la torturaran o la golpearan, pero sobre todo tenía terror de que la mataran. Habían conseguido infiltrarse en las guaridas de los caídos y escuchado de sus propios labios que ella no estaba en ninguno de esos sitios. Sácritos se la había llevado a un lugar secreto y no había señales de ellos.

—¿Dónde estarán, por Dios? —gimió Gabriel y se pasó las manos por la cabellera, despeinándola aún más de los nervios.

Ruryk y Triel lo miraban sin saber cómo calmarlo. El encuentro de los señores álmicos era demasiado nuevo para ellos y no podían entender los sentimientos de Gabriel. Lo veían desbalanceado de su eje, a tal extremo que no había podido hacer entrega de almas desde que la chica había desaparecido. No sabían qué hacer ni qué decir, ya que parecía que a Sácritos y a Aniel se los hubiese tragado la tierra.

Los pasos de Gabriel, que rompían el silencio que reinaba en la habitación, se vieron interrumpidos por una llamada proveniente de su móvil.

—¿Quién es? —contestó con desgano. El número era privado y no sabía de quién se trataba.

—Tu peor pesadilla.

El semblante de Gabriel se tornó taciturno. Los ojos parecieron

transformársele en dos líneas metálicas, dándole un aspecto temerario.

—¿Dónde la tienes? —preguntó gélido. Los caminantes adivinaron enseguida con quién hablaba Gabriel. Triel le hizo señas con las manos de que lo entretuviera, así podía tratar de interceptar la llamada.

Como presintiendo el pensamiento del caminante, Sácritos advirtió:

—Dile a tus amigos que no se molesten en tratar de interceptar mi llamado, porque cuelgo en unos segundos. Escucha bien, hijo de perra. Te quiero solo en el arroyo, a medianoche. Ven sin armas o te arrepentirás.

—Colgó el desgraciado —siseó Triel.

—Salgo para allá.

—Vamos contigo.

—No, Ruryk. Voy solo.

Envainó una navaja y se calzó una Glock 23 debajo de la chaqueta. Y sin emitir un sonido, Gabriel se perdió en la noche.

Faltando cinco minutos para la medianoche, Gabriel aparcó el *jeep* un tanto alejado del lugar y se bajó de un salto. Caminó hacia la orilla del arroyo sin detectar la presencia de Sácritos y Aniel. Esperó. Quería verle la cara a ese cretino.

Pasada la medianoche y sin haber avistado ninguna señal de ellos, comenzó a llamar al jefe de los caídos a viva voz.

—¿Dónde estás? ¿Te escondes, cabrón? —preguntaba mientras miraba hacia diferentes direcciones, como si fuera una mira telescópica. Una vez más consultó su reloj y constató que ya habían pasado diez minutos de la hora fijada. Aspiró hondo tratando de detectar a Aniel, pero no logró captar su aroma. Si ella estuviese cerca, ya lo habría hecho. Algo andaba mal.

Pero de súbito percibió a los caídos con la vibración típica de su cuerpo. Trató de nuevo de captar el olor de Aniel, pero solo percibía un aroma que lo

confundía. ¿Dónde la tenía escondida?

Al escuchar un gemido que parecía más bien un aullido, giró la cabeza en esa dirección y vio lo que buscaba. Delante de él, a unos treinta metros, se hallaba Sácritos apoyado sobre un árbol, con el rostro mortífero, la risa desquiciada y los ojos de buitre.

—Das la cara por fin —dijo Gabriel con calma. Sácritos rompió en una carcajada.

—No te hagas el gallito, *Silver*. Después de todo parece que tienes algo de cojones. Has venido solito y, si la intuición no me falla, poco armado. Pero en este momento hay algo aquí que te interesa. Y he venido a dejarte algunas cosas en claro.

Se midieron uno a otro durante un rato, estudiando las chances que tenían.

—Quizás puedas ir al grano así me largo rápido de aquí —lo desafió.

Sácritos rio nuevamente y, sin aviso, levantó de detrás del árbol un bulto que se movía y emitía los sonidos guturales apagados que había escuchado antes. Confundido, abrió más las aletas de la nariz y captó un apenas perceptible dejo de la fragancia que tan bien conocía. Una ira feroz lo encegueció.

—¡Déjala, hijo de puta! Esto es entre tú y yo. Muestra que tienes huevos y actúa como un verdadero macho de la Estirpe a la cual te quieres parecer.

Sácritos reía más fuerte, mientras apretaba con fuerza el bulto en el que había convertido a Aniel. Uno de los brazos la retenía como una tenaza. Gabriel dio un paso adelante, impulsado por la territorialidad que lo embargaba, pero se detuvo cuando el caído aferró a Aniel con mayor fuerza. La usaba de escudo el muy cobarde y, en ese instante, Gabriel se juró matarlo sin piedad.

—La he traído para que te quede claro que ella ya no es tuya, *Silver* —gritó Sácritos—. Ya sé la historia en la que crees, pero es una quimera. Ahora ella está en mis manos y he comenzado su conversión en una de los nuestros. Y en no demasiado tiempo será mi señora álmica y no la tuya.

El corazón de Gabriel palpitaba a loca carrera. Ese miserable estaba

tratando de atrapar el alma de Aniel, pero él jamás se lo permitiría. ¿Y cómo sabía él que ella era su señora álmica?

La rabia que amenazaba con explotar dentro de él le había excitado la sangre e impulsado las ansias de pelea. Necesitaba con urgencia poner en su lugar a ese maldito y recuperar de una vez por todas a Aniel. Continuó de pie con los músculos acerados, listo para entrar en combate. Solo faltaba esperar el momento oportuno para atacar.

—Sabes muy bien que no puedes torcer lo que está predestinado, Sácritos. Ella es mi señora álmica y tú estás demás en esta ecuación.

—Pues me gustaría ver cómo lo lograrás, ya que esta noche planeo borrarte del camino.

De repente, el bulto se sacudió y un gemido más fuerte tronó en los oídos de Gabriel. Apretó la mandíbula tensando el cuerpo, a punto de explotar.

—Antes tendrás que demostrar que eres capaz de matarme —lo desafió con ironía.

—Ven para que te vea más de cerca —exigió Sácritos sin soltar a Aniel.

Gabriel se acercó sabiendo que se exponía a que Sácritos le volara la cabeza, pero estaba dispuesto a todo y confiaba en sus propias fuerzas y destreza. Llegó a unos pocos metros del caído y se detuvo. Se miraron, sabiendo que lucharían por eliminarse uno a otro.

—Ahora deja a Aniel.

—Te olvidas de lo que ella representa, Silver. No soy idiota, ella sabe del símbolo que tú y yo buscamos con ansia.

Un violento deseo de destrozar al tipo volvió a arremeter por las venas de Gabriel pero, por el bien de Aniel y por no estropear las pocas chances que tenía, luchó por seguir manteniendo su autocontrol.

—¿Por qué no resolvemos primero esto entre tú y yo como machos de dos especies diferentes? —interrogó Gabriel provocándolo. Sácritos rio de buena gana, mostrando los dientes enormes.

—No tengo ganas de gastar mis fuerzas en ti, gusano. —Y apretó con más

fuerza a Aniel, que seguía quejándose.

—Déjala en paz —siseó y volvió a acercarse, furioso. Pero Sácritos lo paró al mostrarle una navaja que resplandecía en su mano.

—No. Ella será testigo de cómo te barro de nuestras vidas.

Y sin darle tiempo a reaccionar, cortó con la navaja la bolsa de arpillera que envolvía a Aniel, a la altura de la cabeza, la cual se abrió de par en par y dejó su rostro al descubierto. Gabriel la contempló conteniendo la respiración. Su señora álmica estaba sufriendo ya la transformación.

Rememoró la imagen de Triel cuando lo habían rescatado luego de tres años de haber estado en manos de los caídos y tembló de ira. Los ojos de Aniel no reflejaban el color verde mercurial en el cual él se había sumergido tantas veces, sino que le recordaban un humo cansino, apenas vivo. Por ello no había podido detectar su aroma. El perfume a rosas había casi desaparecido tras esta nueva energía que la estaba parasitando por dentro. Apretó los puños con toda la ira contenida. Él mismo se encargaría de que este tipo pagara por el maltrato al que la había sometido.

Buscó la mirada de Aniel, tratando de detectar alguna señal, pero lo único que encontraba en sus ojos era una calma helada, oscura y resignada.

Un gruñido visceral salió de sus labios.

—Es tu final, Sácritos —murmuró arrastrando las palabras, sediento de muerte.

—Nunca.

A continuación lo vio reemplazar con rapidez la navaja por un arma que apuntó hacia él, listo para disparar. Sin dudar, Gabriel se tiró al suelo y comenzó a rodar a toda prisa. Utilizó su habilidad y velocidad para llegar al árbol más cercano y ocultarse en cuclillas detrás, mientras las balas zumbaban a su lado. Miró hacia arriba y estudió la tupida vegetación que los rodeaba. Se incorporó y trepó el árbol en silencio como una araña, hasta llegar a escasos metros de la copa. Desde allí pudo contemplar al caído que aún tenía a Aniel entre las manos y movía la cabeza en todas direcciones tratando de detectarlo. Emitiendo un grito de guerra, Sácritos tiró a Aniel al

suelo y lo oyó exclamar:

—¡Te has escondido bien, Silver! Ven con papi.

Gabriel saltó hacia el árbol que se erigía a su lado, siguiendo los movimientos del enemigo. Una nueva ráfaga de balas estalló cerca de sus oídos, acompañando los saltos que daba de un árbol a otro tratando de confundir al caído.

—Basta ya de juegos, Silver —ronroneaba Sácritos en una clara muestra de provocación.

Como una fiera que se lanza sobre su presa, Gabriel cayó desde lo alto sobre la espalda de Sácritos, lo que provocó que ambos cuerpos se desplomaran sobre el suelo.

Comenzaron a luchar en una salvaje escaramuza intentando ganar uno sobre el otro. Las siluetas se retorcían frenéticas enzarzadas en una ristra de golpes salvajes que iban de un cuerpo al otro. En medio de la pelea, Gabriel logró quedar a horcajadas sobre Sácritos y descargó los puños en su cara. Este intentaba evitar los golpes con los brazos, pero Gabriel no le daría tregua. Se sentía poseído mientras incrustaba en la cara despreciable cada posible golpe que Aniel habría recibido de él.

Su enemigo, que también era fuerte y estaba furioso, logró propinarle un puñetazo en la mandíbula que lo hizo perder el equilibrio hacia atrás. Desde allí, lo vio abalanzarse sobre él; Gabriel lo abrazó con los brazos poderosos y comenzaron a rodar por el suelo. En el fragor de la pelea, las manos del desgraciado lograron cargar contra su cuello. Gabriel intentó desasirse de esas manos que apretaban su garganta a la vez que empujaba con la palma de su mano el rostro nauseabundo de Sácritos hacia atrás. Casi sin aire, Gabriel logró calzar una de las rodillas entre los muslos del caído y le propinó un buen golpe en la entrepierna que lo dejó sin aliento por unos segundos. Aprovechando la oportunidad, descargó un derechazo en su nariz, que reventó y provocó que la sangre tiñera el rostro deformado de Sácritos. Sin dar respiro, Gabriel hizo lo mismo que el caído había hecho antes con él: atrapó su cuello.

El muy cabrón golpeaba con las rodillas los costados de su cuerpo, hasta que al final consiguió hacerle perder el equilibrio y volvieron a rodar frenéticos. En medio de la trifulca, Gabriel logró apropiarse de su navaja y, sin dudarlo, la clavó en la espalda de Sácritos, que se desgañitó del dolor. Preso de la furia y la adrenalina que bombeaba en su cuerpo, Gabriel descargó una nueva trompada en aquel rostro sanguinolento, escuchando el crujir de los huesos, mientras el cuerpo del maldito salía despedido hacia atrás, chocando la espalda contra el tronco de uno de los árboles. Cayó pesadamente al suelo despatarrado como un guiñapo. Fuera de sí, Gabriel se acercó al caído para terminar con su vida. Cuando estaba a un paso de él, vio cómo Sácritos sacaba un arma que gatilló sobre su cuerpo; pero Gabriel tenía los reflejos intensificados y, antes que las balas dieran en el blanco, logró abalanzarse hacia un costado del suelo. Se levantó de un salto y salió de prisa y corriendo tras Sácritos, que había aprovechado para salir huyendo a toda velocidad. En medio de la persecución, el caído giró sobre los talones para dispararle una vez más, pero Gabriel sorteó la acometida moviendo el cuerpo en zigzag. Transformado casi en un borrón por la velocidad sobrenatural que traía, Gabriel logró ponerse frente a Sácritos, deteniéndolo para propinarle una trompada en la mandíbula que lo tiró hacia atrás. Un nuevo caudal de sangre afloró de la boca del jefe de los caídos, el cual cayó de costado con toda la fuerza de su peso. Con una patada, Gabriel le arrebató el arma, que tomó rápidamente en sus manos y descargó los tiros que le quedaban sobre el pecho de su enemigo. Luego de unas sacudidas iniciales, el cuerpo de Sácritos quedó inmóvil en el suelo.

Gabriel se acercó y después de confirmar que estaba desvanecido, extrajo de un tirón la navaja que le había enterrado en la espalda. Se volteó de inmediato para ir en busca de Aniel, a la que encontró acostada sobre el suelo y con la mirada aún perdida. Maldijo entre dientes. Tenía que sacarla de allí cuanto antes; pero antes debía culminar con su tarea.

Regresó hacia donde estaba el caído desmayado y cuando estaba a punto de tomarlo del cuello para quebrárselo, una serie de disparos arremetieron

contra él. ¡Mierda! Sácritos no había venido solo. Y Aniel no tenía a nadie a su lado.

Se alejó de Sácritos y se escondió detrás de otro árbol. Desde allí, se deslizó sigilosamente cuerpo a tierra hacia donde estaba Aniel, que permanecía quieta con la vista clavada en la nada. Una nueva ráfaga de balas activó su cuerpo y se abalanzó sobre el de ella para cubrirlo por completo.

Al cabo de unos minutos, un fuerte estruendo proveniente de una dirección contraria de la que venían las balas de los caídos detonó en medio de una serie de gritos de dolor. Gabriel se incorporó un tanto, sin desproteger el cuerpo de Aniel, para descubrir el origen del otro ataque. Con su vista nocturna divisó a Triel y Ruryk que, por lo visto, habían lanzado una granada y en ese preciso instante le hacían señas para que se mantuviera en el lugar. Habían venido a apoyarlo después de todo.

Esperó hasta que Ruryk le hiciera señas de nuevo y, cuando este levantó el dedo pulgar, Gabriel tomó a Aniel entre los brazos y la cargó sobre el hombro sin que ella ofreciera resistencia. Parecía una muerta en vida.

Ruryk volvió a hacerle señas, esa vez advirtiéndole que no volviera a su propio *jeep*, ya que sería un blanco fácil de los caídos. Tomó hacia la dirección que le indicaba su amigo, el cual junto con Triel seguían disparando a los enemigos, cubriéndole las espaldas.

Al cabo de un rato, escuchó a lo lejos el ruido de una camioneta que arrancaba a toda velocidad y una ira incontrolable hizo temblar su cuerpo. Se llevaban a Sácritos. El muy hijo de su madre se le había escapado esa vez, pero se juró que muy pronto habría una próxima y última oportunidad.

Gabriel siguió caminando con Aniel sobre su hombro, escuchando el bramido de las balas que cada vez era más esporádico. Cuando logró llegar a los *jeeps* de Ruryk y de Triel, colocó con suavidad a Aniel sobre los asientos de uno de ellos y observó su rostro inexpresivo. Sin ninguna duda, Aniel estaba bajo los efectos de un intenso *shock*.

Gabriel maldijo casi sin poder respirar de la furia. Ese hijo de puta había hecho un gran daño a su señora álmica y no veía la hora de tenerlo de nuevo

frente a él para matarlo de una vez. Pero en ese instante debía pensar en ella por sobre todas las cosas.

Cuando los disparos casi habían menguado por completo, de la nada emergió Ruryk acercándose con sigilo hacia él para confirmar lo que Gabriel ya sabía.

—Se han llevado a Sácritos. ¿Acabaste con él?

—No. Cuando iba a hacerlo, empezó el ataque y debí proteger a Aniel.

—Van empatados —sonrió Ruryk.

—Sí, pero no por mucho tiempo.

—Ya quedan pocos caídos, Gabriel. Llévate a Aniel a la casa con mi *jeep*. Nosotros remataremos a los desvanecidos y recuperaremos tu vehículo.

—De acuerdo —contestó en voz baja, sin quitar los ojos de Aniel, como si con ello pudiera volverla a la vida. Cuando su amigo se iba, Gabriel lo llamó. Este se detuvo y lo miró con el ceño levantado.

—Gracias a los dos.

Ruryk sonrió, antes de perderse entre la vegetación.

Gabriel se subió al *jeep* y tomó a Aniel entre sus brazos para quitarle las ataduras. Mientras sacaba su navaja, no podía creer que la tuviese de nuevo con él. Con mucha suavidad cortó primero el resto de la bolsa que la cubría, después una a una las cuerdas que le ataban las manos y los pies y, por último, la mordaza de la boca. Realizaba su trabajo sin dejar de contemplarla. La estudiaba en detalle, tratando de captar su esencia y el destello plateado que tanto había deseado y extrañado. Y si bien sabía que estaban allí, no podía detectarlos con nitidez ya que algo oscuro se había apoderado de su alma. En esas dos semanas el psicópata habría intentado hacerla suya de todas las maneras posibles. Estaba seguro de ello... y muerto de furia.

Le acarició el cabello, que seguía siendo sedoso y glorioso en su extensión y abundancia. Incapaz de contenerse la abrazó, cerrando los ojos mientras respiraba sobre la cascada rubia. Había extrañado tanto su aroma a rosas. Aún estaba allí, casi imperceptible.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando fue empujado con fuerza contra el respaldo del asiento. Confundido, vio cómo Aniel se bajaba del *jeep* y huía enloquecida.

Gabriel salió impelido como un resorte tras ella. Aniel debía de estar muy debilitada ya que, por primera vez, le resultó demasiado fácil apresarla. Envolvió desde atrás su cintura con los brazos y la levantó en el aire. Aniel cayó sobre su pecho y comenzó a forcejear y gritar, pero estaba desfalleciente. Con facilidad, Gabriel se sentó en el suelo con ella en su regazo y la abrazó para evitar los embistes. Tomó su barbilla con una mano y buscó con determinación su mirada. Cuando lo logró, Aniel dejó automáticamente de luchar. La comunión que Gabriel cada noche sin ella había recordado volvía a presentarse. Y todo lo que no fueran ellos dos desapareció.

Con extremo cuidado, Gabriel la acostó sobre el suelo y girando su propio torso la cubrió, apoyando los antebrazos a cada costado del cuerpo que tanto amaba. Necesitaba imprimirle de la manera que fuese lo que los había unido desde siempre. Sin apartar la vista de ella, colocó la mano en su mejilla, ante lo cual ella reaccionó cerrando los ojos. Gabriel acercó el rostro y quedó a escasos centímetros del de ella, sin dejar de inspeccionarla con extrema dulzura. Acomodó sus cabellos por detrás de las orejas y recorrió de forma muy suave con la yema de los dedos la zona de la frente. La había recuperado y por fin se sentía un poco aliviado.

Pero no quería imaginar a lo que ese hijo de puta la había sometido. Y como confirmando sus pensamientos, Aniel prorrumpió en sollozos, que fueron incrementando en intensidad hasta transformarse en gritos prolongados y lastimosos. Conmovido hasta las entrañas, Gabriel la envolvió entre sus brazos con extrema ternura y con toda la calidez que solo su amor podía brindarle, y la acunó mientras ella seguía descargando su terrible agonía.

Acompañó con sus propias lágrimas las de ella. El dolor de *su mujer* era el suyo propio. Y de repente también quería gritar. Gritar por ella, por su

tristeza y por su quiebre. La estrechó con más fuerza entre los brazos poderosos, intentando que se sintiera protegida, resguardada y amada. Le ofreció el pecho como un sustento, un muro seguro y confiable donde apoyarse. Porque él estaría con ella siempre, más allá de todo.

Lentamente Aniel fue apagando los gritos para dar lugar a débiles lamentos. Las lágrimas mudas seguían cayendo, como si trataran de arrastrar con ellas toda la oscuridad y el dolor vividos.

Gabriel siguió acunándola con extrema delicadeza, rogando que las lágrimas ayudasen, aunque fuera un poco, a sanar su interior. Pero era consciente de que lo único que la restauraría sería el amor. Un amor que hacía siete años se le había negado y que, en su eterno escape, Aniel había intentado encontrar de nuevo. Pero su huida había terminado. Solo restaba que ella se diera cuenta y lo aceptara. Él no podría devolverle sus padres, pero estaba dispuesto a darle no solo el amor que ella tanto necesitaba, sino también su vida. Se lo demostraría sin ninguna clase de reservas a partir de ese momento.

Aniel merecía ser amada y tratada con respeto y honor, y él le ofrecería el alma y el corazón en su totalidad. Ya no le importaba si Aniel lo reconocía o no. Lo único que sabía era que tenía amor de sobra para los dos, y le demostraría con la fuerza de sus sentimientos que ella había llegado por fin a puerto seguro.

Capítulo 35

Gabriel colocaba otra cucharada de comida en la boca de Aniel, que yacía acostada en su cama. Habían pasado siete días desde el rescate de manos de Sácritos y no se había apartado de su lado en ningún momento. Aniel no había emitido una palabra, salvo en sueños. Varias veces había pronunciado el nombre de Sácritos casi a gritos y otras veces el suyo propio con cierta dulzura. Cuando decía su nombre, parecía como si lo estuviese llamando, pidiéndole auxilio.

Gabriel se había dedicado sin descanso a su cuidado, alimentándola, bañándola, peinándola y curando cada una de las terribles heridas que había encontrado en su cuerpo. Mientras lo había hecho, un dolor profundo e insondable hizo que maldijera a Sácritos por cada herida que este había imprimido en el cuerpo de Aniel. Los hematomas de las muñecas, producto de grilletes con los que la habían mantenido atada, eran espantosos; las heridas por encima y a los costados de ellos estaban en su mayoría abiertas o mal cerradas. Aniel debía de haber intentado escapar de las abrazaderas, pero ante la imposibilidad de hacerlo, se había lacerado las muñecas y algunas lesiones demorarían en curarse. Había perdido mucho peso y debajo de los ojos se asomaba un color pardo oscuro producto de la falta de sueño a raíz de la tortura a la que había sido expuesta. Las uñas estaban rotas, evidenciando que había luchado con ellas contra el sádico. Las caderas estaban salpicadas de hematomas, así como la parte interna de los muslos; y los senos llevaban marcas de mordidas. El cuello estaba cubierto de cardenales, algunos también con marcas de dientes. Había palpado su centro íntimo tratando de encontrar alguna herida lacerante o profunda, pero parecía que Sácritos no le había introducido ningún objeto extraño y tampoco penetrado. De seguro él sabía lo que hubiese desencadenado el haberlo hecho, lo cual evidenciaba que Sácritos quería viva a Aniel.

Era un absurdo total, pero la obsesión de este loco por ella era la causa primordial de que Aniel todavía estuviese viva. Pero en ese momento lo que Aniel más necesitaba era tiempo para reponerse emocionalmente. Su cuerpo estaba respondiendo a su atención, pero su corazón... Él continuaría a su lado para sanarlo.

Durante los siguientes días, Gabriel continuó mimando y cuidando a Aniel como si fuera una flor. Había suspendido sus tareas diarias, salvo las pocas entregas de almas que había hecho, para dedicarse por completo a ella. Se sentaba a su lado y le leía un libro, o le colocaba el *iPod* en los oídos para que escuchara música. Innumerables veces le había explicado que ella estaría bien, que se repondría y que no tenía que tener miedo de nada, ya que él estaba a su lado para protegerla. Poco a poco, y con cada día que pasaba, veía con satisfacción cómo el color de Aniel volvía a su cuerpo, mientras los hematomas y las heridas iban desapareciendo y cerrando. Pero aún no hablaba.

En ese tiempo había hecho un calor insoportable y el aire acondicionado no era suficiente, por lo que Gabriel había decidido que la refrescaría ayudándola con un buen baño cada día. Y era lo que estaba haciendo en ese instante.

Yacía sentado en el jacuzzi con Aniel ubicada entre sus muslos. Ese era el momento que más disfrutaba del día con ella. Si bien Aniel no articulaba una palabra, al menos podía sentirla cerca, con la espalda apoyada sobre su pecho y compartiendo esa intimidad. Extrañaba sus caricias, pero después de lo acaecido, era impensable pedirle nada. Él solo deseaba cuidarla.

Comenzó a masajearle el cuello y la espalda con mucho cuidado, presionando solo lo necesario con las enormes manos. La frotó con un aceite relajante y parecía que funcionaba ya que, observándola desde atrás, podía ver cómo ella cerraba los ojos ante el contacto de sus dedos. Lo estaba disfrutando.

Al cabo de unos minutos, el corazón de Gabriel se detuvo. Aniel había abierto los ojos y girado la cabeza hacia él, buscando su mirada. Interrumpió el movimiento de los dedos y se quedó mirándola absorto. Esperó un rato, casi sin respirar, pero ella solo lo miraba, escudriñándolo. Después de lo que pareció una eternidad, para su propio júbilo y placer, le observó brindarle una mueca que se dibujó con sutileza en los labios y que se parecía a una sonrisa.

«¡Dios!». Era la primera demostración de contacto real por decisión de ella hacia él. Absolutamente conmovido, tocó con los dedos arrugados por la larga exposición al agua la comisura de los labios que tanto había anhelado. Ante el encuentro de sus miradas, sintió que una brasa se encendía entre ellos.

Gabriel continuó recorriéndole los pómulos, el borde de los ojos, el contorno de las cejas y el arco de la nariz. Sus ojos acompañaban el recorrido de los dedos por la geografía del rostro tan amado. Aniel lo contemplaba con un nuevo brillo. La tonalidad oscura que había nublado su mirada había menguado y, en su lugar, una luz más viva comenzaba a insinuarse poco a poco. Gabriel no se atrevía a hacer nada, solo tocarla con ternura. Y ella parecía agradecersele.

De repente, el cuerpo sinuoso de Aniel giró más hacia él y, en medio del sonido del agua que se balanceaba, se inclinó y lo besó. Gabriel la recibió con toda la suavidad que ella merecía. Aquel era un regalo que él no había esperado recibir, pero que pensaba disfrutar, a la vez que su corazón repiqueteaba al ritmo de sus emociones. Devolvió el beso aceptando gustoso solo lo que ella quería brindarle. Aniel pasó los brazos por detrás de su cuello y profundizó la unión. Gabriel abrió la boca para que la lengua de ella ingresara y lo recibiera en su totalidad.

De ahí en más, Gabriel perdió el rumbo de los acontecimientos, entregándose al placer de recibir los besos cálidos de su mujer. Se volvieron cada vez más intensos, abrasivos, mientras las bocas se abrían a explorar las profundidades de una y otra. Los pechos de Aniel se apoyaban sobre los suyos y la intensidad del contacto fue tan excitante que Gabriel los buscó

para comenzar a acariciarlos con extrema delicadeza. No quería que nada asustara a Aniel, sino que ella comandara lo que sucedería de ahí en más. Él recibiría y daría, pero dejando que ella manejara el reencuentro.

Aniel giró el cuerpo por completo hacia él y se sentó con cuidado sobre sus muslos fuertes. El agua los cubría hasta la cintura. Ella volvió a bajar el rostro, esta vez para besarle las tetillas, los hombros, el cuello, subiendo a las mejillas, ojos y frente, mientras las manos no se cansaban de revolverle el pelo con suavidad. Gabriel tensaba los músculos ante las caricias, ávido por recibirlas. Se sentía gozosamente perdido en esa entrega. Gabriel reemplazó las manos por la boca y saboreó los senos espléndidos, apretándolos con ternura, jugando con ellos. Aniel arqueó la espalda mientras echaba la cabellera mojada hacia atrás en toda su gloria, en una clara invitación a que degustara del plato exquisito que le brindaba. Rosas. Aniel volvía a oler a rosas.

Excitado y estremecido por el aroma que había regresado, Gabriel acompañó su movimiento, presionando con uno de los brazos detrás de la espalda de ella. Forjó una banda de acero que la obligó a arquear aún más la espalda para permitirle saborear en todo su esplendor los globos perfectos, hechos para él. Lamió los erguidos pezones con el fuego abrasador de su lengua. Aniel presionó con fuerza su cabeza, invitándolo a que la boca recibiera la totalidad de su ofrenda. El placer que pujaba por estallar en su interior se elevó a alturas vertiginosas al escuchar los gemidos de Aniel, mientras que con el movimiento de las caderas frotaba su miembro que se erigía poderoso. Gabriel no quería traspasar ninguna barrera, temía que Aniel recordara algo traumático, pero a la vez el encuentro era tan dulce y excitante que no tenía voluntad para detenerse.

Con cuidado dejó los senos para subir besándole la línea del cuello. Cuando llegó al rostro, lo tomó entre las manos y la miró con intensidad.

—Escúchame, mi amor —susurró. Ella abrió los ojos lentamente, como no queriendo volver a la realidad—. Escúchame con atención, por favor—repitió con suavidad. Los ojos verde mar lo estudiaban detenidamente—. Lo más

importante aquí eres tú. —Y le besó la nariz—. Solo deseo que lo que ocurra de aquí en más sea establecido por ti. Me entrego a tus manos. Haz de mí lo que desees.

Y sin más, la besó. Al cabo de unos segundos y con los ojos entornados, la observó cerrar los ojos y entregarse a él. Ambos se sumergieron en una cándida danza, donde los brazos y piernas jugaban a encontrarse, a acariciarse, a tocarse por todas partes. Las lenguas barrían las superficies de los cuerpos, las manos exploraban lo que encontraban a su paso, y las bocas acariciaban las partes íntimas y anhelantes. Las respiraciones se encontraban a veces voraces, otras casi imperceptibles. Los cuerpos se unían, tocándose en cada lomada y desnivel, al compás del tejido imperceptible que se iba labrando con el suave roce de las cabelleras. Solo el sonido del agua desbordándose y de las bocas separándose y volviéndose a unir era testigo melodioso de aquel encuentro. Y en medio de esa melodía, escuchó la crueldad de sus palabras.

—No, por favor. —«Sus primeras palabras», pensó Gabriel. Abrió los ojos de inmediato y se enfrentó a la mirada asustada de Aniel—. ¡No puedo!

Y lo detuvo presionando la mano sobre el pecho. Su mujer lo estaba rechazando. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que, por la pasión desatada entre ellos, su erección parecía querer ingresar en el interior de Aniel, montada como una diosa sobre él.

—No, mi amor. ¡Ya me retiro! —Y de inmediato Gabriel corrió el cuerpo de Aniel y el suyo propio hacia atrás, cortando el contacto entre sus partes más íntimas. Aniel cerró los ojos y comenzó a llorar. Gabriel la abrazó—. Shhhh, mi ángel —le dijo en voz baja al oído—. No tengas miedo. Juro que nos detenemos aquí. —Aniel se apretó contra el pecho fuerte de Gabriel, que comenzó a acariciarle el cabello a la vez que susurraba palabras tiernas en voz baja, casi imperceptible, para calmarla—. Tú decides, mi amor. Tú decides cómo y cuándo. Yo soy tuyo.

Al calor de estas palabras, Aniel lo abrazó con fuerza y le susurró al oído lo que Gabriel había esperado durante tanto tiempo y finalmente creído que

jamás escucharía de sus labios:

—Te amo.

Capítulo 36

Buenos Aires

Hacía días que lo contemplaba fuera de sí. Estaba tan furioso, que no atendía razones. Era imperioso que encontraran a la chica o Sácritos podría cometer cualquier locura.

—Deberemos atacar su guarida de nuevo —dijo Gustav.

Sácritos caminaba de un lado a otro de su despacho. Era el estado permanente en el que se encontraba luego de que el caminante le arrebatara a Aniel.

—¡Ese tipo es un desgraciado! —gritó, mientras golpeaba la mesa con el puño.

—Sabías a lo que te exponías cuando fuiste a encontrarte con él. El caminante es sagaz y responde a la llamada más primitiva por su señora álmica. Estás empeinado en lograr algo casi imposible.

Sácritos se abalanzó sobre su cuello, empujándolo con toda la fuerza del cuerpo contra la pared.

—Ya te dije otras veces que pares, Gustav —siseó con los ojos llenos de ira—. No me sermonees más. —Y acercó el rostro a tan solo unos centímetros de su nariz.

Gustav guardó silencio. Sabía que Sácritos estaba al borde del estallido y él podría llegar a ser, sin ninguna duda, su próxima víctima.

—Discúlpame —balbuceó. Sácritos apretó más fuerte las manos sobre su cuello.

—Quiero que termines de atormentarme. No me importa contra qué deba luchar, pero Aniel volverá a mí. Y si tú eres quien se entromete, entonces no tendré piedad.

El sudor le caía por las sienes. Y el apretón sobre el cuello lo estaba

dejando sin aire.

—No volveré a provocarte. Te lo prometo. Pero por favor, suéltame — murmuró Gustav. Al instante su cuello estaba libre de la presa. Tosió, mientras trataba de aspirar aire en los pulmones. Había estado cerca. Observó que Sácritos reiniciaba la caminata de un lado a otro de la oficina, como ajeno a lo que acababa de suceder—. ¿Tienes algún plan para arrebatársela de los brazos del caminante?

La risa de Sácritos pareció más demencial que nunca.

—Sí.

—¿Puedo saber qué tienes en mente?

—Usar lo que tenemos guardado con tanto recelo—contestó con los ojos entornados y una sonrisa de satisfacción en el rostro. Gustav lo miró, sabiendo que debía ser en extremo cuidadoso con las palabras.

—Se pondrá furiosa.

La carcajada estridente de su jefe impactó contra sus oídos.

—Así me gusta más. Lograré que ella sea una caída y todo quedará olvidado. —Sácritos se dirigió hacia el ventanal y miró hacia el exterior—. Mañana le daré un buen regalo de cumpleaños.

Delta del río Paraná

—Gracias por cuidar de mí —susurró Aniel recostada en la reposera del jardín mientras Gabriel le leía una novela histórica. Yacía sentado en otra reposera al lado de ella y le sonrió:

—Creo que tú hubieses hecho lo mismo por mí.

Aniel no le contestó. Parecía pensativa mientras él retomaba la lectura, leyendo pausadamente. Habían pasado dos semanas desde que la había rescatado y se la veía más fuerte. Habían sido días de mucho dolor y rabia; lo que Sácritos había hecho con Aniel no tenía perdón de Dios. Ni de él.

Y llegaría el momento de cobrar cada segundo de maltrato. Para compensar tanto salvajismo, Gabriel se había dedicado a otorgarle lo que tenía a raudales: su amor incondicional.

Aniel le había dicho hacía unos días que lo amaba y había sentido tal felicidad que pensó que ya nada más importaba, solo disfrutar de ese regalo. Siempre había tenido la esperanza de que ella al final lo reconociera, pero no había tenido ninguna certeza de cuánto tiempo y esfuerzo podría requerir lograrlo. De todas maneras, Gabriel quería estar por completo seguro de que los sentimientos de Aniel eran genuinos y de que no se trataba más bien de un profundo agradecimiento por la seguridad que le había brindado luego de ser rescatada. Además, percibía que ella aún no confiaba del todo en él. Sabía por qué y se sentía indefenso ante ello.

Sacudió la cabeza. Así y todo, el optimismo le circulaba por fin por las venas. Había estado solo tantos siglos que no pensaba por nada del mundo presionar a Aniel. Ella descubriría lo que los unía a su debido momento.

Gabriel interrumpió las cavilaciones cuando la vio levantar la mano para apoyarla sobre su hombro, y susurrarle:

—Sí, yo hubiese hecho lo mismo.

Gabriel se incorporó y se acercó a ella con una sonrisa deslumbrante y le rozó los labios con un beso tierno.

—Me haces muy feliz —contestó. Se contemplaron con intensidad como si recién se descubrieran.

—Quiero que sepas que pude afrontar aquel tormento gracias a ti —musitó Aniel, mientras un brillo metálico envolvía sus pupilas. Gabriel colocó el libro sobre el césped y la miró interrogante, mientras le tomaba las manos entre las suyas.

—Cuéntame, por favor.

Aniel cerró los ojos y después de lo que pareció una eternidad, los abrió y lo abrazó en una espiral plateada que lo conmovió.

—Siempre que Sácritos abusó de mí, pensé en ti —susurró con voz ahogada, mientras las lágrimas inundaban sus ojos. Gabriel le apretó las

manos con fuerza, dándole valor para continuar—. Soportar el cuerpo de Sácritos solo fue posible porque mi mente y mi corazón se aferraron con desesperación a la idea de que en esos momentos solo estábamos tú y yo. Te veía y sentía a ti y no a él. Casi nunca fui consciente de su ultraje, salvo cuando me lastimaba. Al besarme o tocarme, sentía tu boca y tus manos. — Se pasó el dorso de la mano por las mejillas enjugando las lágrimas que caían incontrolables—. Mi ser desapareció de aquel lugar para viajar a tu encuentro y estar reunida contigo —balbuceó en un hilo de voz—. Y fue lo que posibilitó afrontar ese martirio. Porque al principio pensé que mi muerte había llegado. Me sentía agotada, cansada y harta de todo. He escapado tanto en estos años que verme atrapada entre esas cadenas y ese monstruo me había decidido a entregarme a mi final. —Gabriel le secaba las lágrimas con los pulgares, mientras tragaba en seco al escuchar lo que Aniel le relataba—. Cada día y cada momento pasados a su lado eran mi pasaporte a la muerte, Gabriel, tal como tú alguna vez me dijiste. Pero cuando tu imagen se hizo presente, inundando mi mente y mi corazón, todo lo demás perdió sentido. Lo único que existía eras tú, el que había venido a amarme y a cuidarme.

Gabriel contuvo la respiración y cerró los ojos. De la manera más profana e imperdonable, un desquiciado mental había logrado que su mujer le abriera el corazón a él. Por fin lo estaba reconociendo y destrababa poco a poco las puertas de su alma.

Aniel empezó a sollozar, pero continuó sosteniéndole la mirada.

—Me siento muy cansada. Y si bien las circunstancias que nos unen son confusas, lo que estoy empezando a sentir por ti es cada día más claro.

Gabriel la miró con los ojos húmedos, conmovido por lo que la batalla por Aniel había comenzado a manifestar. Por fin sentía esperanza para hallar lo que tanto había estado buscando desde que esa mujer había aparecido en sus sueños. Y no era precisamente el símbolo.

Gabriel se inclinó sobre su rostro, casi temeroso de romper el entramado de hilos de confianza que los unía en ese instante.

—Es lo que he estado esperando desde hace mucho, mi amor —susurró.

Aniel lo escudriñaba de manera tan profunda que la sintió cobijarse en algún lugar de su corazón.

—Y es tan fuerte, que me da miedo —manifestó ella casi en un murmullo.

Gabriel le tomó el rostro con las manos y la besó. Los brazos de Aniel lo envolvieron alrededor de la cintura, acercándolo a ella e invitando a sus bocas a abrirse a un encuentro largo e intenso. Casi místico. Cuando separaron los labios, Gabriel, sin dejar de rodearle el rostro con las manos, le dijo en voz baja:

—Soy paciente, mi ángel. No quiero que definas nada, solo sé que te percibo y que tu corazón empieza a palpar por mí. Pero no quiero que te exijas, porque yo no quiero nada que no sea dado a voluntad desde ti.

Aniel le acariciaba la cabellera y colocaba unos mechones rebeldes por detrás de su oreja. Parecían detenidos en el tiempo.

Mientras Gabriel continuaba observándola expectante, escuchó salir de sus labios lo inevitable:

—¿Y si te pidiera que me dejaras libre?

Gabriel tragó en seco. Otra vez esa maldita pregunta se erigía ante él, enfrentándolo consigo mismo de la manera más drástica. La amaba, ¿pero era ese amor tan fuerte como para dejarla ir?

—¿Quieres irte de mi lado, Aniel?

—Te pregunté yo primero.

Gabriel continuó nadando en las profundidades verdes, absorbiendo y memorizando cada rastro de su rostro.

—Si tu felicidad la encuentras fuera de mi lado... —Se detuvo cerrando los ojos durante lo que pareció una eternidad. Respiró hondo—. Entonces sí, te dejaría ir.

Abrió los ojos y, de golpe, todo fue muy claro para él. Podía sentir por fin y desde el fondo de su alma lo que ella durante tanto tiempo le había pedido a gritos. No quería que Aniel lo amara desde una prisión, sino desde su propia libertad. La cuidaría de Sácritos con la vida y para siempre, pero ya no podía

seguir manteniéndola alejada de lo que ella tanto ansiaba.

Porque solo dejándola libre... podría volver a él.

Aniel le envió una mirada especial y con un brillo tan intenso que Gabriel quedó atrapado en la red de colores que lo observaban.

—¿Me estás permitiendo la libertad, entonces?

Gabriel le acarició la frente con la yema de los dedos para luego bajar y delinearle las cejas.

—Sí. Es tuya —susurró.

—Entonces puedo irme.

Sin dejar de mirarla, le recorrió el puente de la nariz.

—Sí —musitó, mientras una lágrima gruesa comenzaba a descender por su mejilla.

—¿Y el símbolo y la Estirpe? —susurró Aniel, con voz ahogada observando aquellos ojos húmedos. Gabriel le sonrió, mientras la lágrima llegaba a la comisura de sus labios.

—A la mierda con todo.

Aniel le devolvió la sonrisa con otra deslumbrante y enjugó con delicadeza su lágrima con el pulgar, mientras él hacía lo mismo con las de ella.

—Entonces ya no se trata de un dilema, sino de una convicción —dijo pausadamente Aniel.

—Sí.

—Me amas.

—Con toda mi alma —enfaticó Gabriel.

Aniel cerró los ojos y pensó en sus sueños. Sí, el hombre prohibido era el hombre amado. ¿Cómo podría manejar esa realidad? Quizás ya era tiempo de no hacerlo sola, sino al lado de aquel que tenía la clave de la respuesta de esa gran contradicción.

—Escúchame, Aniel —dijo Gabriel, interrumpiendo sus pensamientos. La miraba de tal manera, como si hubiese adivinado lo que ella pensaba—. Sea lo que sea que decidas, solo puedo responderte con mi amor. Y este tiempo

me ha enseñado a amar de una manera diferente y, por fin, he comprendido. Cuando creí perderte, sentí que mi vida ya no tenía sentido. Habías desaparecido de ella y todo mi centro se tambaleó y comenzó a caer en pedazos. Sabía que sobreviviría, pero el vacío que se había instalado en mí me hizo darme cuenta de lo que tu ser significa para mí. Tú me completas. Pero entiéndeme bien: mi existencia no depende de la tuya, sino que se expande con ella. Ya no quiero controlarte ni fagocitarte. Tampoco quiero cambiarte, porque lo que más anhelo es amarte y crecer junto a ti. No sé lo que tus sueños nos quieren mostrar, lo que sí sé es que desconozco la manera de defenderme de ellos. No tengo absolutamente nada que ocultarte. Solo quiero brindarte lo que existe en mí, este amor que quiere entenderte, protegerte y amarte en todas tus facetas. Y anhelo con todas las fibras de mi ser que seas feliz. Si no lo logras a mi lado, entonces no tienes por qué permanecer junto a mí. Ya no. Solo aceptaré que lo hagas si eres libre de querer hacerlo, porque entonces sabré que tu corazón por fin ha decidido elegir al mío.

Aniel miró a Gabriel. Aquel hombre también llenaba sus espacios y la elevaba. Merecían una oportunidad. Había demandado demasiado esfuerzo y dolor arribar a esa conclusión, pero por fin estaba decidida a intentar todo para reconocer al ser que la dejaba sin aliento. No quería huir más. Anhelaba con todas sus fuerzas abrazar ese amor que Gabriel le brindaba sin reservas y, a su vez, regalarle a él el que latía dentro de ella. Había tenido tanto pánico de reconocerlo que estuvo a punto de dejarlo ir. Pero al fin se había dado cuenta. Estaba enamorada de Gabriel sin remedio y quería vivirlo.

Abrazada por el brillo incandescente de las pupilas canelas y plateadas, cruzó los brazos alrededor del cuello de Gabriel y lo obligó con delicadeza a bajar la cabeza a la altura de sus ojos.

—Entonces, Gabriel, me quedaré a tu lado por propia libertad.

Se fundieron en un abrazo eterno y al unir las bocas, dejaron que los cuerpos expresaran el amor que, por fin, era libre.

Capítulo 37

—Feliz cumpleaños, mi amor —Gabriel la miró con una sonrisa deslumbrante mientras le entregaba un paquete pequeño y una rosa de color coral. Aniel tomó el obsequio y la flor entre sus manos y le devolvió la sonrisa con otra que le aceleró el pulso. Era tan estimulante verla plena. Y ese era un día muy especial. Aniel cumplía los veintitrés años.

Más que nunca debía estar atento a lo que pudiese suceder. Ella era la primera de las cinco mujeres para los *silverwalkers* que se había manifestado y ninguno tenía experiencia previa acerca de lo que sucedería si Aniel, además de ser guardiana y señora álmica, llegaba a transformarse en una *silverwalker*. Los cinco habían experimentado las respectivas transformaciones a esa edad, pero Aniel, con una genética híbrida y perteneciente a otro sexo, podría manifestar una muy diferente. Si era que dicha transformación se llevaba a cabo.

La observó desenvolver el regalo. Era muy meticulosa en los movimientos, casi felina.

—Me gustaría que fuésemos al arroyo, Gabriel. Sé que nuestra última experiencia allí con Sácritos fue terrible, pero es el lugar que se ha manifestado en nuestros sueños y donde tú y yo tenemos algo que vivir. —Se detuvo y le sonrió—. Yo adoro ese lugar, Gabriel. En él existen los árboles plateados que tanto me gustan, es donde posibilitaste mi libertad de Sácritos y, además, estoy segura de que es donde tú y yo encontraremos el símbolo.

Gabriel le tomó las manos entre las suyas.

—Como digas, mi ángel. Tú sabes lo que pienso ahora del bendito símbolo. Si bien me debo a la Estirpe y sus designios, por nada del mundo permitiré que algo o alguien nos separe otra vez. —La abrazó y aspiró la fragancia del pelo.

—Mi deseo es que compartamos todo de aquí en más, Gabriel. Si el

símbolo ha sido un diseño destinado a mí, entonces también es tuyo.

Se abrazaron más estrechamente. Comenzaban por fin a disfrutar del mutuo reconocimiento.

Aniel se alejó un tanto, para mirarlo a los ojos y sonreírle.

—¿Puedo ver mi regalo ahora?

Gabriel la soltó con una suave carcajada.

—Adelante, es todo tuyo.

Aniel apartó con delicadeza el último pliegue de papel, mientras abría los ojos y la boca por la sorpresa. Introduciendo con mucho cuidado los dedos en el interior de la pequeña caja de seda blanca, extrajo una gargantilla de platino de la que pendía un dije. Se trataba de dos manos entrelazadas a manera de engarce, envolviendo un traslúcido diamante. Aniel sintió que una explosión de felicidad estallaba en su interior. Los ojos se le llenaron de lágrimas al contemplar esa obra de arte y un sentimiento cálido acunó su corazón.

—Date la vuelta —le susurró Gabriel al oído. Aniel así lo hizo y cuando Gabriel terminó de abrocharle la gargantilla, ella se volvió y poniéndole los brazos alrededor del cuello se alzó de puntillas y le dio un beso lleno de amor.

Aniel ya no negaba sus sentimientos hacia Gabriel. No solo la había rescatado de manos del abominable caído, sino que él había sido el motor que la había impulsado a regresar a la vida. Gabriel se había entregado íntegramente a ella para hacerla renacer, empujándola a aferrarse a la existencia de nuevo. Había elegido cada minuto de aquellos días para estar a su lado, cuidándola, calmándola, protegiéndola. Y al fin ella había aceptado que su corazón siempre la seguiría guiando hacia Gabriel.

Cuando llegaron al arroyo, Gabriel la invitó a sentarse entre las hojas plateadas desparramadas en la orilla. Hacía un día de sol y mucho calor, por lo que se apresuraron a sacarse los zapatos para poner los pies en el agua.

—¿Qué piensas de estos árboles, Gabriel?

—Que son únicos.

—Los plantó mi abuelo Johan Mitchels. —Gabriel alzó las cejas y abrió los ojos grandes, evidenciando la sorpresa al escuchar aquella confesión. El abuelo de Aniel era un gran jerarca de la Orden y, por lo visto, él tampoco le había dicho a su nieta sobre la Estirpe de Plata.

—Recuerdo haber escuchado varias veces que este lugar era importante para el jerarca. ¿Has venido aquí antes, Aniel?

—Algunas veces, de niña. Lo hacía con mis padres y con mi abuelo. Él estaba orgulloso de haberlos plantado. Decía siempre que tenían una sabia misión que afrontar.

—¿A qué crees tú que se refería? —preguntó Gabriel tocándole el pelo suavemente.

—Creo que a lo que este lugar significaría y a que, de alguna manera, estos árboles servirían como señal para ubicarlo. No tengo ninguna duda de que aquí está escondido lo que estamos buscando.

Gabriel asintió sin dejar de acariciarla.

—Algo más que confirma que eres miembro de la Estirpe.

—Es verdad —dijo sonriente.

Gabriel estiró el largo cuerpo colocándolo de costado y apoyó el codo en el suelo para mirarla detenidamente.

—Te amo y quiero estar contigo para siempre —le dijo de repente.

El interior de Aniel respondía devoto a las palabras de Gabriel. Cada una de ellas la elevaba hacia un nivel superior de entendimiento y amor. No tenía manera de explicarlo, pero se sentía plena, más ligera y con ganas de dejar todo lo viejo de lado. El amor de Gabriel le permitía abrirse a una nueva realidad que estaba decidida a explorar.

—Tú sabes también lo que siento por ti —susurró Aniel acercándose para darle un beso en los labios—. Y quiero agradecerte por ello.

Volvieron a mirarse y a sonreír como dos jóvenes que, por fin, tenían cosas en común. Era una sensación nueva para los dos.

—Nunca te conté que los cinco caminantes hemos experimentado un proceso de transformación para llegar a ser *silverwalkers*.

Aniel lo miró curiosa.

—No.

—Que ocurrió con exactitud a la edad que inicias hoy —añadió mientras la observaba tratando de adivinar si ella se daba cuenta de a dónde él quería conducirla. Pero lo único que revelaba el rostro de Aniel era atención al relato que le iba exponiendo—. Parece que a esta edad somos lo suficientemente expertos en el manejo de nuestras habilidades como para vivir dicha transformación, necesaria para llevar a cabo nuestro trabajo. Y me he preguntado si hoy, el día de tu cumpleaños, sucederá lo mismo contigo.

En un principio la vio confusa, como si tratara de comprender lo que le acababa de decir, pero, de repente, una aureola de preocupación cubrió sus ojos.

—¿A qué te refieres en concreto, Gabriel?

Se estiró hacia ella y la tomó de las manos.

—A que, si bien eres una joven híbrida, existe la posibilidad de que experimentes tú también un proceso similar al nuestro.

La observó fruncir el entrecejo. Era evidente que no se sentía cómoda con la nueva información.

—¿De qué transformación me hablas, Gabriel?

—De una que te haría ser un caso único en nuestra Estirpe. Quizás no suceda nada, pero debemos estar atentos. —La tomó de los hombros con dulzura—. Y necesito estar a tu lado si algo de ello ocurre. No dejaré que pases por esto sola.

—Hay infinidad de mujeres de la Estirpe que han pasado hace tiempo sus veintitrés años. ¿Ninguna de ellas ha experimentado lo mismo?

Gabriel la miró intensamente.

—No, porque ellas no son de nuestra casta específica.

Aniel tragó en seco.

—¿Me... estás diciendo que yo... que yo podría pertenecer a la casta de los *silverwalkers*? —balbuceó.

Gabriel acercó el rostro, casi rozando su nariz.

—Sí —murmuró.

Lo miró como si no pudiese encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que sentía en ese momento.

—Pero si son solo ustedes cinco, Gabriel —susurró—. Tú me lo has dicho. Jamás en la historia de los caminantes se ha dado que una mujer desempeñara ese trabajo.

Gabriel volvió a tomar sus manos y las giró para exponer las figuras impresas en las palmas.

—Hace tiempo que vengo observando esta figura que tienes en tus manos y que se parece al tipo de figuras que nosotros teníamos en las nuestras antes de la transformación —dijo señalándolas con uno de los dedos—. También coincide en que te pican casi hasta irritarte. Cuando los caminantes cumplimos veintitrés años, se produce un cambio en nuestro ADN que hace que esta figura se transforme en tridimensional y se vuelva nuestra gran herramienta de trabajo como *silverwalkers*. Pero te repito, mi amor. Aún no sé qué pasará contigo. Eres la primera híbrida con la que nos hemos topado. Nunca antes alguien de la Estirpe se había apareado con un humano, hasta que te hemos encontrado a ti y supimos de tus padres.

—Podrían existir más como yo, Gabriel.

—Es lo que creemos, no obstante, no estamos seguros. Todo es muy nuevo para nosotros. —Gabriel la abrazó con fuerza, ansiando con ello darle la seguridad que de repente parecía que se había esfumado—. Tampoco sabemos si te convertirás en una *silverwalker* —musitó a su oído—. Pero en caso de que sucediese, estaré a tu lado para vivir juntos este proceso.

—¿Entonces viviré más años de lo normal? —preguntó casi en un susurro.

—De hecho.

—¿Cuántos años viven ustedes, Gabriel?

—Alrededor de tres milenios.

Los ojos de Aniel se abrieron como dos lunas. Gabriel sonrió.

—Pero aún no sabemos cómo será contigo, aunque sin duda tendrás una longevidad superior a la de cualquier ser humano, sobre todo si te transformas en una *silverwalker*.

—¿Qué quieres decir?

Gabriel le acarició la mejilla.

—Que si llegaras a ser una *silverwalker*, vivirás con seguridad lo que todos hemos experimentado. La edad de nuestros cuerpos queda detenida cuando se produce la transformación. La genética del envejecimiento queda frenada automáticamente a raíz de este fenómeno.

Aniel lo miró con el entrecejo levantado.

—A Triel y a Damián los noto un poco mayores que ustedes.

—Porque llevan un legado en la sangre. La vida de ellos ha sido muy dura y ha dejado sus marcas, así como el legado en sí mismo. Y por ello han envejecido unos años respecto al resto de nosotros, aun cuando la diferencia es mínima. Y te repito: hoy estaré a tu lado para que juntos sorteemos lo que el futuro nos depare.

Aniel se sintió un tanto turbada, porque significaba que ella tenía que entregarle a Gabriel su total y absoluta confianza. Si bien había aceptado en forma definitiva (definitivamente) cuán enamorada estaba de él, no lograba erradicar del todo una posible realidad a la cual le temía en extremo. (profundamente) Ella podía sentir el amor de Gabriel. Su templanza y su lucha habían logrado revivir aquello que ella había creído muerto: su corazón. No había una gota de la esencia de Gabriel que evidenciara maldad o deseos asesinos por alguien a quien él amara. Y le había asegurado que jamás había conocido a su padre. Así que, en algún profundo rincón de su alma, la asediaba aún ese dilema.

Se pasó las manos por el cabello, bajando la vista al suelo, mientras sentía cómo Gabriel la observaba. Estaba segura de que él sabía lo que ella pensaba, pero permanecía en silencio, esperándola. Cuando alzó la mirada y encontró

la suya, comprendió que apostaba de verdad por Gabriel y por ella. Cada palpitar de su corazón revivido le gritaba que hacía lo correcto. Quizás había escapado toda la vida de ella misma, pero había llegado el momento de enfrentarse a su propia alma y confiar en lo que esta le transmitía. Y Gabriel surgía como respuesta a cada una de sus elecciones.

Se quedaron horas tumbados a orillas del arroyo, hablando como dos adolescentes, abrazados. Se habían contado anécdotas y aventuras que generaron un ambiente de encuentro, de reunión de almas.

—Estás aquí, entonces —susurró Aniel, que yacía con la mejilla apoyada sobre el hombro poderoso.

—Sí, siempre.

—¿Cómo no te reconocí antes, Gabriel?

—Porque estabas sumergida en una gran dualidad.

—Mi vida a partir de los dieciséis años ha sido tan... tan disgregada en partes, tan sin sentido.

—¿Estás segura? —le preguntó.

—Bueno, hasta ahora... creo.

Él le sonrió. Seguían acostados, mirándose de frente.

—¿Qué es lo que crees que tu vida ha tratado de mostrarte? —preguntó Gabriel besándole la punta de la nariz.

—Lo poco que sé de mí.

—¿Y qué te permite ver esta nueva realidad?

—Que soy un ser ilimitado.

Él levantó la ceja derecha. Era cómico verlo con ese gesto que lo hacía parecer más joven, pensó Aniel.

—¡Al fin! —exclamó él y sonrió—. Pero cuéntame un poco más acerca de lo que pasó en tu vida antes de los dieciséis años.

Aniel le devolvió la sonrisa con otra igual de intensa.

—¿Quieres de verdad escuchar algunas de esas cosas?

—Claro.

Ella suspiró y comenzó a relatar.

—Puedo decirte que no obstante siempre estuve rodeada del amor de mis padres y de mis pocas amigas, a la vez un sentimiento de profunda soledad me invadía muchas veces desde niña. Y honraba que ello pasara. Por algo estaba ahí y era normal para mí. En realidad, se incrementó cuando perdimos a mi hermanita al poco tiempo de nacer.

Gabriel le acarició el rostro, sombrío.

—Lo siento, Aniel. Nunca hablaste de ella.

—Era chiquita... y tan hermosa y suave. Apenas la vi, me encariñé con ella. Pero como te dije, solo vivió unas horas.

Él la miraba con tanta intensidad y con tanto amor que le provocaba paz y un deseo intenso de recomodar su vida.

—Sigue, por favor —la alentó.

—Desde muy pequeñita empecé a darme cuenta de que algo extraño pasaba conmigo. Yo me sentía diferente. Me costaba mucho relacionarme con otros niños y amaba estar entre los adultos. Me sentía un espíritu de muchos años, encerrado en un envase corporal de ocho años y lo único que quería hacer era volar hacia las estrellas, desprenderme de todo y expandirme. Además, no me gustaba comer. Me costaba tanto ingerir cualquier comida... ¡Solo quería yogur! —Rieron a carcajadas. Mientras Aniel relataba su experiencia, Gabriel se maravillaba al comprobar que lo que había vivido Aniel en su infancia, era casi una réplica de lo que los caminantes habían experimentado en las suyas propias. A medida que ella abría su alma a la de él, confirmaba aún más sus sospechas. Aniel era una *silverwalker* y él comprendía la dimensión de lo que su ser estaba expresando—. ¡Y me sentía tan poco conectada a la Tierra! Mis padres pasaron por varias dificultades para lograr que yo echara raíces en esta tierra.

Gabriel la estrechó con fuerza, haciendo que Aniel lo mirase sorprendida ante el vigor de aquel abrazo.

—Quería saber que todavía estabas aquí conmigo —le dijo mientras bajaba la cabeza y le daba un beso en la boca.

Cuando sus labios se separaron, Aniel comenzó a acariciarle el rostro con suavidad.

—Y entonces tú siempre estuviste allí —susurró.

—Siempre —repitió.

—Por fin siento que nos reconocemos plenamente, Gabriel.

—Yo hace tiempo que lo hice, pero tú te estás dando un hermoso regalo de cumpleaños. —Y sonrió de nuevo. Aniel sintió que su corazón se expandía de amor.

—He sido demasiado lenta en lo que a mi corazón se refiere.

Sonrieron y Gabriel le tomó la mano.

—¿A qué te refieres con que tus padres pasaron por dificultades para lograr enraizarte? —preguntó con curiosidad.

—Varias veces estuve a punto de morir.

—¿Sabes por qué? —preguntó con voz ronca y profunda.

—Creo que ahora sí. Entrar y quedarme aquí como híbrida de dos energías diferentes fue muy duro para mí. Conectarme a la Tierra fue un proceso difícil, que requirió de años para fundarse y solidificarse.

—Y estoy más que complacido porque lo has logrado —susurró mirándola con ternura.

—¿Ha sido así de difícil para ustedes? —Sentía que de alguna manera Gabriel comprendía lo que ella había vivido de pequeña.

—Me atrevería a decirte que para los caminantes el proceso no es tan duro, porque no somos híbridos y porque nos preparan desde niños.

—¿Crees que porque sea híbrida el proceso es más difícil?

—Creo que la dualidad de tu genética se expresa de alguna manera. Quizás si tus padres te hubiesen preparado desde pequeña, todo hubiese sido menos confuso. Pero es algo que no puedo asegurar. ¿Tienes frío? —le preguntó de repente mientras le levantaba el cuello de la camisa.

—Solo un poquito. Si bien ha hecho calor, aquí hay otro ambiente de repente —contestó ella, acurrucándose entre sus brazos.

—Te invito a mi casa —dijo de súbito Gabriel.

—¿Qué dices? —Aniel rio a carcajadas—. Si la casa de la organización es de los cinco.

—No. Te he dicho a *mi* casa. ¿Acaso no es también la tuya? —La miró con una intensidad que traspasó las fibras de su alma. Aniel bajó los ojos. ¿A qué se refería Gabriel?

—¿Es que aparte de la casa de la organización tienes una propia?

Gabriel la abrazó aún más estrechamente.

—Sí, pero en otro plano. Voy allí a descansar. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Y cómo se supone que llegaremos allí? —sonrió pensando que era una broma.

—Con tu poder creativo.

—¡Ok, vamos! —Y levantó los brazos al cielo. Gabriel sonrió—. ¡Espera! —dijo Aniel, apoyándole una de las manos en el hombro. Quedaba pequeña al lado de aquel paquete muscular—. ¿Cómo demonios lo hago?

—Cierra los ojos conmigo.

Caminaban por un sendero sinuoso de color platino. Aniel se sentía flotar. Todo signo de su cuerpo físico había desaparecido y solo existía ese lugar frente a ellos. Gabriel iba a su lado con el cuerpo pegado al suyo. Se sentía un poco confundida vivenciando esa realidad que Gabriel había denominado *la multidimensionalidad*. Observaba hacia los costados sin detectar nada. Era como si el camino se erigiera solitario en medio de un vacío infinito.

Siguieron el trayecto durante un buen rato hasta que a un lado del camino surgió una casa. Al llegar al frente de esta, Aniel abrió los ojos enormes.

—¿Pasa algo? —preguntó Gabriel mientras abría la verja que rodeaba la propiedad.

—*Es que...* —Aniel no podía seguir articulando palabras.

—¿Qué? —continuó el caminante sin dejar de sonreírle.

—*Pero... no puede ser...* —balbuceó.

—¿Puedes explicarte? —Gabriel no dejaba de sonreír.

—*Es que esta casa...* —Y de nuevo quedó muda.

—¿Sí? —la alentó él a seguir.

—*Esta casa la conozco. ¡Es la mía... en otro plano!* —Gabriel amplió aún más la sonrisa—. *No sé cómo explicártelo* —susurró ella.

—*Inténtalo.*

—*Pero... ¿cómo es que ahora está aquí y tú eres su dueño?* —Aniel giró la cabeza para toparse con la mirada de él—. *¿De qué se trata todo esto?*

—*¿Quieres contarme acerca de ese otro plano y tu morada allí?* —preguntó muy tranquilo.

—*Es que... yo sé cómo llegar a una casa maravillosa que yo misma he creado, que visito y disfruto en mis momentos de soledad. Allí encuentro paz, observo los muebles, las habitaciones, miro las rosas de mi jardín...*

—*La mayoría blancas* —la interrumpió él.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con asombro.

—*Te olvidas de que siempre he estado allí.*

—¿Tú?

—*Recuerda...* —murmuró.

—*Creo... creo... que me tengo que despertar de nuevo* —tartamudeaba Aniel. Se sentía turbada. Muchas cosas estaban llegando a su vida en cuestión de un par de horas y era demasiado. Y en ese momento se sumaban la casa, las rosas blancas... ¿Cómo podía él saberlo? Sin mirarlo, se volvió para desandar el camino angosto suspendido en la nada. Pero el brazo de Gabriel la asió con suavidad y la giró hacia él para que lo mirase.

—¿Otra vez eliges el miedo?

—*Pero es que no comprendo, Gabriel. ¿Cómo es que tú eres dueño de un lugar que yo conozco desde siempre y ahora está frente a mí, contigo adentro, y tú me dices que siempre has estado aquí? Me siento confundida y*

un poco asustada.

Sentía el corazón a punto de estallarle.

—*Elige hacer lo que en verdad deseas, Aniel.* —Su voz le transmitía paz, calidez y una embriaguez que la dejaba sin aliento—. *¿Te quedas... o te vas como ya lo has hecho tantas veces?* —Sus ojos la escrutaban con intensidad esperando una respuesta.

«*Él siempre estuvo aquí*», pensó y cerró los ojos, aliviada.

—*¿Te quedas o te vas?* —le repitió Gabriel al oído suavemente y la abrazó. Los ojos se le humedecieron. Se sentía tan segura en sus brazos. Unificada.

—*Me quedo contigo* —musitó y Gabriel sonrió con una ternura que la desarmó por completo.

—*¿Estás segura?*

—*Sí.*

Gabriel se apartó y la tomó del codo y la condujo a la puerta de la casa.

—*Ven conmigo entonces.*

Al llegar, Aniel reconoció el color del marco de la puerta, los vidrios, el picaporte acerado.

—*Abre y entra, por favor* —la invitó Gabriel extendiendo la mano.

—*Puedo describir lo que encontraré en su interior* —susurró Aniel.

—*Lo sé.*

Ingresaron. Aniel reconoció cada mueble de la casa, cada pared, cada cortina y el jardín. Se dirigió a este último casi corriendo, sintiendo que Gabriel venía por detrás a corta distancia. Al llegar, su boca se abrió ante la visión al frente. Las rosas. Allí estaban, blancas, altivas, tal cual las había dejado la última vez.

—*Están tan hermosas.*

—*Igual que cuando te fuiste.*

—*¿Cómo... cómo puede estar sucediendo esto y cómo sabías que yo...?*

—*Aniel..., tú lo has creado. Y aquí está, frente a tus ojos. Esta es tu obra.*

Y yo soy parte de ella.

—¿Tú?

—Como tú de la mía. Somos parte de uno y otro, mi amor.

—¿Y por qué sabes tantas cosas de mí en este plano, cuando en la tercera dimensión no?

—Porque aquí nos conectamos desde nuestro verdadero Yo, sin defensas. Puedo verte y leerte mucho más nítidamente.

—¿O sea que el secreto es aquí?

—Todos los planos son partes nuestras, Aniel. Somos multidimensionales.

Aniel extendió los brazos para rodearlo y ceñirlo con fuerza. Aspiró su aroma tan masculino.

—Me siento profundamente unida a ti —dijo con la cabeza apoyada en su pecho—. Como si mis ojos se hubieran abierto por fin y visto la luz. —Alzó el rostro—. Y te veo a ti, Gabriel.

Y lo besó.

Capítulo 38

—¡Así que hemos encontrado a la parejita feliz! —Gabriel y Aniel abrieron los ojos, saliendo de aquel ensueño. Se levantaron, observando al individuo que tenían delante de ellos. Sácritos.

—Estás tan bella como te recordaba, mi amor —dijo ese libidinoso, observándolos con detenimiento. Una furia ancestral se alzó con todas sus fuerzas dentro de Gabriel y colocó de inmediato a Aniel por detrás de su cuerpo para protegerla.

—Apártate de ella —siseó con los ojos rojos de furia. El brillo plateado emanaba con toda intensidad. Ambos guerreros se miraron retándose mientras el ambiente se volvía oscuro, frío y nauseabundo.

Aniel miró alrededor y constató que tres caídos de enorme envergadura acompañaban a Sácritos con los rostros grises y olor acre. Llevaban sobretodos de cuero negro, de seguro para cubrir un arsenal de armas.

Las carcajadas de Sácritos estallaron y provocaron que el cuerpo de Gabriel se tensara de tal manera, que los músculos se volvieron como de piedra. Estaba listo para la batalla.

—Deja que Aniel se vaya.

El gigante volvió a reír. Cuando se calmó, lo miró con el rostro gélido y mortal.

—Sabes muy bien que no. Ella regresará al lugar de dónde nunca debió salir.

Cuando Sácritos dio un paso al frente, Gabriel hizo lo mismo. Se detuvieron al instante, evaluándose.

—Entonces primero deberás matarme. Y no te lo haré fácil, créeme —advirtió Gabriel con voz ronca de furia.

Aniel se liberó del apretón de Gabriel y se colocó a la par de él, mirando al caído. Alzó la barbilla retándolo.

—Jamás, Sácritos. Y escúchame bien: nunca me tendrás de nuevo en tu poder —siseó.

—Ah, mi pequeñita, ¿volviste a la vida? Déjame decirte que me tiene sin cuidado lo que digas porque las cosas ya están establecidas.

Gabriel se abalanzó sobre Sácritos, pero Aniel lo retuvo de la muñeca con todas sus fuerzas, tratando de detenerlo.

—¡Espera, Gabriel! —Y volvió a tirar de él—. ¡Es lo que él está buscando, por el amor de Dios! —Gabriel se detuvo ante las palabras de su señora álmica, sin quitar la vista de su enemigo. Estaba furibundo. Aniel se dirigió de nuevo a Sácritos.

—Le pertenezco a Gabriel.

El caminante sintió una profunda emoción en su interior cuando escuchó que su mujer defendía la pareja de ellos ante su peor enemigo. Si hubiese sido en otro momento, la hubiera besado y hecho el amor de la manera más salvaje que se hubiese imaginado. Pero aquellas palabras también provocaron que Sácritos estallara de furia.

—Tú eres mía, mujer. Ya es hora de que lo aceptes. —Miró a Gabriel nuevamente—. Y tú también, desgraciado.

—Déjala en paz y soluciona esto conmigo. Soy el macho que te desafía.

Sácritos lo miro y volvió a reír. Parecía demencial con su aspecto. Un hermosísimo ejemplar corrompido por la desidia y el odio.

—Calma, Gabrielito. Primero quiero mostrarle a *mi mujer* la sorpresa que tengo para ella.

Cuando Gabriel escuchó aquella frase de la boca de Sácritos, toda su furia y rabia contenida comenzó a eclosionar por las venas de su cuerpo. Mataría a ese tipo como fuera.

—¡Deja ya de querer extorsionarnos y di que quieres! —le gritó Aniel.

—Pero, querida, ¿es que acaso no te ha quedado claro todavía? —Se acercó a ella, pero Gabriel volvió a interponerse mirándolo en un claro reto—: A ti —contestó, sin dejar de observar al caminante—. Porque eres

única, mi amor. Única en tu tipo. —Y clavó los ojos sobre ella—. ¿Sabes los hijos que podremos engendrar? Hermosos, llenos de nuestra energía para destruir la Estirpe de Plata. Un hijo tuyo y mío sería un jefe perfecto, llevaría los genes de la estirpe transformados por la energía de los caídos. Una explosión energética para destruir a estos tipitos plateados. Tú y yo, mi dulce.

—Estás loco —siseó Aniel.

Gabriel no le perdía pisada al caído con la mirada porque en cualquier momento la lucha se iniciaría y debía estar preparado. Llamó mentalmente a los demás *silverwalkers*, aunque no estaba seguro de que el mensaje llegara, ya que al haber estado en la multidimensionalidad con Aniel, su energía se había debilitado. Ante esa desventaja, sabía que tenía pocas chances de eliminar a Sácritos y a los otros tres caídos juntos, pero su vida era el precio justo para que Aniel escapara.

—Ya te he dicho que resolvamos esto entre tú y yo, Sácritos. Demuestra que eres un verdadero guerrero y luchemos por Aniel.

—¿Es que acaso nadie piensa que yo tengo algo que decir? —gritó ella, mirando a su señor álmico.

—¡Pelea conmigo, maldito! —bramó Gabriel sin responder a la pregunta que su señora álmica hacía. En ese momento solo existía aquel cabrón que quería arrebatársela. Y jamás lo permitiría.

—No, Gabriel. ¡No habrá ninguna pelea! —tronó Aniel y se volvió hacia Sácritos—. Jamás iré contigo. Amo a este caminante y nunca permitiré que le hagas daño.

Sácritos estalló una vez más en carcajadas, pero con la mirada resentida por sus palabras.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo lo harás? Eres fuerte, mi amor, pero jamás como yo. Sería tan fácil derribarte. ¿O no te acuerdas de cuando estabas en mis manos?

Aniel sintió una punzada en el estómago, mientras volvía a retener al cuerpo de Gabriel al que casi ya no podía controlar. Recordar aquello que el caído le había hecho le dio nuevos bríos.

—Si me llevas contigo, te juro por el alma de mi padre que me mataré.

Sácritos la miró por un instante con detenimiento.

—Si tan brava te crees —advirtió—, permíteme mostrarte que tengo en mi poder lo que hará que cambies de opinión. —Aniel y Gabriel lo miraron gélidos, mientras Sácritos daba una señal a los caídos que lo acompañaban y que desaparecieron detrás de la vegetación—. Espera y verás, mi amor. —Sonrió con los dientes parecidos a los de un vampiro.

Al cabo de unos minutos, los caídos regresaron y unos gritos desgarradores eclipsaron el silencio del momento. Aniel sintió que el pecho se le colapsaba al escuchar aquellos sonidos sepulcrales. Junto con ellos se elevaba un ruido ensordecedor de metal estrellado que provocó que el corazón de Aniel corriera a toda velocidad. Gabriel la tomaba de la mano con fuerza. Los hombres de Sácritos acarreaban una jaula enorme, en la cual se movía de manera frenética un individuo de grandes proporciones, que gritaba y golpeaba el cuerpo musculoso contra los barrotes. El hombre parecía un gorila, de tez bastante oscura y cabellera, barba y uñas tan largas que evidenciaban años de no ser cortadas. Y sus cicatrices... Tenía el aspecto de un ser torturado y olvidado en esa jaula desde hacía mucho tiempo.

Aniel tragó con fuerza. Los gritos se sucedían acompañados de gruñidos furiosos.

—Mira a quién te he traído —dijo Sácritos y la miró levantando una de sus cejas. Aniel, de repente, supo la verdad. Las rodillas se le doblaron, pero no alcanzó a llegar al suelo ya que Gabriel la retuvo de las axilas y la apoyó contra su pecho.

—No, no. No puede ser. ¡Dime que no es él! —Empezó a gemir mientras las lágrimas le inundaban el rostro de manera compulsiva.

—¿Quién es, Aniel? —susurró Gabriel preocupado, sosteniéndola con fuerza.

Sácritos rio observando la reacción de la guardiana.

—Ah, mi querida, ahora pareces perturbada, ¿no?

Aniel se liberó de los brazos de Gabriel lanzándose hacia la jaula, pero este logró retenerla de la cintura desde atrás. Aniel empezó a luchar frenética

contra las manos que la rodeaban.

—¡Es él! ¡Suéltame! —gritaba sin parar de sollozar. Gabriel estaba por completo confundido ante la reacción de Aniel, pero no iba a dejarla acercarse a la jaula con aquel loco adentro. Una nueva ola de celos lo abrazó. Aniel parecía haber enloquecido al ver a ese tipo—. ¡Déjame te he dicho! — la escuchó gritarle con tal desesperación que lo abrumó. Le clavó las uñas en las manos, pero no cedería.

—¡Primero dime quién es! No te expondré a este loco de nuevo.

—¿Qué has hecho con él? —chilló Aniel sin contestar, concentrada en el caído con rabia asesina y pateando furiosa hacia adelante—. ¿Qué le has hecho, hijo de puta? ¡Toma mi alma, pero deja la de mi padre en paz!

Un frío helado subió a través de la columna de Gabriel. Ese ser transformado en una bestia salvaje era el padre de Aniel.

«¡Dios!».

—Hace siete años que está en mi poder, gatita. ¿O qué otra cosa creías? Y como puedes ver, va en vías de convertirse en un verdadero caído.

Aniel lloraba desesperada ante la visión de su padre delante de ella. Su amadísimo padre. ¿En qué lo habían convertido? Y allí estaba tan solo, transformado en un monstruo por culpa de ese hijo de puta. Quería matarlo, quería destruirlo, pero las manos poderosas de Gabriel se lo impedían.

Se revolvió furiosa y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Déjame, Gabriel! —Ahora golpeaba las manos que la sujetaban como una cincha.

—¡Pero qué parejita más dichosa! —Sácritos reía ante la escena que se desplegaba ante él—. Cuidado, Gabriel, que si la sueltas te puede matar de una patada en los huevos. —Y volvió a reír con fuerza—. Ah, qué lindo será tenerla otra vez en mis brazos. Amo su fuerza y sus garras.

—Estás demente de verdad, cabrón —bramó Gabriel con voz gélida mientras seguía aferrando con fuerza a Aniel, sin ceder. Se sentía enfermo al captar el dolor de su señora álmica. No soportaba verla expuesta a una nueva

crueldad por parte de ese miserable.

—¿Por qué, Sácritos? —escuchó que Aniel interrogaba iracunda—. ¿Por qué él? Si tú me quieres a mí. ¡Haz conmigo lo que quieras, pero a mi padre déjalo libre!

El corazón de Gabriel se detuvo al escuchar lo que Aniel gritaba a Sácritos. Ese maldito sabía lo que hacía: quería apoderarse de ella al precio que fuera y en ese instante él debía enfrentarse a lo que no sabía cómo podría luchar: el padre de Aniel. Este comenzó a emitir gritos que parecían aullidos al escuchar la voz de Aniel, mientras castigaba con violencia su cuerpo contra los barrotes.

—¡Tómame a mí, no me importa! ¡Pero a él déjalo en paz! —siguió Aniel gritando, sacudiéndose con todas sus fuerzas mientras sollozaba—. ¡Déjame Gabriel, déjame de una vez!

—Por nada del mundo —siseó firme.

—¡No puedes retenerme! ¡Es mi padre!

Gabriel sintió que un dolor profundo cubría su alma. Aniel intentaba escapar de él otra vez. Miró a Sácritos con todo el odio visceral que sentía por el hijo de puta y lo desafió nuevamente.

—Escucha, maldito. Lucha contra mí. Si gano, Aniel y su padre vienen conmigo.

Ante estas palabras, Aniel dejó de retorcerse. Sácritos volvió a emitir una sonora carcajada.

—¿Sabes qué? Lo haré porque me tienes los huevos llenos. Aparte, quiero que estés fuera de nuestro circuito. Deseo a Aniel sin que te entrometas todo el tiempo. Te mataré, gusano.

Sácritos miró a uno de los caídos, que se dirigió a Gabriel e intentó sacarle a Aniel de los brazos.

—Ni se te ocurra tocarla —siseó Gabriel, mientras apartaba a Aniel de los brazos del caído y ponía su propio cuerpo adelante como escudo. Miró a Sácritos. Aún debilitado como estaba, podría llegar a derrotar al desgraciado.

Pero este no estaba solo—. ¿Qué garantías hay de que, si gano, nos dejas en paz? —preguntó—. Da tu palabra aquí frente a tus hombres de que, si te venzo, puedo regresar con Aniel y su padre.

—No hay garantías, Gabriel. Nada que provenga de mí las tiene, salvo el hecho de que te mataré. Tómalo o déjalo.

—Eres un hijo de puta.

—¿Putra mi madre? Creo que sí lo era. —Y volvió a echarse a reír como un demonio—. ¿Lucharás o te pasarás el día entero defendiendo a la gatita?

Ante un movimiento de cabeza de Sácritos, los tres caídos se lanzaron contra Gabriel para tratar de sacarle una vez más a Aniel de sus brazos, pero este se puso en acción descargando puñetazos y patadas.

—¡Esto era entre tú y yo, desgraciado! —tronó Gabriel.

—Nunca confíes en mí.

Al quedar libre, Aniel se apresuró a correr hacia la jaula de su padre, pero unos brazos de hierro la tomaron de la cintura desde atrás. Otra vez.

—Ah, gatita. Eres mía —dijo la voz gélida que tanto despreciaba.

Aniel sacó a relucir todas las maniobras que había aprendido en esos siete años y se ensartó en una escaramuza contra el miserable que le había robado a su padre.

Le incrustó un cabezazo en el rostro con todas sus fuerzas, lo que le permitió quedar libre al instante, al mismo tiempo que escuchaba un gruñido de dolor. Giró hacia atrás y le propinó una patada en los testículos. Sácritos se dobló en dos y Aniel aprovechó para tomarlo de las solapas de su chaqueta y le descargó dos puñetazos en la cara.

—Por mi padre y por lo que me has hecho, desgraciado —silbó iracunda.

Sácritos parecía detenido ante semejante paliza. Cuando Aniel tomó envión para patearlo de nuevo, este reaccionó y la tomó del pie para hacerla

girar con fuerza, lo que la hizo caer con todo el peso del cuerpo al suelo. Apenas aterrizó, Sácritos se abalanzó sobre ella intentando ponerse a horcajadas, pero ella pateó y se retorció como un gato montés. Las manos de Sácritos intentaban tomarla de las piernas, pero Aniel siguió luchando ciega del odio y la rabia. Un grito de guerra aturdió sus oídos y, al instante siguiente, tenía al mastodonte sobre ella, cabalgándola y tratando de retenerla con el peso de su cuerpo. Aniel se enderezó e intentó golpearlo con la frente, pero Sácritos logró pararla al caer sobre ella y envolverla con los brazos poderosos. Aniel mordió sin remordimiento la carne de su pecho por debajo de la clavícula, y escuchó con satisfacción el grito de dolor de su oponente. Un golpe espantoso cayó sobre su rostro y le hizo ver luces de colores. La fuerza brutal de aquel puño la hizo desplomarse confundida al suelo. Captó el sabor de su propia sangre en la boca. ¿O era la de Sácritos? Y un grito lastimoso le perforó los tímpanos.

«Papá», susurró por dentro. Se revolvió del peso que le impedía llegar hasta su padre y arañó frenética lo que encontró del cuerpo de Sácritos en el camino, pero sus manos fueron detenidas por las otras enormes. Luchó enloquecida, embravecida por los aullidos de su padre.

Logró liberar una de las manos y se aferró al cabello de Sácritos. Tiró de él con toda la furia y escuchó el grito de dolor que el desgraciado emitía. Sintió una satisfacción primaria que duró muy poco, ya que su muñeca fue apresada por la mano asquerosa que trataba de separarla de él. Pero Aniel intensificó el agarre. Le arrancaría la cabellera entera si era necesario, pero ese maldito no se acercaría de nuevo a su padre.

Gabriel era un luchador extraordinario, pero esos dos caídos también lo eran. Estaba por completo exhausto por el viaje a la multidimensionalidad, que le había quitado gran parte de las fuerzas. Había vuelto a mandar señales a los demás caminantes, pero, por lo visto, había sido inútil. Necesitaba

acabar con sus oponentes de inmediato para ayudar a Aniel, que luchaba encarnizadamente contra Sácritos.

Si bien había logrado eliminar a uno, aún tenía a esos dos que eran implacables. Por el rabillo del ojo vio que Sácritos le encajaba dos ásperos cachetazos a Aniel, lo que generó en él un grito de profunda rabia y desesperación que le dio una inyección extra de adrenalina.

Luchó con mayor ahínco hasta que logró tomar por el cuello a un caído con una mano y darle una patada fulminante en los testículos a otro. Mientras este último caía al suelo doblado en dos, el otro sacó una navaja que intentó clavarle a él en el corazón. Gabriel alcanzó a sujetarle la muñeca y luchó para llevarla en contra del cuerpo de su adversario. Se miraron con furia asesina mientras forcejeaban y medían las fuerzas para ganar la navaja. Pecho contra pecho, danzaron a orillas del arroyo hasta que Gabriel logró tomarse de la nuca del caído y, con brío, le incrustó la frente lo que provocó un quejido de dolor en su oponente, que disminuyó la presión del brazo. Fue lo que necesitaba Gabriel para clavar la navaja en medio del corazón del caído y ganar la pulseada al quebrarle el cuello en medio del vapor que expulsaba de la boca.

Al instante siguiente, una gruesa cadena se enroscó en su cuello. Presionó las manos sobre la cadena para evitar que lo ahogara, mientras se abalanzaba con todas las fuerzas de su cuerpo contra el caído a su espalda y los arrastraba a ambos hacia atrás y al suelo. El caído apretó con más fuerza la cadena alrededor de su cuello, pero Gabriel logró propinarle dos tremendos codazos en las costillas, que se quejaron ante su estallido. Un grito desgarrador salió despedido desde debajo de Gabriel. Tiró de la cadena hacia adelante, la cual cedió con facilidad. El caído había quedado sentido. Se volteó como una luz para caer sobre el cuerpo y comenzar a propinar incontables puñetazos sobre la cara cada vez más desfigurada. La sangre del caído volaba en todas direcciones, mientras Gabriel lo llenaba de golpes. Cuando lo sintió desmayarse, descargó el golpe mortal.

De inmediato giró la cabeza hacia donde provenían los gritos de Aniel y

de Sácritos, el cual estaba sosteniendo una lucha con ella por la posesión de su cabellera.

Aniel escuchaba el quejido de Sácritos en su oído. Este le aferraba la muñeca con tanta potencia que Aniel pensó que los huesos no resistirían mucho tiempo antes de que se hicieran añicos. El dolor era insoportable, pero no lo soltaría. Sin previo aviso, se vio libre de Sácritos, que salió impelido hacia atrás como si fuera un muñeco de trapo. Lo último que alcanzó a ver antes de levantarse y echar a correr hacia la jaula fue el cuerpo de Gabriel arrojándose sobre el de Sácritos.

Se detuvo a tan solo unos centímetros de los barrotes. No podía creer que ese ser fuera su amadísimo padre. Lo observó y las lágrimas empezaron a afluir sin control. Había sido transformado cruelmente en un monstruo.

Lo miró con detenimiento buscando el contacto de los ojos, pero en ellos no existía el menor reconocimiento de su persona. Solo expulsaban una rabia asesina que paralizó su corazón. Siguió buscándolo con la mirada, pero solo recibió a cambio un aullido de furia más intenso, mientras la baba le caía por las comisuras de los labios. Sus ojos ya no eran plateados sino negros. Negros como la maldad que contenían.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se acercó aún más a la jaula.

—Papá, soy yo, Aniel —susurró. La única respuesta que recibió de él fue una embestida contra los barrotes con una mirada cargada de odio. El corazón se le había paralizado por la pena y el dolor.

Su padre. Lo había creído muerto en todos estos años y Gabriel había tenido razón, ya que jamás lo había tocado. Sus sueños le habían mostrado otra realidad. Era la primera vez que habían revelado algo diferente. Su padre estaba vivo y ella estaba allí para salvarlo—. Soy yo, Aniel, tu hija. —Este volvió a rugir mientras intentaba agarrarla, pasando las manos por entre las

rejas. Aniel se corrió, pero enseguida volvió a mirarlo—. Papá, por favor... ¡reconóceme! —gritó desesperada, pero su padre rugía aún más fuerte.

Y en medio de aquellos aullidos, Aniel se sintió caer en un abismo oscuro, envuelta en una infinidad de imágenes del pasado. Su padre y su madre abrazándola, jugando con ella, rodeándola de amor. Se vio como una chiquilla montada sobre los hombros de su padre, corriendo por el jardín mientras su madre hacía la comida y reía. Contempló la sonrisa de su padre cuando iba tras su madre para cerrar la puerta de su dormitorio y poder gozar de su amor. O sentado de cuclillas ante ella curando sus heridas cuando se había caído de un árbol y estrellado contra los rosales de su mamá. Sonrió. Abrazos, besos, mimos, aquel era su universo en ese instante, repleto del amor perdido hacía siete años y que nunca había podido recuperar.

Extrañaba tanto aquellos abrazos amorosos. Y a su madre. ¿Dónde estaría? Maia dijo que regresaría por ella después del día de su cumpleaños. Su padre tenía que vivir, ya que su madre regresaría también por él, y de nuevo estarían juntos como familia. Necesitaba recuperar ese amor a cualquier precio.

Volvió a enjugarse las lágrimas con los dedos. Había encontrado el sagrado amor de Gabriel, que la había salvado de toda aquella insania, y estaba a un paso de recuperar a sus padres. Nada la detendría. Y llena del amor que la embriagaba, destrabó el dispositivo que la separaba de su padre. Lo corrió con cuidado y, con el alma llena de esperanza, abrió la puerta de la jaula.

—Papá, eres libre.

Un intenso frío y una insondable oscuridad la envolvieron. Lo que había revivido en sus sueños durante un año y medio había venido finalmente a su encuentro.

Los dos machos peleaban en el suelo golpeándose como locos, con toda la

furia contenida y sabiendo que uno de ellos estaba demás. Gabriel alcanzó a ver a Aniel cerca de la jaula donde se hallaba encerrado su padre, a quién miraba con desesperación. Tenía que terminar con Sácritos a la brevedad porque temía por ella. Se sentía extenuado, pero no se rendiría. Debía sobrevivir para cuidar y proteger a Aniel. Y estaba a un paso de terminar con toda esta aberración.

Luchó por ponerse a horcajadas sobre Sácritos y comenzó a golpear con los puños su cara enorme. A último momento, el caído logró liberar los pies y con ellos le empujó el pecho por lo que Gabriel salió lanzado hacia atrás para caer de espaldas. Debilitado, Gabriel contempló a Sácritos levantarse y salir corriendo hacia el cadáver de uno de los caídos, al que le palpó el interior del sobretodo desgarrado que llevaba puesto. Con un grito de triunfo, desenfundó una poderosa espada, que levantó frente al rostro. Lo vio venir corriendo directo hacia él con la cara roja de la furia y la sangre. Cuando Sácritos descargó la espada contra su cuerpo, Gabriel lo esquivó rodando para incorporarse de un salto. Se impulsó hacia arriba y giró en el aire con los brazos rodeando sus rodillas para caer por detrás de la espalda de Sácritos. Por el rabillo del ojo vio que Aniel seguía observando a su padre como iba. Debía apresurarse.

Corrió hacia el cuerpo inmóvil de otro de los caídos y encontró lo que buscaba. Sácritos, que venía a la carrera detrás de él, se paró en seco cuando Gabriel giró sobre sus pies y lo enfrentó con otra espada. El macho rio cínicamente, mostrando los dientes afilados, y atacó sin miramientos. Gabriel se agachó y giró sobre su cuerpo, tratando de dar sobre el costado de Sácritos, pero falló. Se lanzaron uno contra el otro creando, con el fragor de los golpes y el roce de las espadas, una melodía mortal. Las hojas chocaban con fiereza y ninguna cedió una milésima de terreno hasta que ambos se enredaron en un abrazo. Sácritos intentó golpear con la empuñadura de su espada el cuello de Gabriel, pero este logró esquivarlo con agilidad y lo empujó para apartarlo. Sácritos volvió a arremeter, pero Gabriel lo esperaba. Cruzaron sus espadas, sin dejar de mirarse con fiereza, hasta que Gabriel logró lanzar al caído hacia

atrás. Este trastabilló y casi cayó al suelo, pero, a último momento, logró mantener el equilibrio. Gabriel disparó una nueva estocada, pero Sácritos se agachó tratando de alcanzarlo en el estómago. Con un choque de su espada, logró bloquear la intención del caído. Ambos sudaban y respiraban agitados.

Las fuerzas de Gabriel lo estaban traicionando, pero lo que más lo desesperaba era Aniel. No podía quitar la atención de su enemigo. Ese tipo desprendía el hedor de la muerte por cada uno de sus poros y había llegado el momento de la verdad. Solo rogaba que Aniel usara su cordura y que a él aún le quedaran fuerzas.

Sácritos volvió a la carga y, esta vez, Gabriel cayó sobre una de las rodillas para parar el golpe. Forcejearon de nuevo hasta que el caminante, con todos los músculos tensos y contraídos, logró impulsarse con vigor. Se elevó y empujó el cuerpo que le hacía frente hacia atrás, no sin que antes el filo de la espada de Sácritos le lacerara profundamente el muslo. Gabriel gruñó; la sangre plateada resbalaba por su pierna. Sin respiro y desfalleciente, Gabriel volvió a arremeter y las espadas chocaron incontables veces. Ninguno se rendía.

En el fragor de la lucha, Gabriel logró girar sobre su cuerpo y apoyar la espalda sobre el pecho de Sácritos. Con la empuñadura de la espada golpeó la garganta del gigante, haciendo que este perdiera el aire durante un momento. Maldiciendo, lo vio bajar un tanto la espada, por lo que Gabriel aprovechó para pateársela de la mano. Pero Sácritos adivinó su intención y, en el último instante, giró y alcanzó a darle una estocada en el hombro. Gabriel emitió un grito de dolor mientras observaba cómo su espada salía expulsada hacia un costado del terreno. Su cuerpo resplandecía como el mercurio con el olor a muerte volviéndose más nítido. Escuchó reír al infeliz, de seguro relamiéndose ante lo que sería su éxito. Pero Gabriel era ágil como una gacela. Lo esperó en guardia, con las rodillas flexionadas y los brazos abiertos, y cuando Sácritos lo embistió de nuevo, volvió a tirarse al suelo rodando sobre su cuerpo. Cuando hubo alcanzado la espada, se incorporó en un movimiento y lanzó una serie de estocadas dirigidas hacia distintas partes

del cuerpo de Sácritos. Este empezaba también a mostrar síntomas de fatiga, ya que no era tan rápido como Gabriel.

La sinfonía de las espadas cortando el aire continuaba sin pausa. Los guerreros atacaban y se defendían, sabiendo que cualquier error sería el final de uno u otro. Gabriel, con el rostro y cuerpo empapados en sudor y sangre plateada volvió a arremeter contra Sácritos que, en cuclillas, se volteó. Gabriel siguió con su propio cuerpo el giro de Sácritos y logró tajar su espalda, lo que provocó que el caído comenzara a tambalearse. Una patada de Gabriel en la mandíbula lo descolocó aún más violentamente hacia atrás y lo hizo desplomarse al lado de uno de los cuerpos muertos. Esta vez fue el turno de la espada de Sácritos de caer al suelo. Gabriel saltó hacia adelante y la aprisionó con los pies mientras lo observaba gatear hacia atrás. Gabriel avanzó hacia él, no sin antes detectar el brillo de una daga que asomaba por debajo del cuerpo de otro caído que yacía al lado de Sácritos. Dicha daga salió lanzada contra él, directa a su corazón. Gabriel logró correrse a último momento, pero no pudo evitar que se enterrara en su hombro. Se arrancó la daga de un tirón y, en esos milisegundos, la sombra del caído lo envolvió. Cayeron al suelo. Jadeantes, rodaron por el terreno. Sácritos logró colocarse sobre su cuerpo y se aferró a su cuello con las manos. Con el poco aire que le ingresaba en los pulmones, Gabriel logró aprisionar con una mano una de las muñecas del desgraciado, mientras que con la otra palpaba el suelo buscando la espada.

—¡Muere, hijo de puta! ¡Ahora ella es mía! —lo escuchó vociferar sobre su cara. Ante esa frase, Gabriel renovó las fuerzas. Se hizo de la espada y, de un envión, estoqueó el costado de su oponente. Mientras este se desgañitaba de dolor, Gabriel se lo sacó de encima de un empujón para ponerse de pie. Sácritos hizo lo mismo. Se miraron con furia. Gabriel le hizo una seña para que recuperara el arma. Al punto en que estaban, quería matarlo con el honor de saber que el hijo de puta había estado armado.

Cargaron de nuevo uno contra el otro. Saltaron en el aire con ambas espadas quejándose al chocar. Mientras iban cayendo, la espada de Gabriel

danzaba frenética de un lado a otro confundiendo a Sácritos. Ya en el suelo, este lo atacó de un salto, pero, adivinando su intención, Gabriel se arrodilló, y provocó que el caído pasara de largo por encima de su cuerpo. Gabriel se levantó, giró y lo esperó. Emitiendo un grito de rabia ancestral, el guerrero de los ojos como la noche embistió apuntando otra vez a su corazón. Gabriel respondió con un giro vertical de la espada, que acompañó con el de su propio cuerpo, lo cual hizo que Sácritos pasara de nuevo de largo sin tocarlo. Parecían el toro y el matador. Y en ese instante, Gabriel supo que había llegado la gran oportunidad.

Desde atrás saltó a toda velocidad y descargó la espada contra el cuello de Sácritos, seccionándolo en su totalidad. Se quedó mirando un instante el cuerpo sin vida de quien tanto daño les había hecho a todos y un rugido de furia ancestral brotó de su garganta.

Giró de inmediato sobre sus pies en busca de Aniel. Había dejado de olerla. Corrió hacia la jaula, con el más terrible de los presentimientos.

«No, por favor. ¡Dios mío, no!», gritó en su mente. Al ver lo que se erigía ante sus ojos, hizo lo que jamás en sus seiscientos años había hecho: caer de rodillas y gritar.

Capítulo 39

Gritó. Gritó como un loco. El cuerpo de Gabriel vibró con una energía desconocida que lo transformó en un disco iridiscente. La intensidad de su brillo plateado era tal que podría haber calcinado la visión de cualquier ser humano. Toda la furia de su sangre plateada se le arremolinaba en el estómago, preparándose a estallar.

Delante de él se alzaba el monstruo salvaje, el que alguna vez había sido el padre amado de Aniel. Y entre sus manos aferraba el frágil cuello partido de su mujer.

La furia dio lugar a un oscuro y gélido dolor que se apropió de cada fibra de Gabriel y que lo impulsó a actuar. Se abalanzó como poseído sobre la bestia que gruñía y le descargó un golpe demoledor sobre el rostro, que la hizo caer de espaldas en el interior de la jaula. Volvió a atacarla repartiendo puñetazos llenos de rabia y dolor y, por cada golpe que descargaba, trataba de cobrarse el amor que esta acababa de arrancar de su lado.

Con un rugido de ira continuó golpeando el rostro, cuyos huesos iba demoliendo poco a poco. Sabía que no podría continuar sin ella. Y otro puñetazo. Y otro...

—¡Déjalo, Gabriel! ¡Déjalo por el amor de Dios!

La voz de Ruryk lo detuvo. Se volvió lentamente como un sonámbulo. Los ojos cuajados de lágrimas observaron al caminante que se erigía ante él con expresión desorbitada. Al ver cómo Ruryk empalidecía al mirar el cuerpo sin vida de Aniel, su sentido de la cordura desapareció por completo. Se volteó hacia el monstruo, que yacía semiinconsciente entre sus manos, agachó la cabeza y con un grito de rabia ensordecedor, le partió el cuello.

—¡Gabriel, no! —gritó Triel.

Mientras dejaba caer el cuerpo de Ronan Mitchels al piso de aquel maldito recinto, volvió a mirar a sus amigos con ojos ya sin vida. Salió de la jaula

como un autómeta para ir hacia el cuerpo de su mujer, que yacía en el suelo. Acucillándose, la tomó entre sus brazos con la poca dulzura que aún quedaba en su corazón. La observó como enloquecido. Estaba tan pálida, tan suave, tan suya. Con las yemas de los dedos acarició la piel del rostro, que aún se sentía tibia, y le recorrió los ojos, las cejas, la nariz y la boca. Se detuvo allí, reemplazando los dedos por los labios.

Su cuerpo se sacudió incontrolable al comprender lo que aquello significaba. Y prorrumpió en amargos sollozos, enterrando la cara en el cuello que tantas veces había besado y acariciado. La abrazó gimiendo como nunca lo había hecho en su vida, ni siquiera ante las puertas de la muerte.

Triel y Ruryk se acercaron en silencio a su amigo, incapaces de poder brindarle un poco de consuelo. Lo dejaron expulsar su dolor durante horas, permaneciendo a su lado.

Cuando ya caía la noche y el reflejo de la luna hacía cobrar vida a las hojas de los árboles a través de su exquisito reflejo plateado, los caminantes se enfrentaron a los ojos de Gabriel. Con las pupilas iridiscentes y una sonrisa que parecía la de alguien que acababa de traspasar las barreras de la locura, Gabriel susurró:

—Ella tenía razón. Su sueño acaba de cumplirse.

Los caminantes se habían sentado alrededor de Gabriel, mientras él continuaba abrazado al cuerpo de Aniel. Querían ayudarlo, pero no sabían cómo. No comprendían el sentimiento tan profundo que un emparejamiento generaba. Y lamentablemente, Gabriel tenía que atravesar solo ese dolor. Lo único que ellos podían hacer era estar presentes y enviarle energía platino sutil que le diera paz. Muchas veces en las entregas de almas, habían ayudado a aquellas que habían desencarnado desesperadas, al darles ánimo y tranquilidad al irradiar esta energía. Y era lo que estaban tratando de hacer con Gabriel. Pero el dolor de su amigo era tan intenso que no sabían si

podrían sostenerlo.

Y así pasaron las horas. Triel y Ruryk permanecieron junto a Gabriel, que no había dejado de abrazar y besar el cuerpo de la muchacha en total silencio. Solo se oía el ruido de su nariz que moqueaba y el roce de las manos al enjugarse las lágrimas.

Gabriel tomó una vez más entre los dedos los bucles que tanto amaba y los acarició con ternura mientras apoyaba la mejilla sobre la cabeza de su señora álmica, que caía lánguida sobre su pecho.

—No podré soportar vivir sin ella —murmuró con voz ronca y baja reflejando su tortura interior.

Ruryk se levantó y apoyó ambas manos sobre los hombros de su amigo.

—Tienes que entregar su alma, Gabriel —musitó.

El caminante cerró los ojos y abrazó enfebrecido el cuerpo que tenía entre sus manos. Ruryk sintió que una parte de él mismo se doblaba en dos al contemplar esa imagen y los ojos que a continuación lo observaron.

—Pero ¿cómo podré hacerlo ante lo que he hecho? —balbuceó con el labio inferior que le temblaba—. Jamás me perdonará, hermano. Y jamás me lo perdonaré. He matado a su padre —exclamó mientras las lágrimas confluían en el valle de los labios.

Ruryk y Triel sabían que aquel corazón endurecido después de siglos de lucha se había partido en pedazos ante el dolor. Y temían que estuviera ya demasiado cansado. No, Gabriel no se merecía esa tragedia.

—Porque él te quitó lo que más has llegado a amar en la vida —dijo Ruryk conmovido.

Gabriel miró al cielo cubierto de estrellas a través de las lágrimas.

—Le juré tantas veces que no había tocado a su padre, le juré otras tantas más que jamás le haría daño a ella. Pero la herí... la herí de aquí a la eternidad. ¡Cuántas veces le dije que había malinterpretado su sueño! Este mostraba con claridad que yo mataba a su padre y que también la mataría a ella. Y si bien no soy quién la mató físicamente, sí soy el responsable de

haberlo hecho en el espíritu. Nunca me lo perdonaré. —Y la acercó más a él.

La siguiente voz que se alzó, provenía del gigante sombrío que parecía intimidar hasta a los fantasmas, pero que, en el fondo, guardaba el más profundo de los respetos por su hermano de vida.

—Ve a entregarla, Gabriel —le dijo Triel en cuclillas frente a él—. Ve y haz tu tarea. Es ella la que decidirá qué hacer con el perdón que necesitas. Pero no te reproches más, hermano. Yo hubiese hecho lo mismo que tú.

Triel bajó los ojos al suelo. No, él no estaba capacitado para comprender ese dolor.

Observó una vez más cómo su amigo volvía a estallar en lágrimas, acunando entre sus brazos el cuerpo frágil de la mujer que amaba. Era la viva imagen de la desolación, la que surge tras la pérdida de alguien amado y jamás recuperable. La mujer que su amigo había tenido destinada para el resto de su vida, pero que nunca podría ser suya.

Capítulo 40

Se sentía acabado, sin vida. Había transitado *el camino de la ascensión* durante lo que le pareció una eternidad y la había llamado por todos lados, sin éxito. Se topó con varias almas del bajo astral, pero nadie parecía haber visto a Aniel. Los espíritus burlones se presentaban ante él con la imagen de ella y, aun cuando sabía que se trataba de embaucadores, no tenía fuerzas para detenerse y enfrentarlos. Llamó y gritó infinidad de veces, pero fue inútil. Debilitado hasta la extenuación, Gabriel cayó al suelo, donde quedó desparramado y respirando profundamente en un intento de recobrar fuerzas para seguir. De súbito, un haz de luz platino estalló delante de él y un gran portal del mismo color se fue desplegando ante sus ojos, expandiéndose. El brillo era tal que parecía un espejo gigante que reflejaba la propia incandescencia de Gabriel. Incorporándose un poco, observó el vórtice de energía creado ante él y del cual emergieron sus padres, que lo miraron con infinita ternura.

—*Hijo amado* —dijo su madre con el rostro abatido por la tristeza—. *Por Dios, estás sufriendo tanto.*

Gabriel se levantó y enjugó una vez más la humedad de las mejillas. Él era un guerrero que se había endurecido en la vida, que había trabajado con ahínco y fervor para lograr las metas de la Estirpe, pero cuando lo que le había dado sentido a su vida se había ido, se sentía completamente vacío. Nada parecía importante ya, menos que menos las lágrimas a flor de piel que le caían por el rostro. El alma de Aniel volvería a las dimensiones de lo alto y, con ella, iría la de él.

—*Estoy aquí para responder por mis actos ante la Orden Superior, madre. Pero necesito encontrar a Aniel. No responde a mi llamado.*

—*Ella descansa, hijo* —explicó Perla.

—*¿Sabes dónde está?* —preguntó con un súbito dejo de esperanza.

—Sí, pero ella necesita tiempo. Aún tiene los resabios de lo que ha vivido en el plano físico, Gabriel. Necesita comprender lo que ha sucedido con su padre y la estamos ayudando para que pueda aceptarlo.

—Quiero verla.

—Aún no es el momento, hijo —contestó su padre.

Gabriel sabía que era así. Debía presentarse ante la Orden y responder como miembro de la Estirpe y como *silverwalker* por sus acciones. Había matado con sus propias manos a un miembro de la Estirpe y debería afrontar la consecuencia de sus actos.

—Cumpliré con lo que la Orden Superior decida sobre mí, pero primero entregaré el alma de mi señora álmica.

—No puedes hacerlo en el estado en que se encuentra, Gabriel. Ella es una posible *silverwalker* que ha sido asesinada y necesita reencontrarse con sus propias energías —explicó Marcos.

—Nunca sabremos si lo fue, padre. No alcanzó a vivir la transformación y el símbolo muere con ella también.

—Si fuera una *silverwalker*, podría experimentar la transformación en esta dimensión para seguir trabajando desde el plano multidimensional, hijo. El símbolo no se ha perdido.

—Pero...

—Tú tampoco estás listo para entregarla, Gabriel —dijo su madre casi en un susurro.

—¿Cómo puedes decirme eso? —preguntó alzando la voz. Se sentía devastado—. Yo, más que nadie, debo hacerlo. Aniel es la mujer que hubiese vivido a mi lado los siglos que nos quedasen de vida. Tengo mi corazón lleno de ella. Además, debo rogarle su perdón.

La jerarca Perla devolvió el estallido emocional de Gabriel con una mirada llena del amor de una madre que sabe lo que está padeciendo su hijo.

—Por favor, espera a que la Orden Superior se reúna.

Gabriel rio con amargura.

—*¿Esperar? Ya no quiero hacerlo, madre. Compréndeme, se ha perdido mi futuro y mi profunda comunión con Aniel.*

—*¿Qué harías por recuperar ese futuro, hijo?* —preguntó Perla con ternura. Gabriel no dudó.

—*Todo y más.*

—*¿Aún si comprometieras tu propia vida?*

—*Mi vida no tiene sentido sin Aniel. Con ella se ha ido mi espíritu.*

Una luz incandescente iluminó los rostros de los presentes y un jerarca de la Orden emergió del vórtice de energía y comenzó a acercarse a Gabriel. Los padres del caminante bajaron la cabeza a modo de reverencia cuando el jerarca pasó ante ellos. Debía ser alguien de enorme jerarquía, pensó Gabriel, y lo miró con minuciosidad cuando se detuvo ante él.

—*Te saludo, silverwalker. Me llamo Harik. Soy uno de los jefes encargado de evaluar el precio de tus acciones. He escuchado el diálogo que has mantenido con tus padres y, por ello, deseo preguntarte lo siguiente: ¿Qué harías en concreto por Aniel si tuvieras que remediar lo que ha sucedido?* —le preguntó con voz grave.

Gabriel, devolviendo la mirada con la misma intensidad, contestó sin vacilar:

—*Lo que fuese necesario para restituirle la vida a su padre.*

—*¿Crees que eso es importante ahora? Hay leyes universales que podrían establecer que su muerte era el desenlace normal de la vida que el padre de tu señora álmica había elegido.*

—*Puede ser, pero si hay alguien al que yo pudiese pedirle una dispensación por el alma de Ronan, lo haría.*

—*¿Estás seguro, silverwalker?*

—*Absolutamente.*

El jerarca lo observaba con toda la profundidad de sus ojos de color platino. Su aspecto era circunspecto y evidenciaba que había mucho en juego, más de lo que Gabriel se podía imaginar.

—*Hay una manera de hacerlo* —anunció y un dejo de optimismo envolvió a Gabriel.

—*¿Cuál es?* —preguntó. La mirada del jerarca se oscureció.

—*Un intercambio. Tú mueres y él se transforma en el nuevo silverwalker.*

—*Por favor, no...* —susurró su madre, perpleja. Su padre se acercó a ella y la tomó de la mano fuertemente.

—*Tu hijo ha quebrantado una regla sagrada, jerarca Perla* —dijo Harik con voz serena pero firme—. *Y ese hecho no puede quedar impune.*

—*Yo responderé por mi hijo, jerarca Harik* —dijo Marcos sin dudar.

—*No.* —Gabriel miró a sus padres con decisión—. *Lo que ha sucedido es mi responsabilidad, y a ella me debo.* —Y se volvió hacia el jerarca Harik—. *Lo haré. Y lucharé por reunirme con Aniel en la multidimensionalidad.*

Sus padres lo miraron con desasosiego.

—*No es tan fácil, silverwalker* —contestó el jerarca con voz severa—. *Debes saber algo más.* —Gabriel intuyó que lo que le diría no era nada bueno—. *Si mueres, no podrás reunirte con Aniel en la multidimensionalidad. Harás un intercambio de almas que te obligará a un alejamiento de la Estirpe. Tendrás prohibido ver a nadie que pertenezca a esta, tampoco a tu señora álmica. Quizás para siempre.*

Gabriel sintió que un puñetazo mortal caía sobre su cara.

—*¿Me están desterrando de la Estirpe?*

—*Es un castigo, silverwalker. La muerte del padre de Aniel no era necesaria, pero tus emociones quebrantaron el accionar del guerrero pensante que hay en ti. Es una extradición temporaria, pero que puede llevar mucho tiempo, dependiendo de cómo evolucione tu alma. A veces es para siempre. Y deberás llevarla a cabo en soledad, para aprender de tus errores.*

Derrotado, Gabriel bajó la cabeza.

—*Me están pidiendo que jamás vuelva a ver a mi señora álmica* —susurró con un nudo en la garganta.

—*Si no aceptas este castigo, no se hará el intercambio y se te someterá a*

juicio.

Gabriel tragó en seco. De alguna manera, la vida le cobraba sus actos. Había perdido a Aniel, sin poder luchar ni oponerse. ¿Pero qué era peor? ¿El vivir torturado sabiendo que había dañado de la manera más vil a la mujer que amaba, o morir y dejar de verla para siempre, pero al menos con la certeza de que había podido darle la felicidad que ella se merecía al devolverle la vida a su padre?

Su corazón sabía la respuesta.

—*Acepto el intercambio* —expresó con voz ronca. El jerarca escuchó las palabras de Gabriel y asintió con la cabeza. Marcos y Perla cerraron los ojos y permanecieron así durante un rato. Cuando los abrieron, su padre se acercó a él.

—*El precio que pagarás es elevado, hijo* —susurró grave.

—*No podría vivir sabiendo que Aniel es infeliz y que yo soy la causa.*

Marcos le colocó una mano sobre el hombro y lo miró con tristeza. Las profecías habían establecido que para los *silverwalkers*, encontrar el amor no siempre sería un camino fácil. Y su hijo era el primero en experimentarlo.

—*Que así sea, entonces.*

Gabriel continuaba la búsqueda por el camino de la ascensión, percibiendo que *él* estaba allí. Y no se equivocó porque, de súbito y por delante, una aureola platino incandescente lo cegó y contuvo la respiración al ver acercarse al ser que la irradiaba.

El padre de Aniel era un espíritu de la Estirpe de una jerarquía elevada y la vibración platino que irradiaba era impresionante, incrementada por el resultado de la terrible experiencia que había vivido en manos de los caídos. Aun cuando había acabado transformado en una bestia salvaje, la Orden Superior lo había reconocido como un luchador feroz contra los caídos,

quienes tras siete años de tortura y humillación constantes no habían podido eliminar totalmente de él la energía de la Estirpe. Y ello se debía al espíritu implacable de Ronan. Apenas después de lo sucedido, había sido ascendido a jerarca de la Orden y se había convertido en un claro ejemplo de lucha y tenacidad para los miembros de la Estirpe.

Gabriel se detuvo de manera solemne ante el sujeto que su señora álmica había amado con toda el alma. El jerarca lo observaba callado, como si supiera quién era él. Gabriel hincó una rodilla y agachó la cabeza.

—Honorable jerarca Ronan, miembro de la Orden Superior de la Estirpe de Plata y padre de Aniel, mi señora álmica: me presento hoy aquí para implorar su perdón por el precio de mis acciones contra usted y su hija, así como también solicitar el intercambio de nuestras almas, ofreciendo mi vida y aceptando la extradición de la Estirpe, a cambio de que usted ocupe mi lugar como silverwalker.

La luz del padre de Aniel era tan exquisita que Gabriel, aun con la cabeza gacha, podía sentir cómo se le contraía el corazón.

—¿Por qué estás arrepentido, silverwalker? —preguntó el jerarca con voz firme.

—Porque al dañarlo a usted, he dañado a la persona que más amo en la vida.

—¿Y en qué te basas para decir esto?

—En que usted y su esposa eran lo más importante para Aniel.

—Por favor, hijo, levántate y mírame. —Gabriel hizo lo que el jerarca le pedía con amabilidad. El caballero de la Estirpe era un poco más bajo que él, pero al extremo impactante—. *¿Acaso no eres tú también importante para Aniel?*

La pregunta tomó desprevenido a Gabriel. Reflexionó un instante y sin bajar la vista, contestó:

—Sé que ella llegó a amarme, jerarca Ronan. Pero usted y su esposa son sus padres y ella tiene una historia sagrada a su lado. Yo tuve muy poco tiempo como para poder entregarle una historia igualmente sagrada.

—¿Crees que se trata de comparar un amor y otro?

—Solo sé que ella vivía del amor y recuerdo de ustedes. Y yo le quité aquello contra lo cual jamás debí atentar y que ella tanto amaba: usted.

El jerarca sonrió.

—¿Entonces crees que merecías el amor de mi hija, cuando en realidad no confiabas en el amor que ella te dispensaba?

Gabriel se sintió provocado por las palabras del padre de Aniel.

—Yo jamás dudaría del amor de ella. Pero no puedo vivir con lo que me está quemando por dentro. Ella me advirtió infinidad de veces acerca de sus sueños y de lo que ocurriría. La obligué a quedarse a mi lado cuando ella quería marcharse y evitar lo que está sucediendo precisamente ahora. Porque ella siempre supo que este momento llegaría, pero yo nunca quise escucharla. Y luego de haber hecho lo que hice, la única manera de sentirme perdonado por ella y por mí mismo es aceptar el castigo que la Orden me ofrece: dar mi vida a cambio de la suya.

El jerarca se puso serio y acercó su rostro al de él, mirándolo detenidamente.

—Creo que en el fondo no dejas de ser un tremendo egoísta, Gabriel.

El caminante quedó sorprendido ante aquellas palabras. Estuvo tentado de reaccionar contra el jerarca, pero al final desistió. Hiciese lo que hiciese, Aniel no volvería a su vida.

—Piense lo que quiera —contestó gélido, con la mirada ensombrecida. El nuevo jerarca elevó aún más su imponente figura.

—Tú no le has preguntado a mi hija qué es lo que ella opina de todo este asunto —aseveró.

—Mi acción contra usted no puede quedar impune. Soy un guerrero y conozco las reglas. Además, Aniel no puede verme, jerarca.

—¿Cómo lo sabes?

Gabriel no se dejó amedrentar.

—Ella no puede venir a mí por el momento. Después de lo que usted y yo

le hemos hecho, ha sido retirada para recuperar sus energías. Necesita aceptar lo que ha sucedido. Mientras tanto, quiero poder darle algo de lo que ella tanto anheló mientras estuvimos juntos. Es lo mejor.

Ronan elevó el entrecejo y abrió más los ojos.

—¿Para ella o para ti mismo, Gabriel?

La furia de Gabriel comenzó a evidenciarse a través de la voz y la mirada.

—Cuando acabé con su vida, jerarca, lo hice preso de mi rabia y desesperación. Pero pensé en mí y no en ella. Ahora es diferente.

—Sin preguntarle a ella —sonrió irónico.

—Estoy ofreciendo mi vida por la suya. Y ya le he dicho que Aniel no puede verme. ¿Qué quiere que haga? ¿Cómo puedo vivir con esta angustia que me oprime?

Ronan lo estudió detenidamente.

—Otra vez tu egoísmo, guerrero. Estás actuando por ti y no por ella. ¿En realidad la amas?

Gabriel entrecerró los ojos y, rabioso, se acercó al jerarca hasta donde se lo permitió la intensidad de su energía.

—Estoy a punto de someterme a la extradición de la Estirpe, quizás de por vida y sin tener la posibilidad de volver a ver a Aniel, ¿y usted se atreve a decirme que estoy pensando más en mí que en ella a la vez que cuestiona mi amor? —siseó.

Ronan lo miró ceñudo.

—¿Entonces te rindes sin intentar primero hablar con Aniel?

—¡He tratado! —gritó furibundo—. ¡Pero no puedo llegar a ella!

Ahora el que se acercó fue el jerarca. Su rostro quedó muy cerca del de Gabriel y chistó contenido:

—Eres bastante cobarde, caminante.

Gabriel cerró los puños tratando de mantener su autocontrol. Tenía ganas de volver a matar a este tipo, jerarca o no.

—¿Y qué se supone que debería hacer entonces? —Arrastró las palabras

sin apartar los ojos de aquellos que lo miraban con reproche.

—*Intentar todo lo que esté a tu alcance y más para hablar con ella*
—contestó Ronan sin dejar de sostenerle la mirada. Gabriel cerró los ojos, tomó una profunda respiración y los volvió a abrir.

—*Dígame de qué manera y lo haré. Se lo juro.*

—*No sé si eres capaz* —lo desafió.

—*Pruébeme.*

Continuaron mirándose sin pestañar, hasta que el padre de Aniel elevó la comisura de los labios en una mueca que parecía una sonrisa. Y sus ojos se suavizaron.

—*Sin culpabilidad y siendo tú mismo, Gabriel. Jamás llegarás a ella, y es lo que tus padres te han tratado de decir, de la manera en que te estás enfrentando a tu destino en este momento. Estás dejando que la situación gobierne tus acciones, cuando eres tú el que debe hacerlo. Es lo que te dará confianza acerca de lo que venga, muchacho.*

Gabriel sintió una punzada en su interior y recordó las palabras de su madre:

«*Tú tampoco estás listo, hijo*».

Y de repente, todo fue claro para él. De alguna manera había buscado a Aniel para calmar su propio dolor, sin respetar su propia esencia. El remordimiento había hecho que buscara a Aniel con desesperación para conseguir su perdón, cuando en realidad lo que hacía falta era que él se mostrara ante ella como en realidad era: con sus más y sus menos. Evolucionado a veces y otras no; como el guerrero implacable que era, así como el idiota inseguro en el que a veces se transformaba; el que clamaba por perdón, pero también el que, sin duda, hubiera vuelto a matar a su padre si hubiese sentido lo que en aquel momento. Ese era el Gabriel de ese momento, el que debía estar dispuesto a enfrentar a Aniel a los ojos. El Gabriel con deseos de crecer y aprender y no de ser perfecto. Y era lo que el jerarca Ronan acababa de hacerle ver y lo que su madre le había insinuado.

Gabriel susurró despacio.

—*Creo que he comprendido.*

Ronan elevó los labios en una mueca y sus dientes blancos salieron a la luz:

—*Entonces ve y habla con ella, silverwalker.*

Antes de marcharse, Gabriel miró al padre de Aniel y susurró:

—*Gracias.*

Aniel corrió a los brazos de su padre y lo estrechó con fuerza mientras rompía a llorar.

—*¡Oh, Dios! ¡Cuánto te he extrañado!* —gimió desesperada.

—*Ah, mi amor.* —El jerarca la acunó con fuerza, como si jamás la volviera a dejar ir.

—*He sufrido tanto pensando en ti* —susurró con la cabeza apoyada en su pecho. Ronan la separó un tanto y la miró con los ojos húmedos.

—*Hija, ojalá algún día puedas llegar a perdonarme por lo que hice porque yo no sé cómo podré hacerlo conmigo mismo.*

Aniel se cobijó más entre los brazos de su padre.

—*Por Dios, no te castigues más. No eras tú, papá. Tu ser estaba cayendo y tampoco eras consciente de quién era yo. No eres responsable de lo que ha sucedido. Jamás te culparía.*

Ronan cerró los ojos llenos de dolor.

—*Sé todo lo que has sufrido, mi amor. Pero ahora estamos juntos* —dijo con suavidad a la vez que le acariciaba el cabello.

Aniel sollozaba con más fuerza ahora. Ronan no intentó detenerla, consciente de que su hija no solo había sufrido demasiado desde que era tan solo una adolescente, sino que acababa de vivir una terrible tragedia y la separación de su señor álmico. Y él tenía demasiado que ver en toda esa terrible situación. Cuando el llanto de Aniel comenzó a aplacarse, Ronan se

separó con ternura de ella y la tomó de los hombros con suavidad.

—*Dime todo aquello que te preocupe.*

—*Es sobre mamá.*

El rostro de Ronan se cubrió de desazón.

—*Debo ir a buscarla.*

—*Ella dijo que volvería a mí cuando cumpliera mis veintitrés años, pero ahora ya no estoy en la dimensión de ella.*

Ronan se mantuvo en silencio durante un rato, preso en sus pensamientos y, al cabo de un rato, miró a Aniel.

—*Prometo que hablaremos sobre tu madre más tarde y te diré lo que haremos.* —Aniel asintió con la cabeza—. *Pero ahora quiero que seas sincera conmigo, mi amor. Porque tú estás sufriendo también por otra causa.*

Los ojos de Aniel volvieron a cuajarse de lágrimas y con la voz ahogada expresó:

—*No quiero perder a Gabriel, padre. Él es mi señor álmico. Sé que pertenecemos a dimensiones diferentes ahora, pero necesito comunicarme con él.*

—*¿Lo amas?* —preguntó el jerarca con una suave sonrisa. Aniel se la devolvió con otra.

—*Con toda mi alma.*

El semblante de Ronan se cubrió de sombras.

—*Él está padeciendo la ejecución de mi muerte en sus manos y no se perdona el dolor que te ha ocasionado.*

—*El cree que no lo disculparé, pero no es así* —dijo Aniel con la mirada llena de amargura.

—*He hablado con él. Es un buen chico, hija. Te ama.*

—*Pero no podemos estar juntos.* —Aniel parecía miserable, perdida sin Gabriel. Ronan la miró con la ternura propia de un padre que adora a su hija—. *Lo que más he anhelado en toda la vida ha sido verlos felices a ti y a mamá* —continuó diciendo con los ojos cuajados de lágrimas—. *Pero ahora*

se suma la felicidad de Gabriel y deseo brindársela con todas mis fuerzas. Lo amo, padre. Y que él haya aceptado el castigo que la Orden quiere aplicarle me hace daño, aun cuando tú podrías regresar a la materia para ayudar a mamá. —Aniel se limpió con los dedos las lágrimas que le caían por las mejillas y tomó aire profundamente—. Gabriel se quedaría solo, quizás para siempre, y no podría soportarlo, te lo juro. Sea del lado que sea, estoy perdida. Soy egoísta, padre, pero es lo que siento y ojalá me perdones.

Aniel bajó la mirada. Su padre le levantó la barbilla con los dedos, invitándola a mirarlo nuevamente.

—Hija, nunca permitiré este intercambio. Ese muchacho merece una oportunidad. Yo también he cometido mis errores. Toda la información que los caídos me sonsacaron mientras me torturaban... Escúchame bien. —Y la tomó de los hombros con suavidad—. Yo te puse de nuevo en las manos de Sácritos. Yo fui el que reveló muchos de los secretos de la Estirpe a ese sádico. Los símbolos, los implicados, incluso hablé de ti y de las demás mujeres guardianas, tus amigas.

Aniel miraba a su padre confundida.

—Pero ¿cómo sabías tanto, padre?

—Por mi padre, Johan. Él me había revelado gran parte de la información, que después le transmití a tu madre, aunque no en su totalidad. Mi amada Ana es humana y no podía llenarla de responsabilidades que solo me atañían a mí, por ser miembro de la Estirpe. Igualmente, tu madre y yo éramos los encargados de informarles a ti y a tus compañeras guardianas, lo que sería de vital importancia. Y a ello se sumaban mis visiones. Con tu madre nunca supimos cuánto sabía Sácritos de todo esto, pero siempre sospechamos que algún día él vendría tras de ti. Por ello construimos toda la protección a tu persona y dejamos aquel dinero en manos de mi amigo Lautaro. Pero jamás nos imaginamos que Sácritos te buscaría antes de que cumplieras los veintitrés años. Fue el tremendo error que tu madre y sobre todo yo cometimos. Siempre me había manejado con mis visiones, pero ninguna me había mostrado lo que sucedería esa noche trágica. Sin duda,

aquello tenía que suceder sin que nadie interviniese. Y también sabía que un joven que te amaría como nadie vendría a protegerte.

—Gabriel —susurró Aniel con ternura.

—Sí. Y porque sabía de su existencia desde que eras pequeña, cuando fui cayendo por las torturas en manos de Sácritos, terminé confesando sobre él. Y por eso Sácritos sabía tanto sobre ustedes. Fui yo el responsable de mucho de lo que ha sucedido, mi amor. Mucho de tu dolor y del de ese muchacho. Y aun no comprendo cómo la Estirpe me ha otorgado este título de jerarca.

Aniel lo abrazó con fuerza, entendiendo lo que su padre sentía. Él también estaba tratando de purgar su propio dolor.

—Padre, te has ganado tu lugar. Solo tú pudiste resistir tanto y hoy en día seguir siendo parte de los nuestros. Jamás caíste en poder de los caídos y eso revela la fortaleza de tu alma. No te tortures más. Yo jamás te juzgaría y Gabriel tampoco.

Ronan cerró los ojos por un instante, para abrirlos al siguiente y mirarla.

—Ese chico ha luchado demasiado, Aniel, y si bien aún debe aprender cuestiones básicas, me gusta mucho y lo respeto. Tampoco podría soportar verte infeliz a ti.

—No deseo por nada del mundo entorpecer tu misión ni la de mamá.

Ronan la tomó de los brazos con amor.

—Escucha, Aniel. Tus sueños anunciaron mi muerte, o sea que ya estaba preestablecida como un potencial futuro de enorme probabilidad. Yo no quiero ni puedo aceptar este intercambio ridículo. No me compete a mí entrometerme en la vida de Gabriel. Él debe continuar con su camino.

—Comprendo, padre —susurró Aniel. Ronan le acarició la mejilla con una de las manos, mientras decía muy despacio:

—Ve con él.

—¿Y la Orden Superior?

—Yo también soy parte de ella e intercederé por Gabriel.

Los ojos de Aniel se llenaron de luz y su sonrisa volvió a instalarse.

—*Te amo, padre.*

—*Y yo a ti, hija.*

Y antes de marcharse, ella susurró:

—*Agradezco a Dios por haberte recuperado.*

Capítulo 41

—*Aquí estoy, Gabriel.*

Giró muy lentamente en dirección a la voz que tanto había anhelado volver a escuchar. Su corazón se detuvo, lo mismo que su respiración. Ante él estaba el amor de su vida, la razón de sus ganas de seguir viviendo.

Se acercó a Aniel con cuidado y se detuvo a unos pocos centímetros de su cuerpo, como si temiera que se esfumara. La miró embelesado mientras ella hacía lo mismo con los ojos cuajados de lágrimas.

—*No sé cómo empezar* —murmuró Gabriel atormentado. Apenas terminó de decir eso, cayó de rodillas al suelo—: *Perdóname, Aniel, perdóname* —exclamó con la voz ahogada. Aniel se agachó de inmediato para apoyar las manos en sus hombros.

—*Dios mío, Gabriel, te lo suplico. Levántate y hablemos de igual a igual* —rogó muy suave, casi en un susurro.

Gabriel se levantó en silencio y permaneció contemplándola, pero sin tocarla. Buscaba la comunión con ella, como tantas otras veces había sucedido, pero se sentía inseguro. El jerarca Ronan le había mostrado una gran verdad, pero, ante la imagen de Aniel, se sentía torpe y no sabía cuán bueno podría llegar a resultar ese encuentro.

«*Sin culpabilidad y siendo tú mismo*», recordó y respiró profundamente.

—*Estoy profundamente apenado por lo ocurrido, Aniel* —susurró con un nudo en la garganta—. *Y no puedo perdonarme por haberte herido tanto. Al final, siempre habías tenido razón.* —Se detuvo, haciendo el esfuerzo de juntar las pocas fuerzas que le quedaban y expresar la terrible verdad que lo agobiaba—. *Por eso deseo que sepas que existe una posibilidad para compensar todo el daño que te he hecho...*

—*La conozco, Gabriel* —dijo ella interrumpiendo sus palabras al apoyar los dedos sobre la boca de él—. *Pero, ¿qué es lo que deseas tú?* —preguntó

con suavidad, mientras comenzaba a acariciarle los labios con la yema de los dedos. Gabriel la tomó con dulzura de la muñeca, le apartó con delicadeza la mano de su boca y la colocó sobre su propia mejilla.

—*Hacer todo aquello que te haga feliz y más, Aniel.*

—*¿Me estás haciendo partícipe de la decisión?*

—*Sí.*

—*¿Por qué?*

—*Porque te amo y quiero que tú estés de acuerdo con la resolución que tomemos. Tu padre me hizo ver que era un tremendo egoísta al no preguntarte lo que tú sentías y pensabas al respecto. Y es lo que deseo saber. Haré lo que me digas, Aniel.*

—*¿Pero y tú? Dime la verdad, tu verdad.*

Gabriel se detuvo ante la imagen de su mujer, la que había anhelado durante tanto tiempo y por la que había luchado tanto.

—*Yo desearía con toda mi alma poder recuperar nuestra vida, Aniel. Tú y yo. Estoy profundamente enamorado de ti y solo sé que soy feliz a tu lado. Eres mi señora álmica. Te querría en mi lecho cada día y cada instante, para amarnos y gozar de nuestro amor para siempre. Querría levantarme y sentirte cerca, mirarme en el reflejo de tus ojos, gozar de cada momento bueno que la vida nos deparase, así como afrontar los difíciles. Ese es mi verdadero deseo. Y si llegaras a ser una silverwalker, disfrutaría de nuestro trabajo donde las circunstancias nos llevaran, juntos.*

—*¿Entonces por qué crees que yo aceptaría el intercambio de almas?*

—*Porque tú amas a tus padres con todo el corazón. Ronan podría regresar a la materia para continuar su labor con tu madre, que también lo necesita. Además, tu temor permanente de que yo le hiciese daño ha existido entre nosotros desde el principio. Me costó mucho tiempo y esfuerzo poder lograr tu confianza, pero, al final, todos tus miedos eran genuinos.* —Los ojos de Gabriel se llenaron de lágrimas, acompañando las de Aniel. Ella se acercó y lo tomó de las manos con las suyas.

—*Yo te amo, Gabriel. Y por nada del mundo, escúchame bien, por nada del mundo deseo perderte, mi amor.* —Las lágrimas de ambos les resbalaban por las mejillas y el cuello.

—*No sabes cuán arrepentido estoy de todo esto* —dijo Gabriel pasándose el dorso de la mano por las mejillas para volver a apoyar sus manos sobre las de ella. Las palabras de Aniel lo redimían—. *Jamás en mi vida quise hacerte daño. Lo juro por el dios más sagrado que existe. Jamás Aniel, jamás...*

Y continuó pronunciando esa palabra varias veces más mientras su voz se iba apagando y cerraba los ojos con tal fuerza que las lágrimas caían de las pestañas de la misma manera. Aniel se las enjugó con los pulgares, para luego revolverle el cabello con amor y ternura. Le susurró al oído:

—*¿Sabes qué, Gabriel? Los dos nos hemos equivocado. He huido de ti incansablemente, presa de lo que suponía ocurriría en mis sueños. Pero en vez de detenerme en el camino, ya me había ubicado en la recta final y desde allí te juzgué. A ti y a nuestro amor.* —Sacudió con suavidad la cabeza de un lado a otro—. *Tú no lo sabes, Gabriel, pero mi madre en mis sueños me pedía que escapara del «macho». Y siempre decidí que él eras tú y no Sácritos. En realidad, soy más culpable que tú, Gabriel, porque todo lo que tú has hecho por mí, desde el primer instante que te has cruzado en mi camino, ha sido desde tu amor, mientras que el mío hacia ti se ha visto siempre empañado por mis temores y mis dudas, que solo me hacían querer combatir lo que nos unía. No me siento orgullosa de ello. Y soy yo también la que quiere reparar el daño que te he hecho a ti, Gabriel. Me ha llevado tiempo, pero hoy quiero...* —Y esta vez fue ella la que se puso de rodillas frente a él.

—*No, por favor...* —susurró Gabriel.

—*Escúchame y déjame continuar, mi amor.* —Lo miró con honor y adoración—. *Quiero pedirte perdón por todas las veces que hui y te dejé solo. Por creer más en mis sueños que en nuestro amor. Perdóname por haberte expuesto a mis miedos en lugar de haberte abrazado a mí; por haber sido tan cobarde y no defender aquello que era tan claro entre nosotros. Te*

pido perdón por lo testaruda que fui y por haberte hecho sufrir. No sé cómo remediar todo esto, pero yo no tengo nada que perdonarte, mi amor, sino que eres tú el que debe decidir si soy merecedora de tu amor. Te amo, Gabriel, con todas las fuerzas de mi alma. Y soy yo en realidad la que ruega por su propia redención.

Gabriel estaba petrificado. Era la primera vez que Aniel exponía sus sentimientos hacia él de esta manera. La levantó y la llevó junto a él. La tomó entre sus brazos, alzándola como otras veces ya había hecho, para que sus ojos quedaran a la misma altura de los de él.

—*Aniel, te amo más que a mi propia vida.* —Y la besó profundamente una y otra vez. Al separarse con renuencia, Aniel, aún alejada del suelo por los brazos que la sostenían, lo tomó de las mejillas con las manos.

—*Aún no me has dicho si me perdonas.*

Gabriel le besó la nariz.

—*¿Cómo puedes pedirme que te perdone si al final se cumplió lo que tú me habías gritado tantas veces en la cara?*

—*Porque más allá del resultado final, Gabriel, lo importante es que yo no apostaba a lo que sentía. Solo me atreví a hacerlo después de que me rescataste de manos de Sácritos. Tuvimos poco tiempo para vivir a pleno nuestro amor, cuando en realidad podríamos haberlo hecho desde el momento en que supe que estaba enamorándome de ti. Quizás juntos podríamos haber cambiado lo que sucedió o no. Pero al menos lo hubiésemos intentado.*

»*A su vez, mi padre me hizo ver que su muerte había sido revelada en mis sueños como un potencial muy probable. Sin embargo, yo traté de evitar con todas mis fuerzas lo que su alma, quizás, ya había elegido. Por todo esto y más, mi amor, yo también me siento muy culpable.*

Gabriel la abrazó y acercó su rostro al de ella. Con los ojos llenos de destellos plateados, susurró antes de devorar su boca:

—*Perdonémonos mutuamente, Aniel.*

Gabriel depositó a Aniel en el suelo, pero sin dejar de abrazarla. Ella le acariciaba las mejillas con los nudillos y al final lo tomó de los costados de la cara, profundizando el encuentro de sus ojos.

—*Mi padre no quiere hacer el intercambio de almas, mi amor. Estás libre de la extradición.*

—*¿Cómo?*

—*Fue decisión de él. Y yo lo apoyo.* —Gabriel la miró con una mezcla de perturbación y alivio. Aniel continuó sosteniéndole el rostro cerca del de ella, mientras murmuraba con una sonrisa radiante—: *Ni él ni yo deseamos tu sacrificio, sino que vuelvas a ser feliz. Ojalá que tú también estés de acuerdo.*

—*¿Pero y tu madre?*

—*Papá y yo la ayudaremos. También el abuelo Johan.*

Gabriel la miró y sus ojos se ensombrecieron.

—*La Orden Superior me someterá a juicio de todas maneras, Aniel. No sé qué castigo recibiré.*

—*Nada peor que una extradición, mi amor.*

—*Tienes razón. Quiero que tú y yo estemos juntos.*

—*Estoy en esta dimensión ahora.*

—*Por eso quiero hoy mismo tomar la decisión de venir hacia ti y dejar la realidad de la materia. Es un derecho que los miembros de la Estirpe tenemos.*

—*Pero tienes una vida allí* —murmuró Aniel preocupada.

—*Que no significa nada si tú no estás en ella.*

—*Tu misión como silverwalker terminaría y tú sabes cuán importante eres para la casta y la Estirpe, Gabriel.*

—*No te preocupes, mi amor. Es muy probable que el castigo que reciba después del juicio sea dejar de ser un silverwalker en la materia.*

—*Entonces deberíamos hablar con los jerarcas, Gabriel. Papá me ha*

prometido interceder. Quizás de alguna manera podríamos trabajar tú y yo juntos en la multidimensionalidad. Aunque aún no sabemos si soy una silverwalker.

—Lo averiguaremos.

—¿Y el símbolo?

—Aparentemente no se ha perdido y quizás podríamos encontrarlo juntos.

Aniel pensó un instante.

—¿Y si los jerarcas nos dicen que tu misión como silverwalker tampoco puede continuar aquí?

—No importa. Mi decisión de venir hacia la multidimensionalidad es irrevocable.

—Gabriel, no sé... —Y se pasó una mano por la cabellera, despeinándola un poco. Era el turno de Gabriel de acabar con las protestas de su mujer.

—¿No dijiste que querías que volviera a ser feliz?

Aniel se acercó y lo besó en la boca con suavidad.

—Con toda mi alma —murmuró sobre sus labios.

—Tú eres mi felicidad, Aniel. No permitiré que nada ni nadie nos vuelva a separar.

Se abrazaron y besaron con desesperación y anhelo. Una espiral de luz platino los envolvió e hizo que los cuerpos se estrechasen con más fuerza. El sufrimiento de lo que habían padecido era demasiado profundo y necesitaban sentir que, por fin, se habían recuperado el uno al otro. Lucharían por permanecer unidos y querían creer que la sentencia del juicio no les negaría esa posibilidad. Necesitaban confiar.

Gabriel se apartó tan solo un poco de los labios de Aniel. La miró con devoción y le susurró casi sin aliento:

—He logrado derribar el muro de tus sueños, mi amor. Y tras ellos, al fin te encontré.

«Al fin te encontré», repitió Aniel por dentro y sonrió, recordando el final de su sueño.

—Y yo te lo agradeceré el resto de mi vida, mi dulce Gabriel. Porque, de tu mano, he llegado a mi verdadero hogar —murmuró con una sonrisa deslumbrante.

Capítulo 42

—*¡Me niego rotundamente!* —exclamó el padre de Aniel a viva voz. La Orden Superior se había reunido para discutir sobre los pasos a seguir en el caso de Gabriel.

—*Pero el silverwalker usó su propia mano contra usted* —dijo el jerarca Harik con voz solemne. A su lado se hallaban sentados otros jefes, entre los cuales se encontraban los padres de Gabriel.

—*¡Y yo maté con mis propias manos a mi hija, la señora álmica del caminante!* —chilló furioso—. *¡Yo también merecería algún tipo de castigo y no esta ascensión que me fue otorgada!* —Miró al tribunal con el brillo incandescente de su figura, que revelaba su profundo desacuerdo y prosiguió—: *Entiendan de una vez por todas que el joven guerrero me atacó movido por la tremenda desesperación que sentía. Todos aquellos que tenemos el privilegio de tener una pareja álmica sabemos lo que implica la lucha por el camino del reconocimiento. Y para los guerreros silverwalkers representa un hecho inédito, sin ningún tipo de precedentes. El caminante Trost luchó con ahínco, fiereza y, sobre todo, con un profundo amor para lograr que mi hija lo reconociera; y cuando estaba a punto de conseguirlo, yo mismo se la arrebaté de las manos.* —El jerarca se detuvo un instante e inspiró profundamente—. *El guerrero asesinó a un monstruo y no a un miembro de la Estirpe.*

Un profundo silencio siguió a las palabras del padre de Aniel, como si ninguno de los jefes se atreviese a rebatir sus palabras. Pero luego de un rato, volvieron a surgir las dudas.

—*Si no aplicamos un castigo, el comportamiento del caminante podría transformarse en un ejemplo para otros integrantes de la Estirpe que deseen usar la violencia entre ellos.*

—*Aquí estamos hablando de un guerrero silverwalker que ha demostrado*

siglos de trabajo duro y leal por la Estirpe y la casta, jerarca Harik; uno que se ha enfrentado a un suceso de características únicas y que, además, ha aceptado con bravura ser erradicado de la Estirpe por amor a mi hija. En realidad, él está listo para el intercambio, pero soy yo, Ronan, jerarca de esta Orden, quien se niega a ello. El silverwalker Gabriel ha aceptado la sentencia más terrible que un miembro de la Estirpe es capaz de soportar y ello habla de la calidad de su alma. Por eso pido ante ustedes clemencia por este incansable guerrero. Él es tan víctima de esta situación como lo somos mi hija y yo. Si lo castigan a él, entonces yo también merezco lo mismo. Y lo exigiré. Por ello, no solo me niego al intercambio de almas, sino que además me opongo rotundamente a que el joven silverwalker sea llevado a juicio.

—*¡Yo también me opongo!* —bramó una voz desde atrás. Todos los integrantes de la Orden Superior se dieron vuelta y quedaron perplejos al contemplar al jerarca imponente que se acercaba con una aureola de luz brillantísima. Y bajaron la cabeza con solemnidad y absoluto respeto al escuchar su voz:

—*Ese joven debe llevar adelante una misión de incalculable valor para la Estirpe. Y en un instante, entenderán de qué se trata.*

El jerarca Ronan contuvo la respiración y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Su padre había regresado.

Capítulo 43

Tanta intensidad... No había barreras, solo libertad.

Abrazados, Gabriel y Aniel hacían el amor en la multidimensionalidad, en el jardín de rosas blancas, rodeados del perfume intenso como el que emanaba del cabello de ella. La desnudez de los cuerpos acompañaba el movimiento danzante de las sutiles energías alrededor. Se amaban con reverencia y veneración, con honor y entrega.

Gabriel recorría con adoración una a una las partes de la geografía de su mujer con las manos y la boca. Acariciaba las montañas, los valles y las vertientes. La besaba enfebrecido, excitado por el reencuentro, conmovido por sentirse tan amado por ella. *Su mujer*. Besó y jugó con los labios succulentos, con los senos, la piel satinada y los contornos más íntimos que lo inflamaban de pasión. Aniel lo abrazaba y gemía de placer endulzándole los oídos. Le rozaba los músculos fuertes del pecho, de los brazos y le despeinaba el cabello. Jugó con ellos hasta el cansancio, revolviéndoselos salvajemente, como ella adoraba hacer.

Inmersos en un océano de caricias, Gabriel percibió de repente que la energía de Aniel empezaba a vibrar de manera diferente. Parecía elevarse a una frecuencia superior mientras arqueaba el cuerpo respondiendo al cambio. Un color plateado diferente comenzó a desprenderse de su aura, mientras ella cerraba los ojos y entraba en una especie de trance. Gabriel supo al instante de qué se trataba. El proceso se había desencadenado y su señora álmica estaba empezando la transformación.

Gabriel la abrazó y la besó. Fuera lo que fuera que sucediera con Aniel, él la tendría entre sus brazos para cuidarla y protegerla.

Mientras seguía acariciándola, Aniel abrió los ojos y lo miró, lo que provocó que la respiración de Gabriel se detuviera. Los ojos verde mar irradiaban un brillo platino tal que su propio cuerpo pareció volverse del

mismo color. Y sus ojos respondían con la misma intensidad. Ambos conformaban un entramado de cuerpos platinos, dos figuras de mercurio abrazadas estrechamente. Inmersos en esa nueva intensidad vibratoria, una pasión enardecida se apoderó de ellos. Se entrelazaron salvajes y buscaron comerse el uno al otro con las bocas. Las rosas del jardín despertaron al fulgor de la mañana en un estallido de pétalos que se abrieron para derramar su perfume sobre los cuerpos enredados.

Hasta que las manos de Aniel empezaron a arder.

—*¡Me duele!* —gritó, deteniéndose. Gabriel la abrazó más fuerte y susurró:

—*Abre las manos y recibe lo que el Universo desea brindarte, mi amor.*

Gabriel se refería a las figuras impresas en sus manos, que adquirieron una temperatura casi insoportable e hicieron que Aniel rompiera en sollozos, presa del dolor. Mientras ella hacía lo que Gabriel le había pedido, este la sostenía y le hablaba sin interrupción besándole las lágrimas. Los cuerpos resplandecían como nunca antes y las manos de Aniel, extendidas hacia el infinito, comenzaron a transformarse en dos orbes platino que se expandían hacia todas direcciones, a la vez que rayos de energía que provenían de diferentes partes de la multidimensionalidad confluían sobre ellas. Gabriel seguía abrazándola desde atrás. Era su soporte y ella lo sabía.

En medio de aquel vals de energías, se desplegaron dos enormes pirámides invertidas de las manos de Aniel, que se erigieron sobre las palmas y empezaron a oscilar con suavidad.

Gabriel contuvo la respiración al ver esas figuras frente a sus ojos. Y siguió susurrándole al oído cuánto la amaba. Sabía por los quejidos que ella sentía mucho dolor. La había colocado sobre su regazo y con las piernas la sostenía con delicadeza de las caderas. Los brazos le envolvían el torso, permitiéndole el movimiento de las manos. Le besaba el cuello con dulzura mientras las manos le rozaban los senos, que brillaban incandescentes. Aniel gimió ante las caricias. El acto de transformación se sentía absolutamente erótico. Sobre las manos de Aniel seguían confluendo haces mercuriales y

las majestuosas pirámides aumentaban de tamaño, volviéndose más nítidas. Giraban con exquisita gracia al unísono con la descarga de energía superior.

Gabriel contemplaba emocionado el encuentro entre la multidimensionalidad y ellos, mientras confirmaba lo que había sabido desde hacía tiempo: su señora álmica de plata era una legítima *silverwalker*. Y en medio de su estupor, Aniel giró, lo miró y se levantó lentamente de su yugo. Con reverencia, lo tomó de las manos y lo invitó a levantarse a él también para colocarse uno frente al otro sin dejar de mirarse. Extendieron las manos y las colocaron unas sobre otras, sin tocarse, para unir las majestuosas pirámides; las de Gabriel apuntando hacia arriba, y las de Aniel a la inversa. Las del caminante comenzaron a desplegarse a un mayor tamaño y a irradiar un nuevo brillo, tan intenso como las de Aniel.

Gabriel sintió un poco de dolor en las palmas, pero, casi al instante, desapareció. La transformación de Aniel no solo había operado en ella, sino también en él. Ambos llevaban figuras multidimensionales en las manos y la vibración de sus cuerpos se elevó a la máxima expresión lo que confluyó en una explosión de luz.

De la unión de sus manos surgió una energía poderosa y tan brillante que las siluetas de Gabriel y Aniel desaparecieron momentáneamente. En su lugar, un magnífico y gigante octaedro comenzó a desplegarse y dar forma a un portal de tal magnificencia como Gabriel jamás había visto antes en sus seiscientos años. De este surgieron una infinidad de almas, de una brillantez tan poderosa como la que ellos irradiaban en ese instante. Los miraron y sonrieron. Entre ellas se distinguían los padres de Gabriel y el jerarca Harik. Y también una figura que Aniel recordaba con profundo amor: su abuelo Johan.

Ante la visión de su abuelo, de un esplendor indescriptible y mucho más intenso que el de los otros jercas, Aniel no pudo evitar derramar las lágrimas. El jerarca la miró primero a ella y después a Gabriel con evidente orgullo.

—*Queridos hijos: el primer símbolo, el octaedro sagrado, enviado por los*

venerables antepasados de nuestra Estirpe, ha sido encontrado. Su hallazgo solo era factible a través del reconocimiento y aceptación del amor de los señores álmicos unidos en la multidimensionalidad. Y ese amor es el de ustedes.

»Ahora es la tarea de ambos descubrir cómo hacer honor al trabajo como silverwalkers con este nuevo portal, que les permitirá llevar a cabo traspasos superiores de almas, de un valor enorme para la Estirpe. Por lo tanto, un nuevo orden se ha establecido en nuestro linaje.

»Aniel, nieta bendita, con profundo respeto y honor te doy la bienvenida como la primera mujer silverwalker de la historia de la Estirpe de Plata.

Aniel inclinó la cabeza en una actitud de humildad y honor por el don tanpreciado recibido. A su vez, el jerarca se volvió para mirar a Gabriel, que lo observaba perplejo.

—Caminante, debes saber que los jefes de la Orden Superior han decidido que los cargos imputados contra ti eran infundados y, por lo tanto, han sido rechazados. Y olvidados. Eres libre.

—Jerarca... yo... —comenzó a decir Gabriel.

—Igualmente... —lo interrumpió el abuelo de Aniel—se te encarga la misión de cuidar y enseñar a esta nueva silverwalker su recién iniciado rol en la Estirpe —completó con mirada complaciente—. Eres muy honrado y querido en estos planos, silverwalker Gabriel. Admiramos tu lealtad y fortaleza. Y tu enorme amor.

Luego se dirigió a los dos, mirándolos con reverencia:

—Es muy importante que de aquí en más ayuden a los demás guerreros silverwalkers cuando se produzca el encuentro con sus señoras álmicas, ya que algunos de ellos deberán afrontar desafíos que serán aún más arduos que los de ustedes. Pero lo más importante: no pueden revelar lo ocurrido entre ustedes esta noche, ya que de hacerlo podrían influenciar en las decisiones de los demás caminantes y sus compañeras. Y la Estirpe de Plata solo aceptará la unión de aquellos señores álmicos de plata que hayan expresado con absoluta libertad la intención de permanecer unidos en el

futuro. Porque es una elección que debe ser hecha desde la propia voluntad y no desde la obligación. El respetar esta consigna hará la gran diferencia en lo que suceda de aquí en más en la casta y en la Estirpe. Sean ejemplo. Es la mejor manera de ayudarlos.

Y a continuación cayó sobre la primera pareja de *silverwalkers*, un caudal enorme de agua que los envolvió y acunó. Los jerarcas desaparecieron y el portal se transformó en un gran valle, con una enorme cascada que los sumergió en la profundidad de sus aguas, testigo mudo de la unión. El elemento de la naturaleza respondía a lo que juntos habían creado, protegiéndolos y purificándolos.

Gabriel y Aniel se abrazaron, enredando los brazos y las piernas iridiscentes. Se sentían livianos en el vaivén de las aguas; podían respirar sin dificultad y sus movimientos eran ágiles y delicados. Gabriel comprendió en ese instante que empezaba a vivir el sueño que, noche tras noche y durante tanto tiempo, lo había acompañado y que, en ese instante, se convertía en una realidad tangible.

Buscó los ojos de Aniel y, al encontrarlos, se miraron con adoración. La comunión entre ambos se volvió más intensa. Contemplar al otro significaba, de repente, mirarse a sí mismo. Ya no había secretos. Y la apasionada ofrenda de amor que surgió en ese instante fue una unción.

Se abrazaron más estrechamente y los cabellos se entrelazaron como si cada una de las fibras se atrajera entre sí. Las manos se buscaron, ávidas por recorrer al otro. Gabriel cubrió con ardor la boca de Aniel, sintiendo la vida que había en ella. Lo que antes había sido muerte, se había transformado en un renacer. Gabriel se desprendió renuente de ella para bajar la cabeza hacia las suaves lomadas venusianas. Las besó con devoción, mientras Aniel se aferraba a sus brazos y le envolvía la cintura con las piernas para danzar junto a él. De súbito, Aniel tomó entre las manos su masculinidad y la presionó con suavidad, lo que provocó que Gabriel arqueara la espalda. Respiraba de manera entrecortada y con el torso endurecido por el placer que lo dejaba sin aliento. Entornó los ojos y la observó desplazarse hacia su vientre e inclinarse

a saborear lo que antes sus manos habían acariciado. Llevó la cabeza hacia atrás con las caderas moviéndose al ritmo de los labios femeninos. Al borde del estallido, Gabriel levantó a Aniel de los hombros y la acercó a su rostro. La volvió a besar esta vez sin control, sujetándola por la nuca y poseyéndola con la lengua. Aniel respondió de la misma manera, mientras enredaba los pies en su cintura. Se besaron como poseídos, como si no pudieran tener suficiente el uno del otro.

Lentamente, Gabriel se separó y volvió a explorar y recorrer cada rincón íntimo de su mujer. Se detenía en la parte más sabrosa, atormentándola con el calor de la lengua y los dedos.

Escuchó los gemidos de Aniel y su polla se irguió aún más brava. Gabriel los preparaba para lo que habían esperado durante tanto tiempo: la unión completa de los cuerpos.

Subiendo por su cuerpo, la atrajo con más fuerza contra él al presionar con uno de los brazos la espalda suave contra su pecho. Volvió a escalar las montañas platinos con la boca mientras los dedos de su otra mano ingresaban en la suave cavidad tan apretada y la abrían lentamente. Escuchó los gemidos de Aniel y percibió la tensión de su cuerpo al recibir tan intenso placer. Un suave empujón del agua hizo que ella curvara aún más la espalda, ofrendando con generosidad los pechos a su boca. Gabriel los degustó hambriento. Ella no dejaba de acariciarle su virilidad, hasta que sintió crecer la urgencia del momento.

Gabriel tomó a Aniel de los costados de su cadera y la impulsó sobre su regazo. Perdidos en los ojos de uno y el otro, danzaron en comunión febril con el agua que los refrescaba y acariciaba, hasta que Gabriel, enardecido, los giró a ambos hasta situar el escultural cuerpo de Aniel bajo él. Apoyó la polla sobre el vientre suave y se irguió como un mástil ante el movimiento ascendente y descendente de las caderas. Volvió a introducirle primero un dedo y luego otro para humedecerla por dentro y sentir el calor de ese interior que pronto lo recibiría a él completamente.

«Mía al fin».

Aniel, girando la cabeza de un lado a otro, por completo abandonada en sus brazos, abrió los ojos y susurró:

—*Hazme tuya.*

Estremecido, Gabriel elevó el cuerpo en toda su dimensión sobre ella, le acarició los muslos mientras se los separaba y, sin dejar de mirarla, colocó la punta de su masculinidad contra los pliegues delicados.

—*Te amo* —susurró Gabriel con infinita ternura.

Volvió a repetírselo infinidad de veces mientras le cubría la cara de besos y las manos bajaban para sujetarle las caderas contra su masculinidad. Con cada «te amo», Gabriel comenzó a ingresar más profundamente en ella para detenerse y dejar que Aniel se acostumbrara a él. La miraba enfebrecido, sumergido en el placer sublime que los pliegues tan exquisitos provocaban en su erección. Al menor gesto de dolor de Aniel, volvía a detenerse, hasta que la escuchaba gemir pidiendo más. Gabriel creyó que su verga, envuelta de forma tan apretada, explotaría en ese instante. Los quejidos de placer de su mujer lo erotizaban por completo. Sediento de ellos, volvió a profundizar en su interior sin dejar de acariciarla y besarla. Estaba húmeda y lista para él. Jamás había hecho el amor en otra dimensión; se percibía cada dolor y cada placer con una intensidad única, irrepetible. No existía ninguna barrera y la expresión de lo que sentían se multiplicaba a escala infinita. Sin detenerse en su avance, Gabriel continuó yendo hacia su interior, expectante de lo que sucedería cuando encontrara la película virginal.

Se detuvo jadeante cuando los ojos de Aniel se volvieron plata líquida al tensarse. Allí estaba.

La besó devorándola, envolviéndole la cabellera con una de las manos mientras la otra se aferraba a una de las nalgas. Al percibir que se abandonaba de nuevo a él, Gabriel dejó por un rato de atacarle los labios para atrapar uno de sus senos. Lo cubrió y adoró con la suavidad de su lengua para llevarla a nuevas alturas de pasión. Continuó moviendo las caderas, mientras cambiaba hacia el otro seno, al que también atormentó sin piedad con la boca, devorándolo. Aniel sollozaba, mientras tironeaba de su cabello. Sabía lo que

significaba.

—*Gabriel, por favor, dame todo de ti.*

Sin esperar más, empujó las caderas hacia adelante y la atravesó. Aniel gritó, cerrando los ojos y contrayendo el cuerpo. Gabriel se detuvo, volvió a esperarla, y rogó que ella se adaptara al tamaño de su virilidad. No quería hacerle más daño.

La abrazó y la besó una y mil veces tratando de que se centrara en los besos y no dejó de acariciarla mientras movía las caderas muy lenta y suavemente. Aún con los ojos cerrados, la vio sonreír y emitir un suspiro. Gabriel empujó las caderas hacia adelante y hacia atrás en movimientos lánguidos y acompasados.

—*Sí... así* —le rogó ella en otro gemido.

Al darse cuenta de que otra vez le estaba dando placer, Gabriel sintió una felicidad indescriptible. El canal de Aniel se volvía más y más húmedo, y creyó volverse loco ante la presión que le ofrecía a su virilidad ya que la excitación que le provocaba, lo estaba llevando al límite de sus resistencias. Una nueva red de besos apasionados los atrapó. Aniel recorrió con las uñas sus hombros, toda la longitud de la espalda hasta llegar a la parte baja de las nalgas y regresar a su cabellera. Ella adoraba tironearle el pelo, lo que provocaba en Gabriel un anhelo salvaje. Cubrió con una de las manos uno de los senos hinchidos y con la otra el triángulo femenino y los estimuló hasta que la escuchó sollozar casi descontrolada. Estaba próxima a la liberación.

Gabriel acercó las caderas, atrayendo las nalgas femeninas hacia él. El placer que experimentaban era increíblemente superior al de antes y Gabriel no tuvo dudas de que su cuerpo, muy pronto, explotaría en mil pedazos.

Como *silverwalkers* unidos, de allí en más vivirían una sexualidad arrolladora de nuevas dimensiones por explorar. Los movimientos de ambos se volvieron más intensos y más salvajes, con Gabriel golpeando con frenesí contra los músculos de Aniel. Le tomó los tobillos y le elevó las piernas hasta colocarlas sobre sus hombros para exponerla aún más a él y profundizar su estocada. Aceleró el ritmo de las caderas hasta que Aniel explotó gritando su

nombre mientras clavaba las uñas en sus nalgas y los ojos y la cabellera se volvían de color mercurio.

Gabriel la tomó de la nuca y presionó con fuerza el rostro contra su boca para profundizar los besos que absorbieron sus gemidos. Intensificó el movimiento implacable de las caderas, sin perder el contacto con los ojos de Aniel, que en ese momento lo miraban extasiada. Preso en aquella visión, comprobó absorto cómo su propio placer escalaba a una altura inimaginable y el calor que envolvía a su miembro se expandía hacia todo su interior. Endureció los músculos del cuerpo, elevó las caderas, y estalló con un grito ensordecedor. El resplandor platino de sus ojos y sus cabellos se acoplaron a la intensidad de los de su señora álmica, mientras su semilla se derramaba en el interior de Aniel. A continuación, una seguidilla simultánea e imparable de orgasmos provenientes de los dos selló el encuentro y cayeron colapsados uno sobre otro.

Abrazados en aquella inmensidad, se miraron a los ojos con adoración. Los cuerpos eran pura luz, testigo de la comunión sagrada. Escuchó que Aniel murmuraba sobre sus labios:

—*Solo haz que el agua te envuelva y renace a tus veintitrés años.*

—*¿Tu sueño de nuevo?* —preguntó Gabriel sabiendo que no necesitaba respuesta. Aniel asintió mientras sonreía plena. Con una de las manos, Gabriel tomó el dije de la gargantilla que le había regalado y jugó con él entre los dedos. Era el reflejo sagrado de lo que ellos se habían transformado. Con la otra mano tomó a Aniel de la barbilla y sobre sus labios murmuró:

—*Somos finalmente uno, mi amor.*

Capítulo 44

Gabriel se hallaba parado frente a sus padres y al jerarca Johan, de la mano de Aniel. Se habían reunido para discutir las últimas decisiones que Aniel y Gabriel habían tomado respecto al futuro que debían afrontar de ahí en más.

—Quiero manifestar mi agradecimiento a los jefes de la Orden Superior por haber levantado los cargos contra mí —exclamó Gabriel a los presentes—. Y me siento en verdad honrado con las nuevas tareas que me han sido asignadas. Por un lado, poder trabajar con el octaedro sagrado activado junto a mi señora álmica silverwalker y, por el otro, ser una especie de mentor para ella, que me permitirá ayudarla a desempeñar su nuevo rol como silverwalker dentro de la casta y la Estirpe.

»Pero para que ambos podamos desempeñar nuestras tareas de manera conjunta, hace falta que nos reunamos en un mismo plano de existencia. Por lo expuesto, acudo a mi derecho, como miembro de la Estirpe de Plata, de enviar a la multidimensionalidad la solicitud de abandonar la dimensión de la materia para regresar a ella y poder permanecer junto a mi señora álmica.

—Y ambos están de acuerdo. —Más que una pregunta de la madre de Gabriel, parecía una afirmación.

—Sí —respondieron los dos. Y Gabriel continuó—: Aniel y yo nos hemos reconocido y estamos dispuestos a vivir como silverwalkers al servicio de la Estirpe, pero juntos y desde la multidimensionalidad. Las profecías se han cumplido.

El jerarca Johan contempló a Gabriel con intenso respeto. Parecía admirar la seguridad y templanza del caminante. Luego dirigió su mirada a Aniel.

—Antes de proseguir, quiero decirte algo a ti, nieta mía.

—Lo que desees, abuelo.

—El que le pidió a tu madre no intervenir hasta que cumplieras tus

veintitrés años he sido yo. —Aniel lo miró con los ojos grandes, sorprendida—. Yo sabía acerca de tu futuro con el guerrero Gabriel y tu misión como silverwalker —continuó—, y por ello era imperante que todo el proceso de reconocimiento lo pasaras sola, para embeberte de sus enseñanzas. Nadie más que tú y tu señor álmico podían hallar las verdaderas respuestas. Espero de verdad que sepas disculparme.

Aniel sonrió.

—Sé que has actuado pensando en mi bienestar, abuelo. Y te doy las gracias por ello.

El jerarca asintió con la cabeza, satisfecho con la respuesta de su nieta.

—Pero ahora tengo algo más para anunciarles. —Gabriel y Aniel se contemplaron expectantes y luego dirigieron una mirada cautelosa al jerarca. Ya habían pasado por tanto que no deseaban más sorpresas alarmantes—. No hace falta que vengas aquí —dijo este, mirando a Gabriel.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el caminante sin comprender.

—Lo que acabo de expresar en forma literal.

—Nadie me alejará de Aniel. No volveré a la realidad física —advirtió Gabriel de manera grave y rotunda.

—No hablo de separarlos —explicó el jerarca. Los ojos de los señores álmicos se cubrieron de un destello de esperanza.

—¿Y cómo podríamos estar juntos, abuelo? —preguntó Aniel con un tono de voz que parecía una súplica. Su abuelo le sonrió con extrema dulzura.

—Si tú vuelves a la vida en la materia.

Gabriel y Aniel se miraron sorprendidos.

—¿Y cómo sería eso posible? —preguntó el caminante. El jerarca volvió a sonreír y se rascó la cabeza. Luego abrió los brazos hacia los costados.

—El símbolo.

—¿Qué? —exclamó Aniel, mientras el rostro de Gabriel parecía esculpido en granito.

—El símbolo tiene el poder de devolver la vida a las almas que lo

merecen, en el plano que sea solicitado.

—¿El portal? —interrogó Gabriel aún suspicaz.

—Sí. No solo funciona como un portal de traspaso de almas de la Tierra a la multidimensionalidad, sino también al revés.

—Dios —susurró Aniel.

—Pero solo debe ser usado en situaciones justificadas. Hay leyes muy severas que regulan este permiso.

—¿Y cómo se establece dicho permiso? —preguntó Gabriel

—Se reúne un tribunal que decide si esa alma tiene la valía necesaria en la Tierra para continuar con su vida o es mejor que viva en la mutidimensionalidad. Se determina si el karma se cancela y se transforma en un nuevo comienzo.

—Entonces solicito un tribunal para que me evalúe y me permita volver a la materia al lado de Gabriel —dijo Aniel. Gabriel la abrazó desde atrás, envolviéndola por la cintura con los brazos mientras apoyaba el mentón en su hombro.

—No hace falta que se reúna ningún tribunal —explicó su abuelo. Gabriel y Aniel contemplaron al jerarca con el ceño fruncido—. Ustedes son los creadores de este portal, así que son ustedes los que deciden qué alma regresa y cuál no.

Aniel giró el rostro para mirar a Gabriel que se irguió sin dejar de abrazarla.

—Lo que nos ha sido legado es muy poderoso —murmuró el caminante.

—Demasiado. Por eso es que ustedes tienen que mantener un sutil y refinado equilibrio para poder hacer un juicio de este tipo. Y el trabajar como pareja les facilitará dicha tarea —concluyó el jerarca Johan. Aniel miró a su abuelo con lágrimas en los ojos.

—¿Entonces podría regresar al lado de Gabriel con solo traspasar el portal que hemos creado?

—Sí.

Aniel sonrió de manera deslumbrante y esta vez se desprendió de los brazos de Gabriel para girar y mirarlo de frente.

—*¿Piensas que seremos más útiles en la tercera dimensión que en esta, Gabriel?*

El caminante la tomó de los hombros.

—*Nuestro trabajo como pareja de silverwalkers será de enorme valor si lo hacemos desde la realidad física, Aniel, ya que seremos un ejemplo para los demás caminantes. Además, podremos ayudarlos a comprender el camino del reconocimiento cuando les llegue el momento.* —Gabriel se detuvo de repente y sonrió—. *Y otra cosa más, Aniel.*

—*¿Qué, mi amor?*

—*Se nos ha dado la sagrada oportunidad de procrear e incrementar la casta de silverwalkers. Es un honor que nos ha sido otorgado después de siglos. Y nada me daría mayor felicidad que el hecho de que estemos juntos en esta nueva tarea como padres. Nuestros hijos nos necesitarán.*

Aniel derramó dos lágrimas gruesas. Ese hombre hacía maravillas en ella cuando le hablaba de esa manera.

—*Ser padres* —susurró y le devolvió la mirada con una enorme sonrisa—. *Regresaré a ti en la materia y comenzaremos a transitar juntos nuestra nueva vida, mi amor.*

Los ojos de Gabriel se le humedecieron, ya sin saber cuántas veces había derramado lágrimas en ese día. Le tomó la cara entre las manos y, acercándose, le susurró:

—*No solo para ser una silverwalker y una increíble madre, mi ángel, sino también mi esposa.*

Las lágrimas de Aniel se derramaron incontenibles ante sus palabras y mirándolo con devoción susurró:

—*Será el honor más grande y lo que más deseo, mi dulce león.*

Capítulo 45

Gabriel besó a Aniel larga y profundamente hasta que, al cabo de un rato, se escuchó una tos proveniente del abuelo de Aniel, que les avisaba que los jerarcas no podían esperarlos más. Separándose con dificultad, Aniel y Gabriel contemplaron a los jerarcas.

—*Entonces ¿tenemos su bendición?* —preguntó Aniel expectante.

—*Siempre la han tenido. Faltaba que ustedes se la dieran a sí mismos* —contestó la voz de su padre, que se alzó por detrás de ellos.

—*¡Papá!* —exclamó Aniel con profunda alegría al volverse y verlo acercarse hacia ellos con una sonrisa en los labios. Gabriel también sonrió.

—*Queridos hijos* —dijo Ronan cuando se detuvo frente a ellos—, *estoy feliz por lo que han logrado.* —Y señaló al jerarca Johan con un dedo de la mano a la vez que miraba a Gabriel—. *Fue mi padre quien me ayudó en el juicio, muchacho. Sin su intervención, quizás me hubiese resultado difícil convencer al tribunal de la Orden Superior.*

—*Me siento honrado y agradecido por su participación* —dijo Gabriel al jerarca Johan haciendo una reverencia con el cuerpo.

—*Yo también, abuelo* —susurró Aniel conmovida—. *Estaré en deuda contigo por toda la eternidad.* —Y repitió el gesto de Gabriel.

—*Se hizo justicia, hijos* —contestó Johan complacido.

Cuando Gabriel se incorporó, se volvió hacia el resto de los jerarcas, con gesto severo.

—*Ya que estamos todos reunidos aquí, quiero aprovechar para expresar algunas cuestiones sobre la Estirpe de Plata que me tienen muy preocupado.*

—*Expláyate, por favor* —solicitó el jerarca Johan.

—*Se trata de la posible existencia de uno o más traidores en la Estirpe.* —Todos los presentes lo observaban de repente en silencio y con la mirada adusta—. *Usted, jerarca Ronan, el día de la catástrofe en su casa, fue*

apresado por Sácritos cuando este, en realidad, iba tras Aniel. ¿Podría significar eso que él ya sabía sobre el símbolo y que su hija era su guardiana? Usted significaba una fuente de información valiosísima para ellos. Y otra cosa, hace unos días ocurrió un terrible enfrentamiento entre caídos y gente de la Estirpe en Ciudad de México por la caza de Maia Serrano, la amiga de Aniel, la cual está relacionada con otro de los símbolos.

Aniel lo miró asombrada.

—¿Sabías de Maia y lo del símbolo? ¿Y dónde está ella, Gabriel?

El caminante la tomó de la mano y murmuró con ternura:

—Hace un tiempo que lo sé. Y Damián está tratando de dar con ella para traerla y protegerla.

—Dios mío, Maia no —susurró Aniel.

—Damián la protegerá, mi amor. —Y volvió a mirar a los jefes, sin soltar la mano de su señora álmica—. Lo sospechoso es que jamás se nos solicitó autorización para llevar a cabo esa confrontación. Hemos hablado con gente de la Estirpe que estuvo presente y nadie supo decirnos quién había sido el responsable de enviar la orden de participar. Por ende, Damián y yo tememos que haya alguien de la Estirpe que también va detrás de los símbolos. O quizás más de uno.

—¿Y no podrían ser caídos infiltrados? —preguntó Aniel.

—Los detectaríamos de inmediato. La única manera de que haya infiltrados en la Estirpe, es si provienen de ella misma.

Gabriel captó la repentina intranquilidad en la mirada de los jefes. Si lo que él decía era verdad, la Estirpe estaría en verdaderas dificultades.

—Entonces te damos la tarea de averiguarlo —dijo su padre, Marcos, y añadió—: Si tus dudas son ciertas, quién mejor que tú para ir tras las respuestas.

Aniel clavó los ojos en los suyos.

—Yo iré contigo, mi amor.

Gabriel le acarició la mejilla con los nudillos y sonrió. Su mujer ya comenzaba a ejercer la tarea a su lado como una verdadera *silverwalker*. Aniel lo tomó por los brazos.

—*Gabriel, mi padre debe venir con nosotros. Él debe buscar a mamá, encontrarla y protegerla. Los caídos van tras ella también y es justamente quien está ayudando a Maia. Si hay traidores en la Estirpe, también intentarán aprisionar a mi madre.*

—*Por supuesto que cuentas con mi aprobación, mi amor* —murmuró Gabriel. Se volvieron para mirar a Ronan, que había caído en un silencio inmutable siguiendo la dirección de la conversación—. *¿Estaría dispuesto, jerarca?* —preguntó Gabriel expectante. Antes de que Ronan pudiese responder, un haz de luz destelló en el recinto y, a su paso, apareció la figura impactante de Damián.

—*Amigo* —susurró Gabriel, sorprendido

—*¿Qué haces tú aquí, silverwalker?* —preguntó el abuelo de Aniel a un Damián que parecía en verdad perturbado. Este miró primero a Gabriel y luego a los demás. Y con voz grave respondió:

—*Vengo a asegurarme la respuesta del jerarca Ronan a la pregunta que Gabriel le ha hecho.*

—*Explícate, caminante, por favor* —invitó el padre de Aniel. Damián se elevó en toda su estatura y lo miró con los ojos de un plateado profundo.

—*Usted debe regresar, jerarca. Conozco algo que nadie sabe, salvo su esposa.*

—*¿Qué pasa con mi mujer, caminante?* —exigió saber Ronan preocupado.

—*Ella necesita ayuda. Y usted es el único que puede hacerlo, porque juntos deben rescatar a alguien que los necesita desesperadamente.*

—*¿De qué estás hablando, caminante?* —interrogó un Ronan alarmado.

—*De una verdad que su esposa ha descubierto hace muy poco.*

Aniel se desprendió con suavidad de la mano de Gabriel y se acercó a

Damián, preocupada.

—*¿A qué verdad te refieres?*

Este respiró hondo antes de responder.

—*El jerarca Ronan debe ayudar no solo a salvar a tu madre, Aniel, sino también a tu hermana* —dijo con gesto sombrío.

—*¿Qué?* —exclamó el padre de Aniel sin poder creer lo que oía de labios del guerrero. Gabriel se acercó a Aniel y la envolvió con uno de sus brazos. Aquello era algo que nadie se esperaba y temía por la reacción de su mujer. Miró a Damián dubitativo.

—*Por favor, amigo, explica lo que estás diciendo. Aniel no tiene ninguna hermana* —dijo con voz firme.

Damián se aproximó a Aniel con Gabriel pegado detrás de ella y la miró directo a los ojos.

—*En verdad tienes una hermana, Aniel. Una hermana oculta de la que solo tu madre y yo supimos hace muy poco tiempo atrás.*

—*¡Por todos los dioses!* —exclamó el jerarca Ronan y se acercó al caminante con los brazos extendidos—. *¿Qué locura es esta, muchacho?*

—*¿Padre?* —preguntó Aniel mirando al jerarca, que seguía absorto.

—*¿De quién hablas, por Dios?* —interrogó exigente Ronan a Damián.

—*De su hija a la que creía muerta* —contestó este sin preámbulos.

—*Estás equivocado, caminante* —siseó Ronan que trataba de controlarse.

—*Damián, habla, por favor* —solicitó Gabriel.

El caminante miró alternativamente a Aniel y al jerarca Ronan y con voz solemne explicó:

—*Esa hija y hermana es Maia.*

De repente, un silencio aplastante envolvió a todos los seres presentes. Aniel sacudió la cabeza y miró a Damián sin poder creer lo que este acababa de decir.

—*¿Qué estás diciendo, Damián?*

—*Es ella, Aniel.* —Y enseguida miró a Ronan que seguía paralizado—. *Su*

hija no murió, sino que fue robada de la clínica en donde nació. Esa niña es Maia Serrano.

—Dios mío —murmuró el jerarca.

—Hay muchas cosas de la vida de Maia que nadie sabe, ni ella misma —continuó Damián.

—No recuerda nada previo a sus diez años —susurró Aniel con los ojos húmedos.

—En efecto. Ha sufrido un profundo shock durante ese tiempo, del que su mente la ha protegido borrando todas las vivencias hasta esa edad. Por eso Maia es tan vulnerable. Debemos ir en su búsqueda, ya que su vida corre peligro.

—¿A qué te refieres? —clamó Ronan, con semblante desesperado.

—A que los caídos están preparando un grupo especial de agentes para apresar a Maia de nuevo y sabe Dios lo que harán con ella. Maia nos necesita. Por sí sola no podrá con un nuevo ultraje. Está muy debilitada y moriría irremediabilmente. Por favor, regresen los tres a la materia.

—¡Padre! —exclamó Aniel mirándolo angustiada ante esta revelación.

—Te juro que no sé nada, hija. —Y giró el rostro para encontrarse con los ojos refulgentes del caminante—. Me dejas sin aliento —musitó, mientras se pasaba los dedos por la cabellera y caminaba de un lugar a otro—. ¿Maia? —murmuró incapaz de creer lo que acababa de escuchar—. ¿Pero cómo nunca la he visto? He podido seguir la vida de Aniel y su futuro desde siempre con mis videncias, pero jamás detecté que nuestra hijita podría ser Maia.

Aniel se acercó y lo tomó de un brazo.

—Quizás no debías saberlo y hacía falta este momento para que surgiera la verdad, papá.

—Deben regresar —repitió el caminante.

Al terminar de hablar, Damián giró el rostro hacia un costado, sin que a Gabriel se le pasara por alto la expresión abatida, poco común, en el semblante del guerrero intimidante.

Gabriel se acercó a él.

—*¿Por qué tú, Damián?* —le preguntó sospechando lo inevitable.

Cuando su amigo clavó los ojos plateados en los suyos, Gabriel ya no tuvo dudas. Las palabras del gigante parecieron agigantar el dragón impreso en su rostro:

—*Porque Maia es mi señora álmica.*

Epílogo

—Te veo y te reconozco —le susurró Gabriel al oído—. Llegaste a mí de la mano de la incertidumbre de mis sueños y, sin embargo, siempre supe que estabas ahí. Siempre. Lo mismo te pasó a ti. Y ahora es tiempo de que juntos iniciemos la construcción de nuestro hogar.

Las palabras de Gabriel llenaron de dicha a Aniel.

Sentados frente al arroyo, Gabriel y ella se miraban con adoración, rodeados de los árboles plateados y con la presencia de los *silverwalkers*, que charlaban de forma amena entre ellos. El único que mantenía una expresión adusta era Damián. Y Gabriel y ella sabían por qué.

Su padre, apenas regresado a la materia, había partido a una misión, no sin antes prometerle volver con novedades sobre su madre. Si él debía cumplir el rol de guerrero de la Estirpe, necesitaría de la presencia de ella. Su madre y su padre eran uno, así como Gabriel y ella también.

Y todos deberían aunar esfuerzos para ayudar a su hermana.

Se le hizo un nudo en la garganta. Aún le parecía increíble lo que Damián había confesado en la multidimensionalidad. Si bien sentía una profunda felicidad al saber que Maia era su hermana pequeña, también la aterraban las palabras del caminante acerca de la intención de los caídos para con ella.

Suspiró profundamente y sacudió la cabeza. Ninguna de ellas tenía un destino fácil.

Hubiese deseado con todo su corazón que sus amigas y su hermana hubiesen sido partícipes de la felicidad que los bendijo a Gabriel y a ella en ese maravilloso día, pero era un imposible porque, en parte, la ausencia de ellas se debía a ella misma. Había creído de manera tan fehaciente que los *silverwalkers* eran sus enemigos, que había ayudado a crear en Jackie y en su hermana una imagen tan diferente de ellos que ellas, en ese instante, huían no solo de los caídos, sino también de los caminantes. Y estaba segura de que

Brenda, si aparecía, se sumaría a esta idea.

Y era lo que ella, en algún momento, debería remediar.

Pero hacía falta tiempo, paciencia y mucha fe.

Por su parte, Gabriel y ella iniciaban, a partir de ese día, un nuevo camino. Uno muy especial. Aniel había creído siempre que lo sucedido en la vida de uno era el resultado de los designios del destino, sobre lo cual no se tenía ningún tipo control. Sin embargo, luego de lo vivido con Gabriel en todo ese tiempo, ella aceptaba algo completamente diferente: aquello que Gabriel le había insinuado alguna vez. Las almas de ambos habían creado hechos y sucesos que, ante su revelación, habían forjado el camino insoslayable que les había permitido encontrarse y fundirse en un amor inconmensurable.

Es lo que Gabriel y ella habían deseado y decretado. Entonces, ¿qué podía oponerse a la manifestación de ese amor?

Nada.

Y hacía tan solo unas horas que ellos se habían casado a orillas del arroyo, bajo el amparo de aquellos árboles tan especiales y con el resto de los *silverwalkers* como testigos de la boda.

—¿Señora Aniel Mitchels Trost? —preguntó Gabriel en voz muy baja, mientras mordía con sutileza el lóbulo de su oreja.

—Sí, mi león *silverwalker* —contestó Aniel rebosante de pasión.

—Quiero estar dentro de ti —dijo él casi en un jadeo, tratando de evitar que los demás *silverwalkers* lo escuchasen.

Aniel sonreía feliz. Su señor álmico era insaciable y ella lo amaba por eso y por todo lo que él era y representaba.

—Entonces no perdamos tiempo.

Gabriel sonreía con esa expresión en los ojos que provocaba que las partes más íntimas de Aniel se humedecieran. No podía contra los labios llenos y la lengua cálida de su esposo. Menos, cuando el brillo plateado de su mirada la dejaba por completo obnubilada.

Gabriel tomó su mano y la miró lleno de amor y deseo.

—Como tú digas, mi señora. —Y antes de partir, Gabriel la atrajo hacia sí y, acariciándole suavemente la mejilla con los nudillos de la mano, le susurró al oído con el sonido del movimiento del agua por detrás—: Te amo.

Aniel, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad, le regaló una sonrisa deslumbrante.

—Y yo a ti, mi amor. Para siempre.

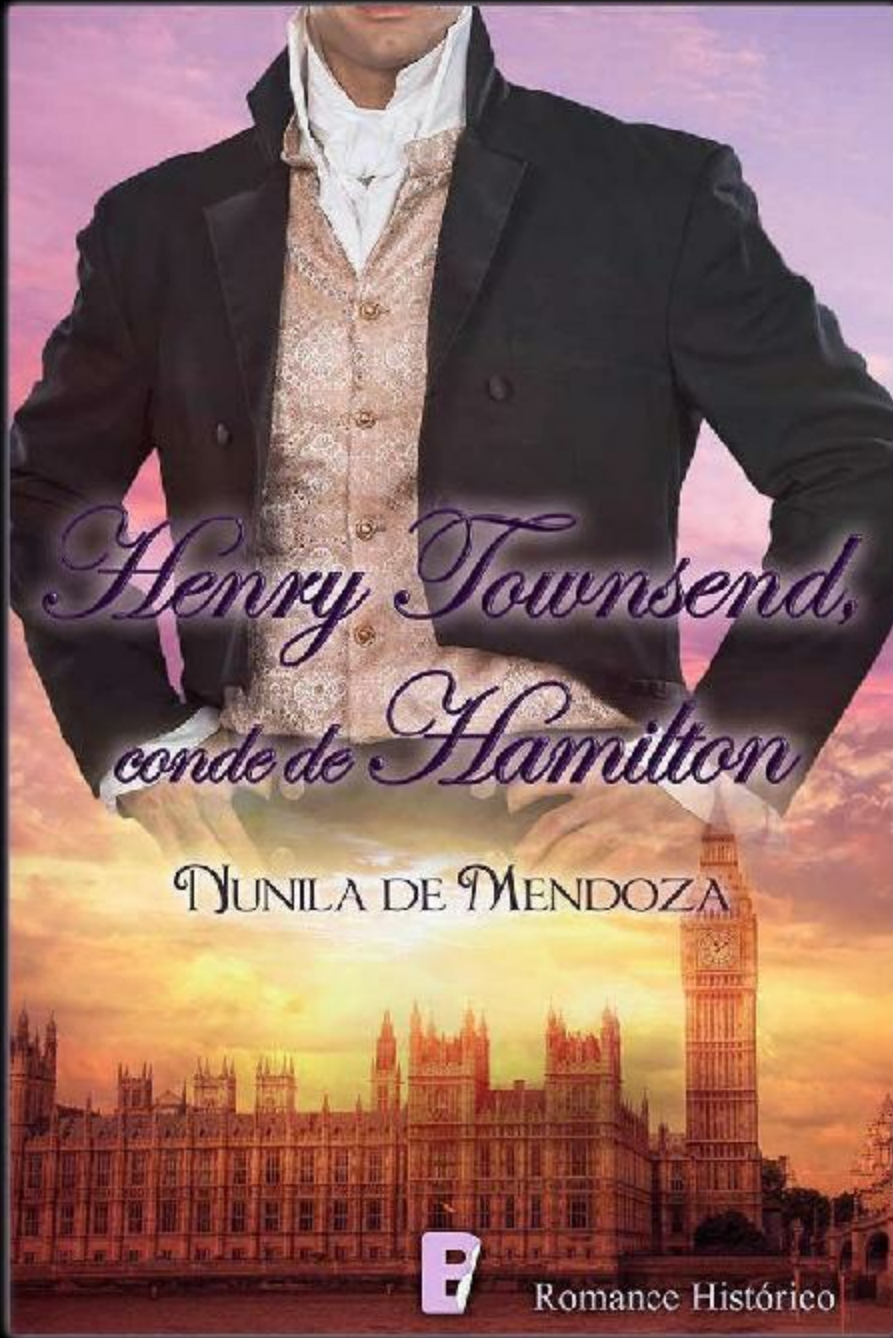
FIN

Si te ha gustado esta historia no puedes dejar de leer *El legado de Damián*

Damián Di Mónaco, de setecientos años, es un implacable guerrero de la casta de los Silverwalkers de la Estirpe de Plata. Tiene a su cargo hallar un símbolo, indispensable para la evolución de la estirpe, que está en poder de una guardiana, Maia Serrano. Maia Serrano es una bellísima y frágil bailarina clásica de veinte años, que vive y trabaja en una fundación en Ciudad de México, cuidando y ayudando a niños de la calle. Desconoce que es la guardiana de un símbolo y que, a su vez, pertenece a la Estirpe de Plata. Un noche, mientras está impartiendo una clase de danza, se topa de nuevo con el atractivo y misterioso individuo que conoció diez meses atrás, cuando era torturada a manos de un enemigo implacable: los caídos. Maia cree que ese hombre va tras ella para asesinarla, por lo que huye desesperadamente de él. Pero Damián no está dispuesto a dejarla escapar, ya que es esencial para la evolución de la estirpe, pero, sobre todo, porque despierta en él una feroz y demoledora atracción capaz de llevarlo al límite de sus fuerzas.

Si te ha gustado
Tras el muro de tus sueños
te recomendamos comenzar a leer
Henry Townsend, conde de Hamilton
de Nunila de Mendoza

Selección RNR



Capítulo 1

Henry y su prima Ivanna escribe desde el SS Adriática, y Violet es Violet

Telegrama

Alexandra se escapó a Londres. Ayúdame.

Ivanna

—Es el colmo de la desconsideración —murmuraba el conde de Hamilton, quien caminaba presuroso a su destino. «Encima de todos los problemas que tengo en la fábrica, de hacerme cargo de Garden House, de cuidar a mi terrible hermanita Bonnie. Encima esto. Sacar de la cárcel a la prima loca venida de América, y claro, tengo que hacerlo porque soy el hermano mayor, porque soy el jefe de la familia, porque un día mis padres se dieron cuenta de que ya era hora de descansar y se dedicarían a viajar, llevándose a mis hermanas con ellos. Bueno, ese viaje lo hicieron por lo que le pasó a Grace y un poco por Katy y la orgullosa de Amy. Pero ¿por qué mi familia es así? ¿Por qué no pueden ser un poco más normales? Sí, mi prometida tiene razón: mi familia es un desastre, mis hermanos siempre están en líos, haciendo escándalos. Son tan excéntricos e incontrolables. Violet e Ian Townsend han criado a hijos muy particulares. Soy el único que tiene la cabeza sobre los hombros».

—Saltó al coche del primer ministro y lo llenó de harina —le contó el inspector que la había arrestado—. Mujeres histéricas que están exigiendo el derecho al voto.

Henry debía hacerse cargo de la prima Alexandra Romanov, que un día decidió cruzar el Atlántico solo para meterse en problemas, «otra que viene a complicarme la vida».

La prisión de Halloway, un castillo convertido en prisión en medio de

Londres, destinado a recluir mujeres, le daba la bienvenida a Henry Townsend, quien sinceramente lamentaba conocer ese oscuro lugar y en tan extrañas circunstancias. Gracias a Dios estaba el buen amigo de la familia, el doctor Gervais, en la puerta, esperándolo, siempre simpático, sonriente y dispuesto a ayudarlos en circunstancias como esta.

—Doctor Gervais. —Se acercó a saludar el joven—. Gracias por venir. Estoy muy consternado por molestarlo siempre con los temas de mi familia.

—Vamos, Henry —el bondadoso doctor, de cara redonda y piernas cortas, le dio unas palmadas en su espalda— yo vivo por ustedes, los Townsend, sus entuertos son los que dan sal a mi vida, pero, muchacho, ya va siendo tiempo de que tú sepas salir de estos líos. Eres tan noble como yo.

Henry respondió a su comentario bajando la cabeza, sonrojándose, y el doctor Richard Gervais sonrió por la timidez de ese muchacho. «Igual que la madre», pensó mientras caminaban hacia la puerta, «demasiado tímido, pero noble de espíritu, aunque no de sangre». Henry, en una disertación un poco confusa, natural en él cuando estaba avergonzado, le contó que su prima americana, Alexandra Romanov, miembro activo de una organización de sufragistas, había sido detenida y lo puso al tanto de las razones. El doctor rio divertido al imaginarse al primer ministro cubierto de harina.

—Estos americanos son tan peculiares. —Gervais se secaba con un pañuelo las lágrimas de risa.

—Mis padres me telegrafiaron para que la sacara de inmediato de la cárcel, no tiene ningún familiar en Londres aparte de nosotros.

—Por cierto, ¿cómo están tus padres?, ¿y tus hermanas?

—Bien, en lo que cabe.

—Estarán bien, hijo. Son fuertes. Son unas Townsend. Pasará pronto la tormenta.

—Sí, seguro que sí. ¡Ah, tengo una carta de Amy para usted!

—Ah, mi preciosa ahijada. ¿Y mi Bonnie?

—Muy molesta porque hace dos días que no va a verla.

—Lo cual me hará pagar con golosinas y helados. —Tomó la carta y la guardó en el bolsillo interno de su saco, lo palmeó con cariño un par de veces y se dirigió a Henry con una sonrisa—. Joven, conde de Hamilton, vamos a cumplir con nuestro deber.

Después de un largo juicio de casi dos décadas, Ian Townsend, a insistencia de Violet, su esposa, obtuvo que la corona británica le reconociera el título de conde de Hamilton a su primer hijo adoptado legalmente. El doctor miraba de reojo a ese joven alto, de caminar erguido y rostro angelical, «ya quisieran muchos verdaderos nobles tener una pizca de la nobleza del alma de este joven», se decía. Tocaron con insistencia las puertas de esa lúgubre prisión.

—Bien estimado Henry, ya es hora de que aprendas... —Las palabras del amable doctor fueron interrumpidas por un carcelero que abría la puerta con visible desagrado. De inmediato, Gervais, al verlo, cambió la expresión de su rostro, este se volvió severo y hasta su porte parecía haber crecido. Aún antes que el trabajador de la prisión hablara, el doctor lo increpó—: Usted, ¿por qué ha demorado tanto en abrir? Rápido, avise al encargado de esta prisión que el conde de Hamilton y sir Richard Gervais desean hablarle.

—Pero estas no son horas...

—Ahora mismo —interrumpió el doctor—. ¿No tiene usted orejas?

Cuando estuvo frente al encargado de la prisión, la supuesta indignación del doctor creció aun más. En un parloteo constante, haciéndose preguntas que él mismo respondía, apabulló al hombre que solo contestaba su disertación con monosílabos

—¡El colmo!, esa joven es sobrina de una de las familias más poderosas e influyentes de Londres. ¿Sabe usted quiénes son los Townsend? ¿No?, y no querrá saberlo. —El doctor, con destreza, manipulaba la conversación—. Tiene que liberarla en el acto, esto es el colmo. ¿Dónde está?, queremos verla, pobre dulce e inocente criatura encerrada en esta horrible prisión.

—Atacó al primer ministro —adujo el encargado

—Imposible —dijo el doctor haciendo un ademán con las manos—, debe

ser una confusión. Quiero verla. ¿Por dónde es?

—Tengo que tener la autorización de un superior.

—Pues tramítela ahora mismo. ¿Qué espera? Lléveme a la celda. Quiero verla. ¡Pobre niña! Estará traumatizada para toda la vida por haber pisado este horrible lugar. ¿Y?, ¿cuánto tendré que esperarlo?

—Por acá, sígame.

—Una dama tan dulce y tierna —musitaba el doctor Gervais.

Mientras se acercaban a las celdas, se escuchaban unos gritos femeninos muy agudos y de un acento diferente, las exclamaciones eran enérgicas, frases sobre los derechos de las sufragistas, adornados con unas vulgaridades muy grandes. El celador sonrió y mostró a la joven que chillaba de forma desaforada, golpeando con fuerza un jarrón de metal contra las rejas.

—Con ustedes, su dulce y tierna niña —dijo el carcelero señalando a la mujer que seguía gritando a voz en cuello.

—Será tu madre. —Cuando la joven se disponía a discutir con el encargado, ambos fueron interrumpidos por una voz que retumbó en toda la prisión.

—¿Dónde están sus ropas? —gritó Henry, quién hasta ese momento había permanecido en silencio—. ¿Dónde están sus ropas? ¿Por qué le han quitado sus ropas?

El carcelero, la dama y el doctor se miraron extrañados.

—¿Cómo? —preguntó la joven concentrando su mirada en el conde.

—¡Está vestida como hombre! —increpó, de nuevo, Henry—, ¿por qué?, ¿quién le quitó sus ropas? Devuélvanle sus vestimentas. ¡Ahora!

—Perdón, esta es mi ropa —respondió la muchacha muy seria.

—Es ropa de hombre.

—No, es mi ropa, hecha para mi comodidad. ¿Y a ti que te importa? ¿Quién demonios eres tú? —La joven se disponía a hablar más, pero se lo quedó mirando fijamente por un momento y, sonriendo, agregó—: Eres Henry, mi primo Henry. Soy Alexandra, tu...

—Sé quién eres y por qué estás aquí —rugió el conde, interrumpiéndola de una manera no muy amable.

—Y nos vamos de inmediato de este sitio —repuso el doctor—. Esto es un atropello jamás visto, ya se verán las consecuencias. Alguien tendrá que pagar por esto. ¡Abra la reja!, apúrese, este olor a humedad es terrible. —El anciano siguió enredando con sus palabras al encargado a la par que daba órdenes al otro celador—. Tú, toma las pertenencias. ¡Vamos!, ¡caminen!, tengo que salir pronto, la humedad afectará mis pulmones, tendré que hablar con el Rey George hoy mismo de las condiciones infrahumanas en que recluyen a estas mujeres. Un país se muestra civilizado por cómo mantienen sus cárceles, apúrense. ¡Qué horror! Por acá, muchacha.

Sin dejar de hablar, el doctor, la joven y Henry siguieron a los carceleros hacia la puerta principal. Cruzaron un primer patio, solo el doctor hablaba, cada vez más indignado, mientras abrían las rejas de un segundo patio. Los jóvenes se quedaron mirándose un buen rato. Henry estaba muy serio, Alexandra sonreía al verlo. Luego de unos instantes, él desvió la mirada puesta en su prima. Verdaderamente era muy hermosa, hasta pensó que la hora y las circunstancias estaban jugándole una mala pasada, jamás había visto unos ojos tan negros y bellos, con un rostro finísimo enmarcado en un cabello corto de rizos oscuros que cubrían su frente. Muy alta, espigada y con unos pantalones ceñidos que resaltaban unas largas piernas. Una vez que atravesaron un segundo patio, el encargado decidió ir a la oficina a preguntar a un superior, lo que desató la ira del doctor Gervais, pero este siguió avanzando hasta cruzar el umbral de la puerta. En ese momento, Alexandra se paró en seco.

—No me puedo ir.

—¿Cómo? —preguntó Henry.

—No puedo —dijo ella muy consternada—. Mis compañeras sufragistas están aún encerradas. No puedo irme y dejarlas ahí. Es tan innoble. No, de ninguna manera.

Henry, desesperado, miró a Gervais.

—Bien, cariño —le dijo el doctor con una voz muy condescendiente—, hablemos afuera. Yo me haré cargo de que tus demás compañeras salgan. Pero después de sacarte a ti. Tú serás más útil para la causa afuera que adentro. ¿No? Sí, sé qué opinas lo mismo. Irás con Henry, y yo me quedaré para sacar a tus amigas. Henry, el coche. Estoy totalmente a favor de las sufragistas, es hora que los tiempos cambien y que Inglaterra entienda. Por aquí, cariño. Henry, el coche. ¡Pronto, antes que venga el encargado!

—Pero —repuso Alexandra mientras el doctor la seguía guiando al coche que estaba estacionado en la otra acera.

—Confía en mí, pequeña. Vaya, vaya, eres muy hermosa, un ángel. Sabes qué es lo que debes hacer, los americanos son prácticos. Es más fácil sacarlas una por una. Tú entiendes, ¿no? ¿Qué ganarían todas encerradas?

Comenzaron entonces a escuchar las voces de los celadores pidiéndoles que se detuvieran.

—Vamos, Henry —apuró, nervioso, el doctor.

—Pero... —dudó Alexandra.

—Sube, querida —ordenó de nuevo el doctor, mirando las puertas de la prisión—, es lo mejor.

Gervais, ya desesperado, observó en la entrada la discusión entre los encargados. Llegaron al coche y, al mirar a los muchachos, vio que, después de tomar la mano de Alexandra para ayudarla a subir, Henry hizo un gesto de incomodidad y desconcierto. Abrió y cerró la mano como si le hubiese quemado su contacto.

—¡Partan! —gritó el doctor, mientras escuchaba también los gritos de los carceleros y su afán por abrir las rejas para darles el encuentro. Los jóvenes partieron a la carrera, y el doctor, al verlos partir, sonrió maliciosamente, murmurando «muy interesante».

—A la calle de...

—A Garden House, Peter —interrumpió Henry a Alexandra, viendo por la ventanilla trasera como el doctor y los carceleros hacían ademanes de discutir con violencia.

—Pero es que me estoy alojando en...

—Te alojarás en Garden House.

—Pero...

—Pero nada, estás a mi cargo. Al no estar mis padres, soy yo la persona que está encargada de tu seguridad. De ninguna manera te alojarás en un hotel, y menos sola.

—¿Y mi ropa?

—Mañana temprano mandaré a un sirviente por ellas.

Alexandra se lo quedó mirando fijamente, mientras él mantenía su mirada al frente. Después de unos instantes suspiró y, bajando la voz, le dijo—: Querido primo Henry, soy una mujer de veintiún años, mayor de edad, que toma sus propias decisiones.

—Te acabo de sacar de la cárcel —habló sin desviar la mirada del frente—, como prueba de lo no muy buenas que son tus decisiones. Mientras estés en Londres, yo estoy a cargo de tu seguridad, por ser de mi familia y por encargo de mis padres. ¡Peter, apura la marcha!

La joven cruzó los brazos al frente y se escondió en el sillón del carruaje, pero esbozó una sutil e imperceptible sonrisa.

—Oh, Garden House, tal como la imaginaba —exclamó Alexandra al llegar a la casa. Otra vez, el roce de las manos al ayudarla a bajar del carruaje, y Henry hizo el mismo gesto de incomodidad—. Es tan hermosa.

—Umm...

—Y los escudos en la entrada, las enredaderas cubriendo las paredes, es tal cual los dibujos que nos mandaba Amy.

—Umm...

—No has mejorado mucho en tu expresión, Henry.

—Son las dos de la mañana, Alexandra, ¿qué esperabas?

Ingresando a la mansión, una voz interrumpió el monólogo de la joven que seguía admirando la hermosa casa de los Townsend.

—¿Dónde has estado? —preguntó una pequeña de unos doce años, al pie

de las escalera principal, con los brazos en jarra y taconeando los pies en señal de disgusto—. Me has dejado tanto tiempo sola. Mira la hora que es.

—No sabía que estabas casado —murmuró Alexandra, sonriendo ante la actitud de la niña.

—No estabas sola —dijo Henry dirigiéndose a la niña—. Estás con tía Gloria.

—Pero tú recién llegas, si me pasaba algo y... —La niña se interrumpió para fijar recién su atención en Alexandra—. ¿Quién es él?, ¿o ella?, ¿es mujer u hombre?

—Hola, soy Alexandra Romanov.

—¡Eres mi prima de América! —gritó la niña, levantando los brazos en los que tenía unos guantes de cocina atados a las manos—. ¡Ven a darme un abrazo!

Alexandra, sonriendo aún más, se dispuso ir a su encuentro cuando Henry la interceptó con una mano, rosándole accidentalmente su busto.

—Varicela —le dijo él.

—Oh, no importa. Ya he tenido.

—Ven, prima Alexandra. —Corrió la pequeña a su encuentro y se dieron un prolongado abrazo—. Qué gusto conocerte, qué bueno que hayas venido.

—Hola, supongo que eres la bella Bonnie —contestó sin dejar de sonreír—, estás muy linda, tal como te describió tía Violet, qué gusto verte, ¿cómo estás?

—Ay, prima, estoy tan sola. —Dio un dramático y sobreactuado suspiro la niña.

—¡No te dejé sola! —exclamó Henry alzando la voz, muy disgustado.

—Y él es tan malo conmigo. —Bonnie señaló a Henry sin dejar de abrazar a Alexandra—. ¿Vas a quedarte? Qué bueno, estoy muy sola, no tengo con quién hablar.

—Bonnie, basta...

—¿Ves, Alexandra?, estoy enferma y me grita

—Bonnie. —Suspiró Henry conteniéndose—. Alexandra está cansada, llévala al cuarto de invitados. Y no te quites los guantes o te quedarán marcas como dijo mamá.

—¿Mira cómo me trata? —habló la niña haciendo un tierno gesto y pegándose aún más al pecho de su prima—. Y me ha castigado.

—Bonnie. Te lo advierto.

—Estoy cansada, Bonnie. ¿Me enseñas el cuarto de invitados?

—Ven, vámonos lejos del ogro. Cuéntame de América y de mi primo, ¿está tan alto como yo?